

Boreál Róis II

# CON LA FUERZA

*de la  
leona*

Rosa Alcántara Menéndez

**Con la fuerza del oleaje**

**Boreal Róis II**

**Rosa Alcántara Menéndez**

copyright © Rosa Alcántara Menéndez 2015

Portada © R.A.M.

[www.rosamenendez.com](http://www.rosamenendez.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación de un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste

electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del *copyright*.

SINOPSIS

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

**DIECISIETE**

**DIECIOCHO**

**DIECINUEVE**

## **SINOPSIS**

Durante la ansiada reforma del Boreal Róis, el hallazgo de una misteriosa carpeta oculta en la biblioteca saca a la luz otro secreto de la familia Merritt que animará a Claire para esclarecerlo con la ayuda de Sean Drake. Sin embargo, conforme avanzan solo logran más incógnitas, un humo para enmarañar el pasado y desmentir la vida de un hombre hasta ese momento con una reputación intachable. Mientras tanto, Claire seguirá persiguiendo su sueño de ser fotógrafa, Gabriel se enfrentará a una realidad que no esperaba para el futuro que tiene previsto y el afortunado Jack Drake, al que todo parece sonreírle, no podrá escapar de un destino que lo pondrá a prueba y cambiará su vida.



# UNO

*Londres, 24-8-12*  
*Reino Unido*

Dentro de un avión que sobrevoló un océano azul profundo para llegar a Europa, Claire se durmió a las dos horas de despegar recordando los insultos del propietario del Volvo. Fue una fiera hasta que llegó la policía y rellenó el atestado del accidente. Por fortuna ninguno sufrió lesiones; sin embargo, el impacto del Bronco había dejado inservible la parte delantera del otro vehículo. Tras dar cada uno su versión, Claire pudo irse gracias a que los agentes la conocían, aunque no la libraron de una multa de 1500 dólares y un posible cargo de imprudencia temeraria que ya vería cómo solucionaba; en ese momento, no quería pensarlo, su prioridad era otra.

Agotada tras el viaje, sin hablar con Gabriel desde que se vieron en el banco, supuso que fiel a sus costumbres se alojaría en el Sheraton The Park Lane.

Claire entró en el vestíbulo y se obligó a cerrar la boca llegando al mostrador de mármol verde con unas tallas verticales difíciles de ignorar. Las asimetrías curvas para complacer la vista de la decoración art-nouveau habrían hecho las delicias de su abuelo con las flores enormes de las sinuosas molduras de los techos, los apliques de cristal como abanicos, las líneas

sobrias en las paredes, columnas de hierro o la elegante moqueta de aquel espacio enorme, con pocos clientes para pasar desapercibida. Un chico uniformado de azul se acercó diligente a ella antes de que llegara a pisar el impoluto suelo claro que rodeaba el mostrador.

—Disculpe, señorita, ¿puedo ayudarla?

—Hola. —Claire sonrió ligeramente, soltando tranquila el asa de la maleta—. Estoy buscando a mi novio. No estoy segura de que esté alojado aquí.

—No podemos dar información de nuestros clientes. ¿No puede hablar con él?

—Lo he intentado, pero me ha sido imposible, tenía algunas reuniones importantes. No le pido que me deje entrar en su habitación, con saber que está alojado aquí me basta.

—Lo siento, de verdad, es imposible.

—Está bien, iré a registrarme.

—¿Tiene reserva?

—No, claro que no.

—Entonces, no creo que pueda alojarse con nosotros. Estamos en temporada alta, y no hay habitaciones libres.

—¿En serio? —preguntó al límite de explotar—. Como mínimo podré esperar a mi novio en el bar ¿no?

—Me temo que no.

—Es increíble —espetó, mirando la identificación del chico—. Simon, mi novio se aloja aquí, probablemente, dentro de un rato me alojaré con él y, cuando lo haga, pienso poner una queja por el trato que estoy recibiendo por su parte.

—No olvide mencionar mis apellidos, ni que cumplía con celo la política del hotel. Si es tan amable de acompañarme, por favor.

Incrédula, Claire movió la cabeza y lo acompañó a la salida. Estaba empezando su primera andadura por Europa con gloria, menuda suerte la suya; llevaba una semana fuera del radar de la diosa fortuna; se había desentendido totalmente de ella.

Para rematarla, no solo había oscurecido, sino también empezaba una fina lluvia que solo le dejó la opción de resguardarse en una típica cabina londinense, justo en la puerta del hotel. Ni sopesó cruzar la transitada carretera hasta Green Park, aguantaría mientras encontraba a Gabriel o se veía pasando la noche en la calle.

Gabriel salió del salón de té del hotel acompañado por dos ejecutivos americanos. Había quedado con Brian Lennox, uno de ellos, para cenar en la city más tarde. Eran amigos desde que estudiaron juntos en Harvard. Brian tenía una altura similar a la de él, un rostro anguloso con unos pequeños ojos

oscuros y un cuerpo desgarbado que no ayudaba a aumentar su atractivo. En cambio, suplía esas carencias físicas con un desparpajo gracioso que gustaba tanto a hombres como a mujeres; a ellos les hacía pasar momentos memorables y a ellas las encandilaba a base de risas divertidas.

Después de despedirse, llegó a la habitación en la quinta planta, no muy grande pero acogedora gracias a dos cómodos sofás tapizados en azul intenso, una cama de matrimonio antigua en la misma línea que el resto de muebles y un escritorio de madera, además de unas vistas relajantes a través de dos ventanales a Green Park.

Se quitó el traje oscuro y fue directo al baño, decorado con mármol original desde la primera apertura del hotel a principios del siglo XX. Pasó al lado de la bañera, separada de la ducha, y pensó que haría las delicias de Claire. Necesitaba estar bajo el agua y relajar la mente de las interminables charlas laborales, aunque significara tenerla otra vez presente de forma constante.

Repasando las últimas horas que estuvieron juntos, cuando terminó cogió el móvil de la mesita de noche y comprobó que, tras todo el día cargándose, por fin tenía batería. Empezó a sonar la alerta de llamadas perdidas, leyó los números y marcó el último; también podía haber sido el primero; todas las llamadas eran de Claire; pero en ese intento tampoco estaba disponible.

Sacó del armario un traje camel y una camisa celeste, que dejó en la cama, y unos zapatos marrones. Luego se afeitó, vistió y antes de salir volvió a insistir con el teléfono, sin obtener respuesta.

Se reunió con Brian en el vestíbulo y decidieron coger un taxi hasta el restaurante español dónde iban a ir muy cerca del banco de Inglaterra. Saliendo por la puerta giratoria corroboraron el empeoramiento del tiempo, que no perdonaba ni durante el verano. El intermitente día plomizo conforme avanzó la tarde fue cerrándose y en aquel instante una persistente lluvia caía con fuerza.

—Menudo coñazo de clima —dijo Brian.

—Están acostumbrados. Igual que donde vivo ahora; la gente se hace a todo.

—Menuda desgracia.

Gabriel divisó un taxi y alzó la mano. Ninguno se percató de la mujer despistada con la batería del móvil dentro de la cabina. En una carrera se montaron en el vehículo, le dieron la dirección al conductor y pusieron rumbo al restaurante.

En Nueva York todavía brillaba el sol cuando Jack dio algunas instrucciones a Martha para la semana siguiente, en cuanto terminó, recogió la mesa con pulcritud y se dirigió al despacho de Cora, donde dio con los

nudillos varios toques suaves en la puerta.

—Adelante.

—Hola.

Al escucharlo, levantó la vista de los documentos que leía. Jack sonrió melancólico y difuminó la alegría de Cora, incapaz de verlo sin ponerse nerviosa. Él tenía esa cualidad; no solo por su físico, que vistiendo ropa informal —como ese día, vaqueros y camisa blanca— era igual de atractivo que yendo más clásico, sino también por su actitud; la tenía rendida con una ternura en perfecto equilibrio con la agresividad justa.

—¿Cómo te ha ido en la reunión?

Jack se sentó frente a ella, se quitó las gafas y cruzó las piernas.

—Muy bien. Gracias por confiar en mí.

—De nada. ¿Qué planes tienes para este fin de semana?

—No tengo —respondió Cora con una sonrisa—. ¿Y tú?

Se levantó y ella también lo hizo a la misma vez. Le cogió una mano, entrelazando sus dedos como símbolo de la unión que sentía. Cora le acarició la cara y unieron sus labios en un beso cariñoso que los ausentó de la habitación sin notar la presencia inmóvil de Michael Lumis, que había abierto la puerta para comentarle a su compañera algunos detalles sobre un cliente. Los observó con un ojo entrecerrado y un montón de ideas a cada una más retorcida cruzando su mente a una velocidad aterradora. Empezó a

comprender la confianza ciega de Jack en Cora y a vislumbrar de donde procedía, ese lugar en el cuerpo centrado pero alejado del cerebro. Carraspeó con dureza y esbozó una sonrisa cínica cuando su mirada se encontró con la de Cora, que intentó soltar a Jack; aunque este no se lo permitió.

Con la mano bien sujeta a la de ella y un gesto de suficiencia, Jack giró la cabeza y preguntó:

—¿No sabes llamar a la puerta?

—Lo siento.

Michael no estaba arrepentido y la ironía que Jack percibió consiguió cabrearlo.

—¿Qué quieres?

—Tengo que hablar con Cordelia, pero puedo esperar.

Estaba adoptando una actitud más sumisa, pero Jack lo conocía y no lo engañó; intentaría usarlo a su favor y, quizá, perjudicaría a Cora.

—No te preocupes, yo me iba ya. Hablad tranquilos —comentó, se llevó la mano de Cora a los labios y la besó con una sonrisa—. Hasta luego, cariño.

La inquietud de Cora se transformó en confianza; lo amaba sin condiciones, sin condicionantes.

—Llámame luego.

Jack había dado por finalizada la despedida, pero necesitaba un último

beso, daba igual que fuese fugaz. Ignorando la rigidez de Michael, sujetó la cara de Cora y rozó los labios con los suyos. Ahí sintió otra vez la suavidad de un aliento que pronto oficialmente tendría a su disposición sin asombrar a nadie.

En cuanto Jack salió, Michael, que traía una carpeta en la mano, se acercó con cara de pocos amigos a la mesa y dijo:

—Tenemos que hablar sobre algunos puntos que no le explicaste bien a nuestro cliente.

Lo siguió con la mirada hasta que se sentó frente a ella y dejó caer varios papeles en la mesa.

—¿Qué no le he explicado bien, según tú?

—No es según yo, es según cómo actuamos siempre. Si tienes la capacidad para convencer al director me alegro por ti, pero como mínimo haz bien tu trabajo porque también me afecta a mí, y me dejo la piel para hacerlo perfecto.

La hostilidad que no se molestó en encubrir puso a la defensiva a Cora.

—No mezcles las cosas. La relación que el director y yo mantengamos es privada y no afecta a mi trabajo. Si crees que he hecho algo mal, dímelo sin hacer alusión a nada más por mucho que te moleste.

—No seas prepotente conmigo. Si te lo tiras mejor para ti, aunque no



sé qué pensarán los demás. A mí solo me preocupa mi trabajo y si estás en mi equipo o lo haces bien o te largas, te tires a quien te tires.

—Tú sí eres prepotente y no vuelvas a hablarme así.

—¿O qué? —preguntó con chulería.

—O vas a saber hasta dónde puedo llegar como me amenaces o intentes hacernos daño. No me busques porque no me conoces. Admito que estoy aprendiendo mucho a tu lado, no me pesa reconocerlo, pero mi vida privada y Jack son sagrados y hasta el momento no lo he utilizado para progresar aquí, así que, mantén conmigo una relación laboral aceptable y no me veré obligada a contarle a nuestro jefe esta conversación. De los dos, tú perderías más.

—¿Ves cómo eres prepotente?

—No lo soy. Estoy defendiendo algo que me ha costado mucho conseguir.

—Al menos tenemos eso en común, los dos luchamos por lo que queremos.

—Correcto. Espero haber aclarado las cosas.

—Eso espero y si no te importa vamos a hablar sobre tus fallos y cómo podemos arreglarlo.

—Muy bien, soy toda oídos.

Michael no relajó el gesto contrariado, pero vio en ella un punto de

soberbia que lo llevó a admirarla. No era mala trabajando; aunque debía mejorar, y con esa actitud podían formar un gran equipo; y él conseguiría un ascenso ansiado, mientras que dejándose llevar por sus miedos podría salir perjudicado habiendo desperdiciado mucho tiempo. Con su pragmatismo tuvo muy fácil la elección; la asociación con Cordelia Hosborn solo tenía aspectos positivos para explotar un potencial que cada día le sorprendía con ideas brillantes o una férrea voluntad.

Esa tarde, Cora no era capaz de dar dos pasos sin marearse. Llevaba un par de días raros y decidió no demorar más la visita al médico. En cuanto llegó a su casa, se dejó caer en el sofá y se tomó un antihistamínico. Cerró los ojos intentando aliviar la congestión nasal y un dolor de cabeza que empeoraba por momentos. Cada vez le ocurría con más frecuencia y no podía justificarlos al alcohol porque no había bebido nada.

Poco después apareció Jack en el apartamento.

—Hola, nena —saludó contento—. ¿Te apetece cenar fuera? —Dejó las llaves del coche en la mesa y la observó atentamente: un brillo sospechoso en los ojos, un color demasiado sonrosado en las mejillas, y una inestabilidad que sugería otra vez un consumo abusivo de alcohol que lo puso de mala leche de inmediato—. ¿Qué te pasa?

—No me encuentro bien.

—Espero que esto no sea un hábito para ti —dijo despacio.

—¿El qué?

—No me mientas, sabes perfectamente de qué estoy hablando.

Cora frunció el ceño e hizo un gesto de dolor; su cabeza no aguantaba un pequeño esfuerzo.

—No sé de qué hablas.

—Si no quieres que nos vean juntos puedes decírmelo en la cara. No hace falta que empines el codo sola.

—No he bebido.

—Mentirosa.

Jack se volvió de malos modos y recogió las llaves.

—No he bebido —susurró Cora.

Bajó la cabeza y se la sujetó con las manos, la voz indignada de Jack le retumbó como martillazos en el cerebro.

—Cuéntale ese rollo a otro. Hasta luego.

Salió hecho una furia y pegó un portazo que volvió a martirizar a Cora. Se reclinó en el reposabrazos y trató de olvidar un malentendido que ya resolvería con él, en ese instante solo le importó el dolor de cabeza machacón que en vez de mejorar parecía empeorar con la medicina.

Unas horas después, la salida de tono que Jack no supo reprimir le

pesaba demasiado, necesitaba verla para hacerse perdonar. Llegó, cerca del portal encontró aparcamiento y el restaurante japonés de la esquina abierto. Era un poco temprano para cenar, pero sabía que Cora nunca le hacía ascos a un buen sushi. Compró un surtido variado y subió al apartamento en el que escaseaban las medidas de seguridad. Aporreó la puerta con insistencia y (harto del ruido) la llamó por teléfono, esperando no despertarla, aunque tardó en contestar.

—Hola —dijo Cora con la voz apagada.

—Hola, nena, ¿cómo estás?

—Mejor.

Jack percibió el tono cortante y lo ignoró.

—Estoy en la puerta con la cena.

—Ya he cenado.

—¿No vas a abrirme?

—Estoy enfadada contigo.

Prácticamente no les hacía falta el móvil, los separaba la puerta y los dos sentían la presencia del otro.

—He venido a disculparme.

—Me ha dolido mucho que no me creyeras.

—Lo siento. Abre, por favor.

Cora no resistía esa voz grave rogándole, la tenía grabada en la mente.

Jack no tenía ni idea de la impotencia que sentía en cuanto notaba su rechazo; nunca había creído que para ella todo su mundo se redujera a él. Debilitada por un cúmulo de altibajos emocionales ya no sabía cómo decírselo, parecía una sombra solo capaz de seguirlo. Llenó los pulmones de aire, abrió la puerta y se quedó inmóvil frente al único hombre que podía mostrarle la intensidad de un amor tan adictivo como destructor. Los ojos turquesas y un amago de sonrisa en su rostro poblado de barba confundían una imagen informal con un atractivo suficientes para olvidar el montón de horas imaginando la vida que soñaba sin él, desalentada y deprimida por su incompreensión.

—Hola. —Jack se inclinó y la besó en la mejilla. Su aspecto había mejorado, aunque sus ojos brillaban con lágrimas que no querían salir al apartarse de la puerta y bajar la cabeza cuando él pasó por su lado. Jack fue a la mesa pequeña y dejó la bandeja de sushi mientras Cora se sentó en el sofá —. Te he llamado varias veces, estaba preocupado.

—Apagué el móvil, necesitaba dormir.

—Siento cómo me he puesto. Creía que habías vuelto a beber.

—No sé qué me pasa, pero te juro que no he bebido. Estoy preocupada porque no me encuentro bien. Me mareo, tengo náuseas y me duele mucho la cabeza.

—Me estás asustando.

—Tengo que ir al médico, llevo así varias semanas.

Jack empezó a hacer conjeturas, pensando en una situación inesperada que encendió una chispa alegre en su mente. Retiró el papel de la bandeja y de manera casual le preguntó:

—¿Sería posible que estés embarazada?

—No. —Cora tenía descartada esa posibilidad—. Tomo anticonceptivos desde hace diez años, es imposible.

—¿Te has hecho alguna prueba?

—No, pero no me hace falta —respondió, se sirvió un vaso de agua y bebió—. Además, llevamos juntos un mes, tendrías una puntería infalible si me hubieses dejado embarazada tomando las pastillas, y lo dudo.

—Nunca se sabe —dijo con suficiencia.

—¿Quieres tener niños? —preguntó, cogiendo una porción de sushi de salmón con aguacate.

—No por ahora, pero sí me gustaría tenerlos dentro de unos años.

—A mí no me importaría tener un hijo pronto. Cumplo treinta y dos el domingo, no puedo dejarlo muchos años, no tengo la misma suerte que tú.

—Tú y yo tenemos la misma suerte porque cuando tengamos hijos lo haremos juntos. Te parecerá una locura, pero hace un momento casi me muero de felicidad. Nunca me lo había planteado, y me ha hecho ilusión pensar que íbamos a ser padres.

—¿En serio?

—Totalmente.

Los dos rieron durante un instante y zanjaron el tema de los hijos entre succulentos bocados y una conversación amena repasando las anécdotas que Jack le contó. Más tarde, él comprobó que tenía ropa para el día siguiente, se duchó y se metió en la cama. Cora acababa de recoger el salón y gratamente sorprendida entró en el dormitorio.

—¿Te quedas?

—Sí. ¿Te molesta?

—Sabes que no, aunque me sigue doliendo la cabeza.

—Podemos dormir.

—¿Estás seguro?

Cora se quitó la bata y ahí Jack comprendió que iba a serle difícil mantener las manos quietas. Ese camisón tan fino, corto, que apenas le cubría el cuerpo, pedía a gritos ser arrancado sin demora.

Jack tragó saliva concentrado en dos pezones.

—Lo intentaré.

Ella se tumbó a su lado y le dio un beso en los labios.

—Buenas noches.

—Que descanses.

Cora sabía que estaba desnudo, y disimulando una sonrisa se giró

esperando un contacto que intuía no tardaría en llegar. Unos pocos segundos y Jack le dejó el primer beso en el hombro con una mano posesiva recorriendo lentamente su vientre. Luego, más besos en la espalda y la mano más abajo asediando con cautela y eficacia.

—Si no te encuentras bien, lo dejamos.

Fueron palabras vanas sin intención de detener un movimiento sutil que a ella la hizo gemir despejando su cabeza de dolor para sustituirlo por placer. No hubo réplica. Jack continuó tocándola, admirando cómo el cuerpo de Cora respondía a sus caricias, sintiendo con ella otro momento que los volvía a conducir a ese universo íntimo al que los dos se estaban acostumbrando. Él ya no resistía pasar solo las noches y después de amarla no fue capaz de retirarse extasiado en su interior.

—Vente a vivir conmigo.

Sonrió y lo besó en la barbilla.

—Me gusta mi casa. Pero gracias por la invitación.

—No es una invitación, es una proposición.

Jack le rodeó la cintura con el brazo.

—¿Qué me ofreces? —bromeó Cora.

—Vivir juntos, ser mi mujer... —Los ojos de Jack resplandecieron en la habitación mientras le acarició la mejilla mirándola hipnotizado—. Tener a mis hijos, envejecer a mi lado; siempre amándote.



Sorprendida por esa declaración de intenciones, se emocionó respirando de manera entrecortada. Jack le secó las lágrimas con sus labios y le besó la cara con una infinidad de besitos tiernos y cariñosos.

—Sí —susurró Cora—. Siempre amándote.

Jack cerró los ojos y esbozó una sonrisa pletórica fundiéndola en su cuerpo. Había sido su primer y único amor, por ella tomó la decisión más dura de su vida y con ella solucionaba un error que estuvo a punto de costarle la cordura.

## DOS

*Londres, 25-8-12*  
*Reino Unido*

Era más de medianoche cuando Claire volvió a entrar en el hotel con aspecto abatido, consciente de que su *amigo* Simon ya no estaba. Se acercó al mostrador bajo la piadosa sonrisa de una empleada.

—Hola, estoy buscando a Gabriel Drake. ¿Me puede decir si está alojado aquí?

—Lo siento, no puedo darle esa información.

—Por favor. —Claire percibió la empatía de la recepcionista, una mujer bajita, con una expresión agradable. No quiso desaprovecharla y exageró la tristeza, mentalizada para rogarle—. Llevo un día viajando para verlo. Es mi prometido, pero no sabe que he venido, es su cumpleaños y quería darle una sorpresa. Me conformo con que lo avise y, aunque no sirva para nada el esfuerzo que he hecho, le diga que Claire ha llegado.

La mujer movió la cabeza en un gesto afirmativo y buscó en el ordenador la habitación de Gabriel. Marcó el número, no respondió y se alejó unos metros de Claire para hablar con otra compañera que trabajaba en silencio de espaldas al mostrador. Poco después volvió con una sonrisa animosa.

—El señor Drake ha salido. Si quiere cuando vuelva le digo que se ponga en contacto con usted.

—Muchas gracias. ¿Podría esperarlo aquí? Voy a alojarme con él y no puedo estar en la calle con la noche que hace.

—Claro que sí, cerca de los ascensores hay varios sillones donde puede esperarlo. Si quiere, déjeme el equipaje.

—Se lo agradezco.

—No hay de qué. Espero contribuir a su sorpresa —añadió simpática.

—No lo dude, ha sido la persona más amable que he encontrado desde que llegué. De hecho, un compañero suyo, Simon, prácticamente me ha echado después de decirle que quería alojarme.

—¿Simon? —preguntó extrañada.

—Sí. Me dijo que no había habitaciones disponibles al ser temporada alta.

—Disculpe el malentendido, pero el Simon que conozco es uno de los botones y no está autorizado a otra cosa que no sea recoger equipajes y acompañar a los clientes a las habitaciones.

—Pues en su placa de identificación ponía Simon, y estoy segura de la conversación.

Tras un momento de duda, Claire le describió al chico. El rostro de la recepcionista se contrajo e inmediatamente llamó por teléfono a su superior.

En poco tiempo apareció un señor mayor con cara de pocos amigos y una actitud severa. Tras hablar susurrando con la mujer, se dirigió a Claire con amabilidad y le ofreció cambiar la habitación para ejecutivos de Gabriel por una suite. Por supuesto, aceptó encantada, incluso tuvo el placer de pasar sonriendo con la cabeza muy alta delante del botones, que seguía a su compañera con el gesto contrariado.

El jefe de relaciones públicas la acompañó a una suite de la sexta planta. Durante el breve recorrido le explicó la estrecha relación de la familia Drake con la cadena y los acuerdos que tenían en varios países para alojar a sus ejecutivos. Con una amabilidad exquisita, ordenó a otro botones dónde tenía que colocar el equipaje de Claire, también el que subieron de Gabriel, le enseñó por encima la habitación y se despidió disculpándose por enésima vez.

En cuanto se quedó sola, recorrió con ojos admirados la zona de estar independiente, con dos sillones orejeros junto a una chimenea de hierro negro, todo resaltaba en una pared verde agua. Entró en el baño e imaginó su antigüedad por el mármol rosa que recubría todas las paredes, una encimera con dos lavabos ovalados, una ducha semicircular, y una bañera lacada, que tuvo claro sería el lugar donde iba a pasar el tiempo hasta que llegase Gabriel.

Más de dos horas después desistió del agua, el agotamiento del viaje hizo mella en su relajado cuerpo. Se vistió con un camisón y salió a una

pequeña terraza agradeciendo el cese de la lluvia y la brisa fresca que la alertó mientras contemplaba un cielo plagado de rápidas nubes blancas roto por las siluetas de cientos de tejados.

Gabriel y Brian entraron en la recepción divertidos comentando tonterías y apenas prestaron atención a una de las recepcionistas creyendo que les pedía moderasen el volumen de las risas. La sorpresa de Gabriel fue mayúscula al no estar muy conforme con la justificación que le dieron para realizar el cambio de habitación sin su consentimiento. Con más intriga que otra cosa, entró en la suite, donde un olor familiar captó su atención. Se quitó la chaqueta y la dejó en el sofá, intuyendo quien estaba en la terraza. Insinuando una sonrisa, Claire se aproximó observándolo atentamente, a pocos centímetros de él susurró:

—Hola.

—Hola. —El primer impulso de Gabriel fue besarla, pero se contuvo inmóvil—. ¿Has cambiado tú la habitación?

—No de forma voluntaria. —Claire acarició su rostro y lo besó en los labios con una tranquilidad que suavizó la tristeza de los dos. Segura de sus próximas palabras, sujetó las mejillas de Gabriel sin apartar los ojos de los suyos—. Te quiero y necesito estar a tu lado, siempre.

—¿Y el curso?

—¿Me lo preguntas?

Serio, asintió, esperando una declaración de intenciones como alguna de las muchas que le había hecho.

—Eres lo más importante para mí —dijo Claire, levantó la mano de Gabriel y la besó—. Siento mucho todo lo que te dije, y si me dices que no te importa mi pasado, si crees que no influirá en nosotros, que serás capaz de sobrellevarlo sin reproches, te juro que aquí y ahora lo entierro —afirmó convencida. Lo miró emocionada y continuó—: No quiero vivir con esa sombra constante y solo lo conseguiré si tú estás a mi lado. Eres con diferencia la persona más importante en mi vida, te quiero, quiero la vida que tenemos planeada, y siempre serás mi prioridad, ningún sueño va a alejarme de ti porque tú los cumples todos.

Esa era su chica en esencia, con la nitidez que brotaba de unos labios sugerentes mientras hablaba con el corazón. La amaba, y en pocos segundos barrió cualquiera de las insistentes dudas que no lo dejaron tranquilo desde que despegó de Terranova. Gabriel inclinó la cabeza hacia delante y buscó la boca de Claire. Le sujetó la cara con las manos, inmovilizándola para saciar su lengua del sabor que más le gustaba.

—Llevo dos días sin verte y han sido como dos años.

Le recorrió con la mano la piel desnuda de los muslos y ascendió despacio hasta apretarle las nalgas. Como siempre el deseo se apoderó de

ellos. Llegaron más besos, más contacto y más humedad.

En unos minutos estaban en la cama dando rienda suelta a esa pasión arrolladora. Gabriel hundió los dedos en unos pliegues cálidos con una cadencia suave que se volvió rítmica, luego enloquecedora, sintiendo la reacción de Claire tensando la espalda para darle acceso total a su cuerpo. Todo era para él. Le quitó el camisón y lamió sus pechos, dándole un orgasmo con la mano, dejándola volar entre sus brazos agitada por violentos embates, siempre confiando en él, amándolo y borrando el miedo a la intimidad del sexo.

—Te amo —jadeó Claire.

Necesitó sentirlo dentro, su complemento respondía a un nombre y lo gritó enardecida cuando un potente orgasmo la estremeció abierta de piernas con el causante arrodillado entre ellas sonriendo satisfecho.

—Estás guapísima.

Con una sonrisa preciosa, Claire le desabrochó los botones de la camisa, se pegó a él mientras se la quitaba y lo besó en el cuello cuando deslizó la mano lentamente por la cintura del pantalón, lo bajó acariciando unas caderas que no podía mantener quietas y le traspasó un calor ardiente hasta el último nervio. Metió la mano bajo los bóxers, sintió la erección dura dispuesta y los bajó con una suavidad demasiado parsimoniosa, ineficaz para Gabriel, que deseoso no pudo controlar embestirla para consolarse. Empujó

con fuerza al penetrarla profundamente. Se retiró y de inmediato volvió a hundirse hasta el fondo, notaba la tensión de Claire por retenerlo cuando estaba a punto de correrse.

—Cada día me gusta más —susurró Gabriel, mordiéndole la barbilla.

Inició un movimiento rotando las caderas que los impulsó a una caída al vacío más alta de lo que acostumbraban. El temor de los dos a un futuro sin el otro los condujo a una unión donde se fundieron en uno solo. Gabriel explotó con una violenta descarga de semen que la empapó, le chorreó la cara interna de los muslos, llenándola de ardiente vida.

Luego se cobijaron bajo una fina sábana de algodón blanco, dejando que sus manos aplacaran con suaves caricias el estremecimiento que acababan de experimentar. Si Gabriel había confesado que para él cada día el sexo entre ellos era mejor, para Claire simplemente encontrar una palabra que definiera las emociones que Gabriel le despertaba era complicado y solo encontró una: todo.

—Te quiero mucho —dijo Claire, besándole el pecho.

—Y yo, cariño. Me has hecho muy feliz viniendo.

—¿Habías hecho algún plan para el fin de semana?

—No. ¿Quieres que vayamos a España?

—Me da igual. Si estás liado, podemos dejarlo.

—Podemos alquilar un coche y salir de Londres. Busca algún sitio



interesante, y España lo dejamos para la boda.

—Vale. Cuando puedas, devuélveme el anillo, por favor.

Gabriel frunció los labios y sonrió contento.

—¿Estás segura? ¿No lo querrás por el viaje?

—Nunca he deseado nada hasta que te conocí.

—¿No voy a tener que obligarte a casarnos?

—No.

Tras dormir como ángeles y amanecer con agujetas en todo el cuerpo, Gabriel y Claire se ducharon, vistieron con ropa informal y bajaron para desayunar en uno de los restaurantes del hotel. Antes de entrar, Gabriel la guió en un recorrido a través del Salón de Té, con una vidriera en el techo, y la Galería de la Plata, con unos estucos a los lados manteniendo el estilo elegante que se palpaba en cualquier rincón.

—¿De verdad quieres quedarte aquí?

—Sí. No he venido nunca, y si el lunes vas a estar trabajando me gustaría que me enseñaras el centro.

Un camarero les sirvió café y tomó nota de sus platos.

—¿Quieres ir de compras? —preguntó Gabriel.

—No, turismo.

—¿Cultural o natural?

Gabriel solo pretendía saber a qué atenerse.

—Los dos —admitió Claire, sonriendo—. Te dejo elegir.

—De acuerdo, te enseñaré todos los puentes.

Un sol tímido los acompañó mientras pasearon hacia Westminster, donde Claire se hartó a hacer fotos. Gabriel descubrió que siempre le interesaba más captar expresiones en las personas que monumentos, esos solo eran escenarios que prefería desenfocar. Cogieron el paseo peatonal del río. Gabriel la observó absorta en imágenes y luces que solo ella veía, siempre buscando las perspectivas que se perdían en el horizonte.

—Me encanta.

Habían llegado al puente Millenium, que al ser temprano no era la pasarela habitual en la que se convertiría en un rato, Claire se situó en el centro, pero no encontraba el enfoque. Apoyado en la baranda, Gabriel esperaba distraído con los barcos. Cuando se cansó, buscó a Claire, que sin él notarlo le había hecho algunas fotografías.

—¿Has terminado?

—Sí. ¿Seguimos?

—Estoy cansado.

Claire se acercó sonriendo y lo abrazó por la cintura.

—¿Quién es ahora el vago?

—No es eso, cariño, es que hasta el puente de la Torre queda un paseo.

—Podemos llegar y comemos por allí. Y si quieres esta tarde nos quedamos tranquilos en el hotel.

—Esta noche me gustaría ir al teatro.

—Vale, pero toda la tarde es nuestra.

Con los brazos entrelazados dieron una caminata más distraída para Gabriel, que le explicó curiosidades sobre la construcción de la prisión y, sentado en el muro, la sujetó en sus piernas mientras un turista les hizo una foto. Después, eligió un restaurante en la otra orilla, donde comieron cerca del muelle de los ferris, ignorando por completo el acontecimiento que estaba a punto de trastocar la historia de los Merritt.

Cuando Alexei terminó de desayunar en su bungalow, una súbita sensación rarísima se adueñó de su estómago hasta terminar palpitándole en el corazón. El ritmo infernal de aquellos sordos latidos consiguió asustarlo. Se acostó en la cama apretándose el pecho con las manos, consciente de que había llegado la hora. Sin embargo, no recibió la visita esperada, no pasó nada. Tumbado boca arriba se observó las manos llenas de cicatrices, de señales del esfuerzo, de esa entrega por el arte que nunca escatimó riesgos. Recordó los años vividos en Rusia, la injusta muerte de sus padres en una

guerra que no era la de ellos pero fue inevitable y la esperanza que compartió con su hermana cuando decidieron vender lo poco que tenían para buscar un futuro algo más cómodo en Inglaterra. Les costó un mes llegar a París, siempre atemorizados por todos los bandos que luchaban sin criterio. Ni él ni Irina creían en los motivos que unos u otros justificaban; aquello fue infame, todo valía para masacrar en nombre de la libertad.

Conforme la respiración de Alexei se regulaba, entendía que no era la muerte quien venía a por él, sino el pasado. El mismo que Charles no tuvo arrojo de hacer público, que mató el sueño de su hermana y casi acaba con el suyo. Siempre volvía como un fantasma para torturarlo. Ese era su demonio, y tenía nombre de mujer. Una maldita que arruinó su vida con destellos de deseo, aunque no logró más que su cuerpo sin alma. El odio, la rabia y la venganza todavía pesaban demasiado, tanto como un olvido que su mente inquieta jamás le concedió y nunca conseguiría.

Con todo el pesar de más de ocho décadas en la espalda, Alexei se incorporó y enterró la cabeza entre sus grandes manos, pensando en el único amor verdadero que tuvo el honor de conocer y la gran desgracia de abandonar cuando se precipitó la debacle y cambió de continente para enfrentarse a la realidad que le quedaba: la inspiración de su arte.

A cientos de kilómetros de Deer Lake, el arquitecto Daniel Larson

sujetó la carpeta de piel que uno de los obreros acababa de descubrir en un compartimento oculto entre dos planchas de madera en la biblioteca de la planta baja. La guardó en el salón con sus planos, sin abrirla pero muy intrigado. «¿Qué contendría?» «¿Por qué estaba escondida?» Por desgracia, hasta que Claire y Gabriel regresaran de Londres no tendría respuestas, siendo también posible que ni así las tuviera al comprender que nadie se habría tomado tantas molestias en ocultar algo bueno; la felicidad se proclamaba al viento; pero las miserias se encerraban en silencio.

En Queens, Cora recibió un ramo de rosas rojas, una tarjeta y una caja de regalo muy grande a primera hora del día siguiente, el bochornoso domingo de su treinta y dos cumpleaños. En la tarjeta leyó: «*Felicidades. Luego te mostraré mis mejores deseos. Espero que te guste el regalo y me dejes quitártelo después de cenar en mi casa, que es la tuya. Siempre amándote, Jack*»

En ese preciso momento fue más verdad que nunca que Jack Drake era el gran amor de su vida y que siempre lo amaría. Con su apariencia despreocupada, derrochaba romanticismo con ella, cada día se lo demostraba. Y con las flores, con sus palabras excitantes y cariñosas y el vestido largo de seda blanca que sacó de la caja, sutil y resistente como él, confirmaba que aceptar su proposición sería una apuesta segura, posiblemente la mejor

elección que había hecho nunca.

Durante varias horas guardó la mayor parte de su ropa en dos maletas, los zapatos en una bolsa de tela, unos marcos de fotografías y otros objetos personales. Después de bajar a la calle y meterlo todo en el maletero del coche, le dedicó a su cuerpo un merecido y añorado homenaje. Más tarde se secó el cabello con unas ondas que aun le dieron más volumen, se maquilló acorde al vestido de noche y, antes de ir a casa de Jack, se puso unas sandalias plateadas de tacón alto.

El cambio en la arquitectura fue evidente desde la calle Canal hasta el 400 de la calle Greenwich, donde estaba su nueva casa. Los almacenes reconvertidos en apartamentos y una cantidad considerable de negocios, galerías de arte y servicios comunitarios llenaban de vitalidad un barrio industrial favorito de gente moderna, adinerada o una mezcla variopinta menos definible.

Jack no se hizo de rogar para abrir, aunque la visión blanca que admiró le paralizó todos los músculos unos segundos. También se esmeró con su imagen, afeitado a la perfección, vistiendo un pantalón oscuro y una camisa negra. No lo advirtió demasiado preocupado con su propia reacción, pero Cora consiguió disimular el efecto parecido que sintió al verlo.

—Me has dejado sin palabras —afirmó al salir del mundo silencioso.

—Tú estás muy atractivo.

Cora le besó rápido los labios y entró en el salón. Se sentó en el sofá de piel negra contemplando los cuadros variopintos que decoraban las paredes, la funcionalidad de la cocina con la barra de ladrillo rojizo y las cuatro lamparitas metálicas colgadas de una tubería de plomo. Jack tenía preparada la mesa que había cerca de la puerta que separaba el salón de los dormitorios con un surtido de sushi, un plato de *tataki* de atún, algunos canapés con una presentación impecable y dos botellas de vino blanco.

—He comprado cerveza sin alcohol. ¿Te apetece una?

—No, prefiero agua —dijo Cora concentrada en uno de los cuadros—. Cariño, ¿en serio te gusta ese cuadro?, porque mira que intento abrir la mente para comprenderlo, pero no hay por donde agarrarlo.

—A mí me gusta, es impactante.

—Sí, duelen los ojos.

—En vez de criticar mi gusto por el arte, múdate conmigo y podrás elegir tú misma los cuadros que quieras. No me importa quitar alguno, pero para admitir tus gustos debes tener más peso en la casa.

—Ve a mi coche y comprueba el maletero, por favor —replicó. Ante esa seguridad, Jack entrecerró los ojos y se acercó a ella con las manos en los bolsillos, esbozando una lenta sonrisa. A pocos centímetros de él, Cora le quitó las gafas y rodeó su cuello con los brazos—. Ese cuadro tiene los minutos contados. Cuando quieras, vamos de compras.

—A tu disposición —susurró Jack—, veré qué podemos hacer.

—¿Estás contento?

—No tengo claro que sea real.

—Bésame y desengáñate. Desde ahora vivimos juntos.

—Me acabas de regalar mi sueño.

Jack tierno era irresistible para Cora, y con sus labios unidos los dos dejaban de razonar. Rezongando se apartaron para no acabar en la cama antes de tiempo y se sentaron a cenar, ilusionados por tener esa oportunidad descartada que había llegado en el momento idóneo.

Unos minutos antes de salir el día siguiente de la oficina, Cora recibió un mensaje bastante intrigante de Jack «*Tengo una sorpresa para ti. Te espero en el aparcamiento, no tardes, J.*». Cuando llegó, estaba apoyado en el capó de brazos cruzados, sonrió contento y le abrió la puerta.

—Gracias por ser puntual —dijo, la besó en los labios—. ¿Todo bien?

—Sí ¿Y tu día?

—Como siempre.

Se sentó tras el volante, puso la radio en cuanto arrancó y salieron con un destino desconocido para Cora.

—¿No piensas decirme donde me llevas?

—Cerca. Hoy inauguran una exposición de un artista neoyorquino que



me gusta mucho y creo que te va a encantar.

—¿Quién?

—Janssen, creo que tiene ascendencia holandesa.

—Espero que no sea el mismo autor de la estrella de tu salón — comentó escéptica.

—No —dijo risueño—. Y es nuestro salón. Janssen tiene un estilo abstracto que se parece un poco a los cuadros que tenías en tu apartamento. Por cierto, ¿has hablado con la inmobiliaria?

—Sí, pero por ahora no voy a alquilarlo. Me he gastado mucho dinero en él y me estoy planteando venderlo.

—¿En serio?

—Sí —contestó convencida, pese a no compartir la idea que tenía de devolverle el dinero a Gabriel hasta tener un comprador, mientras, otro tema más importante ocupaba su pensamiento. Cora sonrió, mirándolo feliz—. Me gustaría que hablásemos sobre algo que he dado por sentado.

—¿Qué?

—No me he tomado las pastillas —dijo Cora atenta a los ojos de Jack, brillaron con unos destellos tan azules que solo pudo desearlos para sus hijos—. Debía haber empezado ayer.

—¿Los anticonceptivos?

—Sí. ¿Te parece bien?

—Te lo dije, prefiero esperar. Pero si tú quieres me hará muy feliz tener un hijo contigo. Si fuera un niño mejor.

—¿No preferirías una niñita como Ophie?

—También, pero antes quiero un varón. Luego podemos tener todas las niñas que quieras.

Cora le acarició la pierna y lo besó con ternura en la mejilla. Poco después, aparcó Jack en una calle paralela a su apartamento y guardó los maletines en el maletero.

Llegaron a la galería de arte de la mano. En el interior un público considerable admiraba una obra que, sin Jack equivocarse, sedujo a su chica de inmediato; quedó atrapada por un caos de trazos llenos de colores retorcidos entre ellos. Sus ojos no pudieron apartarse de una marea azul de diferentes tonos con sinuosos trazos verticales, luchando con una fuerza que traspasaba aquel lienzo de más de dos metros cuadrados.

—Qué maravilla —murmuró Cora hipnotizada por la pintura.

El precio del *Untitled* también ayudó a que no saliera del trance, costaba treinta mil dólares.

—¿Lo compramos? —preguntó Jack.

Le ofreció una copa con un refresco y cogió una cerveza para él.

—Aún no he vendido la casa para poder pagarlo.

—Es un regalo de cumpleaños.

—¿Otro? ¿Estás loco? Me regalaste flores, un vestido precioso y una noche inolvidable. No necesito más cosas.

—Nena, no es una cosa; es arte —dijo sobrado—, y quién sabe, quizá dentro de unos años no tenga precio.

—Puede que tengas razón, tiene pinta de ir en aumento.

—Hazme caso, es una inversión muy interesante. Si te gusta ese, hablo con la galerista.

—Cariño, es mucho dinero.

—¿Lo quieres o no?

Cora lo miró fijamente y poco a poco una sonrisa se adueñó de su cara. Jack no necesitó palabras, la sujetó del codo y se acercaron a una señora mayor con apariencia sofisticada, un rostro bien tratado por los años y una actitud extremadamente cordial, no solo porque conocía a Jack, sino también por la comisión espléndida que su galería iba a ganar con ellos.

Pasados un par de días, para ir a la consulta de su médico, Cora salió temprano del trabajo. Tras explicarle los síntomas, recibió como posible diagnóstico una alergia al alcohol o alguno de sus componentes.

—No entiendo que me haya pasado ahora.

El médico se quitó las gafas e hizo una mueca de desconcierto.

—Las alergias pueden aparecer a cualquier edad. No sabemos por qué

el sistema inmune identifica algo como peligroso en un determinado periodo y en otro no. Pero por lo que me has contado siempre has tenido problemas con el alcohol. Para una mujer de tu estatura y peso una bebida alcohólica al día es un consumo moderado, y no es cantidad para emborracharse.

—¿Podría ser otra cosa? Llevo sin beber muchos días.

—Haz una lista con los vinos y cervezas que sueles tomar para descartar cuales pueden contener alérgenos ofensivos. Te haré unas pruebas para el estómago, la semana que viene te daré los resultados de los análisis. Mientras tanto, no te automediques. Algunos antigripales tienen histamina igual que las cervezas y el efecto puede ser muy peligroso si antes no sabemos qué te causa la alergia.

—Me tendrá que recetar algo para la cabeza, llevo una semana con un dolor horrible.

—Intenta recordar si has hecho algún cambio en esta semana. No solo con el alcohol. Puede ser algún alimento, los anticonceptivos, incluso, la colonia o cualquier producto que uses para lavar la ropa.

—Me he mudado hace poco, el abanico es demasiado amplio; podría ser cualquier cosa.

—No te inquietes, Cordelia, cuando tenga los resultados de la analítica podré decirte algo más concreto.

Salió de la consulta y vio un coche aparcado que le resultó familiar. Al

momento, el propietario del DB9 se bajó y fue a su encuentro. Cora dedujo que venía directo del trabajo por el cansancio que aparentaba y por el traje oscuro que vestía, el mismo que le vio esa mañana, aunque se había quitado la corbata.

—Hola —saludó Cora sonriente—, ¿cómo sabías dónde estaba?

—Tengo mis contactos —Se aproximó y la besó en la mejilla—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que puede ser una alergia al alcohol o a cualquier cosa que haya en la casa; algún alimento, detergente o incluso las pastillas para la cabeza.

—Para resumir, no tiene ni idea.

—Básicamente.

Con un gesto torcido, Jack colocó el brazo en el hombro de Cora y la guió hacia el coche para regresar a TriBeCa, pensando en su poco tacto cuando creía que esos síntomas eran consecuencia del alcohol. Se propuso velar por su salud, hablar con la mujer que hacía la limpieza varias veces a la semana en el apartamento y también no perderla de vista en la oficina para evitarle cualquier situación que pudiera perjudicarla.

## TRES

*Londres, 29-8-12*  
*Inglaterra, Reino Unido*

Después de un masaje en el hotel, Claire volvió a Hyde Park para hacer todas las fotografías que todavía no había hecho dedicada por entero a compartir con Gabriel paseos y compras por la capital inglesa. Se sentó en un banco, ajustó la cámara y buscó a su siguiente objetivo. Por el visor contempló a un *golden retriever* con el pelo canela jugando incansable con un disco volador, lo atrapaba en el aire y lo llevaba corriendo a su amo. La elasticidad del animal con sus músculos en tensión al servicio del placer, aparte de hacerla sonreír, le proporcionó varias imágenes bonitas.

—¿Si te doy mi móvil, me enviarías algunas fotos?

Claire no advirtió al dueño del perro sentarse junto a ella.

—Por supuesto —respondió al hombre moreno, con un rostro agradable y una imagen informal que no le inspiró ningún temor. Acariciando la cabeza del perro, dijo—. Es precioso y parece muy noble.

—Lo es. ¿Cómo te llamas?

—Claire, ¿y tú?

—Enzo, encantado.

Tendió su mano y estrechó la de Claire, que detectó un acento italiano inconfundible.

—¿Cómo se llama? —preguntó curiosa.

—*Orion*. ¿Tienes perro?

—No, pero estoy pensando en comprarme uno, me encantan.

—¿De dónde eres?

—De Canadá. ¿Y tú?

—Venecia. Llevo aquí un año. ¿Vives cerca?

—No, estoy de vacaciones.

Claire echó un vistazo a su reloj, supuso que Gabriel estaría a punto de llegar, se levantó y empezó a guardar los accesorios de la cámara en una mochila negra.

—¿Te vas?

—Sí. Me alojo aquí al lado, en el Park Lane. —Se colocó la mochila en el hombro—. Hasta otro día.

—*Ciao*.

Sonriendo, Claire se despidió. No se había alejado mucho cuando vio acercarse a *Orion* con la velocidad de un rayo.

—Hola. —Se inclinó hacia abajo y le acarició el lomo mientras el perro movía la cola alegremente. La suavidad del pelo, unos colores claros brillantes y una actitud confiada acabaron inclinando su decisión por esa raza;

aunaba todo lo que buscaba en un animal—. Eres un bruto, pero me gustas.

Enzo los alcanzó, sujetó al perro del collar que llevaba en el cuello y le colocó una correa roja corta.

—¿Podemos acompañarte al hotel?, nos viene de camino.

—Claro —respondió cordial.

Poco después, *Orion*, que de vez en cuando daba algún tirón para olisquear los troncos de los árboles, iba entre ellos a un ritmo relajado. Hablaron de Italia, de gastronomía y del trabajo como informático que Enzo realizaba allí para una multinacional.

Distraída con el italiano, Claire no se dio cuenta de un corrillo en la puerta del hotel con varios hombres y mujeres donde Gabriel charlaba después de una de las pocas reuniones que aún tenía pendientes. Sin embargo, ella no pasó inadvertida.

—No te he dado mi número —dijo Enzo risueño, ajeno por completo a las dos balas de plata que refulgieron en un arrebato posesivo con unos disparos disuasorios—. Sería un detalle por mi parte...

—Es verdad, espera un momento.

Claire se quitó la mochila del hombro, buscó el teléfono y anotó el de Enzo. Luego se agachó, tocó la cabeza de *Orion* y, viendo lo guapo que era, le apretó la cara con fuerza cariñosa.

—Eres muy bueno —dijo contenta.



—Te veo loca por uno.

—Sí. He pasado un rato muy divertido con vosotros, gracias.

—Nosotros también. ¿Nos vemos mañana? Suelo ir todos los días a la misma hora.

—No lo sé, si puedo iré un rato.

—Vale. *Ciao, bella.*

—*Ciao, Enzo. Ciao, Orion.*

En cuanto terminó la despedida, Claire volvió a colocarse la mochila y dio la vuelta hacia la puerta giratoria, pensando en la tarde tan agradable que había pasado, ajena al Inquisidor, bloqueado por una escena inimaginable en su cabeza.

No llevaba ni diez minutos en la suite cuando un portazo súbito la sorprendió, se asomó y vio a Gabriel con las manos en los bolsillos del pantalón, una ligera sonrisa enmascarando la tensión en sus mandíbulas y una mirada severa para terminar de confundirla.

—Hola —saludó Claire, yendo a su encuentro—, hemos llegado casi a la vez.

—Hola. —Gabriel se movió despacio—. ¿Qué has hecho?

—He ido al parque. ¿Estás cansado?

—Estoy bien.

La sujetó por las caderas, inclinó el cuerpo hacia abajo y le dio un beso muy corto en los labios.

—¿Qué te pasa? —preguntó Claire.

—Nada.

Se apartó de ella, fue al vestidor y se quitó la chaqueta, corbata y zapatos. Salió en unos minutos, sonrió al mirarla, pero Claire vio más cinismo que otra cosa, y se encerró en el baño.

Escuchando el agua de la ducha, Claire sacó resuelta la cámara para immortalizar el cuerpo de su novio. Entró sigilosa en el baño. Gabriel, apoyado en la pared con las palmas de las manos, no la oyó, siguió con los ojos cerrados tratando de olvidar los celos que aún persistían. Claire enfocó un torso ancho y musculoso, percibiendo contención; la curva del cuello, equilibrada con la espalda en un ángulo adecuado; y el chorro potente del agua, empapándolo para crear un efecto móvil muy atrayente; le gustó tanto que lo quiso como su sello personal. De la misma manera que entró, salió. Buscó en la maleta el cable de la cámara y la conectó al portátil. Repasó las fotos del parque, entre todas, solo podría trabajar con dos; en ellas, *Orion* estaba en el aire con un movimiento imposible sosteniendo el cuerpo elevado y una lengua exagerada soltando baba. Llegó a las que le interesaban y se concentró en una; acababa de elegir la foto para su proyecto en la escuela; uno de los muchos que debía realizar. Concretamente en este, el tema era

libre y tenían que aplicar cinco comandos de *Photoshop* como máximo. Si bien, Claire pensó que solo despojándola del color sería bastante; «¿para qué cambiar algo perfecto?». Jugando con la luz realzaría la fuerza de una postura muy masculina, el blanco haría vibrar la explosión del agua en el cuerpo mientras las sombras protegerían la identidad del pudoroso modelo.

Gabriel terminó la sesión relajante y se sujetó una toalla en las caderas. Sin mirarla, atravesó la habitación para encerrarse en el vestidor. Cuando pasó por delante en pocos minutos vestido con unos vaqueros, un polo negro y unos zapatos oscuros, harta de no saber qué ocurría, Claire cerró el ordenador prestando atención a una sucesión de gestos rápidos. Por aliviar la tirantez innegable, preguntó casual:

—¿Dónde vas a llevarme a cenar?

—Donde quieras —respondió al entrar en el baño.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. He quedado con Brian en el bar, te espero dentro de media hora.

—No me mientas. Sé que estás molesto por algo.

Esa percepción de Claire avivó un apaciguado mal humor.

—Muy bien —dijo Gabriel en un tono soberbio. Habría preferido salir con Brian sin dar explicaciones, pero ante la insistencia...—. Ya que quieres saberlo, te lo contaré.

Viéndolo acercarse despacio, Claire entrecerró un ojo.

—¿Por qué me hablas así?

—Porque me toca la moral verte flirtear con un tío en mis narices y que encima le des tu número de teléfono; por eso estoy así. ¿Contenta?

—¿Flirtear? ¿De qué hablas?

Una sonrisa cínica precedió la salida acelerada de Gabriel. Dejó en la cama a Claire aturdida, hasta que decidió aclararle qué era flirtear en sus narices. Tras ducharse con la moral rozando el cielo, se secó el pelo alisándolo, usó un esmalte rojo para pintarse las uñas de los pies, se maquilló tomándose su tiempo y, por último, eligió para vestirse una falda roja recta, entallada con el largo por las rodillas, un top negro ajustado y unas sandalias romanas negras de tacón alto.

Salió contoneando el cuerpo hasta el bar de la planta baja; bajó los cuatro escalones del acceso y entró en otro escenario elegante pisando un tablero de ajedrez entre paredes de un verde pálido, unas mesas redondas oscuras con sillones de mimbre tapizados de terciopelo azul, y una barra de madera con varios taburetes donde Gabriel y Brian bebían unos cócteles.

—¿Esa no es tu novia? —preguntó Brian.

Gabriel giró la cabeza para quedarse petrificado, esforzándose en mantener el líquido dulzón dentro de la boca; fue toda una hazaña.

—Sí —respondió concentrado en Claire y en los hombres sentados en

las mesas—. Ahora vuelvo. —Salió disparado tras ella antes de que recorriera todo el salón y despertara más curiosidad que miradas lascivas. La sujetó del codo y preguntó susurrando—. ¿Por qué te has vestido así?

—Suéltame —dijo Claire vocalizando, con los ojos chispeando desafiantes—. Y me visto como quiero.

—Si lo estás haciendo para cabrearme, estás muy cerca de conseguirlo.

—Llevas cabreado desde que has llegado. Si te avergüenza estar conmigo, dímelo —habló y sonrió al enarcar una ceja—. No creo que vaya a tener problemas para encontrar compañía.

Gabriel perdió la paciencia y le agarró la mano con firmeza. Al pasar por la barra, se despidió de Brian inclinando la cabeza y siguió lanzado hasta los ascensores. En unos minutos, tiró de ella hacia el fondo de la solitaria cabina y la apresó con su cuerpo.

—Esto es para mí.

El tono bajo de Gabriel llegó con sus posesivas manos recorriendo unos muslos calientes que las guiaron hacia las bragas para bajarlas, arrastrado por la brevedad del trayecto mientras la besaba a un ritmo frenético. En cuanto se abrió la puerta automática, los dos supieron que no estaban solos. Claire bajó con suavidad la pierna que rodeaba una cadera de Gabriel, sintiendo su mano en la entrepierna cada vez con menos presión.

Oculto aún tras su cuerpo inclinado sobre ella, disimuló al bajarse la falda y, con un suspiro hondo, aceptó su mano para salir sonriendo ligeramente. De forma educada saludaron a una pareja madura, vestida de etiqueta, que no entendió esa pasión en un lugar público y refinado, y volvieron a pegarse como lapas impacientes, tanto que no pasaron del vestíbulo. Otra vez, sin ningún mal recuerdo, Gabriel la sostuvo a pulso, acorralándola contra la puerta siendo muy consciente del inmenso placer que le daba, comparable al que recibía.

Al día siguiente Cora no quiso seguir con una machacona incertidumbre y a la hora del almuerzo compró un test de embarazo para descartarlo antes de tener los resultados definitivos de las pruebas de la alergia. Cuando regresó al despacho, se quedó muerta por la bomba de relojería que tenía para Jack, cavilando en su eficacia —tras diez años tomando anticonceptivos— y en la admisión de esa paternidad que preveía todavía lejana.

Necesitó maniobrar con su pequeño Volvo varias veces para aparcarlo frente al portal. Poco afectada por el ángulo demasiado inclinado del morro, salió deprisa con el bolso en la mano, esperanzada en que Jack hubiese terminado la reunión donde lo dejó antes de saber su nuevo estado.

Subió a la tercera planta en el montacargas reconvertido en ascensor,

enorme, pese a que nunca coincidía con ninguno de los doce vecinos. Un movimiento lento y un sonido chirriante no lograron aplacar su nerviosismo. De un buen tirón, abrió la puerta metálica; ese ruido al topar la hoja con la pared siempre resonaba en la planta. Metió su llave en la cerradura y entró confiada en el salón. Se quedó inmóvil por la mirada de Jack, que mostró sorpresa e incluso creyó detectar miedo, pero no felicidad al verla.

—Hola —saludó Jack, acercándose—. Has salido temprano de la consulta

—Sí, tenemos que hablar.

—Vale. Tengo que decirte...

Jack no terminó la frase. Por el pasillo apareció una morena, con un aire mediterráneo saludable y atractivo, vistiendo un uniforme oscuro de azafata. Hasta ese momento, Cora había olvidado a las mujeres de esa parte díscola de su vida que nunca le interesó.

—Hola —habló sonriendo—, soy Sofía. Debes ser Cora, ¿no?

—Sí —susurró paralizada, tragando despacio.

Sofía le estrechó la mano.

—Encantada.

—Lo mismo digo.

Sin reparar en la tensión de Jack, Cora mantuvo el tipo.

—Tengo que irme —dijo Sofía. —Se aproximó a Jack y lo besó en los

labios—. Cuídate.

—Y tú, hasta luego.

Sofía cogió una trolley con el símbolo de una compañía aérea europea y al salir hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo a Cora.

—No pienses mal porque no es lo que parece —dijo Jack, intuyendo qué conclusión había sacado, con pocas ganas de contarle que un rato antes se encontró a Sofía esperándolo en la puerta, que solían verse aprovechando las escalas que ella realizaba en Nueva York cada cierto tiempo, sin ataduras ni reproches, que acababa de finalizar esa relación y que por su cara estaba metido en un lío—. No ha pasado nada.

Cora no sabía qué estaba pensando, ni tampoco qué hacer, solo sentía decepción y la profunda tristeza que ocultó de golpe una feliz noticia y llenó su mente de dudas sobre la implicación que Jack asumiría.

—¿Quién es?

—Una amiga —dijo Jack, guardando las distancias—. Nos veíamos de vez en cuando.

Asintiendo, Cora lo miró durante un largo instante.

—Voy a recoger algunas cosas. Me voy unos días a mi apartamento.

—No. Por favor, Cora, no te vayas porque pienses que te he engañado, no ha sido así.

—Necesito pensar tranquila, y aquí me va a ser imposible.



—Pensar en qué. En esto no, por favor.

Si Jack empezaba a rogar, la escasa fuerza que empujaba a Cora para salir de ahí quedaría barrida en segundos.

—En muchas cosas, esto es solo una.

—¿En qué más?

—Ahora no, Jack, por favor. No tengo ganas de nada.

Jack le sujetó la barbilla con firmeza y la obligó a mirarlo.

—No me dejes por algo que no he provocado.

—No te estoy dejando, solo te pido unos días para poder decidir qué hago con mi vida.

—Ya lo tenías decidido. No me mientas, ha sido por ella.

—Es verdad. Me ha dejado aturdida y he entendido que durante estos años has estado rodeado de mujeres y no sé si seré capaz de aguantar que te las encuentres o vengan a buscarte aquí. Supuestamente es nuestra casa, al menos eso es lo que dijiste.

—Y lo mantengo. Es nuestra casa, de los dos. Y te prometo que nadie más va a venir. Si es necesario las llamaré una a una, pero nadie va a interferir entre nosotros.

Esa afirmación de Jack fue bastante relativa para Cora; un hijo era una gran interferencia.

—Déjame que esté sola unos días. A los dos nos vendrá bien saber

qué queremos. No nos veíamos desde hacía mucho tiempo y en menos de dos meses estamos viviendo juntos. Vamos a tomarnos las cosas con más calma.

—No quiero tener calma. Me gusta vivir contigo. Si quieres estar sola unos días lo aceptaré, pero no me pidas que vayamos más despacio porque te necesito a mi lado y no voy a esperar otros cuatro años para vivir contigo. Además, mañana tendrás que verme en la oficina.

—Lo sé. Pero allí eres mi jefe y no tengo problemas contigo. Aquí eres mi pareja y sí tenemos problemas.

—Si tú lo dices...

—Vamos a dejarlo. —Cora quería salir sin alterarse, pero estaba cansada y Jack no se lo ponía fácil—. No quiero discutir.

—Ni yo. Voy a comprar, hasta luego.

El plan de Jack era sencillo, huir para no verla salir. Cogió las llaves del coche y, dando un portazo, se fue murmurando sin mirarla ni una sola vez. Cora suspiró aliviada, guardó varias prendas en una bolsa de deporte y volvió a su casa.

Tras un fin de semana tormentoso, Jack pudo concentrarse el domingo por la noche más de cinco minutos seguidos repasando uno de los documentos que se llevó para lidiar con la ausencia de Cora, o eso pensó hasta escuchar el móvil y ver una llamada de Andy; esa hora no vaticinaba

nada bueno.

—Hola, ¿qué pasa?

—Hola, Jack. Estoy con las chicas y Cordelia no está muy bien.

—¿Qué le pasa?

—Imagínatelo. No ha controlado mucho con la bebida.

—¿Dónde estáis?

—En el Heasley. Le he dicho que la llevo a su casa, pero no quiere. Te llamo porque no sé qué hacer y no soporto otra escenita, está desatada. Apáñatelas tú con ella, la conoces mejor que yo.

—Voy a buscarla. Tardo media hora.

Jack se vistió con unos vaqueros azules, una camisa blanca y unas zapatillas deportivas; y cogió las llaves del coche.

A toda velocidad atravesó algunas calles desiertas, sin entender la actitud de Cora cuando sabía que el alcohol y ella no eran buenos compañeros. Paró en la puerta del club, en doble fila, y no le hizo falta entrar a buscarla; Andy, que la sujetaba por la cintura, lo miró de reojo mientras Cora enfocaba la vista en el grupo de personas que estaba a unos metros de ellos.

—Hola.

Esa única palabra le bastó para buscar la voz grave de Jack, cambiando el gesto abatido de su rostro por una sonrisa blanca y feliz.

—Hola.

Cora notó la tensión en Jack y no se atrevió a demostrarle su alegría.

—Jack, me voy. Toda tuya.

—Gracias, Andy.

Se quedaron solos y ninguno se movió durante unos segundos que a ella le parecieron eternos. Avergonzada por su lamentable estado cuando solo había tomado dos cócteles y fue muy clara al pedirlos sin alcohol, recompuso algo su dignidad y dio la vuelta para esfumarse, pero no contó con imprevistos enemigos de tacón.

—¿Dónde crees que vas?

Jack la sujetó del brazo. Su mente vagaba a toda prisa entre el enfado al verla borracha y la necesidad de protegerla, de sí misma y de unos zapatos muy sexis que ella lucía como nadie.

—A mi casa. No sé qué haces aquí.

—He venido a buscarte. Me ha llamado Andy, te vienes conmigo.

—No. Prefiero estar sola, hoy no soy buena compañía.

—Te vienes conmigo —dijo inflexible. La cogió de la mano y añadió

—: Y para mí siempre eres mi mejor compañía; aunque te prefiero sobria.

—No quiero que me veas así.

—Yo tampoco, pero qué remedio si no sabes beber.

—Te juro que no he bebido. —Cora no quiso decirle en ese momento

que no se le ocurriría probar el alcohol por el embarazo. Percibiendo su incredulidad, repitió—. No he bebido.

—Claro, claro, lo que tú digas.

Jack abrió la puerta del copiloto y la ayudó a subir; rodeó el coche y arrancó. Antes de salir intentó suavizar la frialdad del encuentro, colocó una mano en su rodilla y con la otra le sujetó la cara.

—No me ha molestado venir.

Cora esbozó una línea tristona al reconocer cortesía en sus palabras.

—Gracias. —Lo miró emocionada y recibió un beso lleno de ternura que consiguió hacerla derramar unas lágrimas furiosas con ella misma.

—No llores, por favor. No quería ser tan borde, pero no me gusta verte así.

Cora aplacó unas repentinas náuseas y durante el resto del camino fue mirando adormilada por la ventanilla, repasando los intermitentes recuerdos de esa noche para caer en un sueño agitado. Dentro del garaje del edificio, Jack comprobó que Cora seguía dormida. Usando poca fuerza, la cogió en brazos y llegó al solitario montacargas. Luego, cuando la tumbó en la cama, le quitó el vestido, atento a la escasa tela plateada que por desgracia no pudo disfrutar, y a los zapatos tan sexis que imaginó con su dueña en un striptease privado. Tampoco perdió el tiempo, en unos breves minutos se desnudó, llevó su ropa a la lavadora y colocó la de ella encima de un sillón. Se acostó

acalorado, sin embargo, abrazó a Cora por la espalda y se durmió de forma instantánea, nada que ver con las horas muertas de las pasadas noches en vela.

El mes de noviembre de 1952 acaparó el sueño profundo de Alexei durante la siniestra oscuridad. Indefenso y esposado, volvió a responder las preguntas de un policía en Wandsworth, la prisión donde esperaba el juicio por un crimen que nunca sucedió más allá que en el mancillado honor de los poderosos Clainston.

*«—Abusaste de ella —dijo el policía encargado de sonsacarle la confesión. Era un tipo alto como él, con muchos más años, kilos de peso y oficio—. Es menor de edad.*

*—No abusé de ella y no sabía su edad.*

*—¿No le preguntaste la edad? —El policía sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo—. Es muy guapa —comentó después de dar una calada y echar el humo en la cara de Alexei—. Puedo entenderte... —Sonrió, mirándolo fijamente—. Pero en este país los violadores van a prisión. Podemos pasarnos aquí todo el día, no tengo nada mejor que hacer, pero, como vas a terminar confesando, estaría bien que nos ahorraras la espera.*

*—No he hecho nada —dijo Alexei murmurando—. Fue ella quien*

quiso que tuviéramos relaciones sexuales.

—Nada... —repitió el policía, se carcajeó con desprecio—. Para no hacer nada, has dejado algunas evidencias irrefutables. —Se levantó para situarse detrás de él, colocó las manos en sus hombros e inclinó la cabeza. Muy cerca del oído, dijo—. Has cabreado a personas muy influyentes. ¿Por eso habías comprado los pasajes a Canadá? ¿Pensabas librarte?

—Los pasajes los tenía comprados desde hacía varios meses. Puede comprobarlo.

El policía le pegó la cabeza en la mesa con un golpe seco.

—¿Vas a decirme cómo debo hacer mi trabajo? —preguntó antes de agarrarlo del cabello y propinarle tres golpes seguidos contra la mesa—. ¿Tú? ¿Un ruso muerto de hambre? —Volvió a reírse—. ¡Confiesa de una puñetera vez! Porque estás consiguiendo cabrearme también a mí y no tengo paciencia con escoria como tú.

—No admitiré algo que no es cierto.

—¿Estás seguro?

El policía se dirigió a la puerta y salió. Cuando regresó en unos minutos, comprendió Alexei que no iban a dejarlo hasta escuchar lo que querían. Le bastó ver al nuevo encargado del interrogatorio para saberlo, se podía intuir una paliza inminente en la fuerza de sus brazos, visible con la camisa remangada. De pronto sintió el frío y la humedad, el fin de su

*libertad en Europa y el abrupto término de una carrera sin iniciar.*

—*Bueno, bueno... ¿A quién tenemos por aquí?»*

Sudoroso se incorporó. Empezó a palpase la cicatriz de la cabeza y el costado. Tras sesenta años todavía dolían aquellos impunes golpes; aquel castigo por dejarse llevar sin pensar en las consecuencias. Se vistió con la ropa deportiva que usaba en el gimnasio del complejo y salió hacia el embarcadero para sentarse en el banco frente al lago donde la tranquilidad del agua conseguía relajarlo.

Paseando por los caminos adoquinados fue incapaz de alejar a los Clainston de la memoria. ¡Cuánta inquina puede acumular un ser humano contra otro! Esa familia, incluida Margaret, fueron vengativos, egoístas y, sobre todo, aborrecibles. Los odió a los veintisiete y, en ese momento, en el ocaso de una vida tan intensa como solitaria, solo sentía asco por ellos.

Cuando la mañana siguiente Jack colgó el teléfono, sonrió abriendo un archivo con parte del proyecto “Hogar y Vida” mientras escuchaba unos pasos detrás de la puerta. De pronto logró confundirse por la cara de pocos amigos de Cora y sus tentadoras curvas insinuadas por un estrecho vestido claro. Entró como un ciclón y cerró de un portazo que retumbó para aumentar su excitación, si bien no tenía intención de consentirlo.

—¿Por qué no me has despertado? —preguntó plantada frente a la



mesa, mirando fijamente un azul frío que contenía un mar tan rabioso como el suyo.

—No vuelvas a entrar así en mi despacho —dijo serio, en un tono cortante—. Aquí soy tu jefe, no lo olvides.

—Me da igual, has hecho que llegue tarde adrede.

—No, tú no te has despertado durmiendo la mona. No me eches la culpa por haber seguido con mi rutina. Si no has oído el despertador, es tu problema.

—Muy bien. Me gustaría que vinieras esta tarde a mi apartamento, tenemos que hablar. —Cora sopesó replicar, pero no tenía razón y él estaba dejándole claro el lugar que ocupaban cada uno—. Estaré en mi despacho. Que pases un buen día.

—Tú igual. Dentro de media hora vendrá Michael, prepara la reunión con él.

—¿Por qué? ¿Desde cuándo está programada?

—Porque quiero ver cómo lo lleváis —dijo Jack al borde del colapso, le dolía la entrepierna y el corazón, pero necesitaba frenarla para quedarse con el único poder que aún tenía—, porque no te debo explicaciones y porque se ha concertado esta mañana a primera hora.

Cora lo fulminó con unos hostiles rayos invisibles tan destructores como desafiantes sin molestarse en cerrar la puerta cuando salió resoplando

por la nariz y, por supuesto, ignorando que Jack sonreía al colocarse bien la bragueta para atenuar su propia incomodidad.

El resto de la mañana Jack consiguió relajarse y despejar su cabeza de Cora, al menos, hasta que regresó con Michael. Ahí volvió a imponerse con la sensualidad de una mariposa, llena de colores hermosos, belleza y un veneno letal para él. Se mantuvo correcta y aportó algunas ideas, pero parecía ausente mientras Michael llevaba el peso de la exposición; a Jack esa suavidad le recordó la calma tras la tempestad, toda educación y buenos modales.

En cuanto llegó Jack al apartamento de Queens, llamó al portero electrónico y esperó apoyado en el coche, pensando en terminar con esa absurda separación para empezar de cero sin intromisiones de nadie ni disimulos frustrantes.

—Sube —dijo Cordelia a través del portero electrónico.

—¿Por qué? Tengo el coche mal aparcado.

—Pues aparca bien. Te espero arriba.

Con alguna palabra malsonante y unos bufidos impacientes, se montó en el coche para ir a un parking público cercano. Cuando entró quince minutos después en el apartamento, besó a Cora en los labios, algo extrañado por la inquietud que le sugirió encontrarla con una sonrisa forzada.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que hablar —respondió, fijándose en que se había cambiado el traje que le vio en la oficina por unos vaqueros, una camiseta desgastada, y unas deportivas negras de lona—. Es importante.

—¿No puedes esperar a que estemos en casa?

—No.

—Me estás poniendo nervioso —dijo Jack. Intentó interpretar la seriedad del rostro de Cora; pasaba algo y no pintaba bien. Sentada en el sofá, cruzó las piernas y balanceó el pie, consiguiendo transmitirle su angustia—. ¿Has vuelto a hablar con el médico?

—Sí, pero no te preocupes.

—¿Entonces?

Los ojos azules de Cora lo miraron fijamente, tragó muy despacio y habló:

—Estoy embarazada.

Entendió las palabras porque leyó sus labios, apenas murmuró. Jack inclinó la cabeza hacia abajo y se pasó las dos manos por el pelo mientras sus ojos permanecían totalmente impactados por la noticia. Luego, una sonrisa inesperada, un tirón rápido en la cintura de Cora y la relajación con un beso cariñoso al asimilarlo.

—¿Estás bien?

—Sí. Tengo que ir al ginecólogo la semana que viene, si quieres ven conmigo.

—¿No decías que era imposible?

—Sí, pero está claro que contigo no vale. ¿Estás contento?

—No lo sé —respondió sincero. Cora apoyó la cabeza en su pecho y le acarició con una mano la nuca. Sin poder ocultar su alegría, Jack sonrió y dijo—. Sí, mucho. Al final he cumplido tu deseo.

—Los cumplés todos. —Cora lo besó en el cuello, encendiendo una pasión que la ternura había adormecido—. Te quiero. He pasado unos días horrible.

—Y yo. No vuelvas a dejarme —dijo, besándole el pelo—. Te lo prohíbo.

—Me molestó encontrar a esa chica en tu apartamento.

—Lo sé —dijo serio—. Te amo. Durante el tiempo que hemos estado separados nadie ha ocupado tu sitio y creo que nadie lo hará nunca. No dudes de mí, por favor.

Unieron sus bocas aceptando la partida que el destino quisiera jugar con ellos, la admitían; conscientes de la velocidad infernal que llevaban, tan deseada como aterradora. Poco después, distinguiendo que el deseo aumentaba visiblemente, Jack se incorporó escogiendo la comodidad de la cama. En el dormitorio se amaron perdidos en ese sexo primitivo capaz de

dejarles rozar la eternidad; insaciable con débiles lamentos o enardecido entre gritos liberadores.

Para terminar el día, unas caricias sosegadas entre la magia del veraniego atardecer neoyorquino y el oro de la luz creando sombras. Esas que cobijaron el sueño vertiginoso de Cora y mecieron un rato la imaginación de Jack con una buena dosis de sensatas reflexiones sobre su próxima paternidad. Las mismas que antes de dormirse lograron motivarlo con ilusión para afrontar un cambio definitivo junto a la mujer que le había traído estabilidad y un profundo amor cuando menos lo esperaba.

## CUATRO

*Londres, 4-9-12*  
*Inglaterra, Reino Unido*

Durante el almuerzo en el Salón de Té del Park Lane, Gabriel recibió una llamada de su urólogo para confirmarle por segunda vez una fertilidad normal aunque perezosa. No tuvo tiempo de compartirlo con Claire cuando volvió a sonar el teléfono. Respondió a Jack, mirándola divertido.

—Hola —saludó Jack—, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Estoy a punto de salir para la oficina —dijo Jack, inquieto—.

Quería hablar contigo antes de irme.

—¿Te pasa algo?

—Algo.

—Si me has llamado para contármelo, habla; estamos comiendo.

—Cora y yo estamos viviendo juntos.

—Felicidades. ¿Y?

—Vamos a tener un hijo.

Con los ojos fijos en Claire, Gabriel, que ansiaba esa noticia para sí mismo, tardó un poco más en reaccionar.

—¿Te doy la enhorabuena? —preguntó incómodo.

—Por supuesto. Ha sido inesperado, pero estamos muy contentos.

—Me alegro por vosotros.

—Gracias, Gabe. Para mí es importante que esto no cambie nada entre nosotros.

—Qué de vueltas da la vida —dijo con un ligero reproche, recordando los años que Cora por tozudez mantuvo su matrimonio y él había desperdiciado—. ¿Vais a casaros?

—No lo sé. Creo que para Cora no es importante.

—Felicítala de mi parte.

—Gabe, sé que tú y Claire estáis intentándolo, no te lo tomes mal.

—Eres tú quien debe tenerlo claro. No te preocupes por mí.

—Quería que lo supieses el primero.

—Gracias, es un detalle. Me alegro por vosotros, de verdad. ¿De cuánto está?

—De un mes —comentó feliz—. En unos días vamos al ginecólogo.

—Eres mi ídolo. —Gabriel sonrió al recordar una conversación con Sean, aunque se equivocaron de John Drake. Echaron mano de la experiencia de su padre, cuando el experto era el que tenía la lista de conquistas más larga—. Al final los consejos vas a tener que dármelos tú.

—¿Qué consejos?

—No te lo preguntaré sin la presencia de mi abogado.

—Espero que no sea el mismo que el mío. Lo vi hace unos días y está histérico con la mudanza.

—Sé que la casa está cerca de la nuestra —comentó Gabriel refiriéndose a la urbanización dónde vivían sus padres—. Mamá me ha dicho que van a reformarla.

—Eso parece. ¿Nos vemos en Quebec?

—Creo que sí. Teníamos planes para ir unos días a Port-aux-Basques, pero podemos ir el siguiente fin de semana.

—¿Todo bien por ahí?

—Sí. Estoy con Brian, al menos de momento todo va como la seda.

—Mejor para vosotros, los noruegos cuando quieren son un coñazo.

—Están comportándose. —Gabriel observó a Claire, distraída con la decoración mientras masticaba—. Te dejo, enhorabuena otra vez.

—Gracias, Gabe, cuidaos mucho.

En cuanto finalizó la comunicación, pensativo, Gabriel llenó las copas de vino, feliz por la próxima paternidad de Jack y también envidiando su puntería.

—Jack y Cora van a tener un hijo.

—Me lo he imaginado. Qué bien.

—Dice que no lo buscaban.

—Suele ocurrir. ¿Te molesta?



—No. Me ha impactado.

—Nosotros pronto tendremos uno.

—Claro que sí. Seguiremos practicando —dijo más animado—. El fin de semana del quince hemos quedado en Quebec.

—¿Cuándo se muda Sean?

—En cuanto hayan reformado la casa. Por cierto, me ha llamado Daniel, quería comentarnos algunas cosillas.

—¿Tuyas o mías?

Para Jack no pasaron las horas el día de la concertada visita con el ginecólogo, hasta salir del despacho fueron eternas. E incluso así, no logró centrarse en la conversación de Martha esperando a Cora en el mostrador de recepción, desviaba los ojos con frecuencia hacia el pasillo. A falta de pocos minutos para ver por primera vez a su proyecto de hijo, era prácticamente imposible que camuflara una dispersión mental proclive a arrancarle una sonrisa soñadora.

Cora cerró la puerta y atravesó diligente el pasillo atenta al brillo burlón en unos ojos magnéticos que la repasaban, causando un hormigueo sobrecogedor en su piel como el roce del hielo, inmediato para endurecerle los pezones y erizarle el vello. Jack detuvo la observación en el movimiento de sus caderas, con una falda negra; en la blusa estampada, insinuando unos

pechos que amasó en otra imagen calenturienta; y en una boca apretada, incitante para mandarle un ramalazo lujurioso al recordarla mimándolo delicada.

—Hola —saludó Jack. La besó en los labios delante de su secretaria, sin lengua; un roce tierno después de muchas horas sin catarla—. ¿Nos vamos? —preguntó en un murmullo. Cora asintió, la cogió de la mano y añadió andando—: Hasta luego, Martha.

En soledad, aprovechando la espera del ascensor, volvió a besarla cómo deseaba.

—Quédate quieto.

—Lo intento.

Las manos sujetas a la cintura de Cora y los labios en su cuello desmentían esas palabras.

—¿Estás nervioso?

Jack se quitó las gafas, las guardó en el bolsillo de la chaqueta de otro elegante traje oscuro y dejó caer con suavidad la cabeza hacia delante.

—Si esto va a ser así todos los meses, no sé qué será de mí. Llevo todo el día como un flan.

—Relájate. Para mí también es la primera vez.

—Me estoy obsesionando, y ya sabes que me pongo insoportable.

—Por eso, si quieres que acabemos el día en paz, haz el favor de

tranquilizarte.

Tras derrapar al salir del garaje, Jack conducía de rallye por Manhattan. En varias ocasiones Cora se sobresaltó hasta gritar asustada, creyendo que atropellaba a una señora mayor; aunque tuvo la deferencia de parar con el semáforo en ámbar.

—Vamos bien de tiempo, por favor, no corras.

—No sé por qué tienes el médico tan lejos.

—Vivía en Queens, por eso.

—Utiliza el seguro médico del banco. El Monte Sinaí nos viene más cerca.

—Olvidas que es solo para ejecutivos sénior.

—¿Solo? —preguntó confuso—. Creía que lo tenían todos los empleados.

—No.

—Mañana te daré de alta conmigo.

—Prefiero mi médico.

—¿Cuántas veces te ha visto? No creo que tengas un gran historial con él.

—No, pero me gusta, y no voy a cambiar porque para ti sea más cómodo ir a otro.

—Si vamos a empezar a discutir, me lo dices. Pero mi opinión también cuenta. Vivimos juntos y vas a tener a mi hijo; voy a incluirte en mi póliza te guste o no.

—Te recuerdo que no estamos en el despacho.

—Lo tengo claro.

—No estoy muy segura.

—Piensa lo que quieras, pero no vamos a volver a este médico.

—Ya lo veremos.

—Como te encabezones vamos a discutir y no quiero amargarme el día.

—Aplicatelo tú también.

—¿Me puedes decir qué coño te pasa? —preguntó, explotando—. Estoy harto de que rechaces todo lo que quiero. Me tengo que joder porque pasas de casarte conmigo, lo acepto. Me sigo jodiendo cuando te largas porque quieres estar unos días sola. ¿Qué tengo que hacer para que aceptes algo de mí? —preguntó frustrado—. Solo pretendía que estuvieseis conmigo en mi maldito seguro, solo eso, Cora, nada más. ¿Quieres seguir viniendo a esta mierda de consulta? —Aparcó con brusquedad detrás de una furgoneta de reparto, en una zona de carga y descarga—. Muy bien, vendremos. ¿Algo más?

Impasible desde que empezó a gritar, Cora no cambió la rigidez de su

postura, sin intención de ceder a la presión de ese amor irracional capaz de aniquilarla o revivirla. El carácter de Jack podía destrozarle el corazón; era un riesgo aterrante; pero también conseguía fortalecerla a base de una protección exagerada.

En el edificio donde el doctor Duncan Shawyer tenía la consulta, las pintadas de la fachada gris lograron hundir un poco más las míseras expectativas de Jack. Sobre todo, una; con una caligrafía abombada y negra, leyó: «*No fear*». Resopló cuando Cora pasó por delante al entrar, pero se calló su impresión sobre las paredes sucias con desconchones, la oscuridad o el insalubre olor que se adueñó de su olfato conforme subieron a la tercera planta por una destartada y estrecha escalera de madera.

Una señora enjuta con más posibilidades de estar jubilada que aún en activo abrió la puerta después de varios minutos. Tenía el rostro surcado por una infinidad de arrugas profundas, unos minúsculos ojos azules parapetados tras los cristales de aumento de unas gafas prehistóricas, y un remilgado moño de ralo cabello gris peinado en un sospechoso zigzag, simulando un campo arado en plena borrachera.

—Hola, soy Cordelia Hosborn. Tengo cita con el doctor.

—Un momento, les avisaré en unos minutos. Pueden esperar en esa sala.

Con un índice huesudo, la señora apuntó hacia un rincón de la

habitación y se sentó en su mesa sin ordenador pero abarrotada de papeles, revistas, y una colección de pequeñas figuras de porcelana que captaron la curiosa atención de Jack.

Tan decadente como todo lo visto, la sala de espera encajaba por el tono lúgubre de las paredes, un sofá marrón oscuro, cuatro sillas de madera y una mesita rectangular con revistas de salud, moda, cotilleos y periódicos atrasados. Para ignorar la tensión con Jack, antes de sentarse a su lado, Cora cogió un ejemplar de *Vogue*, de enero del 2005, y empezó a darle la razón; aquello era un desastre.

Mientras, Jack se resistía en apartar los ojos de la mujer. Había sacado un archivador, una caja de cartón verde con un asa metálica, y revisaba las fichas con tanto detenimiento que caviló si no estaría leyendo los historiales completos de todas las pacientes, en ese tiempo él habría leído dos libros. Reparó otra vez en las figuras de porcelana, incrédulo ante la información que distinguía, y se levantó para salir de dudas.

—Disculpe. —Jack habló a pocos centímetros de la señora, concentrada en su tarea—. ¿Cree que tardará mucho? —preguntó amable. La mujer no se inmutó. Para dar más énfasis a su voz, repicó los dedos en la mesa—. Disculpe.

—Sí —contestó, echando el cuerpo hacia atrás de forma violenta.

—¿Cuándo nos toca?

—En cuanto salga la paciente que hay dentro van ustedes.

Jack inclinó ligeramente la cabeza y desvió la mirada a las figuras, «¡Dios! Es cierto». Volvió a sentarse junto a Cora y, conteniendo una sonrisa, apoyó los codos en las rodillas.

—¿Qué pasa?

—A la vieja le va la marcha. Tiene una minicolección del Kamasutra en porcelana. A lo mejor practica con el médico.

Recibió una palmada en la pierna.

—No seas malo. A lo mejor es un regalo de alguna clienta.

—¿Quién regala algo así?

Cora encogió los hombros.

—Vete a saber.

El doctor Shawyer abrió la puerta de la consulta y despidió a un matrimonio, ella con un embarazo bastante avanzado. Después de soltar unos documentos en la mesa, les invitó a entrar en un tono firme para estrecharles las manos con seguridad. Se le veía muy saludable en comparación con su enfermera: un cuerpo alto, delgado, cara alargada con una perilla añadiéndole una expresión quijotesca, y un pendiente en el lóbulo izquierdo más propio de un rockero que de un respetable ginecólogo con una fama precedida por excelentes referencias.

Se sentaron frente a él aguantando una inquisitiva observación, alterna

entre los dos y el reloj con forma de labios que colgaba en la pared junto a la puerta.

—Bueno, Cor, cuéntame ¿qué te trae por aquí?

Jack cruzó los brazos en el pecho, asombrado por una confianza fuera de lugar.

—Estoy embarazada.

—Enhorabuena —dijo Sawyer divertido—. Entonces, debería examinarte.

Después de una revisión profesional que sorprendió gratamente a Jack, bajaron emocionados a la calle. En aquel momento, no hubo suficiente humedad, penumbra ni aromas pestilentes que enturbiasen la enorme alegría de los dos sabiendo que el embarazo de cinco semanas se desarrollaba de forma normal. De golpe se detuvieron, el hueco que veían sus pasmados ojos no podía ser real.

—¿Y el coche? —preguntó Cora.

Jack le soltó la mano, cruzó la calle y recogió del suelo el recuerdo que la policía le había dejado por aparcar en una zona prohibida. Sonaron con claridad una sucesión de tacos y se vieron aspavientos incontrolados con tirones de pelo incluidos. Ese festival sensorial atrajo la atención incómoda de las pocas personas que transitaban la acera a la vez que Cora imaginaba una aciaga noche donde solo jugaba a su favor la competencia de Sawyer.



—Es la última vez —sentenció Jack, buscando con la mirada en el tráfico.

Paró un taxi y, después de indicarle la dirección del depósito de vehículos que leyó en la multa, mantuvo una actitud comedida, pensando en el hijo que la próxima primavera estaría con ellos y en la tranquilidad que necesitaba; algo imposible con un especialista solo bien cualificado, como mínimo debía disponer de una consulta preparada con todos los medios higiénicos y sanitarios para prestarles un servicio confiable hasta ese ansiado día.

Pasaban las once del viernes cuando salió Jack del despacho tras hablar con Andy durante más de una hora. Con intención de tomarse un café, enfiló el pasillo sin quitarse a Cora de la cabeza, tal y como venía haciendo de noche y de día en la última semana. Frente a la máquina, vio llegar a Michael. Por el parco saludo y la cara de pocos amigos, dedujo que no andaba atravesando un buen momento; otro más. En cuanto se sirvió Jack un vaso bien lleno, se acercó a la mesa de Martha, donde varias personas esperaban mientras ella hablaba por teléfono. De inmediato, la eficiente secretaria tapó con una mano el auricular para atenderlo.

—Lo siento, Jack —dijo Martha al confirmar que Cora seguía incomunicada—, no lo coge.

—No te preocupes. —Jack sonrió disimulando—. Inténtalo más tarde.

Jack volvió al despacho tratando de alejar la intranquilidad por la ausencia de Cora. Desde que llegaron al banco le perdió la pista y la entrada de Michael no mitigó su preocupación, tuvo el efecto contrario. Cada cierto tiempo interrumpía el trabajo y la llamaba, siempre sin respuesta. Durante el descanso para almorzar salió del edificio con Trevor y James Atkins, uno de los mejores amigos de sus padres, para comer en un restaurante italiano a solo tres calles de allí. Logró distraerse hablando de la inversión que Gabriel había gestionado, en cambio, al regresar y ver que Cora todavía estaba desaparecida fue al despacho de Michael. Llamó a la puerta, pero no esperó ninguna invitación.

—Hola, Michael.

Jack entró, se sentó frente a él y cruzó una pierna sobre la otra. La mesa de Michael tenía una pantalla de ordenador plana, varias pilas de documentos perfectamente alineados y otros esparcidos sobre la mesa, que él recogió con tranquilidad para despejarla.

—Hola, Jack. ¿Necesitas algo?

—¿Cómo lleváis el proyecto?

—Muy bien. Creemos que fijando una promoción del 10% de descuento en las estaciones de servicio e incluyendo operaciones de compra en periodos determinados, cumpliríamos el objetivo de incentivar el uso de

las tarjetas —explicó serio—. El lunes tenemos una reunión con Bill Patterns. Creemos que ajustando uno de los puntos del acuerdo con ExxonMobil para realizar ofertas no tendríamos competencia.

—¿A qué hora tenéis la reunión?

—A las nueve. Íbamos a hablar contigo cuando tuviéramos los datos exactos de Bill.

—Intentaré pasarme. ¿Dónde está Cordelia?

—Tenía concertada una cita con el tío de Nueva Jersey, no recuerdo a qué hora ¿Por qué?

—¿Va todo bien?

—Perfecto. Es un pesado que quiere sacarnos los ojos, pero hoy en teoría firmaba con ella. Ha llevado la negociación sola y, excepto por un par de cosas que vimos antes de cerrar el acuerdo, lo está haciendo bastante bien. No había trabajado antes con nadie y la experiencia para mí es positiva.

—Me alegro de que os entendáis. —Jack se sorprendió por esas palabras amables, viniendo de él eran un gran halago hacia Cora—. Reconozco que tuve mis dudas con los dos.

—No sé si te ha comentado algo sobre mí, pero aclaramos nuestras posturas y desde entonces creo que formamos un buen equipo; tú eres quien debe valorarlo.

—No me ha dicho nada y de entrada estáis cumpliendo con el

objetivo, cuando vea la campaña de las tarjetas hablaremos.

Michael asintió, cavilando en su compañera, y Jack lo dejó solo. Para un competidor nato como él rozaba la justicia reconocer el esfuerzo y la valía. Esas cualidades que la honraban también contribuían a enriquecerlo e incitar que mejorase, y rodearse de competentes profesionales siempre había sido una de sus máximas.

Caminando hacia su despacho, Jack se sentía inflamado de orgullo y presa de un impulsivo histerismo que solo instigaba pensamientos negativos. La humildad de Michael y el aprecio por Cora fueron desconcertantes, pero lo que de verdad le carcomía era la nula consideración de ella al no haber sido capaz de llamarlo en todo el día. Oyó su voz alegre saludando a Martha y regresó corriendo al mostrador para ver de refilón la puerta de su despacho cerrándose. Al instante, llamó varias veces con los nudillos.

—Hola —dijo Jack entrando. El alivio al saber que estaba bien quedó patente con una sonrisa amplia y una mirada gratamente sorprendida. Tras la mesa, Cora lucía unas gafas con la montura roja que le aportaban un aire intelectual muy sexi—. ¿Gafas?

—Sí. Parece que los dolores de cabeza eran por la hipermetropía. ¿Cómo me quedan?

Jack se acercó con lentitud, se paró y apoyó las manos en el respaldo de una silla, de las dos que había delante de la mesa.

—Como todo, perfectas —dijo al sentarse.

—¿Tienes que ver algo conmigo?

—Quizá.

Cora se quitó las gafas, mordió seductora una patilla y preguntó:

—¿Vas a decírmelo?

—Prefiero que lo veas.

—¿Qué es?

—Te va a gustar —dijo manteniendo la sorpresa que le tenía preparada para esa noche. No era otra que asistir a la exposición de arte abstracto al lado del apartamento, para que eligiera algún cuadro a su gusto con el que tapar otra vacante en la pared del salón y, por encima de todo, porque deseaba que sintiera propia su casa—. Te espero a las seis en el vestíbulo, sé puntual.

La sonrisa alegre de Jack podía interpretarse de varias maneras y ella optó por la más motivadora: su cuerpo amándola.

Satisfecho por la expectación creada, salió sin remordimientos, convencido de que Cora había malinterpretado su intención.

Cuando un par de horas más tarde llegó Cora impaciente al hall, vio a Jack con una camisa diferente, su sonrisa devastadora y los ojos fijos en sus labios, retocados de rojo. La saludó con un beso casto en la mejilla y mantuvo una distancia prudente en el ascensor cuando bajaron con algunos

compañeros, hasta el aparcamiento del edificio donde él tenía una plaza fija. Allí, entre una dura columna de hormigón y la rotundidad de su cuerpo, atrapó a Cora para saciarse besándola como un cavernícola; ni se frenaba ni pensaba hacerlo. Por eso, en la soledad de aquella geometría de rectas siluetas, la explosión apasionada que no midieron anuló la buena intención de Jack, la reserva en un restaurante japonés y la asistencia confirmada en la galería MaiSa a la nueva exposición de Janssen.

El Aston Martin fue escenario y mudo testigo de un subidón hormonal propio de una mujer embarazada y la dosis habitual de testosterona de su propietario. Ni siquiera dos pulpos enamorados habrían sido más hábiles para amoldarse a la estrechez de los asientos; ni más lentos en desliarse cuando acabaron sudorosos dentro de la burbuja caliente que empañaba los cristales y de manera natural les brindó una privacidad poco codiciada hasta ese preciso momento.

Afortunadamente para Claire y Gabriel, cuando ese mismo día aterrizaron en Terranova y llegaron a su casa, a pesar de haber oscurecido, encontraron a Daniel inspeccionando la obra. Contento por los progresos, el arquitecto se explayó comentando incidencias y curiosidades, ajeno a la admiración que su entusiasmo transmitía.

De entrada, la biblioteca de la planta baja ya estaba unida al despacho

y, aun con barras de acero apuntalando las vigas, pudieron hacerse una idea precisa del espacio.

—Me encanta la espiral, Daniel —dijo Claire sonriendo. Pequeños trozos de cerámica turquesa, verde, blanca y amarilla, formaban en el suelo una espiral enorme mezclada con cortes de madera clara y oscura; faltaba la mitad de la figura, pero se intuía la belleza—, es impactante. Estoy segura de que en cuanto esté acabada será una maravilla.

—Me alegro —dijo Daniel, echando un vistazo alrededor, continuó hablando—. Creo que esta habitación será mi homenaje a Gaudí, entre el suelo, los pilares de forja y la nueva estantería tallada, va a ser la más modernista de toda la casa.

—Me gusta. —Gabriel se agachó y tocó algunas piezas con una textura lisa, fría y deslizante—. ¿Encontraste al carpintero?

—No, tenías razón, está jubilado —respondió Daniel casual—, pero hemos tenido suerte, el que tenemos trabaja muy bien, lo conoce y está siguiendo la misma línea. —Daniel recordó el misterioso hallazgo y se dirigió a un rincón de la habitación. Buscó entre varias cajas apiladas y sacó una carpeta de piel atada con dos lazos desgastados—. Cuando retiraron la biblioteca, oculto en el panel trasero, encontraron un compartimento con esto.

Nadando en aguas confusas, Claire cogió la carpeta que algún miembro de su familia había guardado con afán. Estaba bien conservada y

pesaba. No fue consciente de su mala educación al salir omitiendo una despedida, solo podía mantener los ojos fijos en la caligrafía inclinada hacia la derecha, estirada y poco legible que hacía años no veía; esa letra era de su abuelo.

Sentada en el sillón del salón, inclinó la cabeza y pegó la nariz al cuero viejo aspirando su aroma fundido con el intenso del tabaco que Charles fumaba. Sacó algunos sobres con diferentes matasellos, todos con el mismo remitente: Alexei Barinov; también, unos papeles amarillentos que parecían oficiales. Leyó rápido, apenas dando crédito al contenido; si era verdad, y por el celo puesto en guardarlos debía serlo, su padre fue adoptado en Inglaterra. Ojeó otros documentos y llegó al certificado de matrimonio entre sus abuelos Charles e Iris; ella, muerta por pulmonía al año de la boda. Curiosamente, celebrada en abril de 1953 en Liverpool, donde Chris había nacido un mes antes. Aturdida por la información, no escuchó la puerta principal al cerrarse cuando Daniel dejó la casa ni tampoco los pasos de Gabriel al entrar en el salón.

—¿Qué son? —preguntó, se sentó en el sofá mirando con preocupación la palidez de su cara.

—Los papeles de la adopción de mi padre.

—¿Era adoptado?

—Parece que sí. Sé lo mismo que tú.



Claire tendió el brazo y le dio los más importantes. Tras una lectura concentrada, Gabriel dijo sonriendo:

—Qué le gusta un secreto a tu familia.

—No tiene gracia. No sé por qué lo ocultó, o ¿cómo pudo ocultarlo a todos?

—Podía tener varios motivos de peso. ¿Quieres investigarlo?

—No lo sé. Lo leeré todo y en función de lo que encuentre decidiré. Pero no entiendo cómo la gente no se extrañó con mi padre.

—¿Qué quieres decir? Antes de que te enredes en hipótesis, ten presente quien era tu abuelo en esta ciudad en esa época. Nadie cuestionaría nada de lo que hiciese. ¿Criticarías a tu patrón?

—Claro que no —replicó molesta—, hasta ahí llego. Pero cuando vino de Inglaterra con la abuela y mi padre es imposible que no hubiese rumores. Por favor, cariño...

—Siento no estar de acuerdo contigo —comentó Gabriel, sirvió dos copas de vino y le dio una a Claire—. Tu abuelo era un hombre rico, con credibilidad, parto de esa base. Imagino que viajaría con cierta frecuencia, tanto los empleados como los vecinos lo verían, ¿por qué no podía tener una esposa en Europa? ¿Quién te ha dicho que nadie de aquí supo nada de la boda en Liverpool? Si lo piensas, tiene hasta su lógica. Pudieron decir que ella se quedó embarazada muy pronto, o que ya lo estaba cuando se casaron, y

esperaron a que el niño tuviera unos meses para hacer un viaje tan largo en barco. Era normal que tu abuelo volviera aquí sin ella para llevar la factoría y que viajara de nuevo para traerlos.

—Sería un matrimonio acordado —dijo pensativa—. Me ha dejado bloqueada. Siempre me había preguntado por qué el abuelo tardó tanto tiempo en casarse y tener a mi padre. Recuerdo que me contaba la historia de la fábrica, los años tan duros de sacrificio hasta convertirla en la factoría que fue, el poco tiempo libre que tenía. —Claire se perdió en sus recuerdos, un instante después, añadió—: Nunca hablaba de la abuela, solo eran él y mi padre. Me da mucha pena que se casaran sin amor.

—Eso tampoco lo sabes —dijo Gabriel severo. Claire enarcó una ceja, en un gesto irónico que no le desanimó—. Tu abuelo dedicó su vida a la fábrica, a su hijo y a esta casa, no intentes comprenderlo ni buscar respuestas donde no vas a encontrarlas. Si llegó a un punto en su vida en el que prefirió ser viudo y criar solo a un hijo, que no siendo suyo debió desear profundamente, tendría sus motivos.

—Seguro. Aunque abre una incertidumbre en mi vida que no tenía y no sé si seré capaz de ignorar.

—Eso debes decidirlo tú. Probablemente la familia que le pudiera quedar a tu padre en Inglaterra no tendrá ni idea de nada. Solo tienes el nombre de la madre, por lo que me imagino sería soltera, y si después se

casó, a no ser que contrates a un detective, será complicado seguirle el rastro.

—Gracias, Sherlock.

—Ríete, pero sabes que tengo razón. Te conllevaría un tiempo que no tienes.

—Ya pensaré cómo lo hago. ¿Y quién es Alexei Barinov? —preguntó intrigada. Viendo a Gabriel apretar la frente, cayó en que él no había visto las cartas; las buscó y se las enseñó—. No sé quién es, pero debió ser importante cuando estaban guardadas entre los documentos de la adopción.

—Sí —admitió tras unos segundos admirando los sellos antiguos de los sobres amarillentos—. Es curioso que haya algunas dirigidas a tu abuelo y otras a tu abuela.

—Mucho —dijo reflexiva. Tardó unos minutos en recoger los papeles, que guardó en la carpeta, sin querer pensar más en el rompecabezas secreto de su familia, intuyendo que el juego acababa de empezar. Ya tendría tiempo de sobra para encajar las piezas, en ese instante, le importaron más sus obligaciones presentes—. Me voy a la buhardilla, tengo que terminar unos ejercicios.

—¿No puedes dejarlos? —preguntó Gabriel, andando rápido detrás—. Vente al jardín —dijo animado, la cogió por la cintura y bajó la cabeza para besarla—. Un ratito, un vinito...

—Suena tentador. —Lo besó en los labios—. Pero quiero aprovechar

hasta que nos acostemos, voy retrasada.

—Aprovéchate de mí —susurró Gabriel.

—No insistas, cariño. He perdido más de quince días, luego te compenso.

—Espero que valga la pena lo que estás haciendo.

—Por supuesto. Es un trabajo de clase, y va a dar de qué hablar en la ciudad.

—¿De qué va?

—Es una sorpresa. Ya te lo enseñaré. Tu opinión me interesa.

—¿Desde cuándo?

—De siempre. Ya te dije que eres el mejor modelo que podría tener.

—¿Es una de las fotos de Londres?

—Sí, pero no posabas.

—Saldré bien ¿no?

Claire no disimuló una sonrisa sarcástica.

—No tengo palabras.

Gracias a sus horarios, Claire no colapsó ni Gabriel volvió a ostentar el primer puesto como daño colateral mientras los obreros avanzaban la remodelación de la casa, y de paso evitaron un ruido constante, un polvo invadiéndolo todo y los nervios de Eloise no dando abasto.

Desde la biblioteca de la Escuela de Arte Koning, al lado del campus universitario, Claire continuó su trabajo alejada de la curiosidad de Gabriel, que husmeaba en sus cosas con total impunidad sabiendo que era el protagonista de la foto y no se había visto, también contaba con un ordenador más potente que su portátil y, sobre todo, por el apoyo de su tutora: Virginia Rodhein. Era una mujer de cuarenta y pocos años, alta y delgada, con aspecto bohemio y juvenil, y un rostro simpático y bronceado, marcado por pocas arrugas insinuadas alrededor de unos inquietos ojos castaños, que parecían buscar indicios de genialidad en sus alumnos.

—Me gusta mucho. —Virginia se situó detrás de Claire, concentrada en la imagen de la pantalla—. El impacto agresivo del agua en el cuello es muy visual y el contraste del color me parece original.

—Gracias. Quiero cortarla en tres partes horizontales y ampliarlas a un tamaño natural. Espero tenerla lista dentro de un rato.

—Dan ganas de acariciarlo —murmuró sonriendo—. Menudo cuerpo. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Tienes cuenta en el Scotia?

—Sí, ¿por qué?

—Porque habrá cola cuando se sepa quién es —dijo divertida. Quizá porque era la alumna más mayor, a Claire le caía bien Virginia y sentía que era recíproco. Durante el tiempo que llevaban conociéndose había surgido

entre ellas una complicidad amistosa grata para las dos—. Me estoy jugando mucho...

Virginia abrió los ojos como platos.

—¿Has usado a tu chico sin pedirle permiso? —preguntó incrédula.

—Siempre me dice que me aproveche de él. —Claire habló conteniendo la risa—. Aunque va a alucinar bastante.

—Él y todas las mujeres de San Juan.

Hablando con algunos compañeros en el hall de la escuela de arte donde se exponían todas las obras del proyecto de la profesora Rodhein, Claire esperaba en pocos minutos a su novio después de imprimir la fotografía, colocarla en la pared sin ayuda y correr como una loca regresando a su casa para vestirse y llegar puntual a la primera inauguración de su vida. Por fin, otro sueño se dejaba acariciar; el más perseguido, el anhelado con más entusiasmo y el repudiado hasta la saturación. Aquel que estuvo a punto de aniquilarla resurgía poderoso para canalizar esa creatividad inquieta que lograba hacerla feliz.

En cuanto Gabriel entró, Virginia sonrió al verlo absorto delante de su propia imagen. Incluso con el traje negro a medida que vestía, su cuerpo marcaba los mismos músculos que en la sala atraían miradas inconscientes hacia *Natural*, como Claire llamó a esa fotografía. Se acercó a él, y

extendiendo el brazo, lo saludó con una expresión afable:

—Hola, señor Drake, no esperaba verlo por aquí.

—Hola —saludó Gabriel insinuando una sonrisa. Creyó conocer a la mujer, pero no la ubicó exactamente—. ¿Es clienta del Scotia?

—Sí, desde hace muchos años —respondió con calma—. Y también soy profesora aquí.

—Disculpe, no lo sabía —dijo Gabriel incómodo por la mirada atenta de la mujer; sin pudor le recorría de arriba abajo, muy despacio—. Mi novia es una de las alumnas que expone hoy.

—Claire, ¿verdad?

—Sí —respondió, la buscó con la mirada, sin encontrarla—. Estaba un poco nerviosa.

—No será por el modelo que ha elegido, tiene un cuerpo perfecto. Fíjese en la sensualidad de las curvas en las nalgas —dijo divertida. Al notarlo abochornado, añadió—. Ufff, menudo cañón.

—¿Usted cree?

—Por supuesto. Bromas aparte, la imagen es espectacular. Ha captado la frustración y la rabia con mucha fuerza.

—Sí. —Gabriel prefirió encubrir el impacto que lo había tensado viéndose desnudo, contemplado con avidez por montones de ojos—. Tiene un don para ver dentro de las personas.

—Eso es importante, transmitir. —Virginia descubrió a unos conocidos y se despidió de Gabriel dándole un apretón en el brazo—. No se avergüence, ha salido espléndido.

Gabriel movió la cabeza sonriendo y dedicó los siguientes minutos a recorrer el resto de la exposición. No supo si fue porque no era objetivo, pero ninguna de las otras obras le dijeron nada especial. Sin embargo, con Claire realmente sintió la grandeza de una carrera iniciándose. Tenía valentía, era la única que arriesgó con un desnudo de ese tamaño; innovaba en una presentación con tres partes, mostrando una pequeña porción de su culo, dando protagonismo a la musculatura del torso y las piernas; la composición del espacio tenía equilibrio; y el movimiento del agua guiaba la mirada al punto de atención que ella buscaba: la curva entre la espalda y el cuello, donde las gotas de agua rompían abruptamente saliendo disparadas en todas direcciones.

Claire lo sorprendió con un beso en la mejilla, ajeno al murmullo que tenía alrededor.

—Hola, cariño. Llegas tarde.

—Hola —saludó observando una camisa blanca, un pantalón beige y las sandalias negras de tacón alto que tanto lo aceleraban—, menuda sorpresita.

—¿No te gusta? —preguntó, intentando no sonreír.



Gabriel se inclinó sobre ella y le habló en el oído:

—Es increíble, pero que sepa no tienes derecho a usar mi imagen sin mi consentimiento.

—Cuando lo venda te pago los derechos que quieras.

—¿Está en venta? —preguntó asustado.

—Por supuesto, es una manera de recaudar fondos para una organización que ayuda a niños sin recursos.

—¿Cuánto cuesta?

—¿Vas a comprarlo? —preguntó sorprendida.

—No me apetece pensar que mi culo estará colgado en casa de algún extraño.

—Pensándolo bien, podríamos ponerlo en la biblioteca de abajo.

—Mejor en la de arriba —añadió Gabriel con ironía.

—¿Vas a comprarlo en serio?

—Muy en serio. Me ha gustado mucho.

La sonrisa de Claire fue ensanchándose mientras tiraba de la mano de Gabriel hasta el mostrador para formalizar la compra. De manera inesperada, su modelo, de quien albergó serias dudas, estaba entendiendo el trabajo y pagando mil dólares por la primera obra que vendía; siempre animándola, llevándola a otras metas, alentándola a conseguir el más huido de sus sueños.

Mientras contemplaba el reflejo de la luna en el lago, sintiendo el aire fresco en el rostro, escuchó Alexei un leve maullido. Poco a poco surgieron de las sombras dos pequeñas bolas esmeraldas, parecían suspendidas en la nada. Con el sigilo de los felinos, una gatita negra se acercó a él y se restregó en sus piernas.

—Hola, *Noiret* —susurró.

El animal no huyó cuando lo alzó perdido en sus manos. Era una mimosa, igual a otra que conoció, con unos ojos muy parecidos y una actitud casi igual. Aunque siempre prefirió los perros, esa gata le gustó. Tal y como ocurrió con Maggie. Recordó a Léonore Bouchaud, los años en Nancy y la traición imperdonable que sentenció su amor. La gata inglesa arruinó sus vidas y marcó sus destinos. Como siempre, apareció el fantasma, las amenazas y la huida sin dejar rastro. Recordaba palabra por palabra su último encuentro con el viejo Clainston antes de salir de la cárcel.

*«—Has tenido suerte, pero no te librarás de mí. Voy a hacer todo lo posible para acabar contigo. Serás un desgraciado el resto de tu vida y, por descontado, no podrás volver jamás.*

*—No volveré, de momento. Tengo otros planes —comentó con el mismo odio que destilaba el viejo. En aquellos días ya contaba con el apoyo de Charles Merritt, con su lealtad y con la garantía de que su familia estaría*

*a salvo en Terranova. Se levantó y no dudó en intimidarlo con la envergadura de su cuerpo—. Pero le juro que regresaré a Inglaterra, a Essex. —Sonrió para seguir hablando en un tono frío—. Y cuando llegue ese día todo el mundo sabrá quién soy, y todas sus posesiones serán Barinov; todas y cada de una de ellas. Pienso arrebatarlo todo, absolutamente todo.*

*—Eres un sucio pordiosero, sigue soñando.*

*—Es lo que me mantiene vivo, mis sueños. —Alexei arrastró esas palabras, sin nombrar a su hijo todavía en el vientre de Margaret, protegiéndolo de un hombre sin corazón, consciente de que su amigo y su hermana tendrían amor de sobra para él en un lugar remoto pero lleno de posibilidades—. Se arrepentirá de esto. Por mí, su hija puede pudrirse en el infierno. Maldigo a todos los Clainston, y me vengaré todos y cada uno de los días que viva.»*

En cuanto volvió al presente, acarició el pelaje oscuro de la gatita acurrucada en su regazo. Podía asumir que nunca cumplió aquella promesa, sin embargo, no sabía interpretar la sensación premonitoria que desde hacía unos días era incapaz de alejar de su corazón; algo crucial se le escapaba y solo había una posibilidad: se acercaba la hora de su venganza.

## CINCO

*Quebec, 15-9-12*  
*Canadá*

En la residencia de John y Elizabeth aún parecía pleno verano por una ola inusual de calor que azotaba Quebec. Aquellos veinticinco grados les concedían un merecido premio para mantenerse bronceados o para almorzar en la mesa de hierro y cristal del jardín debajo de una sombrilla. Solo faltaban Gabriel y Claire, y llegarían en breve.

Mientras unos tomaban unas bebidas sentados en las hamacas alrededor de la piscina en forma de ocho, dentro del agua, Ophie reía alocada jugando con su padre y su tío Jack.

Cora, que bebía un granizado de limón manteniendo una conversación relajada con sus exsuegros, contemplaba risueña la piscina. La actitud cariñosa ante el recibimiento del embarazo, sin que ninguno ocultara una alegría desbordante, animó su satisfacción al percibir la naturalidad de las cosas en el sitio correcto.

—¿Cuándo será el parto? —preguntó Elaine.

—A finales de abril o principios de mayo —respondió Cora, observando a Ophie sobrevolar la cabeza de Jack. La cara de Elaine se

encontraba a escasos centímetros de la suya, y la estudió con detenimiento, parecía feliz. Tenía un cutis moreno perfecto y unas pestañas oscuras como las cejas. Sus ojos eran negros, vivarachos y grandes, y pudo apreciar las finas arrugas que los empequeñecían al reír con las tonterías a voz en grito de Sean—. ¿Cuándo os mudáis?

—Estaremos aquí hasta después de la boda. No creo que terminen antes —dijo Elaine resignada—. Sean ha encontrado una oficina en el centro y la semana que viene apuntaré a Ophie a una guardería que está cerca.

—La puedes dejar con nosotros —comentó John.

—Ya, pero es bueno que esté con otros niños.

Elaine bebió un sorbo de té helado, sin dar importancia a la insistencia de sus suegros.

—Ten otro —dijo Elizabeth, guiñando un ojo a John.

—Por ahora va a conformarse con un primito.

—Qué pena que os vengáis, Ellie —dijo Cora—, si estuviésemos juntos en Nueva York se podrían ver a menudo.

Elaine suspiró mientras se recogía la melena en un moño, cruzándose un lápiz, con una maña increíble.

—Convence a Jack y mudaros también vosotros —dijo Elizabeth en plan sonda, para alentarla añadió—: Además, tus padres también se alegrarían.

—No sé. A Jack le gusta demasiado Nueva York.

—Y a mí —añadió Elaine—. Pero...

—Habla con él.

A John también le hizo ilusión poder disfrutar de sus nietos con Elizabeth, otra vez todos juntos en esa casa que los había visto crecer; el marco perfecto para completar el círculo que para él empezaba y terminaba con ellos.

Al bajarse del taxi que los trajo del aeropuerto, el alboroto alegre de Ophie encaminó a Gabriel y Claire rodeando la casa hasta la piscina. Tras unos saludos efusivos e interesarse por el embarazo de Cora, Gabriel se cambió la ropa por un bañador negro para unirse a sus hermanos. Cuando salió por la puerta acristalada de su antiguo dormitorio, ese y el de sus padres comunicaba con el jardín y la piscina, mirando a John, preguntó:

—¿Por qué no vienes?

Ante la opción de una guerra con sus hijos o cuatro mujeres hablando sin parar, no tuvo una elección difícil; siempre sería más divertido aliarse con Sean y Ophie contra la fuerza despiadada de Gabriel y Jack.

—¿Cómo te va en el curso? —preguntó Elizabeth.

—Muy bien —contestó Claire mientras Elaine le servía un vaso de granizado—, Gabriel ha comprado la primera foto que he expuesto.

—¿Has traído la cámara? —preguntó Elaine.

—Claro. ¿Quieres que te haga alguna?

—A Ophie. Es algo que siempre he querido hacer, que algún fotógrafo profesional le hiciera fotos bonitas.

—No soy profesional, pero gracias —dijo Claire, sonriendo. Cogió la cámara y vio una imagen que le gustó—. Si os ponéis las tres debajo del sauce os hago una.

Pasaron por el borde de la piscina sin llamar la atención de los aguerridos combatientes, llegaron al gran sauce llorón y les pidió que se sentaran cerca del tronco y hablasen olvidando que las enfocaba. En unos minutos, las mujeres, indiferentes a los ajustes que realizaba en la cámara, retomaron la charla. Claire se alejó del árbol, se agachó y dejó que las expresiones de unos rostros relajados impulsaran sus dedos para atrapar en una décima de segundo el gesto de cada una que perduraría por siempre.

Más tarde, se centró en la diversión enérgica de la piscina: unos torsos bronceados tensos, otros flexionados, risas, gritos extasiados, y unos rizos negros que pasaban volando entre fuertes brazos masculinos. Jack emergió después de una ahogadilla de su padre y movió la cabeza salpicando miles de gotas brillantes en el rostro risueño de John. Fotografió a Ophie catapultada por Gabriel con los ojos oscuros más expresivos que Claire había conseguido detener hasta ese momento. Ninguno se quedó sin su imagen congelada, estaban siendo una inspiración llena de felicidad y —como solía ocurrirle a

veces— de golpe encontró el tema de su siguiente trabajo: una serie sobre los sentimientos; un viaje con los mismos modelos en diferentes situaciones de sus vidas.

Tras finalizar un día agotador para Ophie, que cayó rendida en la habitación que compartía con sus padres, cenaron en el jardín entre animadas conversaciones con los proyectos de Sean, las bodas, nuevas perspectivas laborales y mucha ilusión. Aunque habían estado con sus hijos tras el accidente, para John y Elizabeth, tenerlos ahí con sus parejas a poco menos de un mes de su segunda boda, fue muy especial.

—Queríamos pedirlos a los tres que seáis nuestros testigos —dijo John.

Hubo un silencio compartiendo radiantes miradas.

—Acepto —dijo Jack sonriendo.

—Aceptamos los tres, idiota.

Sean acompañó sus palabras con una colleja.

—¿Dónde vais a ir de viaje? —preguntó Cora.

—No lo hemos decidido —respondió Elizabeth—. Por mí, me perdería en una isla desierta.

—Sí, con palmeras, un sol de lujo... —A Cora la embobó su fantasía—, aguas turquesas, templadas... Qué envidia.

—Si te casaras —dijo Jack, mirándola fijamente—, podrías elegir el



destino para tu viaje de novios.

—No, gracias —dijo suficiente, sonrió y añadió—: No ha colado.

—Por intentarlo... —murmuró.

—¿Por qué no te quieres casar? —preguntó Elaine.

—Estamos bien así, para qué cambiar.

Jack movió los hombros fingiendo una sonrisa, cogió una botella de whisky y se sirvió un vaso, aprovechó el recorrido para rellenar los de sus hermanos.

—Cada uno es libre de hacer lo que quiera —dijo Elizabeth.

—Está claro, no pretendía molestar.

Elaine no tenía intención de incordiar a nadie, y menos a su cuñado, que empezaba a mostrar signos de contención.

—¿Cuándo termina la reforma? —preguntó John a Claire, cambiando de tema.

—En quince días. ¿Vais a venir?

—Sí, el fin de semana.

—Perfecto —dijo Claire contenta—. Os va a encantar, tenemos las expectativas muy altas.

—¿Tienes ya el vestido? —preguntó Cora.

—No —respondió Claire poco inquieta—. Tenía pensado ir a Nueva York para comprármelo.

Gabriel orientó el radar e intentó no perder ninguna palabra de su novia.

—No deberías dejarlo mucho más —comentó Elaine.

—Quiero algo sencillo, no creo que tenga problemas.

—Llámame cuando vayas, me gustaría ir contigo —dijo Cora—. Si quieres puedo ir pidiendo cita en algunas tiendas.

—Gracias, ¿es necesario?

—Sí —afirmó Cora convencida—. Muy necesario.

Al escuchar a su exmujer, sonrió divertido; su novia no sabía a qué se enfrentaba; con Elaine azuzando y Cora como asesora de imagen, le quedaban días inciertos por delante.

—Acabo de tener una idea —comentó Elizabeth—. ¿Por qué no os quedáis ese fin de semana en el ático? Sería una especie de despedida de soltera.

Su madre estaba rematándolo de manera rápida, «¿solas en Nueva York de fiesta?».

—¿Con tu suegra? —preguntó Elaine con sarcasmo.

—¿Disculpa? ¿Tienes alguna queja?

—Puede —admitió irónica.

Como le tirara de la lengua iban a saber las noches en vela que disfrutaban ella y Sean escuchando las actividades tan apasionadas que se

traía con John.

—Ya hablaremos tú y yo —dijo Elizabeth.

—En privado, por favor.

Elizabeth frunció el ceño y miró a Sean que movió rápido los hombros, apresando sus labios con fuerza.

—¿Qué era aquello que debía aconsejarte? —preguntó Jack—. Dijiste que me lo contarías en presencia de tu abogado.

—Tonterías nuestras —respondió Gabriel, indiferente—. Luego te pido ayuda.

Gabriel y Sean sonrieron, los dos sabían a qué se refería.

—¿Ayuda para qué? —preguntó John.

—El otro... —murmuró Sean.

—¿Qué os pasa? —preguntó Claire.

—Nada.

Al decirlo, Gabriel no pudo contener un estallido de risa bajo un montón de ojos intrigados que Sean secundó. Viendo el ambiente distendido, Claire sacó la cámara e hizo algunas fotos entrañables. Una le gustó en especial porque representaba tal cual la buena racha que todos vivían. Gabriel quedó inmortalizado con el cuerpo inclinado hacia delante, con los codos en las rodillas y la mirada atenta en Elizabeth, que hablaba con Sean sin percatarse de que John no le quitaba los ojos de encima mientras Jack

bromeaba con Cora y Elaine, las dos risueñas.

Un buen rato después, aunque la noche era extremadamente cálida e invitaba al baño, los tres focos subacuáticos de la piscina iluminaban a Gabriel tumbado en una de las hamacas, pensativo mirando las estrellas, poco animado a refrescarse. El sonido de la puerta corredera del dormitorio captó su atención, se incorporó y a punto estuvo de caer de espaldas noqueado por el cuerpo de Claire con un pequeño bikini blanco en una estimulante visión soñadora.

—Hola, ¿has probado el agua?

Claire metió los pies en el primer escalón, no parecía desagradarle la temperatura.

—No —dijo cuando encontró la voz.

—¿No vienes? —preguntó, alejándose nadando.

El matiz sexual en esas palabras lo endurecieron más que unos pezones marcados bajo una tela llamándolo a gritos. Observándola, se levantó para sentarse en el borde, sin ganas de enfriar una impaciente erección; mejor dicho, ningunas ganas.

—Creo que no.

—¿Por qué?

—Estoy bien aquí.

Claire colocó las manos mojadas en los muslos de Gabriel sofocando

el calor de una piel deseosa de más contacto. Luego, llegaron las suaves caricias a su abultada entrepierna para que perdiera la noción del espacio y el tiempo.

—¿Te gusta?

—Demasiado —respondió susurrando, con la mente empujándolo a bajarse el bañador y meterse de lleno en esa boca provocativa que se acercaba con una lengua cautelosa a su estómago—. Cariño, no puedo más.

Siempre la sonrisa de Claire lo desalmaba, pero cuando era ella quien tomaba la iniciativa en el sexo con picardía, sin complejos, alejada de cualquier mal recuerdo; cuando veía claramente que solo pensaba en él, entonces, se inflamaba de orgullo dispuesto a saciarla para colmar su vida igual que ella lo llenaba a él. De pronto, Gabriel cambió de estrategia y se zambulló de cabeza en el agua, no era ningún sacrificio apaciguarse para jugar un rato; su viril esplendor no tardaría en volver, pero en la intimidad del dormitorio; ahí le daría el preámbulo perfecto.

Para Jack las cosas sucedían a otro tempo después de otro encuentro amoroso. Navegaba en la sensualidad de las tiernas caricias de Cora que recorrían con la mano un erizado y sensible costado.

—¿Sería posible trasladarnos aquí? —preguntó Cora muy bajito.

—¿Qué?

Cora levantó la cabeza y lo besó en el pecho.

—Tus padres me lo han insinuado.

—¿Quieren que vivamos aquí?

—Eso creo. Supongo que les hace ilusión, y por otro lado, a mis padres también les gustará la idea.

—¿Tú quieres vivir aquí? —preguntó serio.

—Me da igual, donde tú estés.

—No quiero dejar Nueva York. Tendría que empezar con un equipo nuevo y no me apetece. No es un buen momento para nosotros. Tú no llevas ni tres meses... Vamos a darnos algo de tiempo.

—Como quieras. Ya te he dicho que me daba igual.

—Sé que con el bebé estaremos solos, pero no me preocupa, ya veremos cómo nos organizamos —comentó confiado. La besó en los labios —. ¿Estás preocupada por eso?

—No, sé que todo va a ir bien.

—Y yo, nena. Todo nos irá de maravilla.

—Seguro —dijo melancólica.

Jack le cogió la barbilla y la obligó a mirarlo.

—No te lo he dicho porque no hablamos de trabajo en casa, pero sé de buena tinta que tienes unas perspectivas excelentes.

—¿Qué información manejas?

Una mano deslizándose perezosa hacia unos genitales masculinos advertían que pronto su dueña iba a tener un informe detallado de esas noticias.

—Más abajo —susurró excitado. Obtuvo su recompensa y añadió—: Ejecutiva sénior.

Cora detuvo el movimiento y se subió a horcajas sobre él.

—¿Me estás ayudando?

—No.

—¿Seguro?

Otra vez la maldita mano poniéndolo en jaque; su reina se había empeñado en matarlo.

—Mucho —jadeó.

Cora se movió para atrás, inclinó el cuerpo hacia abajo y respiró muy cerca del miembro rígido de Jack. Otra caricia y vibró ansioso. Poco a poco sus labios lo rodearon; fue degustándolo con la húmeda suavidad de la lengua en el interior de una boca complaciente; la misma que los sincronizó encadenando gemidos hasta la gloria de un adictivo placer.

El Club de Golf Royal Quebec, establecido en 1874, era uno de los más antiguos de Canadá, el favorito de Gabriel y John desde su reciente renovación y, durante la dominical mañana soleada, también lo fue para Jack.

Calibrando los golpes por la brisa fresca que anunciaba con ímpetu el final de un extraño verano tan largo como cálido, jugaban un partido entre ellos. Ese ligero silbido soplaba locamente las doradas hojas de los árboles mutando verdes por cobrizos otoñales, apenas les molestaba al andar a lo largo del campo, pero agitaba las ramas en una danza de destellos luminosos y podía desviar un tiro certero.

—Te noto ausente —dijo Gabriel.

—Estoy un poco cansado. —Jack apoyó el cuerpo en la mano que sostenía su palo y John se preparaba para lanzar a unos metros—. No duermo muy bien.

—A Cora se la ve feliz.

—Sí, aunque es una cabezona.

—¿No me digas? —preguntó Gabriel irónico.

—Excepto porque vivimos juntos, en todo lo demás quiere ser totalmente independiente. A veces me pone como una moto.

—Relájate, o no vas a vivir para contarlo.

—Eso quiero, pero me cuesta controlarme.

—Tendrás que adaptarte. Cuando nazca el bebé olvida la vida que llevas.

—Me da igual, no la echo de menos, pero me gustaría casarme y sentir que tengo mi propia familia.



—Aunque no estéis casados, la tenéis.

—Tú podrías decir lo mismo; en cambio, vas a casarte con Claire, y es tu segunda vez; papá y mamá, igual —comentó más irritado de lo que pretendía—. Joder, para mí sería la primera y me tengo que aguantar con un rechazo permanente.

—No sabía que te preocupaba tanto estar casado.

—Ni yo —admitió entornando los ojos, insinuó su sonrisa alegre, y siguió—. Estaré madurando. —Jack no se inmutó ante el gesto sorprendido de su hermano, ni de la carcajada ruidosa que descentró a John—. Puedes tomártelo a broma, pero me jode, Gabe, en serio.

—¿Qué te jode?

John se aproximó a la vez que Gabriel se alejó para seguir el turno.

—Nada —soltó Jack con brusquedad—. No empieces a calentarme.

—No he hablado —replicó John—. Y eres tú el que me calienta a mí, siempre estás con algo. A ver si con el niño sientas la cabeza.

—Solo por fastidiarte, soy capaz de dejártelo para que me lo críes tú. ¿Creías que ibas a jubilarte sin nada a cambio?

—Lo que tú digas, pero procura mantenerte alejado de mí —habló siguiéndole la corriente, atento al tiro de Gabriel; el ganador hasta el momento—. Anda, bocazas, te toca.

El silencio roto por el canto de unos pájaros dicharacheros apremió el tardío despertar de Claire. Notando una tremenda ausencia a su lado y deslumbrada por la intensa luz que bañaba la habitación, descubrió la nota en la almohada: «*Estoy jugando al golf. Nos vemos en la comida. Te quiero, G.*». Poco motivada se levantó y fue al baño, donde consiguió activarse después de una ducha.

Con un vestido estampado corto y unas sandalias sin tacón, salió del dormitorio en unos minutos. Sorprendida al encontrar en la terraza a Sean, solo, leyendo concentrado el periódico mientras desayunaba, disimuló la incomodidad provocada por la información que conocía de ella y lo saludó sonriendo.

—Buenos días.

Sean, al oírla, levantó la vista y dobló el periódico.

—Hola, Claire, buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Bien. ¿Y las chicas?

—De compras, te han esperado un rato.

—Lo siento, estoy acostumbrada a acostarme tarde y siempre me cuesta madrugar.

—Qué suerte.

La señora que realizaba las tareas domésticas la saludó amable y colocó en la mesa otra taza de café, una cafetera recién hecha y una panera

con pan tostado.

—¿Cómo has dormido tú? —preguntó Claire, bromista añadió—: Gabriel me ha contado lo bien que lo pasáis en vela.

—No se lo digas a nadie, pero estoy loco por estar en mi casa — comentó riendo. Se colocó un mechón castaño detrás de la oreja, pensando en la aclaración que necesitaba darle. Ignoró que Claire tenía la misma inquietud cuando habló serio—. Quiero pedirte disculpas porque sé que te he molestado.

—Aceptadas —dijo, mirándolo a los ojos—. Me enfadé mucho contigo, no me gusta que se hable de eso. Gabriel me dijo que no se lo habías comentado a nadie, y espero que sigas cumpliéndolo.

—Por supuesto. Nunca he tenido la intención de husmear en tu vida, créeme. Me intrigó la historia y luego me sobrepasó.

—Lo sé. Notaba la compasión en tus ojos y la odio; no lo soporto.

—Por mí no tienes que preocuparte.

—Te lo agradezco.

—Soy yo quien está en deuda contigo. Ver a mi hermano feliz, después de lo mal que lo estaba pasando, es suficiente para que respete tu opción. Si alguna vez necesitas contar conmigo para lo que sea, no dudes en decírmelo —comentó rotundo, risueño y suficiente añadió—: Soy el abogado de la familia.

—Por cierto, abogado de la familia Drake, ¿para qué necesita ayuda tu hermano?

—Es secreto profesional. Ahí me pillas, represento a todos los implicados.

Sean frunció los labios divertido, sin intención de soltar prenda, que se las apañara su hermano con ella, al fin y al cabo era la beneficiaria de los consejos.

—¿Te ha dicho que queremos tener hijos?

—Algo me ha contado. No os agobiéis.

—No sé qué decirte. El otro día, cuando supo que Cora estaba embarazada, me dio la impresión de que le molestó.

—No me ha dicho nada. Supongo que le impresionaría, a mí me dejó aturdido. Es normal que necesite más tiempo que los demás para asimilarlo. Pero, por lo que he visto, no parece que lo lleve mal.

—No sé, seguramente son tonterías mías.

—Gabe no es rencoroso, estoy seguro de que se alegra.

—Sí, si también lo creo, pero me da que está frustrado porque cree que es culpa suya.

—El urólogo le dijo que no tenía problemas.

—Ya. —Claire encogió los hombros conformista—. No me hagas caso, estoy un poco descentrada.

—Creo que has triunfado en la exposición.

—Qué exagerado —dijo sonriendo—. Ha sido un trabajo de clase expuesto en el hall de la escuela, estoy lejos de galerías de arte o un círculo profesional.

—Poco a poco. Por lo que he oído, has tenido buena acogida, por algo se empieza.

—Desde luego. Os he estado haciendo fotos sin que lo supieseis. Vais a formar parte de mi nuevo proyecto. Le he hecho a Ophie unas increíbles, es muy fotogénica.

—Gracias, es mérito de Elaine.

—Os haré alguna a los tres juntos, Elaine quiere ponerlas en la nueva casa.

—Me lo ha dicho. ¿Cómo vais con la vuestra?

—Bien, pero nos ha pasado algo muy curioso. El otro día, en la biblioteca, encontraron una carpeta con documentos. Estaba escondida en un compartimento secreto de la estantería. —Con esas palabras, el instinto sabueso de Sean se puso en alerta—. Eran los certificados de adopción de mi padre. No tenía ni idea de que era adoptado, ni sé por qué mi abuelo los escondió, solo tengo el nombre de su madre biológica. ¿Te gustaría ayudarme a encontrar a la familia inglesa de mi padre?

—¿En serio? No sabes lo que me estás pidiendo. ¿Cuándo fue?

—En 1953. ¿Te interesa?

La sonrisa feliz de Sean respondió sin palabras a un reto que le apasionaba.

—Cuando llegue a casa lo escanearé todo y te lo envío. No tenía claro qué hacer, pero siempre estaré a tiempo de conocerlos o no.

—No te hagas ilusiones. Es posible que no encontremos nada. Entiendo que tu padre no sabía tampoco que era adoptado.

—No. Al menos, a mí jamás me lo dijo.

—Si tu abuelo lo tenía oculto es porque no quiso que nadie lo supiera. ¿Tenía algo que ver con *Atlantis Cod Fish Ltd.*?

—Sí. La fundó en 1941. Al principio solo transportaba el bacalao directamente de los barcos a los restaurantes. Él y pocos trabajadores lo limpiaban, salaban o secaban. Luego, fue creciendo. Hasta que en los noventa el sector se vino abajo. Aguantaron hasta 1996, cuando mi padre tuvo que vender la fábrica para pagar todas las deudas que habían acumulado durante los años de pérdidas.

—Sería una tragedia para ellos.

—Mi abuelo murió tres años antes. Vio el declive del negocio, pero no creo que imaginase que acabaría perdiéndolo. Para mi padre fue un fracaso que no superó. Gracias a algunas inversiones salimos adelante, pero se vio impotente al ser él quien perdiera el negocio.

—Sería muy duro —admitió pensativo—. Me has convencido. Mándame los papeles cuando puedas y empezamos a investigar.

—En cuanto llegue, no lo dudes. Me intriga saber qué pasó. Era una niña y no me enteré de casi nada.

—La pérdida de la fábrica es independiente a la adopción, pero me gustaría echar un vistazo si no te importa. No entiendo por qué aguantaron si estaban viendo que el negocio se arruinaba.

—Por lo que sé, fue una combinación de factores. La mala gestión y la sobreexplotación fueron decisivas. Hubo muchas factorías que tuvieron que cerrar en los setenta. Dentro de lo que cabe, fueron los últimos en rendirse.

—Recuerdo haber leído algo sobre varias compañías de pesca que se fusionaron con subvenciones estatales. Les tuvo que ocurrir algo para no salvarse.

—Empezaron a inundar las costas con barcos factoría de altura. No pudieron competir. Ellos se abastecían de los pescadores del litoral. Ni con la regulación que solicitaron al Departamento de Pesca consiguieron aumentar sus capturas.

—Y me imagino que con la implantación de la moratoria de las doscientas millas terminaron de hundirlos.

—Sí. La extendieron hasta 1999. Para nosotros fue demasiado tarde.

Claire suspiró hondo, sonriendo sin ganas.

—Mírale el aspecto positivo, construyeron las plataformas y el inútil de mi hermano se rompió el tobillo, el resto es vuestra historia.

—Y menuda historia.

Ese tiempo Claire tuvo la ocasión de descubrir al hombre sereno que bajo una apariencia informal, incluso a veces descuidada, encubría una sólida personalidad con unos valores algo idealizados. Opuesto a sus hermanos, sin el ímpetu de Jack ni la imagen distante de Gabriel, aparte de brillante, parecía divertido y leal a sus convicciones; en Sean Drake encontró a un amigo inesperado que destiló lealtad con la gentileza de un caballero; y entendió por qué Gabriel lo admiraba tanto; contaba con su respeto absoluto.

Tal y como predijo Daniel Larson, a finales de mes terminaron la obra en Boreal Róis. La casa, de por sí majestuosa, consiguió convertirse en el hogar moderno que soñaron, lleno de detalles artesanales para causar sensación en pocos ojos privilegiados.

Después de dedicarle varias horas a la colocación de sus cosas en el nuevo despacho de la primera planta, Gabriel entró en el estudio sin que Claire notara su presencia; se aislaba con las imágenes olvidándose de todo; incluso de comer. Durante el tiempo que estaban juntos coincidían pocos minutos en la cocina, y porque insistía él.

—Hola —dijo Gabriel.



De forma automática, Claire activó el salvapantallas.

—Hola. ¿No te he oído llegar?

—Como siempre.

—¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué hacías?

—Un trabajo.

—Enséñamelo. Al menos hablaremos de algo.

—Es una sorpresa para tus padres. No sabía qué regalarles y he pensado que una foto con vosotros les gustará.

Claire puso la imagen en la pantalla y atrapó a Gabriel.

—Deberías hacerte un book, o hablar con Jack, conoce a varios galeristas que podrían estar interesados. —Giró la cabeza y la besó en la mejilla—. Eres muy buena.

—¿Te gustan siendo objetivo?

—Creo que sí, en la exposición intenté verlas todas con distancia y te prometo que la única que me gustó fue la tuya.

—Porque veías tu cuerpo. Ya sabemos cómo lo cuidas.

—No digas chorradas —comentó indiferente—, fue la foto. —Miró una de las paredes blancas—. La misma que voy a colgar aquí.

—Creía que ibas a ponerla en el vestíbulo del banco.

—Muy graciosa. —Gabriel torció la boca, volvió a la mesa e inclinó

el cuerpo hasta casi unir sus cabezas—. Bastante tengo con saber que medio pueblo me ha visto el culo.

—No saben que es tuyo. Si lo supieran seguro que aumentabais las clientas en poco tiempo.

—Tu profesora lo sabe. ¿Quién se lo habrá dicho?

—Ni idea. A lo mejor lo dedujo.

—Seguro —afirmó, le besó los labios y preguntó—. ¿Te queda mucho?

—No. Mira qué ha dejado Ethel para cenar, caliéntalo y me avisas.

—¿Algo más, mi general?

—No, soldado, puede retirarse.

—A sus órdenes.

Gabriel no podía enfadarse. Se molestaba, pero era incapaz de alejarla de un sueño que a él por días le parecía más real; no era experto, por eso quería que algún amigo de Jack viera su trabajo; aunque estaba convencido de un talento que no dejaba indiferente y tenía la capacidad de conmover; las únicas dos premisas que conocía con el arte.

Mientras calentaba en el microondas una crema de verduras, en un alarde de confianza, batió unos huevos, les incluyó una pizca de sal y una lata de atún. Cogió una sartén, echó en ella un chorrito de aceite de oliva y, después de ponerla en el fuego, con mucho cuidado vertió dentro el proyecto

de tortilla.

Olía muy bien y precavido bajó la intensidad del fuego. Se llenó una copa de vino y —contento por la sorpresa que iba a darle a Claire— esperó relajado con un aroma delicioso en la cocina, y un gusto excelente en su paladar gracias al vino tinto español que tenía la suerte de catar a diario. Sonó el móvil, vio el nombre de su hermano y respondió alegre:

—Hola, Sean, ¿cómo estáis?

—Bien, por fin tenemos ya la casa.

—Enhorabuena. Te diría que os vinieseis con papá y mamá, pero me imagino que estaréis ocupados.

—Sí, hasta Navidad no contéis con nosotros. Antes de que se me olvide, ¿está Claire contigo?

—Sí.

—¿Le puedes decir que quiero hablar con ella?

—Claro. ¿Pasa algo?

—No. Es sobre un asuntillo que llevamos entre los dos.

—¿Qué asuntillo?

Gabriel salió de la cocina hacia el estudio.

—Cosas nuestras.

—Déjate de tonterías —dijo cortante—. ¿Qué asuntillo tienes con mi novia?

—Pregúntale a ella, y de paso explícale también qué necesitas de Jack, estoy cansado de guardar vuestros secretos.

—Tendrás morro..., si vives para eso. —Llegó al estudio, abrió decidido y le entregó el móvil a Claire, que extrañada frunció el ceño—. Es Sean, tú sabrás qué tenéis que hablar. Te espero abajo.

A Gabriel ni siquiera le dio tiempo de llegar a la escalera cuando saltó la alarma de incendios. Bajó de dos en dos los escalones, pero fue tarde para darle la vuelta a la tortilla; se había carbonizado envuelta en un humo desagradable que activó un solitario detector hasta ese instante inoperativo, nadie jamás lo había escuchado; ese honor estaba reservado para el único privilegiado que osó desafiarlo: él. Parecía un topo asfixiado mientras abría la ventana. No lloró por pena, aun mereciendo la irritación de sus ojos unas lágrimas patéticas por el picor del maldito humo que invadió toda la casa.

—¿Qué has hecho? —preguntó Claire, tosió de manera compulsiva y se tapó la cara con la camiseta.

—No he hecho nada, ha sido un accidente. Ha saltado el detector.

—¿No me digas? —Claire entró haciendo aspavientos con las manos, vio la sartén calcinada y empezó a reírse como una lunática—. Eres un inútil.

Perturbada sin contención, cogió la sartén y la metió en el fregadero bajo un potente chorro de agua. Inmediatamente se elevó hasta el techo una columna rancia como un geiser blanco surgido de un manantial.

Gabriel se encerró de malos modos en la biblioteca contigua al desastre. Acto seguido comprendió que inhalar la niebla tóxica acumulada en esa habitación podía acarrearle un suicidio involuntario; pero no le importó y resistió valiente. Perder otra batalla no era perder la guerra; y él, tarde o temprano, conseguiría hacer algo por sí mismo en la cocina saliendo indemne. Poco después, dos suaves toques en la puerta precedieron la entrada de Claire.

—Hola. Lo siento, no te enfades.

—No pasa nada. —Gabriel levantó la cabeza, apoyada en los brazos, y la miró entrecerrando los ojos—. Estoy acostumbrado.

—Las tortillas se hacen muy rápido.

—¿No me digas? —preguntó, frunciendo los labios—. Lo he notado.

—Ha sido un fallo tonto.

Claire se acercó sonriendo se sentó en la mesa y le acarició el cuello.

—¿Quieres que lo intentemos juntos?

—¿Tienes tiempo? —preguntó serio.

—Sí. —Inclinó el cuerpo hacia delante y buscó sus labios—. ¿Me perdonas?

El suave movimiento de la mano de Claire en su cabeza, la calidez de sus labios y una voz aterciopelada lo animaron para intentar otra cosa juntos. La cogió de la cintura y la expuso abierta de piernas para él. A continuación,

besos lentos y ronroneos apremiantes. Luego, caricias más exigentes y un instinto de preservación compartido, marcado por el olor provocador del deseo, siempre excitante y sobrado para anularlo todo.

Tras más de media hora dedicada al placer, se vistieron y fueron a la cocina, donde ya se podía respirar pese a la ventilación constante que necesitaría los próximos días. Claire sacó cuatro huevos de la nevera y cogió un plato para que Gabriel los batiera. Antes de verterlos en la sartén, les echó sal. Al momento se cuadró delante como un portero de seguridad, ojo avizor a cualquier contratiempo.

—Puedes hablar mientras los contemplas —dijo Claire con burla.

—¿Qué te traes entre manos con Sean?

—No es ningún misterio. Le he pedido ayuda para encontrar a la familia de mi padre.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque lo decidí sobre la marcha cuando desayuné con él. Y con todo lo que tengo en la cabeza, se me ha olvidado comentártelo. ¿Te molesta?

—No. Supongo que te habrá costado horrores convencerlo.

—Horas y horas.

Sonriendo, Claire agarró el mango de la sartén y con una espátula dobló la tortilla.

—Prueba tú. —Le dio la espátula—. Dobla la otra esquina. —Gabriel

puso empeño y con varios toquecitos consiguió una forma muy parecida a la que había hecho ella—. Perfecto, cariño.

## SEIS

*San Juan de Terranova, 28-9-12*  
*Terranova y Labrador, Canadá*

De manera estoica, Gabriel soportaba al día siguiente el chaparrón de Ethel cuando vio la sartén en el fregadero mientras desayunaba tranquilo. No escatimó una oración mental para continuar sin la intromisión en la cocina de Claire o Eloise. Con las tres en su contra, el pitorreo estaba garantizado hasta que saliese por la puerta hacia el banco.

—De menuda nos hemos librado —repitió cansina—. Con la casa recién terminada, llena de madera barnizada, inflamable...

—Por favor, no ha pasado nada, deja el catastrofismo.

—Desde luego, sería una catástrofe quemar el trabajo que ha hecho el primo de Mike.

—Está a salvo, descuida.

—Ha quedado precioso —comentó satisfecha—. Me gusta la idea que ha tenido al camuflar esos insectos entre las flores.

—Seguro. ¿No será que Daniel le dio dibujos exactos?

—No creo.

Claire entró en la cocina, besó de pasada a Gabriel en los labios y colocó la cafetera en la mesa. Con prisa, sacó una taza del mueble, pan de una



bolsa y paté del frigorífico.

—¿De qué habláis? —preguntó, sentándose frente a Gabriel.

—Ethel dice que el primo de Mike tuvo la idea de los insectos tallados.

—¿Los de esta estantería?

—Sí, la mariposa, el escarabajo y la libélula.

—Siento decirte que estás equivocada —dijo Claire, mirándola. Gabriel hizo una mueca irónica—. Son elementos habituales en el art-nouveau. Daniel me dio a elegir y nos decidimos por esos para que pasaran inadvertidos entre las hojas.

—Te lo he dicho. —Gabriel sonrió y apostilló—: Era demasiado sutil.

—¿Me estás diciendo algo? —preguntó Ethel belicosa.

—No, pero el creativo en esta casa no es el primo de Mike, lo siento.

—Hablando de crear —dijo Claire—. ¿A qué hora llegan tus padres?

—Por la noche. Les dije que iríamos al aeropuerto.

—No sé si me dará tiempo de recoger la foto.

—Si quieres, dime dónde es y me paso cuando termine.

Cuando Gabriel las dejó a solas, Claire preguntó casual:

—¿Te suena el nombre de Alexei Barinov?

Ethel tardó unos segundos en darse la vuelta, aunque estaba pálida y eso era complicado disimularlo.

—No —respondió. Siendo sincera consigo misma, no mentía; al ruso nadie lo llamaba así. Tanto ella como Eloise conocían al innombrable, al repudiado por Grace y misteriosamente con un nombre inglés bastante similar a ese—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

En ese preciso instante, supo Claire que Ethel le ocultaba algo. Con las mismas, no quiso compartir el hallazgo de los documentos. Molesta, terminó de desayunar, aunque se preocupó por hablar del curso para alejar una sensación inquietante de traición. «¿Quién fue Alexei Barinov?» «¿Por qué su querida Ethel mentía?» «¿Sabrían ella y Eloise el secreto de Charles Merritt?»

En cuanto salió del banco Gabriel, se subió en el todoterreno de Claire y se dirigió al polígono industrial cercano al Avalon Mall, pensando en el Mercedes, que estaba en el taller, y en el mes escaso que faltaba para la boda. Conduciendo se agobió por la cantidad de tareas aún pendientes de las que no habían hablado, y el tiempo apremiaba implacable. Debían ir a Nueva York porque los dos querían comprarse allí los trajes; alquilar el mobiliario del jardín, sin contar con inclemencias meteorológicas inesperadas durante la media hora que duraría el enlace; saber cómo quería Claire organizar los muebles del salón para la comida; encargarse de abastecer a Ethel; y reservar

el viaje de novios. Todo eso en cuanto a su vida íntima.

También, en el plano laboral se le complicaron las cosas. Entre los permisos para la construcción de la nueva plataforma, que afectaban al banco con innecesarios y costosos retrasos siendo responsabilidad de la empresa noruega, y los objetivos que se había fijado en la sucursal, donde pretendía ofrecer productos financieros de utilidad para San Juan, adaptados al entorno, Gabriel no daba abasto. Creía que si el Scotia funcionaba como una gestora de los ahorros de muchos inversores que, por sorprendente que pareciera, aparte de los beneficios generados por su dinero esperaban otra rentabilidad, como realizar labores de apoyo social, podría repercutir beneficios totalmente compatibles con la ética y responsabilidad moral que esos inversores pedían, conociendo cómo y dónde se usaba su dinero o a qué empresas o proyectos financiaba. Para lograrlo, habían sacado libretas de ahorro solidario, fondos de inversión, microcréditos, que eran relevantes para el desarrollo a personas carentes de garantías reales pero conllevaban un estudio minucioso, y trabajaban en otros productos, como bonos y préstamos; todo ello sin descuidar la gestión diaria o el asesoramiento en las operaciones europeas; esto último con fecha de caducidad si se cumplían sus planes. Y por si no estaba bien saturado, cuando detuvo el Bronco en una calle solitaria y lo rodeó, acudió a su cabeza el accidente de Claire para añadirle más presión. En esa cuenta todavía por saldar, las únicas bazas a favor de Claire eran la

afortunada ausencia de víctimas y su abogado; por supuesto, Sean; una garantía que posiblemente no iba a librarla de cumplir alguna sentencia si el propietario del Volvo seguía, como hasta ese momento, negándose a ningún acuerdo.

Andando hacia la nave donde enmarcaban cuadros, pasó distraído por delante del escaparate de una tienda de animales. Al ver los cachorros, esbozó una sonrisa nostálgica. Nunca olvidaría el nombre que Jack le puso al último perro que tuvieron en casa de sus padres: *Drako*, en honor al apodo que uno de sus compañeros le puso en el colegio, extendido con orgullo a los tres hermanos durante aquella etapa, e incluso usado actualmente cuando bromeaban entre ellos.

Recordó la conversación de Claire en Londres con el desconocido en la puerta del Park Lane y decidió entrar en la tienda, al menos, probaría suerte preguntando. Entre dos *Golden retriever* color canela, en unos minutos, eligió a la hembra. Compró todos los accesorios que el vendedor consideró necesarios: una cama acolchada, un *transportín* apropiado para volar ajustable a su futuro tamaño, una correa larga, otra más corta, un saco de pienso y dos comederos metálicos. Salió cargado, guardó la compra en el maletero y volvió a la tienda para recoger a la perrita, nada dispuesta a abandonar una breve vida aburrida pero cómodamente conocida.

Al meter en el coche la fotografía de dos metros de ancho por otros

dos de largo, caviló sobre cómo tendría pensado Claire transportarla; a él, allí mismo, con el maletero a tope, la perrita temblando en el asiento trasero después de orinarse en la tapicería y el tiempo justo de llegar a la escuela, le sobrepasó; no tenía el cerebro para *Tetris*.

—Voy a ponerte delante. —Agarró al asustado animal y lo colocó en el suelo del copiloto—. Como vuelvas a mearte, te enteras —dijo irritado, metió el cuadro entre los asientos y arrancó a toda velocidad. Después de recorrer una breve distancia, un olor nauseabundo inundó el coche. Gabriel giró la cabeza mirando hacia abajo y exclamó—: ¡Joder, hoy me mata!

Esperando en la puerta de la escuela de arte con un nuevo profesor — un atractivo norteamericano parlanchín— Claire oyó un derrape y giró el cuello molesta. Agrandó los ojos impresionada y abrevió la despedida. Cuando se acercó al coche, de repente, una silueta clara dio un salto compulsivo en el interior. Asustada, reculó varios pasos.

—Hola —saludó Gabriel, bajándose con una sonrisa culpable que no expresaba muchos remordimientos, la besó discretamente en la mejilla—. Siento el retraso.

—Hola. —Claire se acercó otra vez a la ventanilla y otra vez la perrita defendió su territorio con insistentes ladridos agudos—. ¿Has comprado un perro?

—Sí. ¿Te gusta?

—Sí, pero no parece muy sociable.

—Tiene dos meses, tendremos que educarla. Se ha meado y ha vomitado. El coche está hecho un asco.

—Menudo recibimiento para tus padres.

—A ver cómo llegamos a casa. Por cierto, tendrás que llevarla en brazos, no hay un hueco libre.

—Si se deja coger...

En cuanto la despavorida perrita notó el movimiento de la puerta, salió disparada corriendo por un rectángulo de césped hacia la fuente circular que había en la entrada de la escuela. Gabriel empezó a sisear, pero no pudo ordenarle nada ante la falta de un nombre. Desesperado, generando una indeseada expectación, gritó:

—¡*Shu!*

Claire bajó la cabeza para disimular la risa «¿*Shu?*», su chico iba de mal en peor. Tras varias carreras consiguió placarla justo entrando a la fuente. Volvió con cara de pocos amigos, el traje chorreando y la perrita sostenida a varios centímetros de su cuerpo.

—Ahórrate la bronca. Admito todo lo que estás pensando.

Si Claire aflojaba la presión de sus labios lo más probable es que estallara una sonora carcajada, y no le pareció lo más apropiado, por lo que

abrió exageradamente los ojos un instante y se subió diligente en el coche. Frunciendo la nariz por el pestilente olor, sujetó con seguridad al animal sobre las piernas y le acarició el cuerpo.

—Me gusta *Shu*, es original —comentó Claire cuando Gabriel se sentó. La miró de reajo sin añadir nada, arrancó enfadado y puso rumbo a su casa. Por no aumentar la tensión, Claire lo ignoró y le habló al animal, percibiendo el ritmo acelerado de su corazón—. Hola, *Shu*, eres muy guapa.

—Si estás de cachondeo, déjalo. No estoy de humor.

—Va en serio. Me gusta. ¿Lo habías pensado o ha sido un grito espontaneo?

Otra mirada asesina, esa vez acompañada de unas mandíbulas rígidas.

—Soy así.

Claire le tocó la pierna con la mano mojada, un poco más daba igual.

—También me gusta.

A sus palabras añadió un beso en el cuello que terminó de alejar la frustración de Gabriel.

Cuando aparcó en la puerta de la casa, Claire llevó a *Shu* al jardín por el camino que rodeaba el imponente edificio rojo y Gabriel metió dentro el cuadro y el resto de artículos del maletero. Cargado como un mulo, entró en la cocina dejando las cosas repartidas en orden hasta el lavadero, donde cogió varios trapos, un spray para la tapicería y un cubo con agua. Rechazando la

colaboración de Claire, volvió al coche con la loable intención de limpiarlo para ir en breve al aeropuerto y recoger a sus padres sin contratiempos.

Para Gabriel, John y Elizabeth la mañana del sábado brilló confortable, en cambio, Claire se despertó sola y dolorida. No vio a *Shu*, la culpable de aquella situación, y se levantó con la sensación de no haber pegado ojo en toda la noche, recordando un llanto lastimero que cesó cuando Gabriel sacó a *Shu* de la caseta y colocó en un rincón del dormitorio el cojín-cama que compró para ella.

Al entrar en la cocina, Claire todavía no se había despejado y sus emociones con respecto a la educación de la perra seguían en el caos. Elizabeth estaba en la mesa, con una taza de café delante, mirando ausente por la ventana.

—Buenos días —saludó Claire, cortó dos rebanadas de pan, que metió en el tostador, y se sentó frente a ella—. ¿Dónde están?

Claire se sirvió un café solo.

—Han ido a dar un paseo con la perrita. Me ha contado Gabe que no has dormido mucho.

—No, más bien, nada. —Claire se levantó y volvió al instante con el pan caliente—. ¿Te pasa algo?

—Estaba pensando en que me gustaría tener otro perro. Nos



quedaremos con uno o dos cuando esta tenga cachorros; así se harán compañía.

—Aún falta, pero lo tendremos en cuenta.

—Siempre hemos tenido perro. —Sonrió melancólica—. Recuerdo a *Drako*, el pastor alemán que me regaló John. Cuando nos divorciamos, me lo llevé a Nueva York y vivió conmigo hasta hace pocos años.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Sí —respondió sonriendo, achacando a la menopausia una ligera depresión. No podía explicarla ni era algo constante, incluso a veces creía que fuese miedo. ¿Pero a qué? Para no agobiarse, preguntó—. ¿Sabéis cuándo iréis a mirar los trajes?

—Pronto —respondió con un bufido—. Estoy un poco cansada de tanto viaje. No sé cómo tu hijo puede soportarlo.

—Cada vez le pesa más, por lo que tengo entendido está buscando a alguien en Londres para desvincularse de las cuentas europeas.

—No me lo ha dicho.

Claire fue consciente de lo poco que se había interesado por los problemas de Gabriel desde que se reincorporó al curso.

—Ya te lo dirá —afirmó, dándole una palmada en la mano—. ¿Cómo lleváis los preparativos?

—No hemos hecho nada. Tenemos que sentarnos para plantear la lista

de invitados.

—¿Todavía no la tenéis?

—No, pero no vamos a ser muchos.

—Yo también decía eso, y ya somos cien.

—No me asustes. No creo que Gabriel quiera invitar a tanta gente.

—No querrá, pero empezarán los compromisos y al final se va de las manos.

—Después hablaré con él. —Claire apuró el café, se levantó y dejó la taza en el fregadero—. ¿Tenías pensado hacer algo?

—No, ¿por qué?

—Para que poses para mí.

—Deberías buscarte a alguien más joven.

—Eres perfecta para lo que quiero hacer.

Claire le detalló en qué consistía el trabajo del profesor Gallagher, quien además de atractivo era muy exigente. Pretendía impresionarlo con unos desnudos sin artificios, tal cual se veían sus modelos; aunque nunca mostraría más que oscuridad en sus partes íntimas, por aquello de no ocasionarles un trauma social ni hundirles la reputación.

Durante la comida de ese día estuvieron animados por las travesuras de *Shu*, incansable investigando todos los rincones a los que tenía acceso, no

pocos. Gabriel, que controló a Claire a la par que a *Shu*, sonrió divertido por el carácter terco de las dos. En cuanto se pusieran de acuerdo en la repartición de las zonas permitidas, o en las fronterizas, tan recurrentes en el baño para Claire con él, se intuía un equilibrio perfecto. Cuando sacó el tema de delegar el trabajo en Europa, vio alivio en unos ojos verdes que creían en su capacidad y conocían su límite; y había estado cerca de rebasarlo en varias ocasiones.

Tomando un postre de chocolate que Ethel bordaba, Elizabeth le pidió a Claire que se encargase de las fotos familiares de la boda y desveló el destino de su luna de miel: dos semanas bajo el sol en Bermudas. De inmediato, a una señal de Gabriel, entendió Claire que había llegado el momento de entregarles el regalo.

Hasta guiarlos engañados al estudio mantuvieron la sorpresa. Los dos se quedaron inmóviles en la puerta observando la reacción del matrimonio, avanzando despacio por la habitación viéndose con sus hijos en una actitud natural, cotidiana y hermosa. Esa imagen reflejaba muy bien el papel que jugaba cada uno en la familia. Destacaba Elizabeth, era la protagonista indiscutible, desprendía cariño concentrando la atención de sus hombres; excepto Jack sonriéndole a John, Sean y Gabriel la miraban embelesados en una brillante reunión plateada. Sin embargo, aquellos destellos de sus hijos no resplandecían tanto entre blancos y negros como los turquesas que Claire

respetó en los ojos de John; los únicos con una pincelada de color porque fue incapaz de robarles con sombras los matices del amor.

—¿Os gusta? —preguntó Gabriel.

—Es un detalle precioso —dijo John. Tenía colocado el brazo en el hombro de Elizabeth y le besó la mejilla. Bloqueada, no acudieron palabras a sus labios; tampoco recordaba dónde se hicieron la última foto los cinco juntos, ni cuándo había sentido tanta felicidad. «¿Cuánto les duraría?». Casualmente, o no, dos veces en un mismo día volvió a atraparla la extraña melancolía que la perseguía y lograba paralizarla. Abrumado, ignorante de esos pensamientos, John sonrió y comentó—. Ocupará un lugar de honor en nuestra casa, gracias a los dos.

Tomaron café en el jardín, empezando a ponerse serios con *Shu* o concretando el viaje a Nueva York empujados por Elizabeth, que no entendía su tranquilidad. Y acordaron estar con ellos un par de días después de su boda, algo que a Claire le encantaba. Creía haber encontrado a los sustitutos ideales para sus padres. Con Elizabeth mantenía una relación cariñosa y —al igual que Gabriel— la motivaba para seguir adelante, le aconsejaba como haría su madre y admiraba un coraje que necesitaba rozar. John, aparentando un carácter más frívolo, era otro luchador que se la ganaba por la vía del humor; sabía animarla con una percepción certera sin que apenas lo notara cuando la veía con el ánimo bajo, cosa que solía ocurrir por el deseado

embarazado que no llegaba o por los nervios ante los proyectos de la escuela que usurpaban gran parte de su vida.

En poco tiempo, aclarada la lista de invitados, Gabriel jugaba con la perra y John preguntó bromista:

—¿Cuándo es mi turno?

—Si hablas de tu posado —comentó Claire sonriendo—, mañana es un buen día.

—Ya que ellos han tenido su momento de gloria, no voy a ser menos.

—¿Has visto la foto de Gabriel?

—Sí, es muy sexi.

—Tú sí que eres sexi —añadió Elizabeth sonriendo.

—Vosotros reíros —dijo Claire—, pero me ha dicho mi amigo Jim que han ido varias clientas del banco buscando la foto. —Miró a Gabriel y, negando ligeramente con la cabeza, añadió—. Las pobres infelices creían que la encontrarían.

—Le faltaría tiempo para quitarla de circulación —dijo John.

—No lo sabes tú bien.

—¿Cómo lo lleváis? —preguntó interesada Elizabeth.

Claire entendió que se refería al tema evitado por todos delante de Gabriel.

—Bien... —Claire encogió los hombros—. Me he dado de margen

hasta enero. Mi ginecóloga dice que hasta después de un año sin poner medios no se puede considerar que haya algún problema. No quiero pensarlo mucho, es peor para los dos.

—Está claro que cuanto más lo penséis es peor —dijo John sensato.

—Lo importante es que estéis bien juntos —agregó Elizabeth, cogiendo la mano de John—. Todo llegará. Mientras no haya ningún problema, cuando menos lo esperéis nos daréis una sorpresa. Aprovecha para centrarte en tu profesión. Hazme caso, todo llega.

En Nueva York, unos días después, el doctor Sawyer empezó a visitar pacientes en el Hospital Monte Sinaí. Si bien, quien propició el servicio había olvidado concertar la cita para la revisión mensual repasando concentrada unos documentos. Los nuevos porcentajes ínfimos que Cora leía lograron mantenerla recluida sin ni siquiera darle tiempo para salir a comer.

De improviso se abrió la puerta del despacho. Al ver la cara indignada de Michael, dedujo a qué era debida esa descortesía que ya una vez le costó una reprimenda de Jack. Reflejando desprecio en toda su expresión corporal, se acercó a la mesa y apoyó las manos encima.

—Te juzgué mal.

—¿Qué pasa? —preguntó Cora, quitándose despacio las gafas.

—Creí que eras mínimamente honesta, pero no eres más que otra

zorra calentapollas —siseó—. ¿Qué Drake será el siguiente? ¿El abogado? ¿O vas a tirarte al padre? —preguntó amagando una sonrisa cínica—. Te recuerdo que se ha jubilado, ya no tiene poder.

—Sal de mi despacho ahora mismo.

—¿O qué? —gruñó fanfarroneando—. Me da igual que tu perrito faldero me eche; no voy a aguantarte como jefa. No tienes ni idea —dijo elevando la voz—. Te puedes acostar con él y tener un ascenso en tres meses, pero me das asco. ¡Eres una zorra! ¡A ver cuánto dura contigo!

—No te lo voy a repetir —murmuró, mirándolo a los ojos.

—¿Tan bien follas?!

Cora inclinó la cabeza, sonrió lentamente y habló calmada:

—Si no fueras tan soberbio, quizá entenderías por qué no te ascienden. Eres el más veterano, has visto ascender a muchos que llegaron después que tú; te entiendo, debe ser jodido matarse a trabajar y no conseguir alcanzar tus metas. —Cora se levantó despacio y se encaró con él—. ¡Sal de tu puñetero mundo! ¡Sal de mi despacho! ¡Y controla tu lengua porque es tu perdición!

—Por supuesto, me voy —dijo alejándose unos pasos, añadió serio—: Hasta que no se haga efectivo tu nuevo cargo, trabajamos juntos. Necesito que prepares los contratos de las tarjetas, estoy liado con otras cosas.

Esperando una jugada malintencionada, Cora apretó los labios esbozando una línea irónica antes de hablar en un tono suave:

—Te los di hace dos semanas.

—Sí, pero no están en el servidor —comentó con una mueca indiferente—, llevo buscándolos todo el día.

—¿No están en la copia de seguridad? No es posible.

—Ni idea. —Dando por concluida la charla, Michael se peinó un mechón de cabello oscuro que le caía por la frente—. Tráemelos mañana.

—¿De qué clientes? —preguntó, sonriendo.

—De todos, Cordelia. —Sonrió y abrió la puerta—: Siento haberte estropeado la noche.

—Mañana los tendrás a primera hora, no te preocupes por mí. Gracias por tu amabilidad.

A Cora relajar la tensión le supuso unos minutos reflexivos, consciente de que con ese ascenso, sin pretenderlo, Jack la había colocado en una posición algo delicada ante el resto de compañeros. Hasta recreó la idea de rechazarlo. Ayudaba su falta de ambición; sin embargo, no se acobardaría para consolidar una carrera profesional retardada y no iba a darle el gusto a Michael Lumis. La incitó el reto de demostrar que no estaba ahí solo por ser la exmujer de Gabriel. Ni por acostarse con el jefe. Un asunto que tanto Jack como ella diferenciaban. Y los demás también harían en cuanto obtuviera los resultados que se esperaban. Incluso así, Michael tenía razón al afirmar que Jack tomó la decisión, aunque se equivocaba al suponer que estaba



influenciada por el sexo, ya que exigía demasiado en el trabajo para arriesgarse de esa manera.

Arrumbando esa sarta de pensamientos juiciosos, se centró en la petición de Michael. Desde el principio, por estar al nivel de sus compañeros, multiplicó su esfuerzo sin escatimar un buen puñado de horas extraordinarias en casa. Fueron muchas las dedicadas a esos documentos, siempre robándole tiempo a la noche y al abrazo de Jack. No tardó nada en localizar el *pen-drive* guardado en el cajón inferior de la mesa. Al instante, encontró una copia de todos los contratos, satisfecha consigo misma por su tenacidad, porque acababa de salvarla de una noche en vela sin la garantía de solucionar nada y, sobre todo, porque Michael Lumis no iba a pillarla con sucias jugarretas.

Poco antes de las cinco, dos toques prudentes en la puerta le indicaron que Jack había vuelto de una reunión importante. Prepararla le conllevó ausentarse los días previos del apartamento hasta bien entrada la madrugada, dejándoles solo la posibilidad de verse un rato en el desayuno. Cora sonrió, pensando en que el señor Drake estaba muy guapo y en que esa mañana no llegó a verlo vestido; la última imagen que recordaba rozó la comicidad: en calzoncillos y con la camisa blanca desabrochada, Jack corría desquiciado para afeitarse mal jurando tras quedarse dormido; en cambio, ahí delante, mereció la pena esperar por contemplar la soberbia del esplendor masculino; con un impecable traje italiano gris oscuro, amoldado a su cuerpo recio y

alto; una corbata en azules alegres como sus ojos; los zapatos negros de cordones o las gafas, como resumen de la seriedad que aparentaba en su faceta laboral.

Cora se levantó, le enseñó el vestido verde completo y se acercó despacio quitándose las pequeñas gafas rojas.

—Hola, cariño —dijo Cora antes de besarlo en los labios.

—¿Quieres salir a cenar?

—No —respondió rápido, sonrió con malicia y dijo—. Prefiero celebrar algo íntimo en casa. —Le besó la boca—. Algo romántico...

Jack la sostuvo por las caderas, inclinó la cabeza hacia abajo y prescindió de besitos cariñosos con una lengua intrépida rebuscando hambrienta en la boca de Cora y unas manos grandes ascendiendo por sus muslos para apretarle las nalgas pegándola a la erección que no podía esperar a la noche.

En pocos minutos, relamiéndose imaginando qué vendría a continuación, con la respiración agitada, una sonrisa letal y el pelo totalmente alborotado, Jack la apresó entre su cuerpo y la mesa.

—La puerta está abierta —susurró Cora intranquila.

—Nadie va a entrar, solo quedaba Martha y sabe que estoy contigo, no va a venir.

Esa confirmación inspiró a Cora para quitarle la chaqueta con

brusquedad, medio ahogarlo al sacarle la corbata y vengarse arrancándole los botones de la camisa.

—Nena, estás como una moto.

Cora alzó la cabeza del cinturón de sus pantalones, sonrió y le tocó los testículos confiada.

—Llevo tres días sin ti, te necesito.

—Me tienes.

Jack desató con poderío la locura del deseo sin privarse de sentir cada poro de su cuerpo. Solo para ella, tomándose tiempo para desnudarla o repartiendo besos abrasadores por donde pasaban sus labios, marcándola con un rastro de excitante humedad.

Después de un fogoso polvo se medio vistieron. Jack se sentó en la silla de Cora, con ella encima, y compartieron el refresco orgánico que tenía abierto.

—¿No vas a contármelo? —preguntó Jack.

—¿Qué? —Cora trató de evadir su curiosidad por la discusión con Lumis, intuyendo que los gritos no pasaron inadvertidos para la mayoría de compañeros. Recordó la visita con el ginecólogo y comentó—. Mañana llamaré al doctor Sawyer. Qué casualidad que de repente pase consulta en el hospital que tú preferías, ¿no crees?

—Es posible. Intenta no olvidarlo más, es la segunda vez.

—A lo mejor tenemos suerte y nos dice el sexo.

—Me da igual —dijo indiferente. El tema de su hijo era una buena disuasión, pero no le servía—. Sé que va a ser un niño —afirmó convencido. Sonrió, la besó en los labios y cambió la expresión relajada a otra más severa—. ¿Qué ha pasado con Michael?

—No mucho.

—Cuéntamelo —insistió—. Tiene el despido en su mesa. Martha me ha puesto al día en cuanto he llegado. ¿Qué te ha dicho?

Cora suspiró y le acarició la mejilla.

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí, vamos a aclararlo aquí.

—Ha venido cabreado por mi ascenso. —Cora lo besó en los labios—. Te dije que no quería ayuda.

—Necesitábamos un nuevo sénior para cubrir la baja de Scranton. Tú eres la más indicada para ese puesto, es más comercial y a ti se te da muy bien tratar con la gente. No lo he hecho para favorecerte.

—Lo tenía claro, pero para algunos es complicado entenderlo.

—No. Todos lo han aceptado sin problemas porque a ninguno le interesaba. Tú y Michael eráis los únicos disponibles y la elección ha sido bien fácil. Como verás no ha sido porque seas tú, realmente eras mi única opción.

—Vaya... —dijo fingiéndose decepcionada—, ahora no sé si agradeceréte o negociar una mejora en mi contrato; si estás tan necesitado, no objetarás nada a un buen aumento.

—Muy necesitado. —Jack le besó los labios—. Mucho —susurró, dejando que el sabor y el peso de Cora lo endurecieran otra vez—. Confío en ti, estoy convencido de que harás un buen trabajo.

—Lo intentaré.

—Tenemos una conversación pendiente.

Cora se movió encima de sus piernas, posponiendo temas agrios por otro momento dulce con el que resarcirse mucho mejor para sus cuerpos.

—Mañana, cariño.

—Luego —matizó Jack obstinado.

La brisa empezó a soplar suave con caricias sugerentes y posturas incómodas que necesitaron pericia, aunque todo valía porque lo importante eran ellos unidos en un acople perfecto e imparable. Esa vez no hubo brusquedad cuando llegó la fuerza del oleaje, apenas tenían ropa y sabían dónde iban., acelerados hasta el clímax en un huracán de agresiva sutileza o calma violenta. Por más que refrenaron los movimientos intentando perdurar, otro orgasmo demoledor en forma de vorágine volvió a dejarlos desparramados e indefensos. El amor apasionado que descubrieron al conocerse no parecía sosegar con el embarazo ni la convivencia, al

contrario, seguía candente sin solidificarse en rutinaria monotonía.

Cuando llegó Jack al Scotia el día siguiente manejaba la misma información de la discusión que la tarde anterior. No consiguió sacarle nada a Cora, encerrada en un silencio que la dignificaba, pese a que la reacción insultante de Michael fue escuchada por algunos compañeros y era la comidilla de la planta entera. Mientras Jack cavilaba en el despacho tomándose un café, recibió una llamada de Martha, alertándolo de la inminente irrupción de Michael, que en cuanto vio el despido encima de la mesa no dudó en buscarlo con un objetivo incierto para su incondicional secretaria.

—Te arrepentirás de esto —exclamó Michael entrando sin ser invitado.

—Lo dudo.

Con una ligera sonrisa, Jack se recostó en la silla y lo observó acercarse. El semblante de pocos amigos y la rabia en los ojos de Michael no prometían una salida elegante, más bien lo pusieron a la defensiva esperando un ataque enfurecido.

—Voy a denunciarte por despido improcedente. No sabes con quién estás jugando.

—Haz lo que te dé la gana, y no vengo aquí a jugar. Te has despedido

tú solito por faltar al respeto a una compañera.

—¿Respeto? —A Michael el rostro se le sonrojó de ira—. ¡Tú me faltas el respeto a mí dándole un puesto a esa zorra!

—Como no moderes el tono, no respondo de mis actos. Si has venido a que te parta la cara, estás a punto de conseguirlo.

—¿Crees qué me importa?

—No, es lo que buscas.

—¡No sabes una mierda de mí! —gritó entre resoplidos entrecortados.

—Te equivocas —dijo tranquilo. Se levantó, rodeó la mesa y se detuvo a pocos centímetros de Michael, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. Te he aguantado porque trabajas bien, pero eres un pésimo compañero. La única que te ha soportado ha sido Cordelia. Y si me ha dado la gana ascenderla, te jodes. ¿Qué coño vas a hacer tú dirigiendo a un equipo? —Sonrió irónico—. No vales para trabajar con nadie.

—Es tu opinión —comentó de manera despectiva.

—Sí, y la de Trevor, James o cualquiera que haya trabajado contigo. Recoge tus cosas y desaparece de mi vista, ahora mismo.

—Espero que no te dé por enchufar a todos tus ligues.

Jack bajó la cabeza, negó sonriendo y se armó de paciencia.

—Largo.

Hizo ademán de cogerlo por el codo para incitarlo a salir, pero

Michael se revolvió y le dio un codazo en el costado.

—¡No me toques!

—No es mi intención. Me has dado motivos varias veces para que no me pesara darte una buena hostia, pero ni siquiera me voy a tomar la molestia; no me gusta la violencia y detesto a los capullos como tú. Sal de mi despacho de una puta vez y procura mantenerte alejado de mí.

—Nos veremos, descuida.

—No lo creo, no vamos a trabajar en el mismo sector. En cuanto salgas voy a mandar un comunicado a los departamentos de Recursos Humanos de todos los bancos de la ciudad y, créeme, da por hecho que tengo mucha más credibilidad que tú. Tampoco sabes quién soy cuando me inflan las pelotas. Cierra la puerta al salir.

Jack dio la vuelta y escuchó como despedida un portazo sordo que retumbó en las paredes. Después, exclamaciones airadas alejándose en el pasillo. Por último, Michael Lumis abandonó la sede del Scotia en Nueva York con su carga negativa, una caja de cartón con objetos colocados de forma descuidada y una despedida agriada para sus compañeros, tan sentida como el alivio general en cuanto lo perdieron de vista.



## SIETE

*Quebec, 11-10-12*  
*Canadá*

El jueves, Gabriel y Claire aterrizaron en Quebec por la tarde. Tras coger un carro, donde colocaron el *transportín* gris y negro de la perra, se dirigieron a la cinta de equipajes y rescataron sus dos maletas para enfilear la salida decididos a terminar pronto el martirio de escuchar un llanto lastimero casi agonizante.

—Menuda resistencia tiene la amiga. —Gabriel resopló. La perra era tan propensa a viajar como Claire; otro punto en común entre ellas—. Vamos a sacarla. La gente nos mira como si le pasara algo.

—Pobrecilla, no lleva muy bien los desplazamientos.

Agobiado, Gabriel dejó de empujar el carro y se situó por delante contemplando el aspecto abatido de *Shu*. Embargado por la ternura y un ligero remordimiento, se agachó y abrió la portezuela metálica sin tener sujeta la correa. Ese despiste oportuno duró lo justo para incitar un salto olímpico hasta el suelo y una fuga tan rápida como la onda expansiva de un desastre nuclear. La vieron alejarse a una velocidad increíble para su tamaño, arrastrando la correa mientras sorteaba centenares de piernas con el radar atómico que debía dominar su carrera. Las asombradas personas que iba

esquivando, o no se inmutaban, o se detenían creyendo que el dueño pasaría seguidamente. Sin embargo, ninguno supo que Gabriel había desistido de persecuciones en las que siempre acababa mal parado; al fin y al cabo, *Shu* volvía por su cuenta cuando desfogaba. Llegó a la conclusión de que era una manera algo extrema de mostrar la alegría por sentirse libre y, obviamente, él nunca coartaría su derecho inalienable a la libertad.

Asombrada por esa dejadez, Claire cruzó los brazos y preguntó:

—¿No vas a buscarla?

—No —contestó rotundo y volvió a empujar despacio el carro por aquella inmensa zona de tránsito. Oteando entre la multitud, ocultó su preocupación y habló indiferente—. Que vuelva cuando quiera.

—¿Y si se pierde?

—Ya verás cómo no —respondió seguro.

—Es un cachorro, deberías enseñarla mejor.

—He tenido un montón de perros, sé lo que hago.

—Lo veo claro —dijo irónica, intentó buscar a la perra con la mirada, pero topó con un rostro familiar—. ¿Aquel no es Sean?

Gabriel miró en la misma dirección y observó la sonrisa suficiente de su hermano al acercarse tirando de la correa de *Shu*. Se le veía alegre, con un destello pícaro en los ojos, la piel morena, y la indumentaria sport que no perdonaba. Vestía un jersey negro, pantalones vaqueros y las incombustibles

deportivas oscuras de lona.

—Es la tuya, ¿verdad? —preguntó Sean.

—Sí —contestó Claire, le besó cariñosa las mejillas—. ¿Cómo lo has sabido?

—Se ajustaba a la descripción —respondió. Claire agarró la correa y Gabriel le palmeó el hombro—. Y esa forma de correr solo la he visto en los perros que estaban cerca de Gabe —dijo Sean bromeando—, huyen apestados.

Sin medir adrede la fuerza, Gabriel le dio otro toque en el hombro antes de hablar sonriendo cínico:

—No voy a decirte qué hacían cuando te veían a ti.

—Pídele consejo a Jack, era quien los educaba siempre.

—Como sigas así —añadió Claire—, Jack va a convertirse en tu gurú.

—Eso quisiera él —replicó Gabriel engreído, miró a Sean y preguntó para ahorrarse escuchar otro chiste—. ¿Dónde tienes el coche?

En casa de sus padres, Gabriel se preparó para una lección gratuita de adiestramiento canino cuando llegaron y apareció Jack con la mirada fija en la perrita. Imaginó la exageración de encuentro que Sean le habría contado aprovechando que sacaron juntos el equipaje del coche.

—Hola, ¿cómo estás? —saludó Jack, se puso en cuclillas y acarició la

cabeza de *Shu*—. Me han dicho que eres muy traviesa.

—Toma —dijo Gabriel seco, le dio la correa—, toda tuya.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Encogió los hombros y se desentendió de él yendo hacia la cocina.

—Gabe, espera.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí, perdona. Estoy un poco harto de sentirme inútil. ¿Cómo estáis?

—Aún no sabemos el sexo, pero todo va normal —comentó Jack—. Si quieres, le enseño lo básico. ¿Cómo se llama?

—A mí no me hace ni caso, va por libre.

—¿Cómo se llama? —insistió Jack.

—*Shu*. —Gabriel lo vio disimulando una sonrisa—. Puedes cachondearte, suele ocurrirme a menudo.

—Pareces un poco atacado.

—¿Un poco? Llevo un mes horrible.

—Algo he oído. Intenta relajarte estos días, con los nervios de papá tenemos suficiente. Desde que hemos llegado me ha preguntado por el sexo del bebé cien veces. A ver si se casan ya y se tranquiliza.

—¿Sabes algo de su rehabilitación?

—La dejó cuando volvieron, no sé si porque el médico lo vio bien, o porque estaba loco por quitárselo de encima.

—Supongo que lo encontraría bien, si no, mamá nos lo habría dicho.

Jack asintió.

—Están en el jardín. La verdad es que les ha quedado muy bonito, romántico.

—Ya sabes... anímate y celebra aquí tu boda.

—Me pasa como a ti con la perra, Cora no me hace ni caso, va por libre.

—¿Se lo has vuelto a pedir?

—No, pero sé la respuesta, y paso.

—Espera a que haya nacido el bebé, seguro que lo ve de otra manera.

—No lo aseguraría —dijo torciendo el gesto—. Ella se lo pierde.

—Pues sí, Drako.

Gabriel le echó el brazo por el hombro y salieron al jardín, donde secundó su opinión: invitaba al romanticismo. Una carpa blanca ocupaba todo el espacio a un lado de la piscina, montones de sillas forradas con una tela beige estaban alineadas al otro, frente a un altar improvisado, e innumerables guirnalda de flores secas colgaban de los árboles que rodeaban el muro de la propiedad. Nada más verlos, Ophie corrió hacia ellos entusiasmada por *Shu*. Se hicieron amigas al instante, con una conexión

especial entre cachorros propia para que jugaran revolucionadas durante un buen rato, siempre ajenas a la vigilancia de los adultos que hablaban planificando un detalle significativo aún pendiente.

Aunque el día de la boda no amaneció soleado como esperaban, las amenazantes nubes de oscura humedad no disuadieron el ajetreo constante de las personas que terminaban de acondicionar el jardín. Elizabeth dio una vuelta —todavía vestida con un chándal— para comprobar escrupulosamente que todo estuviera perfecto. De regreso del paseo matutino a *Shu*, Gabriel coincidió con ella y, después de compartir impresiones sobre la decoración, sacó el *asuntillo* que no le convencía:

—He estado pensando que sería mejor que te acompañara Sean. Creo que se lo merece más que yo.

—No digas tonterías. —Elizabeth sonrió, entornando los ojos—. Los tres sois iguales para mí. —Le besó la mejilla y comentó—. Si a ti no te importa, a mí tampoco; pero habla tú con él porque yo no tengo tiempo.

Gabriel dejó a su madre, sabiendo que de manera inconsciente la afinidad entre Sean y ella no era comparable a la que tenía con él ni Jack, por mucho que el cariño hacia los tres fuese similar. Con prudencia, metió a la perra en el *transportín* y entró en la casa buscando a Claire. Faltaban dos horas para la ceremonia y creyó que estaría arreglándose, en cambio, la

encontró relajada en la cocina desayunando con Cora y Jack.

—¿Qué hacéis?

—Claire va a hacernos unas fotos para un trabajo de su escuela —dijo Jack.

—¿Juntos?

—Algunas sí —comentó Claire—. Otras serán desnudos individuales.

—¿Desnudos? —preguntó Jack asustado—. No nos lo habías dicho.

—Serán artísticos, no hago porno.

—Entonces, no creo que quiera posar —bromeó Cora.

—Yo tampoco.

Jack le guiñó un ojo a Gabriel, aunque Cora lo vio.

—Tenéis que hacerme el favor —dijo Claire, se centró en Cora para continuar—. Además, a ti me gustaría hacerte otras cuando estés más gordita. Como no tengo que presentarlas hasta dentro de unos meses, tenemos tiempo.

—Cuando quieras, pero tendrás que venir a Nueva York.

—¿Por qué no os venís unos días a Terranova? —preguntó Gabriel.

—Ahora no es un buen momento —respondió Cora, sonrió ligeramente—. En cuanto volvamos, quiero centrarme en el trabajo. Pero te prometo que iremos cuando haya nacido el bebé, me gustó mucho la casa, y Claire nos ha dicho que la primavera es muy bonita en aquella zona.

—Cierto, os gustará. Os tomo la palabra.

—Ya veremos —dijo Jack cauteloso—. No sé si será buena idea viajar con un recién nacido.

—Es una idea estupenda —comentó Claire—. No pongas más excusas.

—Está bien, y por cierto, ¿tengo que depilarme?

Jack trató de no reír mirando a Claire, pero las risas de Gabriel y Cora no le permitieron conseguirlo. Pasaron los minutos sin rastro de rencor entre ellos. Los cuatro tenían asumido que sus destinos seguirían juntos, aunque una vez se equivocara asignando las parejas.

Desde su dormitorio, Gabriel llamó por teléfono a Sean y lo puso al día del cambio de planes. En un principio se resistió a robarle “su derecho” como primogénito, aunque aceptó agradecido al escuchar el argumento que le dio.

—¿Cómo lleváis la investigación? —preguntó Gabriel cuando Claire salió del baño envuelta en una toalla—. ¿Habéis progresado?

—Mal —respondió de pasada. No le había comentado sus sospechas sobre la información que las Friars ocultaban, tampoco a Sean. En cambio, decidió hablarlo con él—. Entre unas cosas y otras no tengo tiempo y no puedo meterle prisa a Sean porque también tiene lo suyo, pero me fastidia que quienes podrían ayudarme estén engañándome.

—¿De quiénes hablas? —preguntó juntando el ceño.



Claire se quitó la toalla y se colocó unas braguitas rojas, responsables de una pulsación mecánica en el miembro de Gabriel, que se sentó en la cama sin perderla de vista.

—De Elo y Ethel. A Elo la incluyo porque si Ethel sabe algo ella también. Creo que conocieron a Barinov, o como mínimo saben algo. Conozco a Ethel desde que nací y sé que me ha mentado.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, cariño —respondió cínica, abrochándose un sujetador rojo—. Aunque se puso blanca como la nieve cuando le pregunté por él. Estoy segura de que por alguna razón no quiere decirme la verdad.

—No saques conclusiones precipitadas —comentó sensato, al menos todavía podía coordinar unas pocas neuronas. La vio ponerse un vestido escotado y comprendió ese predominio del color infernal—. Tu abuelo murió hace casi veinte años, no tuvieron por qué conocerlo. Solo tenemos las cartas y son muy viejas. ¿Piensas que lo conocieron? ¿Que Alexei estuvo en Terranova?

—No lo sé —dijo seria—. Solo digo que Ethel está ocultando algo.

—Cuando volvamos a casa, hablaré con ella.

—No. —Claire se acercó y le ofreció la espalda para que le abrochara la cremallera—. Prefiero seguir sola con Sean, no tengo prisa.

—Como quieras —dijo Gabriel, le besó el hombro y añadió—: Pero si

necesitas mi ayuda, solo tienes que pedírmela.

—Gracias. —Claire se giró y unió sus labios en un beso lento—.  
Anda, cariño, vístete. Tu padre debe estar listo.

Más tarde, Sean hizo acto de presencia con Elaine y Ophie apurando el tiempo hasta el límite. Corrió en busca de su madre para no hacer esperar al juez que iba a officiar el enlace y había llegado unos minutos antes. Ellas se sentaron en primera fila junto a Claire y a Cora. Todas se pusieron vestidos cortos; Elaine y Ophie de rosa pálido; Claire de rojo; y Cora de azul cobalto.

En otra parte de la casa (la cocina, para más señas) Gabriel y Jack encontraron a John bebiendo un vaso de agua. La imagen nerviosa que percibieron no era la que esperaban de un hombre a punto de casarse por segunda vez con la misma mujer, con quien tenía tres hijos, una nieta y una larga convivencia a sus espaldas.

—Tenemos que salir —dijo Gabriel.

—¿Sean no ha llegado?

—Sí —afirmó Jack—. ¿Estás bien?

—Más o menos, acabo de tomarme una pastilla para la tensión.

—¿Quieres que esperemos un poco? —preguntó Gabriel.

—No. —John se colocó la chaqueta del traje azul marino que vestía.

Sus hijos, también con impecables trajes oscuros, para tranquilizarlo, lo

abrazaron antes de salir—. ¿Llevas las alianzas?

—Sí —contestó Jack—, me ha sonado un mensaje tuyo cada dos minutos, ¿cómo podría olvidarlas?

Por respuesta una sonrisa alegre y una palmada en el hombro para cada uno.

John pasó saludando a los invitados sin aparentar nerviosismo, como Jack y Gabriel, recibiendo felicitaciones mientras se aproximaban al juez.

Claire no se reprimió ni al sonreír ni al tirarle un beso al aire a su flamante prometido, que andaba despacio con una elegancia heredada sin ninguna duda del hombre que le precedía en igual tamaño y complexión. A su vez, alegre porque era feliz, Cora sonrió a su exmarido. Pero quien la desalmó con una mirada seductora fue el padre de su hijo, cuando sus ojos se encontraron congelaron el tiempo. Jack lo conocía todo de ella; las sombras de los momentos amargos y el brillo de los buenos; daba esperanza al futuro que deseaba con esa familia impaciente por llegar para completar su vida, cerrando el círculo íntimo que formaban. El mismo que pretendía hacer oficial con una sorpresa que jamás olvidaría. A punto de llorar, Cora le lanzó un mudo “te quiero”.

En cuanto empezó a sonar *Ancora* de Einaudi, apareció Sean con un traje negro hecho a medida, una camisa blanca, corbata oscura y una rosa blanca prendida del ojal de la solapa, dándole el brazo a Elizabeth, que vestía

un traje gris perla de falda y chaqueta, tan deslumbrante como sus ojos. Esos todavía con el poder de hacer temblar a John acariciando un sueño hasta hace poco descartado e incluso a ratos inmerecido. Empezaba otra vez con su amor intacto, vibrando sobreexcitado al verla acercándose escoltada por su escudero más protector. Sean lo miró sonriendo, le entregó la mano de Elizabeth y se colocó a un lado con sus hermanos.

El juez Kennet J. O'Doyle era amigo de John y Elizabeth, rondaba los cincuenta, tenía un sobrepeso considerable, una insinuante calvicie que intentaba camuflar confundiendo el sentido de su peinado, tanto al propio cabello como a quien lo mirase, y lucía un extenso bigote salpicado de canas. Vestía unos pantalones oscuros, una camisa blanca bien planchada y unos tirantes de colores se vislumbraban tras una chaqueta colorida de cuadros sin pinta de haber coincidido con los botones desde hacía años. Realizó una ceremonia emotiva que arrancó algunas lágrimas a más de uno e hizo reflexionar a muchos, sobre todo, cuando habló de la importancia del perdón ante el amor verdadero y del valor para reconocerlo aunque efímeras estrellas rutilantes hubiesen intentado eclipsarlo.

Un poco después, Jack les entregó los mismos anillos que se colocaron en 1976, solo que esa vez John mandó grabarles: «*In Principio et Semper meum Paradisum*». El nuevo matrimonio se dio un discreto beso en los labios y Gabriel, inspirado, habló con el juez en cuanto terminó con sus

mejores deseos. Luego, firmó junto a sus hermanos como testigo del enlace.

Claire los fotografió desde su sitio. Creía tener algunas imágenes entrañables. Captó miradas cómplices en los tres hombres riendo felices, los imaginó formando otra estrella en la nieve, viéndolos como niños sin disimular el buen momento que atravesaban.

El día siguiente llegó perezoso para todos. John y Elizabeth desayunaron a solas en la cocina, planeando las vacaciones en Bermudas y la corta estancia en Nueva York mientras sus hijos seguían desaparecidos después de disfrutar de una fiesta que duró hasta el amanecer.

Gabriel acababa de despertarse con Claire acurrucada medio desnuda abrazándolo por la cintura. El leve roce de sus pezones en el estómago alentó una brusca erección matutina que buscó la calidez de su entrepierna balaceando las caderas con suavidad, con besos en los pechos que también mordisqueó.

—Hola —ronroneó Claire.

No tenía aire para poder hablar, se despertó jadeando sin contar con el deseo insaciable de Gabriel que la lamía sonriendo, orgulloso de sí mismo.

—Hola —saludó. Recorrió con la lengua su vientre, capturó otra vez los pezones y con una mano se agarró el pene para enterrarse profundamente en el mejor sitio dónde recibir el día. Empujando despacio, volvió a hablar—.

Tengo muchas ganas de que nos casemos.

—No va a cambiar nada.

Sujeta a su cuello, Claire lo besó con la misma calma que él tenía.

—Sí, serás Claire Drake.

—Creo que seguiré con mi apellido —comentó sonriendo.

No había ninguna razón para cambiárselo. Desde hacía un montón de años las mujeres en Canadá no adoptaban el de sus maridos.

—No.

Gabriel aumentó el ritmo de su cuerpo. Se aceleró advirtiéndole una ofensiva imprevista y el poder que podía ejercer en ella; la dominaba con placer y no estaba dispuesto a permitirle no usar su apellido. Se corrió y no quiso tener la consideración de esperarla. Se apartó, dejó la cama y se encerró en el baño de un portazo.

Asombrada por ese genio, Claire se levantó y fue tras él. Al verla, le sonrió con una mirada impertinente desde la ducha, se miró el pene y preguntó engreído:

—¿Buscas algo?

—¿Qué te pasa? ¿Para qué me has despertado?

—Desde luego, no para que me digas que no vas a llevar mi apellido.

—¿Por eso te has enfadado?

Claire movió incrédula la cabeza y salió indignada. No entendió una

reacción egoísta impensable cuando no habían hablado del tema. Para ella era importante mantener su apellido paterno por varios motivos; el principal: ser la única descendiente de los Merritt; como poco, en su faceta profesional tenía decidido usarlo; con el beneplácito de la Inquisición o sin él.

Bastante furiosa, se puso unos vaqueros, un jersey blanco de hilo y unas botas altas marrones. Coincidió en la cocina con John y Elizabeth, que acababan de desayunar en ese momento.

—Buenas tardes —saludó John—. ¿Pasa algo?

—Hola. —Claire sonrió, aparcando el enfado ante las miradas perceptivas de sus “casi suegros”—. ¿Qué tal la noche?

—Agotadora.

Elizabeth cogió la mano de John y lo besó en la mejilla.

—¿Vamos a comer aquí? —preguntó Claire.

—Como queráis, pero estamos solos y tendríamos que cocinar —respondió Elizabeth, que había dado vacaciones al servicio interno hasta que regresaran de la luna de miel—. Jack y Cora aún no se han levantado, y son más de las tres, será mejor que planteemos una cena temprano.

—Sí, no es mala idea.

—Vamos a jugar un rato al golf —dijo John—, ¿te vienes?

—No —contestó rápido. Sin vergüenza, reconoció—: Se me da de pena.

—Entonces, nos vemos a las seis —añadió Elizabeth—. Díselo a Jack y también a Sean si viene.

—Descuida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó intrigada.

—Sí. —Claire sonrió ligeramente—. Estoy un poco cansada de tanto baile.

—Pues ayer no se te notaba —comentó burlón John—. De Jack y Sean lo tenía asumido, pero tú fuiste la gran sorpresa. Faltó que Gabe se hubiese animado, aunque tú lo compensaste con creces.

—Lo pasé muy bien —afirmó, recordando sus bailes enardecidos con Jack, Sean y un par más relajados con Gabriel, que no contemplaba moverse sin pudor y se limitó a disfrutar observándolos—. Aunque hoy voy a tener que estar todo el día tumbada, estoy muerta.

—Aprovecha y métete un rato en el jacuzzi —ofreció John—. A mí me va genial para relajar los músculos.

—Lo tendré en cuenta. A lo mejor lo hago cuando desayune.

—Hazme caso —dijo John, iniciando el paso—. Mano de santo.

Claire se preparó un café con leche y dos tostadas, buscó la mantequilla en el frigorífico y lo llevó todo a la mesa de la terraza. Antes de sentarse, sacó a *Shu* del *transportín*. En su línea, en cuanto olió la libertad corrió igualando al viento hasta perderse entre los árboles. Claire desayunó



observándola, aunque no pensaba en ella, sino en la manera de salvar el nuevo escollo con Gabriel.

Antes de terminar, Jack y Cora se reunieron con ella. Compartieron contentos sus planes de boda en la Biblioteca Pública de la Quinta Avenida para cuando naciera su hijo, después de la petición de matrimonio que el menor de los Drake aceptó sin vacilar. Pasado un rato, incitado por la actitud positiva al aprendizaje de *Shu*, Jack se despistó en el jardín con órdenes básicas.

—Como no sea un niño —comentó distraída Cora, mirándolo agachado hablando con la perrita—, no sé qué va a hacer.

—Lo que todos, caer embobado.

—Supongo, pero me daría pena. Está obsesionado con un niño, no sé qué le pasa.

—Me imagino que al haber tenido solo hermanos por eso quiere un varón —dijo Claire—. Por lo que me ha contado Gabriel, de pequeños los tres se llevaban muy bien. Habría sido diferente de haber tenido alguna hermana.

—Es posible, desde luego, no habrían sido tan brutos. Como soy hija única, nunca tuve compañeros de juegos, tampoco rivales —comentó Cora alegre, obviando la tensa relación que mantenía con sus padres desde el divorcio de Gabriel—. Quiere llamarlo Ethan, pero a mí me gustan más

Oliver o Charlie.

—Todos son bonitos. —Claire sonrió triste—. Mi abuelo se llamaba Charles. Si alguna vez tuviera un niño, creo que se lo pondría.

—Me encanta, pero Ethan es su primera opción.

—Había imaginado que sería John.

—No —comentó rotunda—. Ese honor es de Gabe.

—¿Por qué?

—Ni idea, es algo entre ellos, ni nos lo hemos planteado. Gabe es muy conservador para ciertas cosas.

—Me he dado cuenta hoy —dijo con una mueca irónica—. No sabía que era tan importante para él que cambiase mi apellido cuando nos casemos.

—¿Lo es?

—¿No lo fue para ti?

—No —reconoció rápido, hizo una pausa—. Tampoco dije nada, me pareció lo normal.

—Para mí es importante mantener mi apellido. No tengo hermanos ni familia paterna, soy la última Merritt por parte de mi abuelo. Me gustaría firmar las fotos como Claire Merritt.

—No creo que a Gabe le moleste. ¿Se ha molestado?

—Sí, bastante.

—¿Por eso estás sola?

—Sí. A veces no entiendo por qué no me cuenta lo que piensa.

—Hombres, y Drake. —Cora sonrió y se solidarizó por una preocupación compartida. Ella también sobrellevaba el pronto irracional y pasajero que Jack no sabía reprimir cuando se frustraba—. Una combinación llena de descubrimientos.

—Y tanto... —Claire rió—. ¿Quedamos luego y te hago las fotos?

—Vale. ¿Qué quieres hacer?

—Unos posados en la cama. Algunos solo tuyos y otros con Jack.

—Díselo, antes de que haga otros planes.

—Hemos quedado con Elizabeth para cenar juntos a las seis. Podemos hacerlas a las cuatro.

Poco después, Claire entró en el dormitorio y se cambió la ropa por un biquini negro. No vio a Gabriel y se dirigió al jacuzzi del solárium, en la planta alta de la casa. Bajo el huidizo sol medio tapado por las nubes, se quedó lacia en el agua cálida y burbujeante. No solo la sacudió con cosquillas agradables, también anuló el sonido de los pasos de Gabriel acercándose en son de paz.

—¿Quieres compañía? —preguntó en cuclillas muy cerca del oído de Claire.

—Sí.

Gabriel se desnudó y entró despacio. Mantuvo una distancia prudencial para no caer en la tentación antes de aclarar algunas cosas que no debían posponer.

—¿Por qué no quieres cambiarte el apellido?

Claire exhaló una bocanada brusca de aire y se incorporó molesta.

—No es por ofenderte —dijo mirándolo a los ojos, rodeó su cuello con los brazos y sus caderas con las piernas—. Te quiero, lo sabes, es un honor ser tu mujer, pero no me obligues a renunciar a lo único que me queda de mi familia. —Claire se emocionó—. Por favor, cariño, al menos, si consigo hacerme un hueco en el mundo de la fotografía, quiero firmar como Claire Merritt, que es quien hace las fotos. No me importa ser Claire Drake en el resto de mi vida, pero no en mi carrera profesional. Espero que lo entiendas.

—Ten claras dos cosas: vas a ser una gran fotógrafa y serás mi mujer llamándote como quieras. No me molesta que mantengas tu nombre, he pensado que lo decías por mantener tu independencia, y nunca ha sido mi intención limitártela, nunca, cariño. Llámate como creas que debes, a mí me basta con saber que te tengo conmigo.

—Gracias, no quiero que nos enfademos por tonterías.

—No son tonterías, son nuestras inquietudes, y tengo la intención de conocer todo lo que te preocupe o te haga feliz. Nada se interpondrá entre

nosotros.

Unos labios deseosos incendiaron dos cuerpos que se necesitaban, dos almas que no comprendían vivir separadas. Así se declaraban su firme propósito de compartir sus sueños y de alcanzar juntos sus metas. Y ahí, en ese instante precioso, sellaron un amor con fuerza para superarlo todo sin necesidad de apellidos; solo, Claire y Gabriel.

Una vez en Nueva York, Claire recorrió algunas boutiques dejándose aconsejar por Elizabeth y Cora. Buscaba algo sencillo; aunque sus ojos quedaron prendados por un vestido de novia de corte sirena con escote de pico, el cuerpo entallado y una elegante chaqueta de mangas cortas de seda y chantillí.

—Pruébatelo —dijo Cora.

—Es una boda civil —comentó Claire. La cola era preciosa, le gustó mucho, pero le pareció excesivo—. No pega.

—Es una boda y eres la novia, puedes ponerte lo que quieras, pruébatelo.

Tanto Cora como Elizabeth advirtieron el deseo en los ojos de Claire y no dudaron en empujarla para que se lo comprara, era perfecto para ella y lo confirmaron cuando se lo vieron puesto y no tuvo necesidad de ningún arreglo; pudo llevárselo metido con mucho esmero en una gran bolsa blanca

portatrajes.

La noche siguiente celebraron la próxima llegada de Ethan Drake a la familia, cenando en un restaurante cerca del apartamento de su futuro padre, que invitó encantado no reparando en gastos eligiendo el vino ni mostrando una felicidad absoluta.

—Cada día te admiro más —dijo animado Gabriel, centrado en Jack.

—Gracias, Drako, qué vamos a hacerle, soy un triunfador.

—Ya te veo. Por cierto, te he visto enseñando el cuerpo sin cortarte.

—Seguía las instrucciones de tu novia.

—Tú hazle mucho caso y perderás la poca credibilidad que te queda.

—Me dijo que eran para un trabajo de clase.

—Has tenido suerte, a mí no me dijo nada y me encontré con el culo al aire delante de medio San Juan. Si ya te ha advertido, probablemente será una exposición en toda regla.

—Espero que no. —Jack no estaba muy seguro y se volvió hacia Claire—. El trabajo ese, es solo para tu clase ¿verdad?

—¿Vuestras fotos? —preguntó, disimulando una sonrisa.

—Sí.

—Claro, solo para mis profesores y compañeros.

Atento a ella, Gabriel leyó con claridad la palabra embustera grabada

en el verde de sus ojos.

—Ah, vale.

El alivio fue patente en la cara de Jack, pero al momento su gesto se convirtió en hosco. Se levantó mirando fijamente la puerta del local. De inmediato, ese punto, también captó la atención del resto, tan sorprendidos como él. Antes de provocar un altercado bochornoso, Gabriel y John le siguieron.

—Tenía intención de vivir aquí algunos meses —dijo Elizabeth—, pero prescindiré por ahorrarme coincidir con ella.

—No seas tonta. —Claire le tocó cariñosa la mano—. Si te gusta estar aquí no dejes que nada te impida venir. Sé de qué hablo y te aseguro que Lilian no es una amenaza para ti. ¿No la ves? Da pena.

—Es verdad —admitió Cora—. Está feísima.

—¿Ha sido guapa alguna vez? —preguntó Claire curiosa.

Elizabeth y Cora se miraron olvidando a los tres hombres que se la habían llevado fuera del restaurante y rieron divertidas por una pregunta inocente que tenía una respuesta igual de sencilla que las dos pronunciaron a la vez.

—No.

Regresaron a Terranova, donde Gabriel se vio arrollado por la

inminencia de la boda, los problemas en el banco y el adiestramiento de *Shu*, que ya era otra cosa y lo acompañaba a diario en unas largas carreras por el centro de la ciudad, siempre obediente junto a su pierna y con un instinto protector muy marcado.

Pasaban cerca del banco, aún cerrado, cuando el insistente ladrido lo hizo sonreír con paciencia.

—Eres una petarda, ya te conocen en todas partes.

Evidentemente *Shu* no contestó, en cambio mostró una comprensión asombrosa al dejar de ladrar y menear la cola alegre observando a dos mujeres que apreciaba y Gabriel no llegó a ver, más atento a Cybill Parker acercándose con una imagen más discreta de lo acostumbrado y una sonrisa que cada vez le molestaba más.

—Hola, Gabriel, qué sorpresa.

—Hola —dijo, sacando la correa de *Shu*, que nunca le ponía aunque llevaba por si acaso—. Vamos, compórtate.

Gabriel le ató agachado la correa a un arnés rojo, con más esfuerzo del que pretendía, intentando manejar al inquieto animal que solo tiraba para cruzar la acera.

—Me han dicho que te casas la semana que viene —comentó Cybill.

—Sí, el sábado.

—Eres una caja de sorpresas.



—Lo dudo —dijo cínico—. Tengo prisa, hasta otra.

—Espera... —Cybill le sujetó un brazo—. ¿Volveremos a vernos?

—Nos vemos a menudo.

—Sabes a qué me refiero.

—Te dije que no solía tener ese tipo de relaciones, ahora ni me las planteo. No creo que te diera pie a pensar que entre nosotros podía haber algo más duradero.

—No, claro que no —reconoció sintiéndose idiota—. Lo preguntaba para saber a qué atenerme.

—Espero que te haya quedado claro —dijo sin medir la brusquedad de su tono.

—Perfectamente. Hasta otro día, y si no te veo antes del sábado, felicidades. Os deseo lo mejor.

Gabriel agradeció que Cybill eligiera el camino de la cortesía y la dignidad porque le agotaba creer que ella aspiraba a algo, incluso teniendo claro que no lo había fomentado.

Siguió a paso rápido hacia su casa, enfrascado en las visitas que tenía pendientes y el viaje de novios (sin reservar) que no le preocupaba al haber tanteado en el Sur de España varios hoteles sin problemas de ocupación.

Entró por la puerta del jardín, dejó a *Shu* y fue a la cocina para

desayunar antes de ducharse e ir al trabajo. Adrede, Ethel lo ignoró, atareada entrando y saliendo de la despensa cargada con verduras.

—Buenos días —dijo Gabriel, sonrió—. Has llegado pronto. —Ethel no se molestó en saludarlo, tampoco le puso el desayuno como hacía siempre. Extrañado, preguntó—: ¿Estás bien?

—Perfectamente. ¿Y tú?

—¿Qué te pasa?

La ironía de Ethel la captó al vuelo.

—Nada. Si quieres hablar, busca a tu amiga.

—¿Dé quién hablas?

—No te hagas el tonto. Te hemos visto hace un rato.

—¿Perdona? —Gabriel no esperaba ese reproche y cambió de actitud—. ¿Se puede saber qué delito he cometido?

—Tú sabrás. Solo espero que Claire no sufra.

—Ocúpate de tus cosas y déjame tranquilo —espetó con dureza, enfadado por una intromisión que no le correspondía—. No sé qué crees haber visto, pero si estás hablándome de la mujer que he saludado en el centro, es una conocida y no te debo ninguna explicación. Me parece muy bien que te preocupes por Claire, para ella sois su familia, pero no me digas cómo tengo que comportarme porque no voy a permitirlo —dijo severo, la observó impasible y añadió—: Cuando puedas, quiero desayunar. Ese sí es tu

cometido.

—No tengo tiempo. El café está recién hecho, sírvetelo tú solo, estoy preparando la comida de la boda y no es mi trabajo ponerte la comida por delante. Si lo hago es porque no me importa, pero habla con Claire y ella te aclarará qué tenemos acordado.

—No me provoques. Sabes que te aprecio, pero no eres mi madre, así que no te pases. Trabajas aquí y si te pido que me pongas de comer, lo haces y no me lo discutes.

—De eso nada —replicó sin amilanarse—, y no me provoques tú a mí.

Claire y Eloise estaban paradas en la puerta de la cocina escuchando la tensa conversación, intentando comprender esa hostilidad cuando los dos eran uña y carne.

—¿Qué os pasa? —preguntó Claire.

—Voy a ducharme —dijo Gabriel, le dio un beso a Claire en la mejilla y agregó en un tono arrogante—. Dile a Ethel que me tenga el desayuno listo en veinte minutos.

Pasó por su lado, sonrió a Eloise y salió con una mueca satisfecha en el rostro.

—Házselo tú —dijo Ethel, siguiendo con los preparativos—, estoy liada con la comida.

—Vale. ¿Por qué estáis enfadados?

—No estamos enfadados —respondió Ethel y desvió la vista unos segundos hacia Eloise—: Me ha pedido el desayuno, pero no puedo ponérselo porque estoy ocupada. No ha querido entenderlo. Pónselo tú y ya está.

Eloise entró en el cuarto de la colada, sospechando el motivo del desencuentro por la retahíla que soportó de su hermana durante todo el trayecto andando hasta llegar a la casa. Ethel no paró de mascullar sobre la morena y la mala impresión que percibió.

—El tono de Gabriel era de enfado —dijo Claire recelosa.

—Ni idea.

Indiferente, Ethel empezó a pelar una zanahoria del montón que había en la encimera. Eloise salió cargada con la cesta vacía de la ropa sucia, para hacer una batida en los sitios donde Gabriel solía dejar las prendas y de paso evitar a Claire sin levantar sospechas.

—¿Tienes claro los platos? —preguntó Claire interesada.

—Sí. —Ethel habló concentrada en su tarea, que todavía era considerable. Después de las zanahorias debía pelar otras verduras para el menú variado que pretendía realizar—. Tu suegra vendrá con una chica colombiana para ayudarme.

—Amelia, trabaja con ellos en Nueva York, no habla mucho inglés, tendrás que decirle a Gabriel que te traduzca.

—No será problema, pero recuerda que no ha llegado el jamón ni el vino y no quiero que Gabriel se estrese más.

—¿No sabemos por qué están retrasándose?

—No, los llamé ayer y dicen que salió hace cuatro días.

—No te agobies, esperaremos hasta mañana. Si no llega, llamaré. — Claire no quiso preocuparse, pero lo hizo—. Voy a ver a Gabriel, ahora vuelvo.

En el dormitorio, Claire lo encontró recién duchado y vestido con un traje gris oscuro, anudándose la corbata.

—¿Te ayudo? —preguntó esbozando una sonrisa. Atento a sus ojos, Gabriel sacudió la cabeza—. Estás muy guapo.

Claire rodeó su cuello con las manos y le dio un beso en la boca enredando sus lenguas despacio. Se apretó con sutileza a su cuerpo, dejando que el sándalo, la mandarina y la madera de la colonia se mezclaran en su olfato con el apetecible sabor de unos labios que la fundían en dulce miel.

—No me he afeitado.

—No importa —dijo, rozó con la mejilla su áspera barba—. Me gusta...

Gabriel se meció con ella, sujeto a sus caderas.

—Te quiero.

—¿Qué te pasa? —preguntó Claire al notar que seguía enfadado.

—Nada.

Sonrió, le besó la punta de la nariz y se apartó. Cogió la chaqueta, un abrigo negro y agarró con firmeza la mano de Claire.

Entraron en la cocina y Gabriel observó una sonrisa en Ethel que no supo a ciencia cierta si era irónica o condescendiente. Al instante, cuando se sentó en la mesa y Claire le colocó una taza de café por delante, comprendió que tenía un poco de ambas.

—Siéntate, cariño —dijo Gabriel, sintiéndose como un gusano egoísta —, yo me encargo del pan.

En cuanto se levantó, Ethel sonrió con la lengua marcada bajo la mejilla. Gabriel pasó por su lado sin inmutarse, cogió varias rebanadas del pan francés que no había olvidado comprarle y las metió en el tostador.

—¿A qué hora quieres que te recoja? —preguntó Gabriel pendiente del pan.

—A las ocho. Tengo clase a última hora con el profesor Gallagher.

—¿Es el norteamericano?

—Sí. Es muy bueno. Ha llegado con ganas. Nos está bombardeando con un montón de proyectos.

—¿Te preocupa?

—No, pero algunos compañeros se sienten presionados.

—No me extraña —comentó, recordando el nivel mínimo de las

fotografías que había visto de ellos—, aunque no debería afectarte, estás muy por encima de todos.

Así pasaron el tiempo del desayuno, enfrascados en una conversación alentadora hasta acordar verse en la puerta de la escuela aquella tarde. Ni Ethel medió una palabra mientras realizaba su tarea ni Gabriel trató de suavizar la tensión con ella, entre otras cosas, porque no creía tener que darle explicaciones de nada y, sobre todo, por la tranquilidad de su conciencia.

Las clases de Ryan Gallagher tenían la cualidad de convocar a un buen número de alumnos, incluso a los que protestaban o no frecuentaban más de dos o tres asistencias semanales. Era un tipo corpulento con músculos rotundos. Tenía un rostro agradable, bien proporcionado; torcía unos labios gruesos de manera involuntaria al hablar; y sus ojos, de un azul verdoso parecido al del mar, estaban rodeados por patitas de gallo y recordaban insistentes una atractiva madurez; el cabello castaño corto, con facilidad para ondularse, salpicado de algunas canas en las sienes para reiterar el esplendor de sus más de cuarenta años muy bien llevados. Tenía éxito entre las mujeres, alumnas o compañeras; menos con la profesora Rodhein, que no lo soportaba. A Claire le intrigaba ese comportamiento esquivo de Virginia, ya que era una de las personas más sociables y abiertas que conocía, e intuyó que podía camuflar alguna atracción amorosa no correspondida.

En el exterior de la escuela, Gallagher hablaba con Claire y dos compañeros más. Una chica, Gina, de dieciocho años, tímida y de apariencia frágil. Y un chico de veintipocos, Bastien, que para Claire rozaba la genialidad. Tenía una imagen espiada, aún por ver su complexión varonil adulta. Apuntaba maneras de rompecorazones, era muy guapo, y demasiado promiscuo en todos los aspectos de su vida. Esa incesante actividad la plasmaba en sus fotografías, que convertían la luz en magia al servicio de modelos mimetizadas en la naturaleza y capturaban al espectador inventando una historia dependiendo de los ojos que las mirasen.

El profesor estaba impresionado por la fuerza de las imágenes de esos tres alumnos en particular y tenía pensado usar sus contactos con varias galerías de Nueva York, donde expuso años atrás (cuando todavía creía en su arte) para que tuvieran oportunidad de fascinarlos como le había sucedido a él.

—Lo normal serían cinco fotos cada uno, para empezar haciendo una combinada —explicó Ryan, entusiasmado—. No tenéis nada que ver y puede ser muy interesante porque abarcaríais a público más diverso.

—Creo que los tres tenemos ya material suficiente —dijo Claire.

—Sí, por mí no hay problema —afirmó Bastien—. ¿Gina?

—Perfecto —murmuró.

—En cuanto hable con mis amigos, os lo diré y seleccionamos las



fotos que tengáis pensadas —explicó Ryan—. Intentad que os representen, que creen expectación.

—¿Será antes de Navidad? —preguntó Bastien.

—Es una época muy buena para vender. —Ryan apretó los labios—. Pero no sé si preferirán arriesgar un poco antes, supongo que para principios de diciembre.

—Cuando sea —comentó Claire convencida—. Tenemos las fotos.

—Por eso, vamos a centrarnos en elegir bien —zanjó Gina.

Gabriel aparcó de forma sosegada, descubrió el pequeño grupito de Claire entre las decenas de personas que transitaban los alrededores de la escuela y esperó paciente a que terminaran una amena conversación.

—Nos vemos la semana que viene —dijo Ryan—. Id pensando en vuestra selección.

—Como para olvidarlo —añadió Bastien. Tendió la mano a Ryan, besó en las mejillas a Claire y ni intentó acercarse a Gina al verle el gesto de desaprobación—. Hasta luego.

La chica se despidió con un leve asentimiento de la cabeza. De forma inesperada, Ryan giró la cabeza hacia Claire. Sonrió, abarcando todo su campo de visión, y le besó suavemente la mejilla. Fue un único beso. Un roce largo e inapropiado, acompañado por una caricia con la nariz que estremeció a Claire. Consiguió paralizarla y que Gabriel retirase la llave del contacto

para correr hasta ellos.

—Hasta luego, Claire.

Ajeno al hombre que se aproximaba resoplando, Ryan dio la vuelta y se alejó satisfecho al percibir el desconcierto ocasionado. Claire, que se topó de frente con Gabriel, vio de inmediato el mal humor reflejado en la tensión de su rostro.

—Hola, cariño.

El pretendido beso en los labios de Claire, se quedó en el intento. Gabriel echó la cabeza hacia atrás.

—¿Quién era ese? —La cogió de la mano y, a paso rápido, la llevó al coche. Le abrió la puerta, se sentó en su sitio y, antes de arrancar, repitió—. ¿Quién era ese?

—¿Estás celoso? —preguntó, disimulando una sonrisa.

—No te haces una idea.

—No te doy motivos.

—Lo sé, ¿Quién era ese tío?

—Gallagher. Va a prepararnos una exposición en Nueva York. Dice que tenemos muchas posibilidades de sacar de ahí otras. Nos ha pedido cinco fotos a cada uno.

—¿A quiénes?

—A Gina, Bastien y a mí.

—¿Y los demás?

—Solo a los tres. Él antes exponía y va a hablar con algunos contactos. Puede ser una buena oportunidad.

—No lo dudo, será un éxito —afirmó, más relajado. La besó en los labios, con la cara bien sujeta entre las manos para deleitarse en su sabor preferido; esa boca era su placer y no iba a compartirla—. ¿A qué ha venido el beso que te ha dado?

—No lo sé. —Claire le acarició la mejilla—. Normalmente es un hombre muy correcto.

—No quiero que se repita.

—Ni yo. Si vuelve a hacer algo parecido hablaré con él.

—Si se da el caso, seré yo quien hable con él.

Claire se inclinó hacia delante.

—Me pones un montón.

Una boca tierna se apretó a la suya. Luego, unos dedos juguetones toquetearon sus pechos hasta que el deseo público se hizo descarado. Necesitaron varios minutos para poner rumbo a su casa, obviando improvisados polvos cuando disponían de una cama cómoda y un hogar solitario, mudo y sordo testigo de un profundo amor donde no cabía nadie más. Quien se atreviera siquiera a intentar separarlos recibiría la furia de un hombre sereno pero osado para defender la inmensa grandeza que

compartían. Sin titubeos. Gabriel Drake defendería a muerte el regalo que Terranova le había concedido; siempre; hasta el final de su vida.

## OCHO

*San Juan de Terranova, 3-11-12*  
*Terranova y Labrador, Canadá*

Si para cualquier novia el día de su boda amanece con tormenta sería motivo suficiente para desanimarla; sin embargo, a Claire le pasó todo lo contrario, no podía ser más propicia la lluvia desde el interior del salón. La atmosfera gris del día era perfecta para la decadencia de su casa. Parecía salida de la Belle Époque, decorada con elegantes flores blancas y envuelta en la melodía de *Limelight* que dos violinistas y una mujer con un chelo tocaban mientras entró sola con su maravilloso vestido blanco de novia, observada por ojos admirados, aunque ella solo veía dos brillantes perlas plateadas.

Embutido en un traje azul marino de corte británico, una camisa blanca y una corbata gris oscuro rayada con delgadas diagonales esmeraldas, con el pelo más corto y una sonrisa donde destacaba su nívea dentadura, Gabriel esperaba junto al juez O'Doyle.

—Estás preciosa.

La besó en la mejilla, entrelazó sus dedos y se sentaron en dos sillas antiguas para escuchar atentos al juez. El curioso personaje logró sorprenderlos ese día con la discreción de su atuendo y con la velocidad al leer los artículos del enlace. Ninguno sospechó que el interés del juez por

abreviar estaba estimulado por su estómago, impaciente con los aromas apetecibles olfateados desde que pasó por delante de la cocina.

Sean entregó a su hermano las alianzas de oro blanco, con una sencilla filigrana uniendo las iniciales de los dos en un solo trazo. Dentro tenían grabadas la misma inscripción: «*Amor infinito, G&C 3-11-12*»

Después de recibir las felicitaciones de los cincuenta asistentes, halagos al vestido, y muestras de cariño sinceras, ocupó Claire junto a Gabriel el sitio de honor en la mesa más grande del salón. Degustaron el delicioso menú de Ethel rodeados por cuatro mesas engalanadas con esmero y las piezas de colección formadas por: cuberterías de plata, vajillas de porcelana y una cristalería húngara de principios del siglo XX con hermosas tallas y elegantes adornos dorados. Contrataron a seis camareros que sirvieron la comida y los buenos vinos elegidos por Gabriel. Luego, animado por una música agradable, no dudó en bailar con Claire. Iniciaron un baile envueltos en las notas de *With or Without You*, que si era romántica, en ese instante, fue mágica para ellos por la sutileza de los tres instrumentos de cuerda. La tormenta arreciaba y no lo notaron, en el día de su matrimonio, Boreal Róis los protegía entre sus viejos muros.

—Tengo un regalo para ti —dijo Gabriel.

—Y yo.

Claire sonrió, acariciándole la nuca.

—Quiero dártelo —susurró en sus labios.

—Dámelo.

Se detuvo de inmediato, la agarró de la mano y se encerraron en el dormitorio. Gabriel cogió del secreter una caja de terciopelo rojo y la abrió sin perder de vista los ojos de Claire.

—¿Te gusta?

—Mucho.

Claire admiró unos pendientes sobrios y una gargantilla de dos vueltas con esmeraldas y brillantes. Levantó con las dos manos el collar, se lo dio a Gabriel y le ofreció la espalda. Al momento se la abrochó, le besó el hombro y la abrazó por la cintura meciendo las caderas despacio.

—Te quiero.

Gabriel la giró, le atrapó entusiasta los labios y, antes de que se les fuera de las manos, se apartó.

—Te voy a dar mi regalo.

Claire buscó en su mesita de noche, sacó una caja negra alargada y se la entregó con cara expectante. Encontró un reloj de bolsillo, de oro, abrió la tapa y elevó las cejas sorprendido al ver una foto de Claire en blanco y negro. Toda una rareza; era casi imposible encontrar una foto de ella.

—Menudo honor —dijo irónico.

—No te acostumbres.

Gabriel la sujetó de las caderas, inclinó la cabeza hacia abajo y la besó. La recorrió tranquilo, ya era su mujer, podía tenerla toda su vida.

—Algún día posarás tú para mí —afirmó suficiente.

—No lo creo.

—Ya te pillaré.

—¿Me estás amenazando?

Otra vez unos labios inconformistas se apoderaron de los de Claire. Una lengua que no se cansaba de ofrecer y retirar, un miembro endurecido que apretaba ayudado por dos manos sujetas muy firmes en sus nalgas.

—El vestido es precioso, pero no voy a poder quitártelo.

—No me lo quites.

Con esa declaración Gabriel se dejó embaucar en el acto. Se bajó la bragueta, dejó libre una palpitante columna y, después de quitarle las bragas, la sentó en él. La movió hasta penetrarla bien hondo; toda su erección para ella; entera, llenándola. En unos minutos consiguieron un orgasmo moviendo sus cuerpos con frenesí, silenciado por sus bocas enrojecidas e hinchadas.

—No quiero salir.

Gabriel estaba a gusto, envuelto en suave tela blanca, con el sexo de Claire caliente rozando el de él.

—¿Crees que nos echarán de menos? —preguntó Claire con la cabeza apoyada en el hueco del hombro de Gabriel, besándolo en el cuello,



provocándolo a conciencia.

—¿Nos quedamos? —rezongó, acariciando los muslos de Claire hasta que se escuchó la voz rotunda de Jack, con tintes alcohólicos, llamándolo—. Qué oportuno.

—No seas malo —dijo, lo besó en los labios y dejó su cuerpo sin evitar un ligero gemido, que los dos percibieron con amplias sonrisas—. Será mejor que no lo hagamos esperar.

Gabriel se levantó, fue al baño y se echó agua en la cara. Salió abrochándose la bragueta.

—El vestido te sienta de maravilla. —La abrazó, recorrió con una mano la tela transparente del escote—. Eres muy sexi.

—Como sigas, no salimos.

Una sonrisa maliciosa sugería que aceptaría de buen grado, inclinó el cuerpo y la estrechó posesivo, sin medir la intensidad de su fuerza.

—Me haces muy feliz.

—Te quiero, Gabe.

Al oírla, no supo interpretar si había esperado a estar casados para usar su diminutivo familiar o si fue el momento íntimo que sintió, las dos opciones le regalaron más amor hacia ella.

En cuanto salieron del dormitorio y asomaron en el salón, acelerado, Jack se acercó observando los labios de su cuñada, la sonrisa atontada de su

hermano y la relajación de unos gestos que no admitían más que una pregunta:

—¿Habéis echado un polvo?

La mirada cómplice que compartieron Claire y Gabriel respondió por sí misma.

—¿Qué quieres? —preguntó Gabriel.

Un camarero les sirvió unas copas de champán.

—¿Un poco de interés? —Jack sonrió irónico, atento a su padre.

—¿Para qué? —preguntó Gabriel, dio un sorbo al champán y lo saboreó. Claire entendió por su cara de satisfacción que aprobaba la elección hecha por ella en un último intento cuando falló el pedido del proveedor neoyorquino. Estas venían de una licorería de Quebec, recomendada por Elizabeth, con un reparto más fiable al no tener que pasar aduanas. Gabriel ignoró a Jack y susurró en el oído de su mujer—. Perfecto, mi amor.

—Atención, por favor —dijo John en un tono elevado, tocó con una cucharilla su copa—. Antes de que perdáis el conocimiento —bromeó risueño—, me gustaría agradeceros que hayáis venido a compartir un día muy especial para mi familia. —Alzó la copa mirando a los recién casados, sonrientes sin separarse más que unos escasos centímetros—. Enhorabuena, os deseo en mi nombre y en el de mamá toda la felicidad del mundo.

Los invitados levantaron sus copas y brindaron por ellos.

Jack sacó un proyector de un rincón y apagó las luces para el montaje que había preparado con el popular *So Young* de Suede como fondo. Pidió silencio, pero duró poco gracias al video de Gabriel. Tendría unos ocho años, en el jardín de la casa de Quebec, jugaba tirándose de culo en plan bestia con un cachorro de pastor alemán y conforme avanzó también era arrastrado por su padre en una tabla de surf con el perro entrometiéndose hasta que lo derribaba. Se sucedieron las carcajadas, y fueron a más cuando salieron a escena Sean y el propio Jack, de niños y adolescentes, corriendo, montando en bici o esquiando; siempre con el punto en común de una evidente complicidad. Luego, hubo un cambio de escenario y de protagonista. Claire apareció fotogénica, con dos coletas, dándole la mano a su abuelo, que la observaba sonriente, divertida con su padre mientras la empujaba en un columpio, estudiando aplicada y hablando de manera confidencial con su madre sin dejar de sonreír a quien la enfocase.

—Eras una niña muy mona —dijo Jack, al verla emocionada.

—Tú también eras muy mono, pero ahora eres un vil traidor.

—¿No te ha gustado? —preguntó risueño—. Me ha costado muchos disgustos montarlo.

—Gracias. —Claire le besó la mejilla—. Ha sido un detalle precioso.

Dieron por finalizada la incursión en el cine de Jack con fotos recientes de los dos juntos, que ninguno recordaba, todas en Nueva York,

Quebec, y dos ahí, en el jardín, sugiriendo sin dudas a las responsables: las Friars. Les duró poco el descanso. Sean reclamó su turno, en lo que Claire interpretó como clara muestra de equidad masculina Drake.

—No te agobies —dijo, mirando a Gabriel—. Seré breve. —Sean bebió un trago de whisky, sonrió a los presentes y centró sus ojos en Claire—. Mi más profunda enhorabuena y mi más sincera admiración. Te quiero porque quieres a mi hermano. Tengo la desgracia de conocerlo desde que nació. —Encogió los hombros, teatrero—. Pero le he ido cogiendo afecto y no puedo evitarlo, también le quiero. —Un poco ebrio, le tiró un beso a Gabriel, que lo recibió conteniendo una carcajada, no era fácil ver a Sean en su salsa y esa noche estaba a punto de conseguirlo—. Felicidades, Gabe. Es un honor verte con la mujer que has esperado demasiado tiempo. —Sean desvió la mirada hacia Jack y Cora, cogidos de la mano—. Felicidades, Jack, te digo lo mismo, mi enhorabuena por estar junto a la mujer que quieres. Esta noche me he dado cuenta de que algunas de las personas más importantes de mi vida han tenido una segunda oportunidad y, afortunadamente, están disfrutándola. —Levantó su vaso y añadió—: Brindo deseándoos felicidad, ¡por vosotros!

—¡Por vosotros!

El eco de las voces crujió la madera que sostenía la casa. Poco después, se animaron con bailes, que Gabriel no dudó en compartir con quien se le terció; de perdidos al río. Incansable, Claire bailó con William, Jim,

Robert y, un rato más tarde, con todos los invitados en una divertida conga que los mantuvo riendo de forma permanente. Gabriel sacó a bailar a su madre; a Ethel, con quien había retomado su relación cómplice habitual; a Eloise; a Cora, como cualquier amiga; y, cuando pudo, a su mujer, que llegó a parecerle de goma acompañando a Sean en una de sus imitaciones míticas de John Travolta.

De madrugada concluyeron la celebración. Los Drake se retiraron a la primera planta y, ni media hora después, Gabriel, derrotado en la cama, dejó que su mujer lo desnudara, sin fuerzas para moverse. Claire le bajó el pantalón y acarició un miembro tan lacio como su dueño en ese instante; aunque dejó entrever una reacción automática que no iba a desaprovechar.

—¿No vas a quitarme el vestido? —preguntó Claire a los pies de la cama.

Gabriel murmuró, entreabrió los ojos y se incorporó perezoso.

—Haré el esfuerzo.

Recibió una miradita prepotente, que lo espabiló de golpe. Le sujetó la cintura, se arrodilló a su espalda y le desabrochó un montón de pequeños botones bien camuflados. Metió las manos bajo los hombros, tiró despacio de la tela deslizando una sensual cola con volantes y expuso a una mirada voraz las braguitas blancas de encaje que lo empalmaron en cuestión de segundos. Desnudó por completo a su flamante mujer y solo le dejó el collar, tan

brillante como sus ojos, tan enamorados como los de él.

Dedicaron parte de la mañana a amarse hasta acabar agotados, sudando y muertos de sed, pero escasos de voluntad para dar un paso fuera de la cama. Cuando por fin cayeron profundamente dormidos en un sueño apacible, solo se escuchaban los pájaros que anidaban en los árboles del jardín o bajo la cubierta del tejado. El arrullo de aquellos cánticos alegres fue un bálsamo para todos los que ese domingo no verían la luz natural después de un día perfecto e histórico, donde la felicidad mitigó indeseadas ausencias, siempre presentes en el corazón de Claire.

Para Alexei el tiempo se detuvo cuando contempló el pequeño busto que había tallado de su amor: la bella francesa que conoció en Nancy y fue su novia varios años. ¡Cuánto echó de menos hablar con ella!, pasear del brazo o los breves besos, incluso castos, que le robaba cuando nadie les veía. Esa mujer, si todavía vivía, era merecedora de toda la felicidad posible. Al contrario que Maggie, a quien deseaba un infierno donde arder. Con mucho cuidado, colocó la pequeña talla en su mesita de noche, junto a la de Chris, otro de sus ángeles.

Salió de su bungalow para comer y regresó en una hora. Nada más entrar, notó la inesperada visita del personal encargado de la limpieza por el olor a pino fresco del ambientador que echaban en cantidades exageradas.

Asumía el falso aroma, pero no asimilaba que tocaran sus cosas ni que las movieran de sitio. Por ahí no pasaba.

Recorrió diligente el camino hacia el edificio principal, saludando a varios compañeros, con quienes solía jugar al ajedrez o a quienes directamente desplumaba con las cartas. Eran unos negados para la estrategia y unos torpes para disimular cuando tenían algunas jugadas medio interesantes.

Sin llamar a la puerta de la directora, la abrió y entró envalentonado por el carácter soberbio que no camuflaba. La mujer sonrió despacio. Tenía sesenta años, un cuerpo flaco, la tez pálida como el cabello canoso y unos ojos negros que parecían indiferentes a cualquier desconsideración.

—Señora Westwing, no voy a repetírselo más. ¡No quiero que toquen mis cosas! ¡Y no quiero que limpien mi casa los domingos! ¡¿Me ha oído?!

—Hola, Alec —saludó con una sonrisa condescendiente—. ¿Cómo estás?

—¡Indignado! ¿Por qué no respetan la intimidad de las personas? ¡Eh! ¡¿Por qué?!

—Si te relajas un poco, podré escuchar con atención qué ha pasado —dijo la mujer imperturbable—. Siéntate, por favor.

—¡No! —bramó—. No soy ninguno de los viejos que tienes aquí encerrados. No me subestimes y tendremos la fiesta en paz.

—Nunca te he subestimado, Alec. Pero te equivocas cuando dices que no eres uno de los viejos que están aquí —comentó serena pero mordaz—. Aunque te pese, lo eres.

—¡No! —Alexei se dio unos toques repetidos en la sien—. La edad está aquí. —Negó con la cabeza y sonrió despectivo—. Mi cuerpo puede ser octogenario, pero mi mente no ha pasado de los treinta. Dile a quien haya cambiado mis cosas de sitio que no habrá una próxima vez. Como alguien vuelva a tocar mis cosas, me voy.

—Alec, las viviendas hay que limpiarlas. Y, cuando se limpia, las cosas hay que moverlas. Otra cuestión es que te hubiese desaparecido algo, pero eso no ha ocurrido, ¿verdad?

—¡Faltaría más!

Tal y como entró, salió Alexei; hecho una fiera. La señora Westwing bufó cuando se cerró la puerta, reflexionando sobre una actitud belicosa que no se correspondía con el trato amable que el ruso dispensaba a sus compañeros. Percibía con claridad en él la arrogancia de quién se cree superior. Ese anciano de treinta años tenía una garra especial, algo indefinible que lo destacaba incluso sin abrir la boca, proyectaba una genialidad deslumbrante; era un imán tan capaz de atraer como de repeler; único e irrepetible.



Quince días después, Claire y Gabriel aterrizaron en Nueva York procedentes de Málaga. Jack los recibió en el aeropuerto y, comentando incansable cómo tenían pensado organizarse con el bebé, los llevó al ático de Elizabeth. Claire lo atendió más interesada que su marido, alejado de cualquier sonido cavilando en sus inquietudes. Tenía claro que estaban relacionadas con su empeño en ser padre y por la próxima visita al urólogo para empezar el tratamiento que activaría una escasa producción de esperma. Algo que le parecía precipitado, pese a que Gabriel no lo veía igual.

Esa misma noche, embriagados por el aromático jazmín que acompañaba la tibieza del otoño y lograba un escenario privilegiado en otra encantadora velada, cenaron en la terraza el menú japonés que Jack y Cora compraron cuando salieron del trabajo.

—Tienes un bronceado estupendo —dijo Cora.

—Ha hecho un tiempo maravilloso —explicó Claire—. En Granada, visitando la Alhambra, creí que estaba en verano.

—Te habrás hartado a hacer fotos —comentó Jack.

—No me lo recuerdes —dijo Gabriel—. Me faltarían años para poder verlas todas.

—Eres un exagerado.

—¿Cuándo tienes la exposición aquí? —preguntó Cora.

—Mañana.

—¿Estás nerviosa?

—No, qué va.

Gabriel elevó las cejas y la miró con burla, ignorando la ironía que Jack percibió, preguntó:

—¿Qué fotos has elegido?

—No te preocupes —dijo Claire sonriendo—, sales muy guapo. Creo que en todas salís favorecidos.

—¿Estamos desnudos? —preguntó Jack—. Es por pasarme por la galería o no.

—Pásate —añadió Gabriel—. Seguro que te sorprende.

—Iría Marion Sabo —comentó Claire—. Mi profesor dice que tiene muy buena reputación. ¿La conoces?

—Sí —respondió Jack—. Pero conocí más a su marido, Richard. Murió en enero. Era un hombre muy agradable, un apasionado del arte; inglés. Marion dedica ahora todo su tiempo a MaiSa. Algunos de los artistas actuales más representativos han expuesto en ella.

—Tengo muchas ganas de conocerla —dijo Claire.

La galería Obscura se encontraba en el East Village, enfrente de unos baños turcos, tenía un toldo verde acampanado resguardando la puerta y una fachada estrecha acristalada. Al llegar en un taxi, vieron bastante ambiente.

Después de pagarle al conductor, Gabriel se reunió con Claire, que lo esperaba impaciente en la entrada. Llevaba dos días nerviosa, pero las últimas horas rozaban la locura. Compartía su ilusión y era el primero en comprender que esta exposición en Nueva York podía abrirle una ansiada puerta; no obstante, no estaba seguro de soportar una excitación de tal calibre durante mucho tiempo seguido.

Ryan Gallagher los descubrió en cuanto accedieron y se aproximó seguido de cerca por Gina, menos dada a sociabilizar que Bastien, inmerso en ese momento en una charla con varias personas.

—Hola, Claire, ¿cómo estás?

Sonriente, Ryan se inclinó hacia abajo y la besó en la mejilla. Ni se molestó adrede en mirar a Gabriel y ni tuvo ninguna deferencia con él mientras aguardaba atento.

—¿Qué están opinando? —preguntó Claire.

—Por ahora, con los que he podido hablar, la aceptación es muy buena. Aún no ha llegado Marion y creo que es a quien más le puedes interesar.

—¿Por qué? —preguntó curioso Gabriel.

—Porque la conozco —respondió Ryan cortante—. No nos han presentado, soy Ryan Gallagher.

Tendió la mano a Gabriel para estrecharla con la de él en un apretón

dónde se midieron sin disimular.

—Gabriel Drake, el marido de Claire —dijo torciendo una sonrisa—. ¿Podrías explicarme por qué confías en el interés de la señora Sabo?

—En cuanto la conozcas, lo comprenderás.

El profesor no quiso añadir nada, si el señor Drake era mínimamente perceptivo, lo averiguaría al instante.

—Voy a dar una vuelta —dijo Claire—, ¿me acompañas, Gina?

—Sí. Te presentaré a los que hablan con Bastien, se están interesando mucho por su trabajo.

Claire conocía la timidez de la joven; sin embargo, descubrió que estaba equivocada. A Gina le coartaba su inseguridad. No terminaba de asumir la belleza de sus propias fotografías y el pudor a sentirse expuesta en público no le permitía ser más abierta para intentar venderse mejor. Parecía admirar a Bastien por su magnetismo innato y, por qué no, por un físico que atraería a cualquier mujer.

La sala, completamente blanca, deslumbraba. Unos focos proyectaban luz directa en las imágenes para ayudar sobre todo a las de Claire, que era de los tres quien jugaba descaradamente con las sombras. Del trabajo de la escuela, escogió las más representativas: una, de Gabriel, abstraído contemplaba con su elegante perfil varonil un barco apoyado en la barandilla del puente Millenium; otra de Elizabeth y John hecha en Boreal, estaban

sentados en la mesa de la terraza, ella hablando confiada y él perdido en sus ojos; y tres más, donde los Drake posaban sin saberlo.

Tras una despedida rápida de Gallagher segundos después de quedarse solos, Gabriel cogió una copa de champán viendo cómo algunos asistentes secuestraban a Claire, bebió un sorbo y recorrió la exposición para sentir lo mismo que le sucedió en la escuela de arte; la única capaz de atrapar su total atención fue ella. Con una mano en el bolsillo del pantalón, se acercó despacio a una de las fotografías. Contempló a su madre, a Elaine y a Cora bajo el sauce de la casa familiar. No había ni rastro de falsedad, eran tres mujeres charlando de forma amistosa, naturales, con la belleza capturada y tratada con elegancia. A su lado, la controversia, la desvergüenza y la originalidad. Al contrario que Claire, Bastien usaba colores para recrear un mundo onírico en desequilibrio con la naturaleza más salvaje. Así como Claire buscaba la armonía entre encuadres idealizados, su compañero arrasaba sin lógica pero con temperamento. A unos metros, Gabriel trató de admirar la obra de la chica que no abría la boca. Frente a una imagen caótica, bebió otro sorbo de champán, hilvanando alguna frase amable por si no le quedaba más remedio que halagar su trabajo. No le gustó, agobiaban tantos objetos rotos. También sugería irreverencia; si bien, transmitía desesperación y fracaso. Gabriel concluyó que esos serían los motivos del profesor al darle una oportunidad junto a Claire y a Bastien; no podía estar muy

desencaminado.

De pronto, un revuelo sonoro captó la curiosidad de Gabriel. Se giró, escuchando los saludos efusivos de varias personas a una recién llegada, deduciendo que era Marion Sabo. La señora tendría unos sesenta años y se la veía tremendamente sofisticada. Poseía unos hermosos rasgos altivos, endurecidos con una mirada oscura, brillante y soberbia. No era alta; aunque su cuello largo y el cuerpo, con una cuidada línea, parecían elevarse. Para destacarla más, lucía un cabello rubio veteado de mechas, peinado hacia atrás con un estilo favorecedor. Vestía una camisa blanca reluciente, una falda tubo gris perla y unos zapatos rojos de tacón medio. Esa estudiada sencillez lograba proyectar seguridad, clase y elegancia, acorde a unas maneras discretas y suaves.

Cuando poco rato después Marion estaba frente a una de las fotografías de Claire, Gallagher pensó que sería su momento. Sujetó el brazo de su alumna para indicarle que lo acompañase. Desconocía que la marchante no solo contemplaba a Gabriel y sus hermanos el día de la segunda boda de sus padres. A simple vista, tres hombres sonrientes con la misma expresión de felicidad en las caras; en cambio, si se miraba con más detenimiento, se apreciaba cómo ninguno tenía los ojos clavados en los novios, besándose en los labios, cada uno buscaba complicidad fuera del encuadre. Tampoco sabía Gallagher que intuía en él una oscuridad negativa; ni de su amistad con dos

de aquellos hombres; ni que aceptó la invitación porque le impactaron las pocas imágenes vistas de Claire Merritt. De no haber sido por eso, habría seguido ignorando al profesor como venía haciendo desde muchos años atrás.

—Hola, Marion.

Ryan la saludó casual, correspondido por una sonrisa un poco cínica.

—Hola, Ryan, cuánto tiempo.

—Sí, demasiado —afirmó. Cuando se inclinó para besarle la cara, Marion le envió una mirada de advertencia que logró paralizarlo. Ryan tardó unos segundos en reaccionar, tragándose otra muestra despectiva, una más de las que siempre le dedicó. Intentó sonar sereno—. Marion, ella es Claire. La alumna de la que tanto te he hablado.

—Encantada, Claire Merritt.

Hipnotizada por aquellos ojos verdes, algo temblorosa, Marion estrechó su mano.

—Igualmente. Es un placer conocerla, señora Sabo.

—Le pedí a Ryan que me adelantara las fotos por mail. He visto las otras. Me gustaría hablar contigo tranquilamente.

—Por supuesto, estaré aquí un par de días más. —Claire sabía que no debía dejar pasar la oportunidad. Sabo era una de las más prestigiosas marchantes de la ciudad y ella quería rodearse de los mejores—. Si le viene bien, podemos quedar mañana.

—Cuando llegue a casa te enviaré un mensaje con la hora.

Marion captó la ilusión de Claire. Brillaba en unos ojos que le recordaron a los de su marido. Sintió una conexión instantánea. Le gustaron ella y su obra. Tenía el éxito garantizado; era artística y comercial. Y estaba segura de no haberse equivocado al rechazar una cena benéfica por conocerla en persona.

Gabriel, que vagaba disperso por la sala con la copa medio vacía, vio a la señora Sabo con Claire y se acercó vigilado por Ryan. El escrutinio sabueso del profesor lo puso en guardia.

—Hola —saludó Claire risueña—. Marion, le presento a mi marido, Gabriel Drake.

—Encantado, Marion.

Destilando cortesía, Gabriel le besó el dorso de la mano.

—Lo mismo digo. ¿Cómo están tu padre y Jack? No sé si sabes que somos amigos.

—Lo sabemos —comentó Gabriel, sonrió breve y agregó—. Mi más sentido pésame por la muerte de su marido.

—Gracias, eres muy amable. —Marion prefirió no entristecerse. Esbozando una sonrisa, sus siguientes palabras fueron complacientes—. Tienes una joya, Claire es un diamante en bruto.

—Siempre lo he sabido, gracias por apreciarlo.



—Es fácil apreciar la belleza —comentó Ryan, se lamió los labios después de beber un sorbo de su copa—. ¿Cierto?

—No estaría tan segura —añadió Marion. Notó los disparos a discreción cargados de testosterona de los dos varones y de inmediato eligió un bando—. A veces, Ryan, hay que escarbar para verla.

—Estoy de acuerdo con usted —afirmó Claire desviando la vista al cuadro junto al suyo, uno de Gina—. Me gusta descubrir una especie de poesía en el caos, un cierto orden que detiene el movimiento en un instante preciso, no sé, me atrae ¿A usted no?

—Sí, me pasa exactamente igual. Por favor, no me llames de usted, me haces parecer mayor.

Marion y Claire entablaron una conversación bajo las miradas atentas de Gabriel y el profesor, hasta que uno se hartó de indirectas y, disimuladamente, sujetó el codo del otro apartándolo unos metros. Sin intención de dejarle pasar nada más, preguntó:

—¿Te gusta mi mujer?

Gallagher sonrió con malicia, aunque se sorprendió por esa claridad directa.

—¿Celoso?

—No, pero no me gusta que ningún hombre babe por ella en mis narices.

—No babeo por nadie —replicó enfadado—. Tengo lo que me da la gana.

—Me alegro por ti. No te quiero cerca de mi mujer —enfaticando las palabras.

—No me intimides —habló lento—, porque no sabes quién soy.

—Lo tengo claro. Espero que tú también.

—Eres un capullo con suerte.

Gabriel no pudo reprimir reírse en su cara.

—No te encapriches de ella o te las verás conmigo.

—Vete a la mierda.

Gabriel inclinó el cuerpo hacia delante, dejó la cabeza a pocos centímetros de Ryan y siseó controlando la adrenalina que fluía acelerando su pulso:

—Nunca más voy a repetírtelo. No me gusta ver a ningún hombre cerca de mi mujer. Mantente alejado.

—Soy su profesor, gilipollas.

—Me da igual todos los insultos que puedas decir, exactamente igual.

Haz bien tu trabajo y no te busques problemas, no creo que esté bien visto un escándalo en la escuela. ¿Qué crees?

—Eres un prepotente.

—Te lo he dicho, exactamente igual. —Gabriel elevó las cejas y

sonrió cínico—. Por cierto, profesor Gallagher, tus otros dos alumnos también necesitan la misma dedicación que mi mujer.

—Gilipollas —susurró Ryan, dando un paso atrás para alejarse.

—Imbécil —murmuró Gabriel.

El sábado, cuando llegó Sean a su recién estrenada casa de jugar al golf con su padre, no esperaba encontrar una nota de Elaine diciéndole que había llevado a Ophie al pediatra. La niña no se encontraba bien desde que volvieron de Terranova y desde hacía varios días no iba a la guardería, ya que tenía un ligero empacho y no mejoraba.

Salió a toda velocidad, cogió otra vez el coche y en diez minutos llegó al Centro Hospitalario Laval. No encontró a Elaine hasta preguntar en el mostrador de información. Disparado, bajó por la escalera hacia la sala de espera del sótano, donde se sintió desfallecer al verla sentada con la mirada ausente.

—¿Qué ocurre, Ellie? ¿Cómo está Ophie?

Elaine reaccionó al escucharlo, se levantó y lloró abrazada a él.

—Te he llamado varias veces. Tiene una apendicitis aguda, cuando la he visto doblada por el dolor no me lo he pensado. Ha llegado vomitando. La están operando. No deben tardar mucho.

Se consolaron intentando animarse durante más de dos horas que

fueron como doscientas. El desasosiego se apaciguó cuando salió del quirófano la pediatra de Ophie con una tranquilizadora sonrisa. La doctora Christina McQueen era una escocesa que había aterrizado en Quebec unos meses antes huyendo de un divorcio tóxico con el firme propósito de olvidar. Aparentaba confianza. Tenía la tez bastante morena, delicada y suave; un rostro bellísimo, con las facciones totalmente proporcionadas. Sus ojos, dos negros azabaches, rodeados de largas pestañas. Los labios, algo gruesos, brillaban sonrosados de forma natural, y si sonreía, como en aquel momento, abrían una boca sana con unos dientes blancos y parejos. Su cabello largo y ondulado era oscuro como la noche, bien peinado en una cola. Y su cuerpo, incluso con ese uniforme azul nada favorecedor, se intuía voluptuoso y espléndido. En conjunto, la escocesa llamaba la atención; aunque intentara pasar desapercibida sin una gota de maquillaje.

—Señores Drake, tengo buenas noticias.

Sean y Elaine se levantaron y estrecharon las manos con la doctora.

—Le hemos realizado una apendicectomía bajo anestesia general mediante cirugía laparoscópica. En el postoperatorio continuaremos con el tratamiento antibiótico. Todo ha ido muy bien y en dos días podrá irse a casa. En cuanto recobre la movilidad intestinal reiniciaremos la alimentación oral.

—¿Puede haber complicaciones? —preguntó Elaine.

—Siempre puede haberlas, pero empezamos con el antibiótico antes

de la intervención, precisamente para disminuir ese riesgo. No se preocupe, es una niña fuerte —dijo animosa la doctora McQueen. Sabía por experiencia que los niños solían sobrellevar mejor las enfermedades que sus padres. Ari, su hija de seis años, le había dado algún que otro susto, pero siempre los superaba a pesar de sus temores maternos—. Ya verán cómo en unos días vuelve a su vida normal.

Los dos días siguientes ni Elaine ni Sean se movieron de su lado. Hasta los abuelos pasaron horas muertas visitándola, inundando la habitación de regalos para distraerla. En aquellas horas, Sean se evadió indagando en la adopción de Christopher Merrit. Los únicos datos de partida fueron la fecha de su nacimiento y el nombre de la madre: Margaret Clainston; el padre biológico, con los medios que dispuso, no apareció. La mujer tenía dieciséis años cuando dio a luz el 18 de marzo de 1953. Y, según la pista más fiable, se casó en 1954 con Sigmund Sabo, con quien tuvo un hijo: Richard, nacido en octubre de 1955, y también, todos estaban muertos. La única familia que podía tener Claire era la viuda de Richard Sabo: Marion, que actualmente vivía en Nueva York. Le resultó curioso que el matrimonio entre Iris Samuel y Charles Merritt se celebrara en Liverpool un mes después del nacimiento de Chris. Esa precipitación corroboraba que de alguna manera todo estaba pactado desde antes para sacar al niño de Europa. Charles vivía en Terranova,

solo llegar a Inglaterra debió suponerle un mes en barco, por no contar con el papeleo que alguien realizó para legalizar la adopción. Sin duda, para Sean, Charles tuvo ayuda en Europa. Y dudaba seriamente que hubiese sido Iris, quien también le sorprendió, ya que había trabajado durante nueve años para los Clainston. «¿Quién estaba oculto entre sombras?» «¿Por qué un hombre con una reputación intachable como Charles se arriesgó a casarse con una desconocida?» «¿Cómo adoptó un hijo sin levantar sospechas?» La maraña de datos que Sean barruntaba necesitaba luz. Y solo las cartas de Alexei Barinov, que él no tenía allí, o la información que manejara Marion Sabo podría iluminarlo. Llamó a Claire y le informó de sus avances, esperando resignación; sin embargo, se quedó de piedra cuando Claire le contó que había conocido de manera casual a la señora Sabo e iba a encargarse de representarla, también que desde hacía años Jack y su padre eran conocidos de ella y su marido, el tío biológico de Claire. Aturdido por tantas vidas cruzadas, pensó en la existencia de una justicia divina, ¿qué podía ser, si no?

En Terranova, la rutina del trabajo y las clases centraron al nuevo matrimonio. De momento, aparte de buscar a Barinov, Claire tenía que preparar un *book* con las obras que quería exponer en la galería MaiSa, sin dejar de pensar en que esa mujer era el único vínculo que le quedaba de su padre. No lo había hablado con ella, y no estaba segura de si hacerlo o no.

Mientras Claire terminaba una quiche de espinacas, entró Gabriel con *Shu* después de su último paseo diario. Sacó de la nevera una botella de agua fría y se llenó un vaso a la vez que la perra bebía ansiosa en un cacharro cerca de la despensa.

—Huele muy bien, cariño.

—Gracias. Cuando quieras, me ayudas. Es fácil.

—Lo tendré en cuenta. Hoy prefiero que la hagas tú sola.

—Muy amable —dijo sonriendo. Metió el molde en el horno y se acercó a él—. Al menos sirve el vino. —Claire le besó los labios y se apartó. Servicial, sacó Gabriel una sola copa del armario y la sirvió por la mitad de un Ribera del Duero—. ¿Tú no bebes?

—No debo con las pastillas.

—No entiendo por qué no quieres esperar. Estamos dentro del plazo que nos dijo el médico, no creo que sea bueno para ti.

—No tiene contraindicaciones. Y aunque tú ginecóloga lo vea normal, para mí no lo es. Además, me dijiste que te habías dado de plazo hasta enero, ¿qué más te da?, solo estoy adelantándome poco más de un mes.

—Me importa que te obsesiones.

—Gracias. —Gabriel la cogió de la cintura y se sentó con ella—. Quiero que seamos una familia, no te enfades porque lo intente.

Claire le acarició la cara.

—No me enfado, me preocupo.

—Hablando de preocupaciones, ¿cómo llevas el tema de tu tío?

—Igual. No sé si decírselo. No me gustaría que pensara que quiero aprovecharme de ella.

—No creo. Tampoco tiene más familia.

—Ya. Pero me parece tanta casualidad haberla conocido. ¿No te parece raro?

—No sé qué pensar. Es bastante coincidencia. ¿Has hablado con Sean de las cartas del ruso?

—Un poco, pero no quiero que se implique más hasta que la niña no esté bien.

—¿Sigue mejor?

—Sí. Creen que en dos semanas irá a la guardería otra vez.

—Deben tener contentos a mis padres —dijo Gabriel negando con la cabeza—. Mándale las cartas por e-mail, a lo mejor encontráis alguna sorpresa.

—No sé. Por lo que entiendo, Alexei Barinov era amigo de mi abuelo. Hasta que el abuelo va a Inglaterra, se casa con Iris y la adopción se formaliza tienen correspondencia casi mensual. A partir de ahí, la correspondencia con Barinov termina. O, al menos, en la carpeta no hay nada que sugiera lo contrario. Ni hay más cartas para el abuelo ni para mi abuela.



Solo sé que la abuela hablaba ruso, y eso es algo que me desconcierta. Apenas sé nada de ella, ten en cuenta que murió al año de llegar. Mi abuelo no la nombraba. —Claire resopló—. No sé, cariño, pero es frustrante, cuánto más sé menos quiero saber.

—Sean conoce traductores que podrán ayudaros con las partes en ruso, también tienes Internet.

—Lo he intentado, pero es muy complicado para mí entender ese alfabeto para introducirlo en el traductor. Para una frase puede servir, pero esto es otra cosa. En unos días se las enviaré. —Claire bebió un trago largo—. Otra de las cosas que más me agobian es pensar que Barinov siga vivo.

Gabriel le sujetó la mano y habló despacio:

—Debes hacerte a la idea de que es probable que siga vivo.

—¿Tú crees?

—Sí. Tienes un cincuenta por ciento de posibilidades a favor. Pero si lo está, será un anciano.

—No sé..., estoy empezando a pensar que no me apetece buscarlo.

—¿Por qué? —preguntó extrañado—, es pan comido para vosotros.

—Es raro entender que no eres quien creías.

—Sigues siendo la misma persona. ¿Qué quieres decir?

—Sé qué soy la misma, pero ahora también sé que llevo sangre inglesa, ¿qué será lo siguiente? no sé, cariño, pero casi prefiero quedarme

como estoy.

—¿Te asusta conocer tu origen?

—Así de golpe, sí.

Gabriel le acarició las mejillas y le besó cariñoso los pómulos. No se conformó y descendió hasta sus labios introduciendo la lengua en una boca igual de entusiasmada que la de él. Con una velocidad endemoniada, el deseo y sus manos les condujeron a desnudarse allí mismo. Y si Claire no llega a mantener algo de cordura, todas las cosas de la mesa habrían acabado esparcidas por el suelo antes de que Gabriel la subiera encima y se inclinara hacia delante para lamerle los pezones.

—Tienes el mejor sabor de mundo.

Por respuesta obtuvo un ligero tirón de pelo, un ronroneo y una espalda arqueada dándole acceso para que hiciera lo que quisiera. La recorrió con una lengua voraz que dejó un rastro ardiente por donde pasaba, directa a su entrepierna. Cuando empezó a jugar excitando un clítoris que chorreaba por él, un placer estremecedor rindió a Claire bajo esos labios. Se lo daban todo y la dejaban convertida en física pura, como un viento cálido que ascendía vertiginoso mientras él removía su núcleo; siempre más alto, ardiente e intenso.

Gabriel levantó la cabeza y sonrió engreído con un punto vanidoso. Esa chulería lograba excitarla sin evocar malos recuerdos. Entregado a su

boca, fundió sus sabores enredando la lengua con la suya en otro delicioso festín. No tardó en penetrarla con un empujón seco ni en separarse unos centímetros para observar su miembro deslizarse fluyendo con facilidad. Mordiéndose el labio, incrementó el ritmo guiado por una locura agresiva que llenó la cocina de gritos extasiados y unos impertinentes ladridos.

—Cariño, me voy a correr.

Ese anuncio a Claire ya no le servía. La única espectadora de excepción consiguió descender su libido hasta anularla por completo. Así era imposible alcanzar nada, ni gloria ni orgasmo; *Shu* se cargó de golpe cualquier expectativa. Envidiosa, dejó que Gabriel eyaculara, pero le faltó tiempo para salir corriendo de la cocina en cuanto se apartó. De regreso al mundo real, Gabriel tranquilizó a la perra mientras se ponía los calzoncillos. Al momento fue al dormitorio y abrió la puerta del baño. Vio a Claire enjabonándose y volvió a desnudarse.

—No estoy de humor —dijo molesta.

—No ha sido culpa mía.

Ignoró una mirada belicosa, con múltiples matices verdes de advertencia, y se metió en la ducha.

—¿No has tenido bastante? —preguntó Claire.

—Sí, pero tú no. —Se situó a su espalda, buscó la entrepierna femenina y amasó sus pechos calibrando con seguridad. Gracias a unos

toques certeros y a esas manos con una habilidad natural, recuperó a su mujer donde quería tenerla—. ¿Te gusta?

Le mordió el cuello e inició un asedio rítmico y constante para excitarse y apremiar poseerla de nuevo. La pegó a la pared, la sostuvo en brazos y guió su pene al escurridizo interior que pretendía insaciable. Otra vez se aceleró sin preocupaciones ni límites. Enterrado en Claire, solo pensó en dejarla embarazada como guinda perfecta al amor que sentía por ella y a ese sueño y eslabón que los uniría para siempre.

Cuando más tarde se sentaron en la cocina a cenar, ninguno se sorprendió al verse conjuntado vistiendo el pijama negro de seda de dos piezas que les regalaron en la boda. En cambio, la actitud de *Shu*, dando vueltas de un lado para otro, captó la atención de Claire y propició una pregunta curiosa:

—¿Le has regañado?

—Ha sido culpa nuestra.

—No te lo niego, pero no debería ladrar cada dos por tres.

—Cariño, es un cachorro, está aprendiendo.

—Intenta que pille las cosas más rápido.

—Va bien —afirmó condescendiente—. Cuando corremos la llevo suelta y no se separa de mi lado.

—Me parece estupendo, pero que tengas claro que si tenemos un hijo

estos escarceos se acaban, entre ella y un niño, serían impensables.

—Se acostumbrarán.

—No voy a probarlo —dijo comiendo tranquila.

—Ya veremos —afirmó suficiente—. También te negabas al sexo en público y ahora no hay quien te pare.

—¿Disculpa?

Claire sonrió irónica y dejó el tenedor en el plato.

—Me has oído perfectamente —dijo bebiendo un sorbo de vino.

—Creo que el alcohol te está afectando. No practico el sexo en público, no sé por qué dices eso. Cuando lo hemos hecho, estábamos solos.

—Sí, pero tenía el morbo de no saber si nos pillarían.

—A lo mejor es a ti a quien le va el exhibicionismo. Recuerdo cómo te paseabas medio desnudo para provocarme.

—También recuerdo cómo te ponías nerviosa. —Gabriel volvió a beber—. No soy pudoroso en privado.

—Lo tengo claro. Por cierto, ¿no decías que con las pastillas no debías beber?

—Es mi primera copa de hoy. Por una copa no creo que pierdan mucha efectividad. No estoy seguro realmente del incremento de los espermatozoides, pero desde luego las ganas sí las incrementan.

—¿Estás seguro de que no son azules?

—Muy graciosa. Luego te demuestro que lo mío es natural.

—Estaré esperando —admitió, enviándole un beso.

## NUEVE

*San Juan de Terranova, 5-12-12*  
*Terranova y Labrador, Canadá*

Aunque la tarde en el estudio retocando una de las fotografías seleccionadas estaba siendo productiva, Sean se encargó de aumentar el nerviosismo de Claire al llamarla para compartir emocionado una nueva e intrigante información.

—¿Me estás diciendo que mi abuela y Barinov eran hermanos?

—Sí —respondió Sean contundente—. El apellido de soltera de tu abuela era Samuel, pero he visto los documentos del registro de Liverpool donde se celebró el enlace y había una incongruencia entre el nombre del pasaporte y el certificado del enlace. En una nota aclaratoria incluían una solicitud de asilo al Ministerio de Asuntos Exteriores británico, junto con la petición del cambio de apellido; hasta ese momento era Irina Barinov. Con tu abuelo se casó como Iris Samuel.

—Si Alexei era amigo de mi abuelo —dijo Claire procesando a marchas forzadas el dato sobre su abuela—. Y si... —Frenó la conjetura que le asedió el cerebro. Tardó unos segundos en expresarla—. Sean, y si es mi abuelo...

—Es posible —dijo casual, acostumbrado a marañas familiares mucho más rocambolescas.

—Todo es muy extraño. ¿Alexei Barinov conoció a Margaret Clainston?

—No lo sé, Claire, pero si Iris trabajó para los Clainston es muy posible. Y si Barinov era el padre biológico de tu padre, entendiendo que tuvo un affaire con Margaret Clainston y que la dejó embarazada, si ella no quería ese hijo, quizá pensó que casando a su hermana con su amigo el niño estaría en buenas manos —explicó hablando tal y como pensaba—. Aunque es raro que desde antes de la muerte de tu abuela perdiera el contacto con ellos. Lo más lógico hubiese sido mantenerlo. Al fin y al cabo, eran su hermana y su hijo, y si Charles era su amigo, no entiendo qué pasó.

—No sé, el abuelo nunca hablaba de ella. Si alguna vez le preguntaba algo era evasivo, siempre decía que hacía tanto tiempo que la había olvidado.

—Si se casaron por conveniencia, me imagino que no debió calarle muy hondo.

—Vete a saber... —dijo antes de resoplar—. Pero tienes razón, es muy raro que Alexei no siguiera en contacto con su hermana.

—Ya lo averiguaremos, es cuestión de tiempo. Por lo que llevo visto, si no está muerto, sigue en Canadá. No te preocupes, seguiré investigando.

—Gracias, Sean. No sé qué habría hecho sin tu ayuda.



—De nada, sabes que es un placer. ¿Vas a hablar con la señora Sabo?

—Creo que sí. Tenemos una reunión después de Navidad en Nueva York.

—Por contárselo no pierdes nada. Si tengo tiempo, intentaré tener algo más para cuando vengáis. ¿Qué día llegáis?

—El mismo veinticinco. Tu hermano está muy liado en el banco.

—Hablé hace unos días con él. Me ha dicho que la obra de la plataforma empieza dentro de poco. Estará de los nervios.

—Cómo lo conoces —admitió sonriendo—. ¿Ophie sigue bien?

—Sí, es fuerte. Hemos tenido suerte con su pediatra; es muy competente.

—Me alegro. Tengo muchas ganas de verla. Dos de las fotos que voy a exponer con Marion son de ella.

—Recuerda que soy su representante oficial, a ver si voy a tener que cobrarte derechos de imagen.

—No te preocupes, ya haremos cuentas —dijo alegre.

—Hablando de cuentas... —Sean bufó, harto de la actitud beligerante del abogado que representaba al hombre que Claire arrolló en agosto con el Bronco—. Como está pendiente todavía el tema del accidente, creo que deberíamos terminarlo, Claire. El conductor del Volvo no va a retirar la denuncia y es mejor no llegar a juicio ni dilatarlo más. Si te comprometes a

realizar horas en labores sociales, podemos llegar a un acuerdo. Piénsatelo.

—¿Dónde quiera?

—Sí, mientras sea una tarea para la comunidad.

—Vale, hablaré con el cura que lleva el centro de día para niños sin recursos en la parroquia.

—Muy bien, cuando sepas algo, dímelo, y redacto una petición al Juzgado, pero no tardes mucho, por favor.

—Descuida, mañana te llamo —dijo, pensando en hablar con el cura, le gustó la idea. Su marido entró en la habitación quitándose la corbata con aspecto cansado y se despidió de Sean—. Te dejo, acaba de llegar mi inquisidor particular. Dale un beso a Ophie y a Elaine de mi parte. —Se acercó a Gabriel y lo besó en los labios—. Hola, cariño. ¿Estás bien? —preguntó, acariciando la mejilla rasposa.

—Agotado. ¿Qué quería Sean?

—Mejor te lo cuento cenando. ¿Vas a salir con la perra?

—Qué remedio. ¿Me acompañas? Podemos ir hasta el parque dando un paseo.

Salieron de la mano con ropa deportiva y pasaron por delante de la catedral hablando de las horas que pensaba dedicar Claire a los niños en la parroquia y de Barinov. Gabriel coincidió con ellos al extrañarse por esa desaparición del ruso de la faz de la tierra. «¿Sería que estaba equivocado y

había muerto?» Podía ser más que posible, realmente muy posible. De todas formas, compartió con Claire que pronto sabrían qué había sido de él.

Para Claire era vital llegar al fondo de su historia y, con Sean implicado y dedicándole tiempo, si Alexei estaba vivo, lo encontrarían. Ese hombre no merecía ser olvidado pese a las pistas que sugerían poco afán de protagonismo. Sentía que las piezas inconexas ocuparían su sitio, poco a poco, pero lo harían. Que Irina Barinov fuese su hermana aclaraba el porqué de las cartas dirigidas a ella en ruso, y podían suponer que conoció a Margaret Clainston, y muy bien. Faltaba indagar para entender la complejidad de sus vidas y qué provocó las decisiones que tomaron. En aquel momento solo contaban con que Charles Merritt, Irina y Alexei Barinov y Margaret Clainston en 1953 pactaron entre ellos. Alexei era la pieza clave y la única esperanza para esclarecer los puntos oscuros de su historia familiar. Y, hasta saber si todavía vivía, la esperanza animaba los pensamientos de Claire con una sola palabra: encontrarlo.

El veinticinco de diciembre la nieve cubría por completo el jardín, invitando a Gabriel a permanecer en la cama, pero rechazó su propia pereza y se levantó al amanecer. Se puso un batín negro y salió hacia la cocina. *Shu* lo recibió con una alegría desbordante que cesó en cuanto le llenó el cacharro con pienso. Colocó una buena cantidad de café en el filtro, calentó leche en el

microondas y cortó el pan a rebanadas.

Cuando poco después sonó el despertador de Claire, remoloneó unos minutos antes de salir de la cama para entrar en el baño y ducharse rápido. Debían llegar al aeropuerto a las ocho si no querían perder el avión. Terminó, se recogió el cabello en un moño y se vistió con unos vaqueros y un jersey negro de cuello alto. Encontró a Gabriel en el salón mirando el jardín por uno de los ventanales.

—Buenos días, cariño —dijo Claire, Gabriel se giró y la observó con una sonrisa radiante—. Feliz Navidad.

Se acercó a ella despacio.

—Feliz Navidad. —Gabriel le sujetó la cara entre las manos, inclinó la cabeza y la besó saboreando a conciencia su boca—. Te quiero.

—Y yo, mi amor. —Claire pasó unos segundos apoyada en un pecho firme, abrazada al cuerpo fuerte que le daba seguridad y confianza. Levantó la vista y dijo—. ¿Nos damos ya los regalos o quieres esperar a desayunar?

—Estoy impaciente —dijo risueño. Con expectación y llenos de ilusión se acercaron al pequeño abeto natural colocado junto al rincón de lectura en el salón donde había varios paquetes de regalo para cada uno. Gabriel se agachó y cogió el más grande—. A ver si he acertado.

—Seguro —admitió Claire, que también seleccionó uno de los suyos, una caja mediana, y se lo entregó—. Lo mismo digo.

Claire rompió el envoltorio, vio dos únicas letras, sinónimas de calidad, y abrió la caja para toparse con un vestido rojo, sencillo y elegante, que le gustó nada más sacarlo. Gabriel tampoco puso reparos a unos *derby* con cordones en nubuck marrón y perforaciones en la punta; mezclaban clasicismo con un estilo contemporáneo, eran italianos y artesanos; sus favoritos. Luego, casi sincronizados, descubrieron dos frascos de perfume y, por último las estrellas: unos gemelos de oro blanco para Gabriel con sus iniciales y unos pendientes de diamantes con forma de racimo para Claire.

—Son preciosos —dijo Claire, levantando uno con cuidado. La luz entró por las piedras y brilló en un halo mágico que se reflejó como en un caleidoscopio para deslumbrarla—. Qué bonitos. —Se volvió hacia su marido, contemplándola, y se los colocó por encima—. ¿Cómo me quedan?

—Perfectos.

Gabriel admiró la piel pálida de un cuello esbelto, el contraste de los pendientes con el cabello oscuro, y no tuvo más remedio que volver a besarla para demostrarle cómo se sentía ante el acierto de su regalo.

Tras desayunar, Gabriel se duchó y Claire terminó de guardar en la maleta los marcos medianos de plata que llevaban para la familia. Todas las imágenes a color expresaban alegría. En una, Jack y Cora sonreían mirando fijamente el objetivo; en otra, Sean y Elaine hacían carantoñas a Ophie, también parecían contentos; y en la que salían John y Elizabeth saltaba a la

vista la felicidad por sus miradas emocionadas, sin mediar un sentimiento tan potente como el amor profundo que volvieron a reconocer el doce de octubre aquel brillo no existiría.

Luego, dejaron a *Shu* en casa de Eloise, voluntaria para quedarse con ella durante las minivacaciones en Quebec donde estarían hasta principios de año, y con tiempo de sobra llegaron al aeropuerto.

Al entrar en unas horas en la casa familiar, respiraron un entrañable aroma navideño. Tras muchos años volvían a reunirse con el aliciente de la próxima llegada de Ethan, el alta definitiva de John y la recuperación de Ophie.

Con la nueva pintura de las paredes en tonos neutros, el salón ganó espacio y resaltaba detrás de la mesa la fotografía en blanco y negro que hizo Claire. Si bien la estrella era un abeto enorme que entusiasmó a Ophie. Una locura transitoria se apoderó de la niña cuando vio los regalos para ella. Todos rieron sus gracias, el que más su abuelo. John no cabía en sí de gozo, no solo por su salud que para él era espléndida, sino por estar con su mujer en unas celebraciones que echó muchísimo de menos porque sin ella perdieron el encanto. Estuvo solícito ayudándola con los preparativos hasta que pudo desentenderse para centrarse en escribir la dedicatoria del regalo que le había comprado y esperaba poder entregarle a solas. Claire recibió halagos y besos

cariñosos en cuanto les dio los marcos. Después abrieron otros paquetes con ropa, libros y perfumes acordes a los gustos de cada uno; aunque algunos lucían ya las nuevas alhajas que esa mañana les regalaron. El anillo de Jack, de titanio con una banda de ónix en el centro, causó sensación; igual que el reloj sport de Sean; o el colgante de Cora, un rubí con forma de corazón rodeado de brillantes; o el collar vintage muy largo que llevaba Elaine, hecho a base de perlas negras y oro blanco.

Acabada la parte espléndida, los varones se sentaron en el sofá compartiendo unas cervezas mientras las mujeres entraban y salían de la cocina. En esas fechas nunca tenían servicio, incrementando el valor familiar de las fiestas y también el trabajo de la facción femenina, que no obtenía mucha ayuda de sus parejas, más interesadas en el hockey o, simplemente, en no pegarle un palo al agua.

A modo confidencial, preparando los platos, Claire preguntó:

—¿Cuento con vosotros?

—Creo que sí —respondió Elaine—, pero tengo que hablar con Sean, está un poco desbordado con los despachos.

—Cuenta con Jack y conmigo. Tengo muchas ganas de ir, ya lo sabes. Además, Jack está preparándole otro video.

—Pobrecillo —dijo sonriendo Elizabeth—. Dile que no sea muy malo.

—Ahí no voy a poder hacer nada —replicó Cora encogiendo los

hombros.

—No le supondrá ningún trauma —comentó Elaine, miró a Claire y agregó—: Más se pasó él en tu cumpleaños.

—Por mí no hace falta que se corte —dijo Claire—. Solo estaremos nosotros.

—Recuérdame que te dé el teléfono de la Asociación. —Elizabeth se centró en Claire—. Hablé con el director de aquí y me dijo que en San Juan tienen un programa de voluntariado.

—No hace falta —dijo rápido—. Iré a mi parroquia.

—¿Vas a hacerte voluntaria? —preguntó Cora.

—Más o menos. —Claire sonrió, aunque no tenía intención de decirles que la habían tenido que presionar un poco, la palabra voluntad no brotó de forma libre si no llega a ser por el cumplimiento de la deuda que tenía pendiente con la Justicia—. Estaré en un taller de plástica con niños unos días y si me gusta continuaré.

—Nosotras vamos a veces con Ophie —explicó Elaine—. A ella le encanta pasar la tarde jugando con los niños, son monísimos y agradecen un montón las visitas.

—Yo no tengo tiempo para nada —dijo Cora.

—Es normal —comentó Elaine—. Con lo tuyo tienes suficiente.

—Y lo que te espera —añadió Elizabeth—. Como sea igual que el



padre, vas lista.

—¿Jack era malo? —preguntó sorprendida Cora.

—No, él inventó la palabra. —Elizabeth habló irónica y Elaine y Claire apretaron los labios—. Solo quería brazos; no durmió bien hasta cumplir el año; no lloraba, berreaba; y no comía casi nada, solo quería teta.

Claire seguía esforzándose por no reír para no molestar más a Cora.

—A algunos les pasa —comentó Elaine—. Se acostumbran al pecho y no quieren otra cosa.

—¿A los diez meses? —preguntó Elizabeth.

—Me temo que a tu hijo aún le dura —dijo Elaine.

Pasaron unos divertidos minutos riendo, incluida Cora empezando a asumir las dotes interpretativas de Jack; un niño modelo, según él mismo.

Se sentaron en la mesa llena de los succulentos platos que John les sirvió tras intercambiar una miradita con Elizabeth. Le bastó ver un gris cínico para instintivamente ponerse de pie. Pensó en explicar a sus hijos que viciar ciertos comportamientos no acarreaba nada bueno, ya que charlando entretenidos ninguno había alcanzado su nivel para comprender al sexo opuesto.

—De verdad que lo siento, Gabe —dijo Sean, chasqueó la lengua y disimuló—, pero tengo un juicio.

—Yo también lo siento —dijo Jack fastidiado—. Otra vez será.

Gabriel no insistió, organizaría una escapada romántica. Ante la decepción de no celebrar en Terranova su cumpleaños en plan familiar, logró ilusionarse por el destino que pensó: Barcelona. Podía coger una semana libre en el banco y sería una sorpresa inolvidable para Claire. Sin duda, fue una idea brillante.

Nada más terminar de cenar esa noche, John prescindió de la copa con sus hijos y voló al dormitorio. Mientras esperaba a Elizabeth, puso a Tony Bennett a un volumen bajo y reguló la intensidad de las lámparas para crear la atmósfera buscada.

—Vaya, cariño —exclamó Elizabeth al entrar, sonrió al coger la mano que John le tendió para bailar *Fly me to the moon*—. Fue la primera canción que bailamos juntos, jamás lo olvidaré.

—Ni yo, mi amor —susurró, le besó suavemente la cabeza—. Hoy he sido consciente de cuánto he echado de menos estas fiestas, y tengo claro que eras tú quien siempre las hacía especiales. He disfrutado mucho con la niña, con todos otra vez juntos.

—Tenemos una familia maravillosa —comentó antes de besarle los labios—. Tú estás recuperado, estamos bien, no puedo pedir más.

Durante el tiempo que duró la canción siguieron abrazados, sintiendo el suave vaivén de sus cuerpos y de esa vida agradable que compartían y

tanta serenidad les daba. Con un beso corto en los labios, John se apartó. Sacó de su mesilla de noche un paquete envuelto en papel dorado de regalo y se lo ofreció. Traía una tarjeta colocada con primor bajo un lazo rojo. Elizabeth leyó la caligrafía rápida y precisa que descifraba como nadie: *«Te amo desde que era un aprendiz, contigo me convertí en un hombre y gracias a ti sigo con vida. Mi bella esposa, eres lo mejor que ha podido pasarme y no tendré días, horas ni minutos para agradecerte que estés a mi lado. Tuyo, John»* Las lágrimas que recorrieron las mejillas de Elizabeth duraron muy poco, John se encargó de enjugarlas con la ternura que merecía tras demasiados años separados por su culpa. Algo recompuesta, descubrió un brazalete espectacular de diamantes, rubíes y zafiros rosas. Como todos los regalos que siempre le hizo desde que eran jóvenes y las cosas empezaron a irles bien, no escatimó para agasajarla. En el interior tenía grabado: *«75.77.79.82.12, E&J»*. Comprendió al instante el mensaje; esos números recordaban sus dos matrimonios y a sus tres hijos, los años más importantes en sus vidas.

Encantado al verla contenta, se lo colocó en la muñeca.

—Es precioso, John —comentó, mirándose el brazo embobada. Al momento, cogió una caja del cajón del tocador y se la dio—. Toma, espero que te guste.

En cuanto abrió John su regalo, sonrió. Era un reloj de pulsera, apenas

pesaba y tenía la esfera rodeada por un cordón de platino, le dio la vuelta y leyó: «*Para John, de Beth, por siempre*»

—Es muy bonito —afirmó, mirándola con ternura—. Me gusta mucho.

Inclinó la cabeza hacia abajo y rozó sus labios delicadamente, como una brisa sutil llegando a la costa para besarla y desaparecer dentro de su boca. Luego se amaron, intentando moderarse para no levantar sospechas, aunque se oían carcajadas en el salón, que no parecían pendientes a ellos.

En unos minutos rozaron la eternidad, sin tiempo acuciando; el amor sereno se convertía en oleadas de fuego y la calma quedaba reducida a unos cuerpos que se pertenecían y no querían estar en otro sitio. Con la respiración sofocada, John cayó desalmado sobre Elizabeth tratando de encontrar aliento para llenar de aire los pulmones.

—Soy muy feliz —dijo John, sintiendo unas caricias suaves en la espalda, besó a Elizabeth en la boca y se tumbó a su lado—. Te amo tanto que estaría así el resto de mi vida.

—No hables muy fuerte porque los niños nos tienen en su punto de mira.

—¿Por qué? —preguntó sonriendo.

—Creo que la envidia es muy mala —comentó riendo—. Piensan que estás tomando Viagra.

—¿En serio?

La sonrisa preciosa y divertida que Elizabeth mostró arrancó otra de él, nada preocupado por la opinión de sus hijos; eran libres y adultos. Por su parte, podían conjeturar, divagar e inventar, no tenía intención de moderarse ni tampoco iba a explicarles qué hacer con sus mujeres; demasiado tiempo había perdido sin la suya para andar regalando consejos a nadie.

Tras una noche muy larga donde el Inquisidor no se dio por satisfecho hasta bien entrada la madrugada, Claire se despertó con su aliento pegado al cuello y su mano cálida en la cintura. Dejó sigilosa la cama y se encerró en el baño para ducharse, pensando en hacer una visita a Sean en su casa. Entre el agua que colapsaba sus sentidos y la intriga por Barinov, que no dejaba en paz su cabeza, no oyó entrar a Gabriel.

—Hola, cariño —saludó antes de quitarse la parte de abajo del pijama —. ¿Quieres compañía?

—No sé para qué preguntas si lo tienes decidido.

Gabriel obvió replicar mostrando una sonrisa lobuna y una mirada descarada a sus senos. Fue meticuloso enjabonándola sin dejar ninguna parte de su cuerpo descuidada. Claire le acarició el pecho resbaladizo bajando las manos por unos genitales ansiosos y un pene todavía más impaciente por sentirse atrapado. En vista de la confianza que Gabriel advirtió en su mujer,

aun sabiendo que con ciertas posturas debía ser cauto, se animó para levantarla a pulso y arrinconarla contra los fríos azulejos de la pared.

—¿Estás bien?

—Sí —afirmó Claire sonriendo, lo besó en la boca enredando la lengua con la de él—. No te cortes.

—¿Segura?

Otra sonrisa más perversa, y el Inquisidor se disparó en picado hacia la lujuria. Cada día Claire progresaba. Tal y como le prometió en Londres enterró el pasado y no había vuelto a notarla insegura; al contrario, se desataba y lo hacía feliz siguiéndolo o tomando a veces la iniciativa. Esos encuentros eran un premio a la constancia, a la paciencia y al profundo amor que ambos se profesaban.

Dado por finalizado el sexo en la ducha, se vistieron con vaqueros y jerséis gruesos de lana y fueron a la solitaria cocina para preparar el desayuno. Tomando café sentados en la mesa, Claire comentó:

—Quiero ir a casa de Sean, tengo que hablar con él.

—¿De vuestra temilla?

—Sí. Ayer me dijo que la traductora ya le había dado las cartas.

—Te llevo, hace mucho frío. Si quieres, te recojo luego y comemos en el centro.

—Buenos días —saludó Cora entrando en la cocina. Vestía unos

leggings negros y una camiseta blanca de mangas largas que dejaba patente su barriga de casi cinco meses—. ¿Qué tal anoche?

—Se comportaron —respondió con sorna Gabriel al levantarse, sirvió una taza de café que colocó delante de ella y añadió—. Te sienta bien el embarazo.

—Gracias, Gabe. —Cora sonrió ligeramente, consciente de que buscaban un hijo que no llegaba, y desvió la vista hacia Claire—. ¿Qué planes tienes para hoy?

—Voy a casa de Sean. ¿Y tú?

—He quedado con mis padres.

—Dale recuerdos de mi parte —comentó Gabriel—. Estarán contentos, ¿no?

—Sí —respondió sin entrar en explicaciones—. Ya sabes cómo son.

Escucharon las voces de Jack y John y al momento irrumpieron en la cocina. Claire alternó los ojos entre ellos, eran dos gotas de agua y parecía que se pusieran de acuerdo porque era frecuente que vistieran de una forma similar. Esa mañana, los dos llevaban vaqueros y camisetas negras de mangas largas.

—Hola a todos —saludó Jack, cogió la cafetera y se llenó una taza, que John le quitó de las manos y bebió rápido. Sin inmutarse, Jack repitió la acción y se sentó al lado de Cora cuando John sacó una bandeja grande del

aparador, la colocó en la encimera y cuidadosamente alineó dos servicios. Jack dejó de observar esos preparativos, intuyendo dónde pensaba desayunar, y le preguntó a Cora—. ¿A qué hora volverás?

—Antes de comer —contestó de pasada, dejó una tostada con paté en el plato de Jack. A sabiendas de la respuesta, para provocarlo, preguntó—: ¿Quieres venir conmigo?

Jack dejó de masticar. Gabriel apretó los labios para no reír, no era el momento adecuado, y Claire entrecerró los ojos observándolos.

—Nena, ¿de verdad quieres que vaya? —preguntó con un tono de fastidio—. Tus padres son un coñazo.

—Mejor no hablemos de progenitores —comentó Gabriel atento al suyo, exprimiendo concentrado unas naranjas—. Cada uno tiene sus defectos y virtudes.

—Si hablas de mí, dilo claro. —John le lanzó una mirada soberbia. Pendiente a su cometido, llenó de zumo dos vasos y cogió dos tazas de café con sus platitos—. Y por cierto, para vuestra información, no necesito ningún tipo de ayuda.

—No te lo crees ni tú —replicó Jack.

—Pensad lo que queráis. —John puso en la bandeja una panera con varias tostadas, mantequilla, mermelada, la cafetera y una jarrita con leche tibia. Admiró durante unos segundos el resultado tan creativo, levantó la



bandeja y, antes de salir, agregó—. Me voy a la cama.

Salió campante e ignoró unas carcajadas mientras recorría cargado el pasillo. No se inmutó. En ese momento sus planes con Elizabeth eran infinitamente más interesantes.

Cuando cesaron las risas, las dos parejas mantuvieron una charla agradable. En ese rato no hubo incomodidad. Los cuatro tenían claro qué querían y a quién. El pasado había quedado atrás hacía meses y la voluntad por llevarse bien puso a cada uno en su sitio. Ni Gabriel, Jack ni Cora pensaban en otra cosa que no fuese el presente o el futuro, y para Claire no suponía ningún problema mantener una relación amistosa con Cora. Aparte de considerarla una amiga, llegó a comprenderla. También estaba convencida de que no se entrometería entre ella y Gabriel. Veía cómo brillaban sus ojos cuando miraba a Jack o cómo Jack la miraba a ella; irradiaban ilusión por la nueva etapa que vivían, por la dulce espera de su hijo y la boda que tenían prevista para junio. Podía parecer una situación idílica porque chocara esa buena sintonía entre ellos; pero para Claire era motivo de orgullo ver a su marido bromear con Cora y mantener intacto el cariño por Jack. Los tres demostraban talante e inteligencia, y eso definía qué clase de personas eran.

Aunque Sean vivía a tres calles de allí, por la capa espesa de nieve que cubría las aceras, los jardines y todos los árboles, Claire agradeció la buena

disposición de Gabriel en ahorrarle el azote de un frío polar donde salir quedaba solo para los valientes o quienes debían cumplir con obligaciones laborales.

En nada, Gabriel detuvo el BMW negro en la puerta de la casa. Sin ser tan grande como las que tenía cerca, llamaba la atención por la inclinación acusada de los tejados a diferentes niveles y la piedra oscura que rodeaba la parte baja de la fachada blanca, ayudando a distinguirla del paisaje. Tras un beso largo en la boca, se despidieron con pocas ganas.

Esperando bajo el porche a que abrieran la puerta, Claire no paró de moverse para no perder el calor que la calefacción del coche y el Inquisidor le dejaron.

—Hola —saludó Elaine con Ophie en brazos—. ¿Gabe no se queda?

La niña no lo pensó y se lanzó contra Claire.

—No —respondió contenta con Ophie encima—, creo que prefiere ir con Jack al bar del club. Vendrá después.

Claire dejó a Ophie en el suelo y se quitó en el vestíbulo el abrigo, la bufanda y el gorro rojo de cosaco. Entró en el caldeado salón, con el suelo de madera clara, una zona con los techos a doble altura y una escalera en el fondo para subir a la planta alta, donde Sean la esperaba apoyado en la barandilla traslúcida. Con un gesto impaciente, el abogado la incitó a subir propiciando también una breve negociación entre sus chicas. Ophie, reacia a

dejar sola a su tía cuando acababa de llegar, cedió lloriqueando, pendiente a Claire en la escalera y resistiéndose al agarre de su madre que la arrastraba hacia la cocina.

Arriba había una zona de estar llena de alfombras, dos sofás grandes tapizados con una tela de cuadros coloridos y una pantalla de cine, recogida en ese momento. La perspectiva de la planta baja desde ese ángulo era bonita, y muy luminosa gracias a los ventanales alargados que llegaban a la cubierta. A Claire le gustó ese estilo acogedor a semejanza del carácter de sus propietarios. Admiró sonriente el cuerpo robusto pero delgado de Sean. Descalzo y fiel a sí mismo, vestía unas bermudas camel y una camiseta blanca.

—Hola, Claire —saludó besándola en las mejillas. Recogió de prisa los papeles que había esparcidos en una mesita de madera delante de los sofás y se repantingó cómodo con las piernas abiertas—. ¿Quieres tomar algo?

—No, acabo de desayunar —respondió con una sonrisa al sentarse a su lado, preguntó impaciente—. ¿Confirman las cartas quién es Barinov?

—Tu abuelo —dijo Sean serio, inclinó el cuerpo hacia delante y buscó un folio con anotaciones y muchas líneas subrayadas con rotulador fosforescente amarillo.

Mientras leía, Claire no apartaba los ojos de él. No estaba sorprendida, más bien aliviada y triste. También expectante por conocer más, por saber y

entender.

—¿Qué has descubierto?

Sean volvió a concentrarse en ella.

—No lo dice abiertamente, pero en las cartas que Alexei le envió a su hermana entre el 53 y el 54 le cuenta que Margaret quiere ir a Terranova para buscar a su hijo porque está muy arrepentida por haberlo dado en adopción. Tu padre era un bebé. Alexei se preocupa, aunque Iris en ningún momento le da credibilidad y trata de calmarlo.

—Margaret nunca lo hizo ¿no?

—Parece que no. Pero solo hay cuatro cartas y sabes que Alexei corta la comunicación con Charles en cuanto muere Iris. Por lo que he podido averiguar, Alexei y su hermana dejaron Rusia en 1944, llegaron a Inglaterra y ella empezó a trabajar para los Clainston como criada. Alexei era carpintero, aunque no he podido confirmar si trabajó en Inglaterra como tal. Sí que se enroló como marinero —comentó. Claire escuchaba atentamente, recordando las palabras de Daniel Larson cuando les dijo que quien realizara las tallas de su casa debió ser un artista—. Llegó a Terranova por primera vez con diecinueve años. Iris era una adolescente, supongo que por eso ella se quedó en Europa con los Clainston, Margaret por entonces tenía nueve años.

—En el 45 se terminó de construir mi casa —dijo Claire pensativa—. Quizá Alexei le pidió trabajo a mi abuelo.

—Es difícil confirmarlo, y en los documentos que he visto de la factoría no aparece como empleado.

—No hablo de la factoría, Sean. Creo que pudo ser el carpintero que hizo los ventanales, las estanterías, los muebles de los dormitorios o los pasamanos de la escalera. Es demasiada coincidencia.

—Mira esto. —Sean le tendió un documento—. Es la lista de la tripulación del *Black Star*, un mercante que en aquellos años solía transportar víveres desde Liverpool hasta Terranova. Según esto, Alexei volvió a Inglaterra en 1946. Es probable que regresara a por su hermana si creyó que en Terranova tendrían un futuro más fácil. Ya no hay más constancia de otros viajes.

—Mi padre nació en marzo de 1953. ¿Qué edad tenía Margaret Clainston?

—Diecisiete, se quedó embarazada a los dieciséis. Alexei le llevaba diez años. Aunque antes se casaban muy jóvenes, no estaría bien visto que una chica de familia acomodada lo hiciera con un emigrante ruso. Parece que los padres la obligaron a deshacerse del niño. Alexei no lo dice abiertamente, pero, según la traductora, es la intención de sus palabras. Hay mucho rencor cuando le habla a Iris de la familia Clainston. Falta una carta por traducir, pero no creo que nos resuelva mucho.

—Alexei volvió a Inglaterra cuando ya había terminado la II Guerra

Mundial, la conocería por su hermana, pero no sabemos que hizo durante seis o siete años. Quizá prosperó, debía tener dinero.

—Ni idea, Claire, tendremos que seguir investigando. Margaret se casó con Sigmund Sabo a finales del 54, el año en que perdemos la pista de Alexei y muere tu abuela. No hago más que darle vueltas sin entender por qué Alexei a partir de ahí no sigue en contacto con tu abuelo, ni por qué Margaret no intentó nada si como le cuenta Alexei a Iris estaba arrepentida y quería recuperar a su hijo.

—Es un poco extraño, la verdad.

—A lo mejor se casó con Sabo obligada por su familia y no le dijo que había tenido un hijo.

—Tengo la reunión con Marion Sabo dentro de unos días, hablaré con ella. ¿No te parece demasiada coincidencia que la haya conocido?

—Sí y no. —Sean suspiró negando con la cabeza—. Ahora estás dentro de su círculo, es una casualidad o no. Me dijiste que te la presentó uno de tus profesores, pero no sabes mucho más y quizá ella sí sepa algo de ti.

—No me dio esa impresión cuando nos conocimos. Jack me ha hablado muy bien de ella y de su marido. Murió no hace mucho.

—Sí, al parecer fue él quien empezó con el arte. Sácale el tema cuando la veas.

—Lo haré.

La última noche del año, los Drake al completo cenaron en la casa de Sean. Estuvieron acompañados por los padres de Elaine, Douglas y Janet, tan sociables y divertidos como ella. Para Elizabeth, ver a John bromear con Douglas sosteniendo a Ophie en los brazos fue otro de esos instantes inolvidables tras muchas navidades pensando siempre dónde estaría y echándolo de menos. Por disfrutar del maravilloso presente que tenía con toda su familia unida, se obligó a dejar de lado la nostalgia. Incluso intentó olvidar la llamada de Lilian de esa misma mañana, que John se negó a atender cortando de raíz. Ninguno comentó nada, pero sobrevoló un inquietante malestar en su cabeza al advertir el nerviosismo de John, camuflado bajo un cabreo considerable hasta que aparecieron sus hijos y volvieron a relajarse.

Después de cenar, mientras los abuelos jugaban con Ophie sentados en el salón, Sean sirvió unas copas de champán y puso música para animar la fiesta, ya de por sí bastante alegre por las bromas y voces subidas de tono. Sean cogió de la mano a Claire y la sacó a bailar sabiendo que era la única capaz de seguirle el ritmo. Envalentonados y algo ebrios no se reprimieron con nuevos pasos que arrancaban sonrisas y carcajadas, arriesgando sin medir el espacio ni tener en cuenta sus propias limitaciones físicas.

—Menuda pareja, Gabe —comentó Cora con los ojos desorbitados—.

Qué bien disimula tu mujer.

—Es cuestión de saber incitarla —dijo Gabriel riendo.

—¿Quieres bailar? —preguntó Jack—. Podemos enseñarles algo antes de que se maten.

—Mejor no, cariño —dijo Cora, acariciándole la pierna. Se oyó una risotada de John, y preguntó—. ¿Os han dicho algo de la llamada de Lilian?

—He hablado con él —respondió Gabriel, negó ligeramente—. Quería felicitarle el nuevo año.

—No se lo cree ni ella —comentó Jack con un gesto despectivo en la boca—. Yo tengo dos llamadas perdidas tuyas y así se van a quedar.

—No me lo habías dicho. —Cora apretó la frente—. ¿Suele llamarte?

—No —respondió veloz—. Supongo que al no haber podido hablar con él, por eso lo ha intentado conmigo.

—No le des cancha —comentó Gabriel serio—, como pueda te mete en un lío.

—Gabe, lleva intentando que me la tire desde que cumplí veinte años.

Al escucharlo, Cora y Elaine giraron las cabezas para mirarlo.

—Supongo que no lo harías.

—Por favor, nena... —Jack entornó los ojos—. Siempre he destacado por mi buen gusto, no alucines.

—Mejor vamos a olvidarnos del tema —dijo Gabriel sonriendo—.



Los tres la hemos sufrido, pero realmente el daño se lo hizo a mamá. Espero por su bien que sepa mantenerse al margen de nosotros, porque no voy a consentir que vuelva a inmiscuirse entre ellos. —Gabriel apuró la copa y se levantó—. Voy a rescatar a mi mujer antes de que Travolta la lesione.

—Sí, será lo mejor —añadió Elaine—. Está imparabile.

Gabriel cambió la música y sujetó a Claire por la cintura moviéndola despacio, igual que Elaine arrastró a Sean para acapararlo. El baile se convirtió en un alarde de romanticismo al que todos se unieron. Luego, celebraron la entrada del año con más champán, besos, abrazos y los mismos deseos compartidos, primando uno sobre los demás: seguir siendo felices.

## **DIEZ**

*Nueva York, 3-1-13*  
*Estados Unidos*

El viento gélido de esa mañana en Nueva York batía constante las ramas de los árboles alineados en la acera y ahuyentó de golpe los nervios de Claire, preocupada por el silbido que se le clavó en la cabeza mientras se encajaba el sombrero rojo camino del piso de Marion, situado a varias calles del ático. Tenía intención de andar, pero alzó la mano y paró un taxi. En cuanto le dio la dirección al conductor, pensó en la selección de fotografías que llevaba y, por no influenciarla, al menos de momento, decidió no hablarle de su padre a no ser que saliera el tema de forma natural.

En pocos minutos entró en el vestíbulo de un edificio elegante con dos porteros uniformados, se identificó y esperó con una expresión tímida que la señora Sabo autorizase la visita. Uno de ellos la acompañó a la tercera planta. Al salir del ascensor, le indicó la puerta y, de inmediato, otro hombre, vestido con un traje oscuro, la invitó a entrar ayudándola a desprenderse de la ropa de abrigo.

Marion apareció vestida con un pantalón oscuro y una camisa blanca, coincidiendo con Claire, incluso tenían una altura parecida. Con una sonrisa amable se acercó y le dio dos besos.

—Hola, Claire. Me alegro mucho de verte.

—Lo mismo digo ¿cómo estás?

—Impaciente por comentar contigo las fotos y hacerte algunas sugerencias.

—Estoy abierta a cualquier opinión. Si es la tuya, es una garantía para mí.

—Gracias, eres un encanto.

Marion observó la manera de entornar los ojos de Claire y durante un instante no la vio a ella. Parpadeó varias veces, era la segunda vez que le ocurría lo mismo y no encontraba explicación.

Les sirvieron café en una amplia terraza acristalada, casi un invernadero tropical. Marion abrió un portátil, se colocó unas gafas con una elegante montura roja y buscó las imágenes que Claire le envió. Se detuvo en una de Jack sentado en una cama grande con sábanas revueltas, desnudo pero tapándose la entrepierna con una almohada blanca. Tenía el pelo alborotado y una sonrisa que divertía y mostraba dos filas de dientes blanquísimos. Solo Claire sabía que la destinataria de esa alegría fue Cora, quien no salió en el encuadre; en cambio, con sus bromas consiguió que Jack se relajara e hiciera natural algo absurdo para él.

—No sabía que Jack Drake posaba —dijo Marion—. Cuando fui a tu exposición me impactó. Sus fotos son las que más me gustan.

—Tiene éxito con las mujeres —admitió Claire sonriendo—. Posa por hacerme el favor.

—Mi marido lo apreciaba mucho.

—Me lo ha comentado. Guarda muy buen recuerdo de él.

—Gracias, Claire —dijo, dándole unas palmadas cariñosas en la mano—. Volviendo a Jack, tienes más fotos de él solo. Creo que tienen más posibilidades.

—No muchas. Pero puedo intentar que en estos días hagamos algunas más. ¿Solo te interesan los hombres?

—No. —Marion rió—. Me interesa todo en general y nada en particular. Depende del día, mi ánimo, y demasiados puntos subjetivos. Me gusta la selección que has hecho. Tengo varios compradores interesados, y si ampliamos la oferta podemos hacerlo aún más interesante. A fin de cuentas, esto es un negocio.

—Lo sé. Hasta ahora las fotos que te he enseñado pertenecen a un proyecto personal de la escuela. Estoy haciendo dos series con mi familia. Me gustaría, si lo ves bien, aportar otro estilo. No quiero centrarme en personas —admitió gesticulando suavemente con la cara y los hombros—. Estoy buscando sentirme cómoda y quisiera probar cosas diferentes.

—La exposición tengo que cerrarla a finales de mes, está prevista para el quince de febrero. ¿Te dará tiempo?

—Creo que sí.

Se tomaron el café hablando de proyectos futuros de la galería, de las tendencias actuales y de temas comunes, que a las dos sorprendió por la fluidez continua y la afinidad que sentían al reconocerse en palabras de admiración.

Claire fijó la vista en la mesa esquinera donde había una lámpara de porcelana y varios marcos con fotos. Uno en especial captó su atención, lanzándola a otra conversación más peliaguda.

—Marion, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —afirmó con una sonrisa amable.

—¿Crees en las coincidencias?

—No sabría decirte. —Marion dejó suavemente la taza de café en el plato—. ¿Qué tipo de coincidencias?

—Como sabes, vivo en Terranova y he empezado con la fotografía hace apenas cinco meses. —Claire dudó unos segundos—. Mis padres han muerto.

—Lo siento, no lo sabía —interrumpió Marion apurada.

—Gracias, no te preocupes. Mi padre se llamaba Christopher Merritt, murió en el 2001 en un accidente de helicóptero. Supongo que no te dirá nada.

—¿Debería?

—No —dijo rápido—. Te contaré lo que sé. —Advirtiendo la confusión de Marion, añadió—: No estoy loca, en cuanto me escuches, lo entenderás.

—Adelante, estás consiguiendo intrigarme.

—Mi casa se llama Boreal Róis, la construyó mi abuelo, Charles Merritt, en el 45. Hace poco hemos hecho algunas reformas y en la biblioteca apareció escondida una carpeta con unos documentos de mi abuelo. Son cartas y unos certificados de adopción. A mi padre lo adoptaron en Inglaterra —comentó seria. Marion parecía interesada—. Su madre biológica se llamaba Margaret Clainston. ¿Te suena?

El rostro de Marion palideció.

—No puede ser... —dijo Marion sin apartar los ojos de los de Claire, pensando en Richard, que nunca supo nada de ningún hermano—. Debe ser un error.

—Parece raro, pero tengo algunos documentos que confirman la veracidad de todo y también las cartas del padre biológico de mi padre a mis abuelos. En ellas habla de Maggie, del embarazo y de la adopción que le impusieron sus padres —añadió con un suspiro más profundo—. Margaret tenía diecisiete años, no la dejaron casarse ni quedarse con el hijo de Alexei.

—Repite el nombre, por favor —musitó Marion.

—Alexei, Alexei Barinov. Mantuvo una aventura con Margaret; es mi

abuelo.

—Liosha —susurró.

—¿Liosha?

—Mi suegra lo llamaba así. Siempre creí que se lo inventaba.

Marion se emocionó, bajó la cabeza y durante unos segundos lloró en silencio.

—No quería entristecerte. He creído necesario decírtelo porque, como te he dicho, no tengo familia natural y me propuse conocer a la rama inglesa de mi padre. No tenía ni idea de que iba a ser tan rápido.

—Discúlpame, soy una sentimental —afirmó, limpiándose las lágrimas—. Mi suegra murió en el 2010, tenía setenta y cuatro años. La vi marchitarse desde que la conocí. Siempre supe que no era feliz, pero cuando hablaba de Liosha, el ruso que le robó el corazón, tanto Richard como yo creíamos que eran desvaríos de la edad. Sus últimos años los pasó en una residencia de Staten Island. Cuando Richard recogió sus objetos personales de la casa de Essex, encontró una foto de dos hombres con un niño pequeño. La foto tenía una breve dedicatoria firmada por Alexei Barinov. Margaret nos contó que eran Liosha y unos amigos de él. Ni Richard ni yo le dimos importancia.

—Yo me he enterado de todo de sopetón, y es bastante frustrante. Solo sé que mi abuelo Charles se casó por conveniencia con Irina Barinov,

hermana de Alexei, y que adoptaron a mi padre el mismo día que nació; lo tenían acordado con Margaret y Alexei.

—Imagino que tu abuelo Charles y Alexei se conocerían de algo.

—Mi abuelo tenía una factoría de bacalao, fue la más importante de San Juan —explicó con un deje orgulloso—. Creemos que Alexei llegó a Terranova como marinero en 1945, pero, al ser carpintero, mi abuelo lo contrató para realizar las tallas de la casa que acababa de construirse y, de alguna manera, entablaron amistad. Mi abuelo quería tener una familia y allí no sobraban las mujeres. Si incluso ahora es un lugar apartado, en aquella época sería un sitio inhóspito. Supongo que Alexei pensó que casando a Irina con mi abuelo le aseguraba una vida cómoda a su hijo dejándolo en manos de su tía biológica.

—Escogió lo menos malo —comentó Marion, sonrió breve y bajó la vista—. No debió ser fácil.

—No puedo saber qué habría sido de mi padre si Alexei y Margaret hubiesen tomado otra decisión, pero te puedo garantizar que mi abuelo Charles le dedicó su vida y lo quiso mucho. Tuvo la mala suerte de que Irina murió al año de llegar a Terranova —comentó Claire con los ojos brillantes de húmeda tristeza—. No rehízo su vida con otra mujer, lo crió él solo.

Ahí Claire cogió el relevo de las lágrimas.

—No lo pongo en duda. Me entristece no haber conocido a tu padre.



—Marion desvió la mirada hacia la fotografía—. A Richard le habría hecho muy feliz tener un hermano.

—Y a él también, estoy segura.

—Tienes los mismos ojos que Richard —dijo sonriendo, le cogió la mano y prosiguió—. El primer día que te vi tuve una sensación extraña, igual que hace un momento. Voy a responder ahora a tu pregunta: sí creo en las coincidencias.

—He dudado mucho si comentártelo o no —reconoció Claire.

—¿Por qué?

—No quería que afectara a nuestra relación profesional.

—Claire Barinov, si siendo Merritt, sin conocerte, ya me habías cautivado, como única sobrina de mi marido, me voy a autoerigir en tu más ferviente admiradora, consejera y, si me lo permites, me gustaría ser también tu tía.

—Será un placer. —Sonriente, añadió—: No vivimos cerca, pero me alegra saberlo. Suena bien Claire Barinov.

—Mucho. Cámbiatelo, estás a tiempo.

—No —dijo negando despacio con la cabeza—. Tendría que dar una explicación muy larga a mi marido.

—¿Por qué no firmas como Claire Drake?

—Por mantener el Merritt, no quiero perderlo.

Marion asintió, pensando en un hombre imaginario hasta hace unos minutos.

—¿Alexei está muerto?

—No lo sé. Su pista se pierde en diciembre del 54. Mi abuela murió y la comunicación entre mi abuelo y él termina.

—No recuerdo exactamente en qué año se casaron mis suegros, pero Richard nació en octubre de 1955. Tuvieron que casarse en enero o febrero...

—Hizo un pausa—. A no ser que estuviera embarazada, claro.

—Vete a saber. Aunque es muy raro que Alexei no siguiera en contacto con mi abuelo. No logro entender qué pudo pasar.

—Por las molestias que se tomó para que su hijo estuviera bien, sí, es bastante raro.

—¿Margaret no tenía hermanos?

—Sí. Eran tres; dos varones y ella. Le llevaban varios años. Murieron en la guerra. Al quedarse sola, sus padres la sobreprotegieron. Apenas los traté porque cuando Richard y yo nos casamos dejamos Londres para instalarnos aquí. Eran unos ancianos encantadores, aunque me imagino que tendrían también sus defectos. El abuelo de Richard era un hombre con unas convicciones morales bastante rígidas, demasiado chapado a la antigua, para él sería un escándalo que un marinero ruso preñara a su niñita. Hay que tener en cuenta que en esa época los chismorreos habrían hecho una mella muy

humillante en su familia. Hoy por hoy nadie se sorprendería, pero hace sesenta años... —Marion percibió el brillo del rencor en unos verdes conocidos y explicó—. No estoy justificándolo, Claire. Jamás habría sido capaz de dar en adopción un hijo por mucho que me hubiesen amenazado — habló con la determinación de una infertilidad que todavía lograba entristecerla—, pero no soy mi suegra y cada persona es un mundo complejo.

—Tengo claro que fue para salvar las apariencias.

—La mujer que conocí arrastraba una pena, Claire; aunque pensaba que era por la mala relación que tenía con mi suegro. Eran dos polos opuestos, no sé qué les llevó a casarse.

—¿No se divorciaron?

—No. Hacían vidas separadas, pero nunca acabaron con el matrimonio.

—¿Conociste la casa de sus padres? He pensando que quizá Alexei pudo hacerles algún trabajo.

—Tenían tres. Cuando murieron sus padres, Margaret vendió la de Liverpool, pero conservó la de Essex, es una casa de campo, y un piso en Londres donde vivió con mi suegro y Richard hasta que nos casamos. Luego, ella se fue sola a Essex, esa casa era su santuario, y mi suegro se quedó en Londres. Las dos llevan cerradas mucho tiempo. Hace siglos que no voy, desde que Richard las cerró no se ha tocado nada, a lo mejor hay cartas, más

fotos o cualquier cosa interesante.

—Ojalá —dijo Claire pensativa—: Qué lástima que tus suegros vivieran amargados.

—Bueno... Tuvieron lo que quisieron. Afortunadamente, Richard y yo fuimos muy felices.

—Mis padres también.

Marion sonrió, percibiendo el cambio de humor en Claire al recordar a sus padres.

—¿Desde cuándo estás casada?

—Desde hace dos meses.

—Tu marido es otro a tener en cuenta —comentó bromista.

—Te voy a enseñar la primera foto que expuse. —Claire empezó a buscar en el móvil—. No sé si Ryan llegó a enviártela.

—¿Es el de la ducha?

—El mismo —respondió risueña—. Compró la foto y la tenemos colocada en casa.

—Así cualquiera vende...

—Es muy pudoroso en público.

—Abusa del filón de tus modelos. No serías la única en tener un fetiche, los Drake podrían ser el tuyo. Algo parecido a Dalí con Gala o a Picasso con sus mujeres.

—No sé yo... A Jack lo engatuso con cierta facilidad, pero a Gabriel lo tengo que pillar despistado; y no se fía mucho de mí. La foto la compró para que nadie le viera el culo, aunque no se le veía la cara.

Compartieron unas risas divertidas.

—Sería interesante una serie de él dormido. —Marion habló totalmente convencida. Con esa facilidad para captar el movimiento, sin él, cualquier sutileza en el cuerpo podría convertirse en su sello artístico—. Piénsalo.

En cuanto salió Claire del piso, cogió un taxi y regresó al ático de su suegra, reflexionando sobre sus abuelos biológicos. A pesar de que la conversación despejó algunas incógnitas, atrajo más preguntas que enmarañaban una historia familiar donde personas con vidas opuestas se cruzaron, se unieron y se separaron. Deseó con fuerza que Alexei siguiera vivo, incluso siendo consciente de que era probable lo contrario. Necesitaba encontrarlo, ya era casi una desesperación. Ese hombre había movido el cielo y el infierno para asegurar el futuro de su hijo, por ende también el de ella; merecía su agradecimiento y, por qué no, la posibilidad de conocerlo como abuelo.

En menos de diez minutos entró en el ático. Se quitaba el abrigo cuando se abrió la puerta de la cocina y salió Gabriel relajado tomándose una

copa de vino. Vestía unos vaqueros y una camiseta blanca, sin zapatos.

—Hola, cariño —dijo Claire, acercándose.

—Quieta. —Con una sonrisa de oreja a oreja, dejó la copa en un mueble decapado blanco antiguo y le colocó una mano en la cadera inclinando el cuerpo hacia delante—. El día que nos conocimos llevabas este gorro —murmuró Gabriel.

—Me lo pongo mucho, me gusta y es calentito.

—Te sienta muy bien.

Acarició sus mejillas y se lo quitó apreciando la suavidad del pelo rojo. Se besaron a gusto y sosegados hasta que Claire suspiró ligeramente y la ternura pasó al deseo entusiasta, en aumento cuanto más se conocían y cuanto más se amaban.

—Tenemos que parar, cariño —dijo Claire, separándose un poco—. No estamos solos.

—Sí estamos, Amelia ha salido. Llevamos muchas horas sin vernos.

—Con otro beso, Gabriel intentó convencerla. Estaba feliz por la sorpresa que fraguaba, con la reserva ya hecha en un hotel de Barcelona, y quería la ración del bocado más exquisito para sus labios—. Te echo de menos.

—¿Vamos al dormitorio?

Gabriel sonrió, sucumbiendo en el acto. «¿Para qué preguntaba?», pensó. A veces la inocencia de Claire seguía sorprendiéndolo. La agarró con

seguridad por las nalgas, se frotó contra ella y empujó las caderas varias veces mientras iniciaba otro ataque despiadado con la lengua para dejarlos sin aliento.

—Vamos —jadeó Gabriel, tirándole de la mano.

En el dormitorio la luz amarilla del sol entraba a raudales como espadas cortando el aire. Aquel reluciente fulgor no calentaba ni podía obviarse. Cegó a Gabriel unos segundos, aunque no sopesó entretenerse. Con Claire acorralada entre la pared y su cuerpo, atento a su reacción, le desabrochó los botones de la camisa.

—Quiero hacerlo aquí —dijo Claire.

Las manos hábiles de él se detuvieron y sus ojos la traspasaron con una ráfaga de excitante incredulidad.

—¿Estás segura?

—Sí —afirmó, subiéndole la camiseta para recorrer su abdomen. Besó el pecho suave ensortijado de vello oscuro, con una delicadeza opuesta al movimiento rápido del corazón que latía en sus labios. Creyó percibir sus dudas, y susurró—. Vamos, cariño.

—Si noto lo más mínimo, paro.

Con los ojos clavados en él, Claire sonreía bajándole el pantalón. Acarició su pene cuando estuvo desnudo, sin recordar que tenía a un hombre imponiéndole su tamaño, con una predisposición más que evidente y una

fuerza infinitamente superior a la de ella. No temió nada, con él nunca iba a sucederle nada malo, y podía intentar una postura impensable un año antes. Dejó que la arrollará con su ímpetu. Era él; solo y exclusivamente él. Necesitaba probarse a sí misma para seguir descubriendo maneras de amarse. Si había superado lo peor, tenía que ser capaz de entregarse totalmente al hombre que se convirtió en el sol; el paciente caballero capaz de morir antes que presionarla; el maravilloso centro de su universo y el artífice de revivirla. Pegada a aquella dura pared se movió alocada en otro viaje fascinante, sin nadie más que ellos en un acople mucho más intenso de lo imaginado a una velocidad endemoniada.

Una vez comprobaron que el sexo de pie era tan bueno como otro, Claire fue al baño y Gabriel recogió el amasijo de ropa.

—¿Quieres que comamos fuera? —preguntó Gabriel, asomado en la puerta.

Claire acababa de meterse en la ducha.

—¿Por qué no llamas a Jack? Me urge hablar con él.

—¿Quedamos con ellos?

—Pregúntale si pueden. Realmente solo lo necesito a él.

—¿Para qué?

Intrigado, Gabriel entró cerrando la puerta. Se apoyó en la encimera del lavabo con los brazos cruzados, recorriendo de arriba abajo el cuerpo



esbelto de Claire, que se enjabonaba el cabello sin darse cuenta de su presencia.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando abrió los ojos.

—¿Puedo saber qué te traes ahora entre manos con Jack? Con Sean lo entiendo, ¿pero con él?

—Voy a convertirlo en mi fetiche.

—¿Tu qué?

—Como tú no quieres, alguien tendrá que serlo.

—No me lo has pedido.

—¿Ah, no? —dijo, cogiendo una toalla. Claire se la enrolló en el cuerpo, se situó frente al espejo y se peinó observándolo. Estaba desnudo por completo, con su postura arrogante: ojos entornados, mentón elevado y una media sonrisa cargada de ironía. Apresurando ideas, caviló posibles maneras que le permitiesen fotografiarlo sin que posara. El desnudo nocturno lo tenía asegurado, pero el problema era la luz. Solo se le ocurrió intentarlo de madrugada, aprovechando su transformación en marmota—. Creía habértelo dicho...

—Pues no. Tú simplemente me has hecho fotos sin que lo supiera. A Jack en cambio siempre se lo pides.

—Si te lo pidiera ¿aceptarías?

—Depende. ¿Cuánto voy a ganar?

—¿Ves? Con Jack no tengo esos problemas, es un señor y nunca habla de dinero. Tú eres un inquisidor que solo quiere ganar a toda costa.

Detrás de ella, Gabriel le colocó las manos en las caderas, subió la toalla despacio y bajó la vista hacia sus nalgas. Sin encubrir el deseo que le concentraba la sangre en el pene para elevarlo, se pasó la lengua por los labios y volvió a mirar sus ojos en el espejo.

—¿Desde cuándo soy un inquisidor? —susurró, inclinando la cabeza hacia abajo.

—Desde siempre. —Claire ronroneó al sentir sus cálidos labios en el cuello—. Eres un inquisidor insaciable. —Con un movimiento casi imperceptible, Gabriel le coló entre las piernas su rígido miembro tan juguetón como dominante mientras sus grandes manos le amasaban posesivas los pechos después de que la toalla cayera a sus pies. Era un inquisidor perverso, lo reconociera o no, sabía excitarla hasta que dejaba de importarle todo, conocía sus secretos, los recovecos más íntimos de su cuerpo y el efecto que su tacto le causaba—. Sigue.

—¿Quién es ahora tu fetiche? —murmuró, dándole la vuelta.

—Tú.

A Gabriel solo le llegó una pequeña bocanada del aliento de ella. La aupó por la cintura, sentándola en la fría encimera de mármol del lavabo y le separó los muslos. Se situó dentro, guiando su erección con la mano, ávido de

más ardiente humedad y más presión de las uñas que sentía clavadas en los hombros. Con jadeos como ligeros gruñidos, la invadió sin otra cosa en la cabeza que morir en aquel placer, se detuvo un instante y apoyó la frente en la suya.

—Con rozarte ya tengo ganas de correrme.

La voz grave y la respiración caliente vagando por la piel femenina lograron un gemido largo, suficiente para espolear al salvaje que ocultaba y solo ella tenía el gusto de conocer. Empujó más rápido hasta que necesitó afianzarla y le colocó las manos bajo las nalgas para atraerla y arrastrarla a otro clímax delirante. Sus cuerpos, totalmente en tensión, se prepararon para recibir otra ola de violenta locura, de esa que mojaba la desesperación para ahuyentar miedos con serenidad o, quizá, con ese hijo tan buscado. Lo que fuera, esos gloriosos embates siempre eran beneficiosos.

Salieron del ático a las tres para comer en uno de los numerosos restaurantes de la Avenida Ámsterdam. Entraron en un griego medio vacío porque les llamó la atención la música alegre que escucharon desde la calle.

Una vez les sirvieron los platos y el vino recomendados por un camarero encantador, Gabriel quiso saciar su curiosidad:

—¿Cómo te ha ido con Marion?

—Muy bien. Me ha dicho que la exposición será el quince de febrero,

de ahí la prisa por hacerlos las fotos.

—¿Habéis hablado de tu padre?

—Sí. En un principio se ha quedado bloqueada, no sabía nada, pero en cuanto he mencionado a Alexei me ha contado que su suegra lo llamaba Liosha y que jamás lo olvidó. Tanto ella como su marido creían que eran desvaríos por la edad. Margaret no fue feliz con Sigmund Sabo, aunque no se divorciaron.

—Menuda familia más rara.

—Sí, aunque más que raros, me parece que estaban obsesionados con las apariencias —comentó antes de llevarse una porción de apetitosa *mousaka* a la boca, cuando se la tragó, siguió hablando—. Marion conserva dos propiedades de los Clainston, una casa en Essex y un piso en Londres. Cree que en Essex puede haber cartas o información de la relación que mantuvieron Alexei y Margaret. Parece que para su suegra esa casa era especial.

Gabriel notó que Claire evitaba referirse a Margaret como “abuela”, pero no quiso mencionárselo.

—Sería interesante saber qué le ocurrió para que cambiara de planes. Si Marion dice que nunca fue feliz con Sabo, es casi seguro que la obligaron a casarse con él.

—No lo sé —dijo sacudiendo la cabeza, bebió un sorbo de vino y

agregó—. Cualquier cosa que Margaret decidiera después de dar en adopción a mi padre estuvo al margen de la opinión de sus padres. Dudo que ellos se arrepintieran. Marion conoció a unos viejos. —Claire sonó despectiva—. Según ella, encantadores, aunque pienso que tuvieron mucha mala leche. Es muy probable que le impusieran la boda con Sabo y que se opusieran si supieron que quería recuperar a su hijo, está claro cómo les sentaría.

—Piensa que ha sido una suerte encontrar a Marion, puede arrojar algo de luz.

—La verdad es que sí. He visto fotos de Richard y tenía los mismos ojos que mi padre. Marion dice que se quedó impactada desde que me conoció.

—Al final vamos a tener que agradecerérselo al capullo de Gallagher.

—No hables así, cariño. Es un buen profesor y está ayudándome bastante.

—Mientras se mantenga en su sitio, no tengo ningún problema con él. Pero te advierto que como vuelva a verlo más cerca de la cuenta, no respondo.

—Casi no lo he visto desde la exposición en la galería Obscura. Incluso juraría que desde entonces me rehúye.

Gabriel inclinó la cabeza y mostró una sonrisa.

—Hace bien, sabe qué le conviene.

—¿Has tenido algo que ver?

—No —respondió con otra sonrisa, esta vez, soberbia—. No me interesan los capullos.

—¿No sabes mencionarlo con otra palabra? —preguntó irónica.

—¿Por qué? Es la que mejor lo define.

—No seas así, si no llega a ser por él, no habría conocido a Marion.

—Eso permíteme que lo dude —comentó convencido—. Eres muy buena, y tarde o temprano os hubieseis conocido.

—Gracias, cariño. Y ya que estamos, déjame explotarte un poco. Marion cree que tienes mucho potencial.

—¿Otra que me ha visto el culo?

—Tengo que enseñarlo —comentó indiferente—. Es mi mejor carta de presentación.

—Intenta enfocar hacia otra parte menos llamativa, por favor. No me apetece tener mi cuerpo colgado por partes en toda la casa.

—Pues, ya sabes, deja que otros las compren.

—Sigue soñando.

Gabriel no podía evitar sentir pudor al verse expuesto, pero por verla feliz hacía cualquier cosa. Como en ese instante, cuando rió divertida y contagiaba de alegría el tiempo que pasaban juntos. Notaba la profundidad de su amor y sobre todo, admiraba la entereza con la que estaba encarando el

futuro y la profesión que tanto le apasionaba. Esa entrega era capaz de transmitirla en unas imágenes capaces de revolver sentimientos y cautivar con un inmenso placer, nadie quedaba indiferente a unas sombras donde la luz resplandecía.

Más tarde, Claire tuvo en la terraza del ático a su libre disposición otra vez el cuerpo de Gabriel. Se comportó como un modelo solícito, acató sus (a veces) imprecisas órdenes, hasta que se hartó de tanta posturita en un rincón, en cuclillas y con la piel de gallina.

—¿Falta mucho? —preguntó tiritando.

—Todavía no ha anochecido.

—¿Y qué? Habrás hecho por lo menos quinientas fotos.

—No he empezado —respondió tranquila, alzando la vista de la cámara.

Gabriel se levantó de golpe.

—¿Cómo? ¿Y qué estás haciendo?

Se acercó a ella indignado, cogió de un tirón el pantalón del chándal que tenía en una silla y se lo puso raudo, igual que una sudadera negra.

—Todo lleva su tiempo. Tengo que ajustar la luz.

—Pues mientras lo hacías haber puesto una maceta, me estaba helando.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—¿Por qué? —preguntó arrugando la cara entera, la miró, bien abrigada desde los pies hasta la cabeza, cubierta por un gorro de lana de él, y, bufando, movió despacio el cuello, en un gesto claramente negativo—. Estamos en enero, como bien has notado —comentó de mal humor, entró en el salón y, alzando el tono para que lo escuchara sin dar lugar a equívocos, apostilló—. Le cedo el puesto a Jack, renuncio; nunca he sido fetichista.

Durante la tarde del día siguiente, Claire preparó el salón y el dormitorio para la nueva sesión de Jack. Encendió las dos chimeneas, recogió los marcos de fotos, jarrones, mandos, y lo apiló en un rincón donde tenía ordenado con precisión su material: tres objetivos, varias gamuzas, una cámara y un kit de limpieza. Seguidamente, montó tres trípodes telescópicos y sacó de una bolsa azul marino deportiva un *softbox* rectangular mediano para distribuir la luz, un paraguas pequeño plata y un flash Nikon que había comprado en Quebec en Navidad. Unos minutos después de colocar cada uno sobre un trípode, sacó el cuaderno, repasó los esquemas y ajustó el disparador con el receptor inalámbrico.

—Conmigo no te preparas tanto —dijo Gabriel.

Se apoyó en la mesa, cruzó las piernas y bebió de una botella de cerveza, recorriendo con la mirada el improvisado estudio.



—Cada foto tiene sus necesidades —comentó de pasada.

Estaba distraída haciendo pruebas con el flash.

—Claramente, las mías son las que menos.

—No sé por qué te quejas, para cinco minutos que has aguantado. Es preferible pillarte por sorpresa.

—Para ti, para mí no estoy tan seguro.

—Tú verás —dijo Claire encogiendo los hombros—. ¿Vas a quedarte a ver cómo se las hago?

—Sí. ¿Te importa?

—No. Necesito un ayudante.

Gabriel entrecerró un ojo, sin saber que su mujer había girado la cara para no provocarlo más con una risa divertida.

—Siempre a tu servicio.

En cuanto Jack llegó, Claire le explicó las ideas para los posados. Captó con rapidez su intención. Tras desnudarse, se vistió únicamente con el pantalón de un pijama negro de Gabriel, de seda brillante, y se tumbó frente a la chimenea del salón.

Como un simple mirón, Gabriel se lo tomó con filosofía; su hermano volvía a superarlo en otra faceta más. Durante varias horas se reafirmó en sus pensamientos, no dudó de que su mujer le reservaba en exclusiva la parte ingrata de la vida de los modelos, enterita para él.

—Perfecto, Jack. Imagina que Gabe es Cora —dijo Claire para picar a Gabriel con la complicidad de su fetiche—. Míralo con deseo.

Jack no pudo reprimir una carcajada viendo un dedo corazón elevado con un disparo de advertencia.

—Me va a ser difícil. —Jack habló entrecortado—. Dile a tu marido que se comporte.

—Su marido está hasta las narices.

—Te noto un poco sensible —comentó Claire antes de apretar los labios.

—Eres muy perspicaz. ¿Queda mucho?

—No, hemos terminado.

Gabriel alzó las cejas, sonrió con ironía y se sentó en el sofá.

—Tienes suerte, hermanito —dijo Gabriel cuando Jack volvió a ponerse su ropa y lo acompañó. Le ofreció una cerveza y comentó—. A mí me ha tenido una hora a la intemperie y ni siquiera me ha hecho una.

—Te lo he dicho muchas veces, soy un triunfador —añadió Jack con un guiño.

—¿Cora está mejor? —preguntó Claire.

—Sí. Es una tontería con la alergia. Iba a venir, pero hasta dentro de un rato no podrá llegar. Está liada preparando una reunión.

—¿Cómo le va? —preguntó Gabriel.

—Muy bien, tiene don de gentes. Lleva algo más de tres meses y su departamento está cumpliendo de sobra con los objetivos. Tenía claro que era capaz de hacerlo.

—Me alegro mucho —dijo Gabriel sonriendo.

Echó el brazo sobre el hombro de Jack y tiró de él con cariño. Siguieron hablando unos minutos mientras Claire recogía y llegó Cora. Se acordó de traer una bandeja del jamón español tan apreciado por su exmarido, que recibió el regalo encantado con un abrazo efusivo y dos besos en cara. Esa confianza no molestó a Jack, más acostumbrado a verlos juntos que Claire; aunque tampoco a ella le importó porque solo vio el mismo entusiasmo que Gabriel solía desplegar con Ethel cuando algo le gustaba demasiado.

Esa noche se alargó hasta la madrugada. Después de cenar, Gabriel necesitó sentir el contacto de Claire y se sentó en el sofá con ella en el regazo, relajada y muerta de risa escuchando los chistes que Jack no dejó de contar, animado por el whisky y con su chófer abstemio al lado.

Luego, recuperada la soledad, Claire dejó una bolsa en el baño con las cosas necesarias para la incursión planteada: la Nikon y el flash de anillo con luz de leds. Se acostaron e hicieron el amor hasta que el Inquisidor cayó derrotado y se durmió. Sin cerrar los ojos, Claire contempló la hibernación de la marmota con un ligero ronquido. Miró el móvil; las cuatro; perfecto.

Movió despacio el edredón y se levantó sigilosa de la cama para coger la bolsa tratando de no tropezar entre la penumbra que rodeaba el dormitorio. De vuelta, estudió el encuadre, debía acercarse mucho y era vital para el éxito tenerlo muy claro. Le gustaba la reacción de la piel de Gabriel, aunque pensando en partes de su cuerpo la que más le motivaba sería declararle una guerra abierta y no tenía esa intención. Lo destapó con mucho cuidado, le cubrió una nalga y se concentró en disparar a destajo unos escasos diez minutos, el tiempo que tardó Gabriel en moverse. Parecía tener frío y la buscó dormido palpando su lado de la cama. Observándolo sin respirar, Claire se mantuvo alerta, ya que si la pescaba in fraganti el abrupto final de la escaramuza estaría cantado. Gabriel volvió a moverse y se quedó boca arriba, enseñándole la otra cara de una anatomía llena de erotismo y testosterona. Ciertamente estaba poniéndoselo muy difícil, pedía a gritos ser immortalizado en toda su gloria aunque esas fotos nunca vieran la luz. Sonrió maliciosa y no perdió la ocasión.

Aprovechando que Gabriel estaba en una reunión en el Scotia con Jack, Claire llamó a Cora para verse en el apartamento de TriBeCa y realizarle su serie sin ojos curiosos alrededor. Cargada con una pesada bolsa de deporte negra, se bajó del taxi en la puerta de la floristería y entró en el edificio admirando una arquitectura funcional que encajaba con su idea para

esas fotos.

—Hola —saludó Cora unos segundos después de que Claire llamara al timbre. Vestía una túnica colorida y llevaba el cabello recogido en un moño—. Acabo de ducharme. Como no sabía cómo querías hacerlas he preferido no arreglarme.

—Estás guapísima —dijo Claire besándola en las mejillas. No mintió ni exageró. Cora era una mujer hermosa y sin maquillaje se apreciaba mejor la suavidad de unas facciones delicadas, el azul limpio de sus ojos o el rojo pálido de unos labios con una marcada forma de corazón en el centro—. Quiero hacerlas desnuda, pero he tenido una idea mientras subía. ¿Podemos ir a la azotea?

—Sí, pero hace mucho frío.

—No te preocupes por eso, es lo de menos.

Escéptica, Cora entornó los ojos, sin embargo no añadió nada observándola sacar el material. En cuanto terminó Claire de preparar la cámara, echó un vistazo al salón y detuvo los ojos en el nuevo cuadro que detectaron.

—Madre mía —exclamó acercándose a la pared—. Es precioso, Cora. ¿De quién es?

—De Janssen, me lo regaló Jack para mi cumpleaños.

—Me encanta —comentó Claire con un gesto satisfecho en la boca—.

Me gustaría causar con mis fotografías la misma sensación que he tenido al verlo.

—Ya lo haces, tienes talento, Claire, nunca lo dudes.

Claire sonrió con timidez, ajena a los pensamientos de Cora, que fluían entre la admiración y la envidia por tener una faceta artística negada para ella. Cuando unos minutos después Claire le explicó dónde quería hacer las fotos casi colapsa y al pedirle uno de los abrigos de Jack consiguió intrigarla de verdad.

Antes de perder la luz del atardecer subieron a la azotea. Claire fue rápida preparando el escenario y más considerada que con Gabriel. Solo le pidió que dejara expuestas algunas partes del cuerpo cuando estuvo lista para disparar, a tiro fijo, sabiendo qué buscaba y encontrando el plano perfecto.

Claire no necesitó decirle nada, la dejó que se apoyara en el muro de ladrillo mientras se movía con soltura alrededor. Cora disfrutó arrebujaada oliendo a Jack sin que le pesara el frío. Se acomodó todavía más pensando en su hijo. Y cuando Claire le pidió que se acariciara el vientre; con las ganas que tenía de conocerlo, se emocionó al cerrar los ojos y bajar la cabeza sonriendo. Esa imagen fue la mejor de ella capturada para siempre por Claire.

Jack y Gabriel llegaron al apartamento y se extrañaron al no encontrarlas, pero tampoco les sorprendió demasiado al saber de la sesión. Se sentaron en el sofá, después de que Jack sacara unas cervezas de la nevera y

empezaron a ver un partido de béisbol, con aspavientos acompañados de algunas groserías inevitables viendo cómo los Giants iban quedándose atrás en el marcador. No había pasado ni media hora cuando entró Claire cargada con el material, seguida de Cora, que temblaba apretándose el abrigo contra el pecho.

—¿Qué haces vestida con mi ropa? —preguntó Jack.

—Solo llevo esto —respondió pasando de largo—. Voy a cambiarme.

—Hola, cariño. —Claire se dejó caer en las piernas de Gabriel, lo besó rápido en los labios y le quitó la cerveza. Tras darle un trago, dijo—. Hemos subido a la azotea para hacer las fotos. Creo que van a ser las más bonitas.

—Más te vale —comentó Jack, se puso de pie y añadió—: Pedid la cena, voy a ver a Cora.

Jack desapareció por el pasillo.

—¿Cómo ha ido la reunión? —preguntó Claire.

—Bien —murmuró Gabriel, le besó el cuello, ascendiendo peligrosamente con la mano por su costado—. ¿Y a vosotras?

—Perfecto, tengo a los mejores modelos del mundo.

—Me alegro —dijo sonriendo. Se besaron en los labios despacio, con la cadencia suave de un tiempo sereno. Con otro beso en la punta de la nariz, Gabriel derrochó ternura—. ¿Pedimos italiano?

—Como quieras.

Para Claire no había prisa, tampoco Jack y Cora parecían ansiosos por comer. Escucharon con nitidez algunas carcajadas provenientes del dormitorio que sugerían tardanza asegurada. Con una sonrisilla pícaro balanceó las nalgas encima de la entrepierna de Gabriel.

—Compórtate —dijo Gabriel, metiendo la mano por debajo de su jersey—. Van a volver y van a pillarnos liados.

—Aplicáte tus consejos.

—No me has dejado otra.

Satisfecha por las caricias de sus manos suaves en la piel, Claire le rodeó el cuello con los brazos para besarlo apasionada dejándose llevar por el deseo hasta que el sonido de la puerta del dormitorio advertía una interrupción inminente y se apartó de golpe. Disimularon al ver a Jack, con unos vaqueros y una camiseta en vez del traje oscuro, y eligieron juntos la cena antes del regreso de Cora para pasar la última velada familiar de esa breve estancia en Nueva York. La próxima sería en febrero, cuando volverían a verse y Claire expondría en solitario por primera vez en MaiSa, donde asumiría un riesgo enorme y, también, cumpliría un caro sueño.



## ONCE

*San Juan de Terranova, 14-1-13*  
*Terranova y Labrador, Canadá*

Claire lo tenía todo organizado con los Drake el día antes del cumpleaños de Gabriel. Llegarían por la tarde para una cena sorpresa. Tanto Ethel como Eloise estaban compinchadas y cansadas de jugar a dos bandos. Además, manejar las últimas noticias que Gabriel les comentó desayunando aquella mañana antes de salir hacia el banco, las dispuso el resto del día a sopesar los riesgos. Decidieron dejarlos a su suerte con esas sorpresas impulsivas. Si bien, conociendo su buena intención, subieron al estudio para quitarse los remordimientos con Claire.

—Claire tenemos que contarte una cosa —dijo Ethel.

—¿Qué pasa?

Cerró el ordenador y las observó alternativamente.

—Nunca hemos tenido esta conversación —advirtió Eloise muy seria—, y vamos a negarla si Gabriel nos pregunta.

—¿Me podéis explicar qué pasa?

—Tiene previsto que esta noche os vayáis a España.

—¡¿Qué?!

Presas del pánico, Claire botó de la silla.

—Lo que oyes —reafirmó Ethel—. Está emocionado. El pobre quiere que celebréis el cumpleaños en Barcelona —explicó, se mordió el labio negando con la cabeza—. Nos ha dejado de piedra, y encima hemos tenido que pasar un rato disimulando.

—Joder. —Claire se desbordó—. Es increíble, para una vez que le organizo una sorpresa, se le ocurre otra cosa. —Paseó intranquila por la habitación, resoplando y mal jurando—. ¿Estaba muy emocionado?

—Como un niño pequeño —dijo Ethel—. Me ha dado mucha pena, pobrecillo.

—Te lo dirá en cuanto llegue —comentó Eloise—. Teóricamente salís a las doce de Quebec.

—¿Y mi equipaje? —preguntó extrañada—. ¿Lo has hecho tú?

—No, él —respondió Eloise—. Lo tiene escondido en la biblioteca de abajo.

—No puede ser verdad.

—Vamos, no te agobies —dijo Ethel—. Llama a su familia y cancelalo.

—¿Sabes lo que ha tenido que liar Sean para poder venir? —preguntó Claire.

—Lo entenderá —dijo Eloise—. Como no os vayáis, va a quedarse hundido.

—Está al llegar. —Ethel se acercó y le tocó el brazo—. Habla con él, a lo mejor prefiere pasar el día con los suyos.

—Pero si se lo digo reviento la sorpresa.

—Y si no, vais a tener una buena —afirmó Ethel—. Pobrecillo...

—Me armaré de paciencia, pero no vamos a irnos. Me lo debería haber consultado, sabe que estoy hasta arriba preparando la exposición, es el peor momento para viajar a Europa.

—Quiere llevarte porque siempre has dicho que querías ir.

—Ya, Elo, pero ahora me viene fatal.

—El pobre...

—¿Quieres dejar de llamarlo pobre? —espetó Claire cansada a Ethel—. Es un incauto.

—Pobrecillo...

Claire se sentó encima de la mesa, mirándolas abatida, escuchó ladrar a *Shu* y pegó un salto.

—Ha llegado. Venga, marchaos —apremió acompañándolas a la puerta—. No os preocupéis, serán solo unas horas malas. Mañana se le habrá olvidado.

Se despidió de ellas en la cocina. Coincidieron con Gabriel en la puerta de la casa, traía un ramo de rosas en la mano y se lo dejó a Eloise para quitarse el abrigo.

—Hola —saludó contento—. Os vais tarde.

—Sí, estábamos acabando unas cosillas —dijo Ethel—. Elo, vamos.

—Toma. —Eloise le devolvió las flores—. Suerte.

—Gracias. —Se inclinó hacia delante y la besó cariñoso en la mejilla, susurrando añadió—: Nos vemos la semana que viene. —Acercándose a Ethel, le dijo con complicidad—. A ti voy a traerte una sorpresita.

—Seguro —afirmó intentando sonreír, loca por quitarse de en medio—. Buen viaje. —Con ironía murmuró—. A ninguna parte.

Gabriel no la entendió, se quitó la chaqueta del traje gris y entró en la cocina remangándose la camisa. En cuanto Claire lo vio, apuró la copa de vino que se había servido, fijándose en el ramo de rosas rojas.

—¿Es para mí?

—Por supuesto.

Se lo ofreció seguido de un beso en los labios. Estaba pletórico, impaciente por desvelarle donde estarían mañana; tenía el impacto asegurado; sabía que iba a hacerla muy feliz. Ajeno al escudo mental que ella estaba preparando, le sujetó las caderas, mirándola a los ojos, y la balanceó suavemente.

—Son preciosas, muchas gracias —dijo Claire, intentó poner distancia, pero no lo consiguió. Gabriel no se separó ni un poco—. ¿Quieres una copa?

—Tengo que decirte una cosa. Sé que va a sorprenderte, pero también te va a encantar. Como mis hermanos no han podido venir, he pensado que una escapada romántica contigo es el mejor sustituto para esa gran decepción.

—Es un detalle, cariño —dijo Claire sonriendo forzada.

—Coge el pasaporte, nos vamos a Barcelona.

—¿Cómo? —«Mierda, qué mal se me da disimular», pensó Claire, añadió rápido—: No puedo.

Gabriel se puso serio y por fin la soltó.

—¿Por qué no? Tenías ganas de ir. Es mi cumpleaños y lo tengo todo reservado. Déjate de excusas.

—No es una excusa. Te estoy diciendo que no puedo. No puedes pedirme que de repente nos vayamos a España.

—¿De verdad estás rechazándome?

—No es un rechazo a ti. No empieces con tonterías. Es un rechazo al viaje, no puedo ir.

—Tengo comprados los billetes, pagada la reserva del hotel, no puedo cancelarlo.

—Puedes aplazarlo.

Gabriel hasta ese preciso instante creía que estaba tomándole el pelo, y asimiló su error empezando a irritarse de verdad.

—No, no puedo aplazarlo —dijo indignado—. Te estoy pidiendo que

te vengas conmigo a celebrar mi cumpleaños, si no quieres venir, allá tú. Me voy solo.

—¡No puedes irte solo!

—No me grites.

—Pues deja de decir gilipolleces, ¿cómo vas a irte solo?

—No sería la primera vez.

—Es tu cumpleaños. No puedes irte.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —afirmó rotundo, mirándola duramente.

—Muy bien. Menos irte, lo que quieras.

—Como si te importara.

Salió de la cocina a paso rápido, entró en el dormitorio, cerró de un portazo y rezongó durante muchos minutos dando vueltas sin entender la actitud de Claire; achacando su decisión a la exposición. Todavía estaba a tiempo de llegar al aeropuerto, regresó a la cocina para un último intento.

—¿Tan retrasada vas con las fotos?

Claire bufó agobiada y consiguió terminar de rematarlo sin palabras. Gabriel no añadió nada más, se encerró en la biblioteca y pasó una hora hablando con las dos compañías aéreas y el hotel. Pudo aplazar los billetes de una compañía, los otros los perdió, en el hotel fueron más considerados y se comprometieron a guardarle la reserva tres meses. Luego, se cambió de ropa,

cogió la correa de *Shu* y pasó por la cocina ignorando a Claire, que preparaba la cena con un desasosiego mayor que el de él.

En cuanto Claire terminó, decidió hacerse perdonar usando todas sus armas. Después de una ducha, se puso un camisón negro, muy corto, sin ropa interior; preparó la mesa pequeña del salón frente a la chimenea con dos velas y puso un nocturno de Chopin que envolvió la casa de romanticismo. Poco más tarde, regresó Gabriel todavía con un cabreo considerable. No quiso reparar ni en la cocina, donde Claire servía los platos, ni en el salón, por donde pasó de largo hasta el dormitorio. Bastante preocupada por esa indiferencia, Claire apiló fuerzas, dispuesta a ser muy condescendiente. Abrió la puerta y lo encontró sentado en el sillón, con *Shu* a sus pies, contemplando la nieve caer en el jardín.

—La cena está en la mesa.

—No tengo hambre, gracias.

No la miró al hablar. Claire se acercó despacio, pero antes de que pudiera sentarse en su regazo, Gabriel se levantó como un resorte y se dirigió a la escalera.

—Voy a hacerte una pregunta —dijo Claire seria, yendo a su encuentro. Gabriel frunció los labios, le echó un vistazo rápido de arriba abajo y volvió a los ojos—. ¿Confías en mí?

Durante unos segundos la observó sin mover un músculo.

—Sabes que sí.

—Estupendo. —Claire se acercó más, recorrió con las manos su pecho y las colocó en su nuca, a pocos centímetros de sus labios, habló en un susurro—. Sigue haciéndolo, por favor. Iremos a Barcelona en otra ocasión, pero ahora no es el momento, y no tiene que ver con la exposición ni con nada relacionado con mi curso —explicó con ternura, lo besó en los labios—. Dame un poquito de confianza.

Gabriel estaba realmente confuso, suspiró incómodo y bajó un instante los párpados asintiendo.

—Creía que iba a darte la sorpresa del siglo.

—Y me la has dado, cariño.

Claire sujetó su mano para regresar al salón. Cenaron uno de los platos preferidos de Gabriel y charlaron distraídos; aunque ella fue consciente de su esfuerzo por ser considerado. Con esa actitud logró clavarse un poco más en su corazón, ya rendido al hombre tranquilo y elegante que amaba por encima de cualquier cosa. Gabriel era su mayor tesoro, el que quería conservar para devolverle pequeños retazos de la alegría que incesante tenía para ella.

Esperó paciente a las doce de la noche con intención de terminar el día en el dormitorio dándole los regalos que compró en Nueva York: un estuche de madera, donde había un abrecartas de plata con su nombre grabado a juego con un pluma estilográfica, una corbata negra con dos franjas rojas de



uno de sus diseñadores favoritos y un frasco de *Aventus*, para reponer existencias. Cuando recibió Gabriel los regalos, apreció el detalle y se olvidó del viaje. Nunca podía enfadarse con su mujer durante mucho tiempo. Quizá porque sabía cuánto había sufrido, o porque sentía una conexión con ella superior a lógicas o razones, se veía incapaz de no ceder para amarla sin miramientos. Claire se meció en la cama entre sus brazos, entregada a él con una fuerza tan apasionada como el fulgor de esas auroras que inundaban de misterio las noches invernales. Aquellos verdes extasiados de sus ojos iluminaban su vida y escarbaban en su alma para dejarle rozar la eternidad con magia y gloriosa lujuria llena de luz y oscuridad. Claire podía vagar en el infierno, afortunadamente cada vez más lejano, pero andaría con él, de su mano, tal como hacía desde que se conocieron y, por su parte, como harían hasta el final.

Al despertar, Claire estaba de pie cerca del ventanal. Gabriel la observó adormilado, se incorporó y sonriendo se tapó la entrepierna con el edredón para ocultar la erección matutina que todos los días tenía el placer de visitarlo, máxime si veía el cuerpo semidesnudo que lo hacía reaccionar sin contacto.

—Ven.

—Buenos días, mi amor —dijo Claire, se sentó en el borde de la cama

—. Felicidades.

Acarició el rostro áspero de Gabriel y fundió sus alientos en un fuego que empezó a abrasarlos hasta verse con el cuerpo imponente del Inquisidor encima del suyo, preparado para invadirla en una batalla donde los disparos eran besos y las emboscadas suaves incursiones de unas manos habilidosas. Sin mediar palabra, el pene intrépido de Gabriel fue directo hacia el mejor escondite que conocía. Entró como una flecha por derecho mientras jugaba con la lengua en los senos de Claire. Certero, siempre generoso y sin olvidar ni por un segundo ser tierno volvió a darle un orgasmo antes de tener el suyo.

Atento, Gabriel escuchó a las Friars hablando, tapó con una mano la boca de Claire, que abrió los ojos de par en par, y se apartó sonriendo divertido.

—Espero que Elo llame a la puerta —comentó, saliendo de la cama.

—¿Qué más te da? —preguntó Claire, recorrió su cuerpo recio con una mirada hambrienta y habló sonriente—. Sumarías otra ferviente admiradora.

—Muy simpática, veremos con qué me sorprendes en tu próxima exposición.

—Ya lo verás —dijo algo irónica—. ¿Tienes que salir?

—No tengo que ir al banco porque iba a cogerme diez días, pero ya que no vamos a irnos, había pensado ir un rato ¿por qué? ¿Quieres que

vayamos a algún sitio?

—No, qué va —respondió, viendo el cielo abierto—. Haz lo que tengas que hacer, mientras llegues puntual para comer, no hay problema.

Gabriel se paró en la puerta del baño, mirándola con un ojo entrecerrado.

—¿Estás tramando algo?

Claire intentó ser convincente, pero su marido la tenía calada, así que optó por darle donde sabía que se molestaba.

—No, tengo que ir a la escuela un rato y después a la parroquia, no puedo dejarlo.

—Procura no volver a tener ningún accidente, llevas liada desde agosto con Sean y no ha servido de nada.

—No estaba de acuerdo con la versión del otro conductor, lo sabes, así que no empieces.

—Puedo entenderte porque sé que eres una cabezona, pero Sean está sorprendiéndome al seguirte el juego. Hiciste una maniobra ilegal, invadiste otro carril y te llevaste por delante al otro coche, no sé qué habéis intentado justificar, está más claro que el agua que eres la responsable.

—Gracias por el apoyo, menos mal que no eres mi abogado.

—De nada, y has tenido suerte con el blandengue de tu abogado, otro no se habría tomado la molestia de representarte.

—Sí, es una suerte que haya algún Drake con corazón.

—No te quejes, los demás nos hemos centrado en otra parte que también late.

—¿No me digas? —preguntó observando la de él, hasta ese instante bastante lacia, aunque empezaba a recuperarse—. Será mejor que te duches y guardes fuerzas para esta tarde.

—Dalo por hecho.

Con una visión sugerente de la espalda ancha que se estrechaba en la cintura y acababa en unas nalgas tersas apetecibles, Claire salió de la cama, pensando en la llegada masiva desde el aeropuerto de su familia al completo, incluidos Cora y Jack tras pasar la noche anterior en Quebec.

A media mañana los Drake tomaron posesión de la primera planta. En cuanto Claire les dio a elegir los dormitorios, percibió a Jack haciéndose el despistado hablando con Cora; aunque no le dio mayor importancia, ya que no solía apartarse de su lado prodigándole constantes muestras de afecto. John y Elizabeth dejaron los equipajes en la Suroeste, Claire ofreció la Oeste a Sean, donde montó la cuna plegable de Ophie a la vez que Elaine sacaba las prendas de las maletas, y Jack ocupó con Cora la habitación Este al otro extremo de la escalera.

Luego, dieron una vuelta por la casa y se escondieron en la biblioteca,

no sin antes admirar muertos de risa la fotografía que decoraba la única pared libre de estanterías. También, como detalle, Ethel preparó otro de sus menús infalibles: sopa de pollo con huevo duro, pata de cordero al horno y, por supuesto, varios platos de embutido español y el Ribera del Duero que el Inquisidor siempre tenía de sobra.

Puntual, llegó Gabriel al mediodía. Claire bajó a recibirlo mientras los demás trataban de pasar desapercibidos ocultos en la biblioteca-despacho de la primera planta.

—¿Cómo te ha ido la mañana?

—Bien —respondió torciendo una sonrisa—. Como siempre. — Gabriel le dio un beso corto en los labios y entraron en la cocina. Aunque no había rastro de Ethel, el inconfundible aroma detectado por su olfato bastó para abrirle el apetito y alegrar su ánimo, algo inestable pese al esfuerzo que hacía por olvidar la desilusión del viaje—. ¿Y por aquí?

—Sin novedades, he estado liada con las fotos —dijo alegre—. ¿Quieres verlas?

—¿Vas a enseñármelas? —Sorprendido, se acercó y la sostuvo por la cintura—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, pletórica.

Claire pasó una mano cariñosa por su rostro bien afeitado y le besó los labios dejándose embaucar entre la solidez de sus brazos, que parecían

cadenas de acero tan suaves como la seda, y su lengua juguetona, siempre insaciable y complaciente. Durante los segundos que duró ese beso, Gabriel volvió a ser feliz rodeando a su sueño, hasta que se apartó y le sujetó la mano.

Tirando de él, Claire cogió la cámara, preparada encima de la mesa, y subieron a la planta alta. Cuando llegaron a la puerta de la biblioteca, Claire habló de nuevo:

—Dame un minuto —dijo rápido.

Con intención de poder fotografiarlo de frente, abrió la puerta lo justo para entrar de lado.

Gabriel no entendió un portazo en sus narices ni un comportamiento infantil bastante raro, aunque esperó resignado hasta cansarse. Sin embargo, cuando Claire le invitó a entrar y vio a su familia abalanzarse contra él, no supo ocultar toda la alegría que sintió. Claire consiguió sorprenderlo de verdad, aparte de emocionarlo a la vez que se hartaba de capturarle en una amplia variedad de gestos afectivos y simpáticos. En aquel momento, ella tuvo la certeza de haber compensado con creces el sabotaje de la escapada española, Gabriel estaba inmenso y, solo por eso, todo merecía la pena.

Tras bajar al salón, comieron entre bromas y conversaciones distendidas, que se tornaron en burlonas pullas cuando Jack puso el vídeo hecho a base de imágenes cómicas del homenajado. Incluso salió varias

veces en paños menores; si bien, no se avergonzó y compartió unas carcajadas que resonaban entre la madera para inundar de buenas vibraciones esa casa donde casi siempre solo se respiraba tranquilidad.

Claire sacó poco más tarde una tarta con treinta y seis velas, las encendió cuando apagaron las luces y, en sincronía, cantaron el *Cumpleaños Feliz*. Gabriel solo pidió un deseo, aunque para ella fue un secreto a voces. Eso sí, no superaron los gritos de Ophie siguiendo las instrucciones de su abuelo. Secundada por *Shu*, se acercó a su padrino con una bolsita pequeña. Bajo la mirada expectante de Elizabeth y las sonrisas del resto, Gabriel recibió en cuclillas la ofrenda y desenvolvió con cuidado el papel rojo de una caja estrecha y alargada. Dentro había un reloj de pulsera antiguo; de cuerda; con una correa de piel negra; la esfera de plata; y una rosa de los vientos dorada bajo las agujas.

—Menudo detalle —comentó con un gesto de admiración en los labios. La restauración le había devuelto el brillo y cumplía sobradamente con sus gustos; era clásico, elegante y artesano. Le dio la vuelta y leyó: «*JD, 1928*»—. ¿Era del abuelo John?

—Sí —respondió Elizabeth—. Lo encontramos hace unas semanas y lo llevamos a un relojero para que lo arreglara. Nos hizo mucha gracia; debía ser tuyo.

Claire lo contempló tan sorprendida como Gabriel, sonrió y dijo

jocosa:

—Si ahora me decís que estáis emparentados con *sir* Francis Drake, os juro que colapso aquí mismo.

—No creo. —John rió alegre—. Pero cosas más raras se han visto. Ese reloj era de mi padre, se lo regaló el suyo y ha estado arrumbado en un cajón desde que murió.

A Gabriel le faltó tiempo para quitarse el que llevaba y ponérselo antes de recibir por parte de sus hermanos más regalos conjuntos, sorprendentes y prácticos: un nuevo iPad de nueve pulgadas, con la inscripción «*De Drako, 15-1-13*», grabada detrás, una bufanda gris y beige de cachemir, unos guantes negros de piel y un tarro de *Portrait* que nada más olerlo le gustó por una frescura agradable y arrancó comentarios sobre su mal disimulada coquetería, además de un guiño cómplice de Cora como artífice de la idea.

Aquella noche, cuando casi todos andaban de arriba para abajo o sentados delante de la chimenea después de cenar, Sean aprovechó la soledad momentánea de Claire en la cocina y trataron el tema que a los dos estaba agobiando por diferentes motivos. Para el abogado suponía invertir un tiempo que sacaba de sus horas de descanso y para Claire porque empezaba a intrigarla sobremanera.



—No sé, Sean, sigue extrañándome que Alexei perdiera el contacto con el abuelo. Estamos basándonos en las cartas que le envió a Iris y en los listados de pasajeros de los barcos, o en las tripulaciones, pero... ¿Y si no fue necesario que viajara porque ya estaba aquí?

—Explícate, porque te juro que esto está quitándome el sueño.

—Pudo volver enrolado en algún pesquero, pudo cambiarse el nombre como hizo su hermana o trasladarse a cualquier país del mundo.

—Sí, y también pudo morir en algún naufragio, en estas costas eran muy frecuentes.

—No quiero pensarlo, prefiero que nos centremos en buscarlo según la información contrastada que tenemos. La última entrada de Alexei a Inglaterra es de 1946. Por mucho que conociera a Margaret no pudo tener nada con ella, era una niña. Se queda embarazada en el 52, con dieciséis, por lo que podemos suponer que como mínimo durante ese año mantuvieron relaciones sexuales, y lo más lógico es que nadie supiera nada, al menos de la familia Clainston.

—No lo sabemos, y ten en cuenta que los padres la tendrían vigilada.

—Sean, pasan seis años desde que vuelve Alexei hasta que Margaret se queda embarazada. Con seguridad los Clainston tuvieron que conocerlo, iría de vez en cuando a su casa para recoger a Iris, incluso pudo trabajar también para ellos. No creo que al regresar viviera del dinero que ganó en

Terranova, debió ejercer su profesión —habló convencida—. Cada artista tiene su impronta, todos. Es relativamente sencillo diferenciarlos. Deberíamos buscar trabajos importantes de ebanistería en Europa. Dudo que lo dejara. En mi casa se nota la dedicación, el esmero, es imposible que abandonara.

—¿Estás segura de que hizo la carpintería en tu casa?

—Creo que sí, pero déjame que busque trabajos importantes en iglesias o en casas insignes de la época para compararlos con los muebles que tenemos. Alexei era bueno, pudo codearse con lo mejorcito de la sociedad.

—Seguirle el rastro durante esos años será complicado, Claire. ¿Crees de verdad que trabajó en Europa? ¿No estarás pensando que trabajó para Gaudí?

—No, es imposible; todas las obras de Gaudí son anteriores a su nacimiento; pero pudo colaborar con otros arquitectos. Me decanto porque trabajara en Francia, sería lo más cómodo para él desde Inglaterra. Intentaré mirar obras en París de esos años. Creo que si me centro en el art-nouveau quizá encuentre algo.

—Vale, pues yo comprobaré los registros civiles por si se cambió el nombre y la nacionalidad.

—Búscalos por aquí. Dudo mucho que se desentendiera de mi padre. No sabemos si cesó la comunicación por escrito con mi abuelo porque no les

hizo falta, es posible que se vieran con frecuencia.

—¿No recuerdas a ningún amigo de tu abuelo?

—Hablaré con Harry, vive en esta calle, a lo mejor tenemos suerte con él.

—Por intentarlo no perdemos nada y si ganamos tiempo a mí me viene de lujo.

—Sé que te gusta investigar y te estoy muy agradecida, pero no te agobies; tu trabajo está antes.

—No te preocupes por mí, suelo estresarme solo. Entre poner en marcha el nuevo despacho, supervisar el de Nueva York y la casa hasta dentro de unos meses no podré relajarme.

—Tómalo con calma, la casa os ha quedado genial y poco a poco tendrás que ir delegando en los despachos.

—Eso espero. ¿Cómo lleva Gabe el tema de los niños?

—El mes que viene tiene cita con el urólogo, no solemos hablarlo, pero desde que sabe que empiezo en la parroquia me da la impresión de que está algo molesto.

—¿Por qué? Es parte de la pena que debes cumplir.

—Está enfadado porque no admitimos la responsabilidad del accidente, incluso me dijo que no entendía cómo estabas siguiéndome el juego.

—No íbamos a consentir que intentara achacarte a ti toda la reparación de su vehículo cuando teníamos el atestado de la policía, ni a pagarle una baja laboral por lesiones cuando presentó el parte dos semanas después del accidente. Gabe puede pensar lo que quiera, pero no me gustan los listillos que intentan sacar la máxima tajada de todo. Pagaste la multa, tu seguro se hizo cargo de su reparación, hemos admitido la imprudencia y vas a realizar las horas de servicio a la comunidad, con esto terminamos. No es nuestra responsabilidad que algunas cosas se dilaten.

—Ya sabes cómo es cuando quiere.

—Por eso te digo —dijo Sean despreocupado, colocó una mano en su hombro—. No le hagas caso.

Algo más relajados, se reunieron en el salón con los demás hasta que Ophie empezó a acusar el cansancio y se retiró con sus padres a la habitación Oeste. Los abuelos poco después también dieron por concluida la velada y en pocos minutos volvió al Boreal el silencio, solo roto de vez en cuando por el silbido constante del viento que traía más nieve para arremolinarla alrededor de los sólidos muros o en las copas de los árboles donde apenas duraban pocos segundos.

Tumbado en la cama, Jack contempló la redondez del cuerpo de Cora cuando salió del baño solo con el sujetador y las braguitas. Pese a la noche tan desagradable que se intuía en el exterior, Jack sintió arder la sangre cada

día más enamorado e impaciente por tener a Ethan con ellos. Todavía faltaban unos meses, pero conociéndose sabía que iban a hacersele eternos. Cora destapó el edredón, se tendió a su lado y movió el cuerpo para acomodarse.

—¿Estás cansada?

Jack recorrió con una mano lenta la curva de su vientre.

—Un poco, llevamos en danza desde el amanecer.

—Descansa —dijo razonable, dándole un beso suave en los labios—.

Mañana nos lo tomaremos de relax.

—Tenías razón, la casa es preciosa. Me gusta mucho.

—Y a mí, pero la nuestra tampoco está mal.

—La nuestra es la mejor —susurró dándole un besito en el mentón, sonrió al elevar la vista y añadió—. Hoy hemos hecho feliz a Gabe, estaba como loco.

—Sí, nos ha costado lo nuestro.

Cora apoyó la cabeza en el pecho de Jack, escuchó latir un corazón sereno acompasado al de ella, viviendo la etapa que había soñado tantas veces pero nunca creyó posible, y se vio embargada por la emoción con lágrimas de felicidad.

—Te quiero, me haces muy feliz.

—¿Qué te pasa? —preguntó sosteniéndole la barbilla—. Tú también

me haces muy feliz.

—A veces tengo miedo por la velocidad con la que han sucedido las cosas, hasta hace unos meses había descartado estar así contigo y ahora no sé por qué tengo un nudo en la garganta que me angustia. Estoy muy asustada, cariño. No sé si serán las hormonas, pero conforme siento crecer al niño me preocupo más.

—Todo está bien —susurró y esbozó una sonrisa—. A mí también me preocupa el parto, pero es normal. He hablado con mi padre, y dice que cuando nacimos estuvo a punto de un infarto varias veces. Supongo que es algo natural, intenta no pensarlo.

En la habitación Suroeste, John abrazó a Elizabeth con ternura y vagó con los dedos de una mano bien extendida desde la cintura hasta sus pechos, sintiendo la tibieza de su piel.

Mirándolo a los ojos, Elizabeth acarició con suavidad su espalda, contemplando el paso del tiempo en su rostro. Tenía arrugas alrededor de los ojos, varias cicatrices que se camuflaban en su piel curtida y el cabello plateado le cubría por completo la cabeza; aun así, sentía el mismo amor profundo que los unió siendo estudiantes, el enamoramiento de unos recién casados cuando estaban en el ocaso de sus vidas. Aunque, quizá, gracias a todos los años perdidos podían disfrutarse con la avidez de una constante

luna de miel. Recorrió con las yemas de los dedos el contorno de los ojos turquesas que nunca se cansaban de regalarle miradas llenas de deseo y el perfil de una boca que solo sabía dedicarle halagos y, cuando besó, volvió a cautivarla con la esencia del único hombre capaz de darle las estrellas, arrastrarla a un abismo de oscuridad y devolverla al cielo.

—No sé qué haces, pero cada día estás más guapa.

—Amarte —murmuró—. No sabes lo feliz que soy cuando estamos todos juntos.

—Lo sé, mi amor, porque lo siento igual que tú.

—Tengo ganas de que Gabe también tenga un hijo, me daría mucha pena si no pudiera tenerlo. Hoy lo he visto con Ophie y he estado a punto de echarme a llorar, se le notan las ganas. Ninguno le preguntamos por no molestarlo, pero no sé si deberíamos hacerlo, parece como si no nos importara.

—Dale algo más de tiempo, no llevan ni un año buscándolo, ya llegará.

—Me he dado cuenta cómo miraba a Cora —dijo Elizabeth un poco emocionada—, sé que se llevan bien y no hay ningún problema entre Jack y él, y te juro que estoy muy orgullosa de ellos porque no es fácil asumir todo lo que han pasado en poco tiempo, pero me gustaría que nuestros hijos sean felices y Gabe no lo será si no puede ser padre.

—Escúchame, Beth, Gabe tendrá sus hijos, igual que Sean o Jack, cada persona necesita su tiempo, lo más importante es que está sano y no tiene ningún problema para no tenerlos. Hazme caso y no te preocupes por él, tiene buena genética.

—¿Cómo la tuya o la mía? —preguntó alejando su inquietud para bromear con el seductor arrogante que John podía ser si pretendía hacerla reír —. Porque estás siempre preparado para un buen asalto.

Confirmó esas palabras tocando un miembro que empezaba a endurecerse.

—No voy a negarlo ni tampoco a desaprovecharlo. Nunca se sabe hasta cuándo me durará la batería.

—De momento está bien cargada.

—¿Lo comprobamos?

—Si es una petición, sí. Si es un desafío, también.

A unos metros de ese dormitorio, Elaine se acurrucó en los brazos de Sean, adormilado tras una exhibición del poderío Drake. Estaba a punto de caer como Ophie cuando unas risas anunciaron las andanzas de los abuelos en otro buen rato de pasión desmedida, conocida sobradamente por los dos. Compartió una mirada sorprendida con Sean, que pasó a atemorizada al entender que tardarían en acabar.



—La madre que lo parió —dijo Sean incorporándose—. Te lo juro, Ellie, no lo aguanto, ¿es que no pueden reprimirse unos días?

—Me temo que no. Mañana le decimos a Claire que nos cambie el dormitorio. Jack y Cora han tenido más suerte.

—No ha sido suerte, Jack ha esperado a que ellos eligieran para optar por la Este, es muy listo. Se han ido al otro lado y nos han dejado con el marrón, como siempre.

—Aunque son un incordio —dijo Elaine, escuchando unos gemidos que se le metían en el cerebro y anulaban todo lo demás—, tengo que reconocerles el mérito. Me gustaría llegar a su edad con la misma pasión; es muy raro, cariño. Mira mis padres, creo que no echan un polvo desde hace varias décadas.

—No te lo discuto. —Sean resopló, giró el cuerpo y la apretó al suyo—. Y ten por seguro que vamos a llegar a su edad como ellos.

—Un poco más discretos no me viene mal.

Sean rió al escucharla, admitiendo esa verdad abrumadora, pensando en que algún su hija sintiera el bochorno que ellos pasaban. Con el sueño por llegar en cuanto dieran por finalizada otra sesión de sexo, optaron por seguir su buen y sano ejemplo para sucumbir y acallar con sus propios sonidos a unos vecinos tan admirados como condenados.

En el dormitorio de la planta baja, Gabriel atizó la chimenea mientras Claire daba una vuelta de reconocimiento por el salón. Al entrar, sonrió con un brillo malicioso en los ojos y empezó a desnudarse consciente de que estaba provocándolo. En ropa interior se metió en el baño para lavarse los dientes, pero no llegó a abrir la pasta cuando el Inquisidor la apresó entre el lavabo y su corpulencia.

—Gracias —ronroneó Gabriel besándole el cuello, recorrió con las manos su vientre—. Ha sido mi mejor cumpleaños.

—De nada. Si eres feliz yo lo soy.

—Perdóname por haber sido tan borde con el viaje.

—Te perdoné ayer —murmuró Claire, se giró y le acarició el pecho hasta dejar los brazos alrededor de su cuello—. Pero no me importa perdonarte hoy también.

—Voy a ser muy bueno.

Gabriel sujetó sus nalgas y no se cortó al refregarse insolente para que apreciara la magnitud de su miembro. Apremiados por las ganas de hacer el amor, cayeron en la cama con tanta violencia que rebotaron. El inesperado salto desató unas carcajadas escandalosas, luego, unos gemidos involuntarios cuando —con pocos preámbulos— se mecieron en un baile de caderas, piernas y manos. Ajenos a sus invitados, se desataron en un frenesí insaciable, convirtiendo aquella noche desapacible en un vendaval de caricias

ardientes como imanes de fuego al encajar y repeler sus fuerzas, rozaban el éxtasis para alejarse y volver a tocarlo. Así estuvieron un rato hasta rendirse a la paz absoluta de otro orgasmo y del sueño sereno que llegó arrullado por el viento, sin pesadillas ni turbios recuerdos.

## DOCE

*San Juan de Terranova, 21-1-13*  
*Terranova y Labrador, Canadá*

Recordando la despedida del día anterior de los Drake, donde primó la diversión, Claire no reprimió sonreír camino del edificio destinado a obras sociales que tenía la parroquia a pocas calles de la catedral. Pese al frío polar, nada propenso al humor, y la ligera capa de nieve que pronto sería densa y dificultaría andar, sin acelerar el paso, solo pensó en los momentos tan gratos de esa corta estancia en su casa. Ciertamente en pleno invierno era cuando más podía sentirse el aislamiento y la soledad de Terranova; sin embargo, acompañada por la familia de Gabriel, Claire vivió repleta de afecto y complicidad; incluyendo la deserción de dormitorio por parte de Sean y Elaine, sin remorder un mínimo las conciencias de Elizabeth ni John cuando se vieron a sus anchas; las locas persecuciones entre Ophie y *Shu*, sin bajas decorativas; o la cantidad de nuevo material fotográfico a su disposición gracias a ellos.

En ese corto trayecto apenas se cruzó con nadie aunque no había anochecido, solo con tres personas saliendo de algunos negocios para perderse rápido dentro de sus vehículos. Unos metros antes de llegar, vio a Gallagher bajar del coche y entrar corriendo al mismo edificio donde ella iba.

Desde que Marion se interesó por su trabajo en noviembre, notó el distanciamiento del profesor y no supo si estaba molesto porque era la alumna que más faltaba a sus clases o porque contaba con el apoyo de Marion. No sabía a qué achacar esa actitud, pero lograba sentirse un poco excluida en la escuela.

Las voces infantiles que percibió Claire al entrar guiaron sus pasos hasta el final de un pasillo con varias puertas. Abrió sin llamar una de ellas y durante unos segundos no se movió del umbral. En cinco mesas bajas y redondas abarrotadas de lápices, acuarelas, ceras y hojas de colores, barras de pegamento, tijeras y cuadernos de diferentes tamaños había niños alrededor atareados mientras hacían manualidades, distraídos hablando y riendo.

Ryan, que recortaba una cartulina roja para ayudar a una niña, levantó la vista y la observó serio antes de que una mujer de mediana edad, con un rostro agraciado, bien conservado, y una sonrisa agradable, se acercara diligente.

—Hola, soy Jane —saludó tendiéndole la mano—, usted debe ser Claire.

—Sí, encantada.

—El padre Michael me dijo que empezaba hoy. Acompañeme y le explico qué estamos haciendo.

Atento, Ryan siguió con los ojos el recorrido de Claire por el salón,

pero no hizo ningún ademán por saludarla. En pocos minutos se quedó sola con cinco niños de entre siete y ocho años, que preguntaron curiosos por qué estaba allí y hasta cuándo seguiría yendo. No tuvo más remedio que maquillar los motivos, aunque no mintió al decirles que era posible, si se portaban bien, alargar sus visitas de forma indefinida. Al cabo de un rato estaba totalmente integrada, ayudándoles también a recortar cartulinas de colores para hacer un collage con las fotos que Gallagher preparaba con los niños de su mesa.

Claire se centró en seguir las bromas y las ocurrencias de algunos. La mayoría de esos niños vivían en sus casas circunstancias adversas, pero allí podían olvidarlas durante un rato rodeados de confort y de la dedicación altruista de monitores, voluntarios o ciudadanos como ella con deudas pendientes con la Justicia.

Cuando pasaron dos horas y terminó el tiempo de Claire, se despidió con muchos besos y el abrazo cariñoso de Tim Murphy, uno de los niños más inquietos. Tenía la cara muy pálida llena de pecas, el pelo pelirrojo, y una sonrisa alegre que dejaba entrever varias mellas en las encías dándole un aspecto granuja que la conquistó desde el minuto cero.

—¿Vendrás el miércoles? —preguntó Tim.

—Ya te he dicho que sí. —Claire alborotó el cabello del niño, sonrió poniéndose el abrigo y, al no verle intención de irse, preguntó intrigada—.

¿Vienen a recogerte?

—Sí, mi abuelo, pero más tarde. Vivimos solos —explicó risueño—, trabaja en la refinería.

Mirándolo a los ojos, Claire asintió, pensando en que Tim era afortunado por tener a alguien; otros estaban totalmente desamparados.

—¿Quieres que te lleve? —preguntó Ryan en cuanto Tim volvió con los compañeros que tampoco se iban.

—No, gracias.

Claire se colocó la bufanda y el gorro, sin intención de añadir nada.

—Me viene de camino.

—No te preocupes —respondió amagando una sonrisa. No habían cruzado ninguna palabra y no se sintió cómoda bajo su observación, parecía enfadado—. Prefiero andar.

—¿Podemos hablar un momento?

El profesor sujetó la puerta por encima de la cabeza de Claire.

—Tengo prisa, mañana nos veremos en la escuela.

Con una leve inclinación de la cabeza, pasó Claire por delante de él y enfiló el pasillo. Justo cuando llegó a la salida, abrió la puerta, pero el contacto de la mano de Ryan en el codo la frenó. Ninguno se percató de dos balas a punto de dispararse desde el todoterreno. Gabriel salió lanzado sin ni siquiera coger el anorak. No acusó la copiosa nieve en el cabello ni en el traje

italiano que vestía. Tampoco notó cómo sus zapatos favoritos se le hundían en el suave manto blanco, helado; nada, no percibió más que la tensión de Claire delante del hombre grande y robusto que la sujetaba.

—¿Hablamos mientras te llevo? —insistió Gallagher.

—Te he dicho que no. —Claire miró de soslayo la mano que presionaba su codo con demasiada fuerza, parecía que Ryan Gallagher quisiera imponerle su presencia sin hacerlo abiertamente. No se sentía intimidada y afloró el genio conocido por pocos cuando no usó un tono amable—: Suéltame ahora mismo.

—¡Apártate de mi mujer!

Al escuchar la voz amenazante de Gabriel, los dos giraron la cabeza. Claire vio brillar la furia en sus ojos. Batiendo con fuerza las mandíbulas, Gallagher retiró el brazo de inmediato.

—Cariño, no pasa nada —dijo Claire conciliadora, cogió su mano y añadió—. ¿Nos vamos?

—Espérame en el coche, por favor.

—Estábamos hablando —comentó Gallagher con una sonrisa torcida—. No saques conclusiones erróneas.

—Sacaré lo que me dé la gana —siseó muy bajo demasiado cerca de la cabeza del profesor—. Te lo advertí en Nueva York, pero parece que no fui lo suficientemente claro. No vuelvas a acercarte a mi mujer porque esta es la



última conversación que tengo contigo.

Claire nunca había visto a Gabriel tan rabioso, expandía el pecho y bufaba por la nariz. Gallagher le aguantaba la mirada, con los labios apretados, pendiente a cualquier variación en su gesto. Con más brusquedad de la que pretendía, Gabriel sujetó la mano de Claire y tiró de ella hasta el coche andando acelerado. Tuvo el detalle de abrirle la puerta del copiloto, pero sin relajar el gesto, en ese instante tan gélido como el viento que mecía los copos de nieve de un lado a otro para enturbiar de blanco la oscuridad de la noche.

Sin abrir la boca, Gabriel arrancó el coche y se incorporó a la solitaria carretera. Condujo por las pocas calles que los distanciaban mucho más rápido de lo habitual, ajeno a la cascada de ideas que se precipitaban en la cabeza de Claire y estaban logrando enfadarla por segundos.

En la puerta de la casa, antes de bajar del coche, preguntó:

—¿Qué le advertiste en Nueva York?

—Vamos dentro.

—No, dímelo ahora.

Gabriel sopesó un instante la explicación.

—No quiero verlo cerca de ti. Se lo dije en la exposición, pero parece que no le ha quedado claro.

—No me he asustado —comentó. De inmediato, comprendió la

actitud distante de Gallagher en la escuela y la inflexible defensa de su querido marido, cumpliendo la promesa que tantas veces le había hecho. Claire le tocó la pierna. Gabriel relajó ligeramente la tensión en el rostro, esbozó una sonrisa breve y le besó el dorso de la mano. Seducida por esa gentileza, agregó—: Gracias por protegerme.

—Siempre lo haré. Te juro que nadie volverá a hacerte daño nunca más. No me gusta cómo te mira, y no tiene por qué tocarte. Sabes que lo tengo atravesado desde que nos conocimos, puedo sentir sus intenciones, y no voy a darle ni un milímetro de cancha.

—No se ha dirigido a mí en toda la tarde, no sé por qué viene ni voy a preguntárselo, pero en la escuela tengo que tratarlo si quiero aprobar. Había notado que me evitaba desde la primera exposición, pero no imaginaba que mi inquisidor favorito estaba detrás —comentó henchida de satisfacción—. Te quiero, muchísimo.

Una mirada enamorada, una sonrisa preciosa en esos labios seductores que Gabriel deseaba y la calidez de unas manos suaves acariciándole el rostro pusieron fin al encuentro con el profesor, acompañados por un beso romántico muy lento, protegidos del invierno en el coche y con pocas ganas de despegarse para entrar en su hogar.

Por el aparcamiento del Hospital Monte Sinaí, Cora andaba rápido

para coger el pequeño Volvo y regresar al apartamento antes que Jack, quien no pudo acompañarla debido a una reunión importante mucho más larga de lo esperado. Iba ensimismada en las buenas noticias del embarazo, recreando en la imaginación las imágenes que había visto de Ethan y ansiando compartirlas con él.

—¿Cordelia?

Después de no escuchar esa voz en varios meses, Cora se volvió inquieta para encontrarse a pocos metros de Michael Lumis tal y como lo recordaba: altivo, con esa cara que parecía no salir de un enfado permanente y la mirada hostil que no reprimió al repasarle el cuerpo y detenerse en el vientre.

—Hola, Michael ¿cómo estás?

—Muy bien —respondió con una sonrisa cínica. Volvió a bajar la vista hacia la curva prominente de Cora y cuando se dignó a mirarla a los ojos dijo—. Parece que debo felicitarte.

—No hace falta.

—¿Qué Drake te ha hecho el bombo?

—Elije al que quieras de los cuatro. —Cora inclinó la cabeza, negando ligeramente sin ocultar una risa irónica—. No me ofendes porque con cualquiera de ellos tendría un hijo guapísimo.

—Y el futuro asegurado. Siempre he sabido que eras muy lista.

Con un suspiro leve, Cora se armó de paciencia.

—Muchas gracias. Tú tampoco eres tonto, pero ya te dije en su momento que te pierden tus palabras y veo que no has aprendido de los errores.

—¿Errores? —preguntó endureciendo la expresión—. Ni tú ni nadie me llega a la suela de los zapatos, pero está claro que no puedo competir cuando se mezclan las cosas, y tú has sabido montártelo muy bien. Felicidades, Cordelia, aunque me hayas ganado con las piernas abiertas.

—Eres repetitivo, monótono y aburres. Ya que no tenemos nada de qué hablar, agradecería que si otra vez coincidimos tengas el detalle de ignorarme, no me aportas nada positivo y desde hace mucho tiempo decidí prescindir de gente como tú. Que te vaya bien, adiós.

—Me gustaría poder desearte lo mismo, pero no lo siento y no voy a hacerlo.

—No hay problema, tus actos te definen y tus palabras lo confirman.

—Igual que ese hijo confirma lo zorra que eres.

—Cuánta hostilidad —comentó Cora impasible—. Imagino que debe ser duro para ti ver cómo otros somos felices, pero sinceramente tus apreciaciones no me afectan. Tengo lo que quiero mientras tú eres un amargado que no ve más allá de su ombligo. Jódete, Michael, olvídate y procura no volver a cruzarte en mi camino.

—Descuida, no me gusta relacionarme con gentuza como tú o tus amantes.

Sin darle importancia, ya que ni la maldad entiende de límites ni puede esperarse de un tiburón hambriento que respete a otro ser vivo, Cora abrió el coche y salió hacia TriBeCa en busca del Drake que la había preñado y conseguía hacerla feliz con sus gestos a base de desplegar una incansable ternura o simplemente apaciguando su preocupación e impaciencia conforme se acercaba la hora de conocer al bebé.

En el apartamento, tras cambiarse el vestido por la túnica larga que solía usar, aprovechó la ausencia de Jack para preparar la cena. Buscó en la despensa una botella de vino blanco sin alcohol, llenó un vaso y empezó a cortar el salmón fresco que tenía congelado con intención de prepararlo marinado en una receta sencilla pero muy apreciada por los dos.

Al terminar en la cocina, mientras Cora tomaba una ducha, pensó en la convivencia con Jack. Resultaba toda una experiencia, casi siempre grata, sin estar exenta de momentos complicados ni alguna discusión pasajera; sobre todo, cuando ninguno comprendía ciertas posturas individuales. Jack era igual de obsesivo en casa como en el trabajo, un maniático del orden; en cambio, ella se relajaba. Ese tema ocasionaba unos airados desencuentros que terminaban cuando la señora encargada de la limpieza tres días a la semana

llegaba, volvía a dejarlo todo como una patena y era Jack el que se relajaba.

Jack entró hablando por el móvil, dejó el abrigo largo que llevaba en un perchero del vestíbulo y se sorprendió al encontrar la mesa del salón puesta sin rastro de la creadora. En cuanto se acercó, vio una fuente con ensalada, una tabla con varios tipos de quesos cortados formando un abanico, un plato con rodajas de patatas hervidas, anchoas, y una botella de vino blanco español; su favorito; aunque Cora no tomara para conformarse con un sucedáneo que, en un intento loable por acompañarla, él probó y tal como le entró en la garganta asumió nunca repetiría; era preferible beber agua o directamente no hacerlo. Fue al dormitorio quitándose la corbata, luego llegó la chaqueta del traje negro que vestía, los zapatos y los pantalones. En bóxers abrió la puerta del baño.

Recién duchada y con el cuerpo cubierto por una toalla blanca, Cora estaba frente al espejo mirándose concentrada las manos. Jack sonrió cuando ella giró la cabeza y sus ojos coincidieron.

—Hola, nena —saludó dándole un beso en los labios, vio preocupación en su gesto serio y preguntó—. ¿Qué ocurre?

—Mira. —Cora extendió las manos delante de él—. Han empezado a salirme hace unos minutos.

—¿Te pica? —preguntó, levantándole un brazo para acercarlo a la luz que había sobre el lavabo. Observó cientos de puntitos rojos simétricos

avanzando hacia los brazos—. Parece una reacción.

—Solo he bebido medio vaso de vino sin alcohol.

—Voy a buscar las pastillas. —Jack salió rápido. Abrió un poco aturrullado uno de los muebles de la cocina y cogió la caja de metilprednisolona que le recetó el doctor Sawyer por si ocurría algo así. Consciente de la contraindicación de esa medicina durante el embarazo, Jack sacó una pastilla y llenó un vaso con agua. De vuelta en el dormitorio, se lo ofreció—. Toma. Y vístete, vamos al hospital.

—No seas aprensivo —dijo Cora, se tomó la pastilla con un buen trago de agua—. Sabíamos que esto podía ocurrir. Vamos a esperar que la pastilla me haga efecto ¿no?

—No —respondió, poniéndose otra vez los pantalones—. Y no voy a discutir contigo. Vístete, por favor.

—Eres un paranoico.

Cora resopló, pero se quitó la toalla y empezó a vestirse con unos leggins beige y un jersey muy amplio y largo de lana blanca. A los pocos minutos llegaron al garaje, se montaron en el DB9 y salieron derrapando hacia el hospital. Para Cora no era necesario, ya que la reacción no estaba aumentando, en cambio, Jack era incapaz de ocultar unos nervios traicioneros que le hacían conducir loco solo con el objetivo de que alguien entendido alejara sus miedos.

Tras la exploración realizada por uno de los médicos de urgencias, confirmó que otra vez el sistema inmune de Cora trataba de rechazar alguno de los componentes del pseudovino ingerido un rato antes. Como siempre, tampoco supo decirles con exactitud qué sustancia podía desencadenar esa reacción anafiláctica y solo les indicó que volvieran si los síntomas aumentaban.

Algo más relajado, Jack abrió la puerta del apartamento y le cedió el paso a Cora, muy callada durante la vuelta, pensando en cuánto lo amaba, consciente de que era de naturaleza impulsiva y tanto ella como su hijo estaban en lo más alto de sus preocupaciones. Casi se emocionó cuando Jack le ayudó a quitarse el abrigo, sintió la ráfaga de cosquillas de un aliento en el cuello y el calor del cuerpo alto y fuerte que pegó al suyo por detrás. Como si pudiera atravesarla con una batería de rayos turquesas y ver a través de músculos y huesos, Jack la giró y levantó con el pulgar la barbilla femenina, frunciendo el ceño mientras analizaba la humedad que Cora no pretendía dejar salir.

—Siempre te amaré, Jack Drake, con tus virtudes y defectos; no puedo imaginarme sin ti.

—Ni yo, nena —comentó sonriendo—. Estoy loco porque podamos tenerlo con nosotros, porque nos casemos, porque estemos tranquilos los tres



juntos. No creas que lo hago por fastidiarte, es solo que a veces no sé controlarme porque me asusta pensar que pueda pasaros algo malo.

—Lo tengo clarísimo. —Cora acercó los labios a los suyos y se besaron con la suavidad de esa calma que estaba estabilizando sus vidas. Dando por concluido el romanticismo, alegre comentó—. Tu hijo tiene hambre.

—Y su papá también.

Otro beso en la frente, una caricia en la barriga y la risotada divertida que Jack soltó al notar la patada del bebé les llevaron derechos a sentarse en la mesa. Charlaron dentro de esa casa que poco a poco se convertía en un hogar e hicieron planes, felices viviendo la dulce espera de un hijo concebido sin rogar y que los dos ansiaban conocer cuando seis meses antes no se atrevieron ni siquiera a desearlo. Y, sin embargo, allí estaban, emocionados con Ethan Drake para formar su familia soñada.

Una mañana a finales de enero, Claire se dispuso con una lupa a buscar en la barandilla de la escalera algún detalle que demostrara la vinculación de Barinov con el movimiento artístico que despuntó en Europa a finales del siglo XIX y principios del XX. Había hecho una lista con algunos nombres de los arquitectos más relevantes y uno en particular trabajó en Londres durante los años que ni ella ni Sean sabían dónde estuvo el ruso.

Todas las obras de Josef Hoffman casaban con ese estilo modernista que era el sello de Boreal. El arquitecto estuvo ligado al movimiento *La Secesión*, con Gustav Klimt como máximo representante, con el que se recuperaba la sensualidad, la abstracción hacia formas vegetales difíciles de interpretar o hacia esas contorsiones que convertían cada objeto en una figura llena de vida atrapada entre colores que captaban con rapidez la atención para ir descubriendo la subjetividad del arte en función de los ojos que lo admirasen. Vio columnas como huesos de animales sosteniendo las estructuras que desafiaban la física, diseños fantasiosos de lámparas y muebles donde predominaban insectos o animales mitológicos, y ese gusto por el romanticismo que solo sugería la extrema sensibilidad de los artistas; el mismo que apabullaba cuando algún desconocido entraba por primera vez en su casa.

Fue metódica desde el primer escalón hasta el último, fotografió todos los animales de las bases, las hojas y ramas que se perdían antes de llegar al pasamanos, e incluso, como pudo, trató de obtener imágenes de la lámpara desde todos los ángulos. La mariposa de cristal era la estrella indiscutible del hueco, tenía una gran similitud con algunos de los diseños que Louis Comfort Tiffany realizó años antes de que su abuelo empezara a construir la casa. Las vidrieras de colores que añadían originalidad a las ventanas sin duda estaban inspiradas en esos trabajos; aunque no encontró el nombre del artista que las

hizo.

Habló una mañana con su vecino Harry, pero era un niño de siete años cuando su abuelo terminó la obra y no pudo aclararle mucho. De esa conversación solo hubo un dato que la intrigó, Harry recordaba a un joven extranjero, con un acento que podía ser ruso, amigo de Charles, y, al parecer, asiduo a Boreal durante años cuando Harry empezó como aprendiz en *Atlantis Cod Fish*. Esa información desmentía el supuesto desinterés de Alexei Barinov por Chris que tanto ella como Sean habían dado por hecho al morir Iris, también sugería que regresó a Terranova y, si como Harry aseguraba, las visitas a la casa fueron constantes, era probable que no hubiese vivido muy lejos.

Las incógnitas por resolver se le acumularon en la mente, pero no quería presionar a Sean pese a la curiosidad que la apremiaba por conocer la historia de su abuelo biológico, por comprender qué pasó con Margaret Clainston y por averiguar por qué Charles Merritt guardó con tanto celo la adopción de su padre.

Se encerró en el estudio tratando de ignorar el martilleo incesante sobre Alexei; aunque al pasar las fotografías al disco duro del ordenador fue incapaz de no pensar en la sangre que compartían o en el amor por la belleza que también los habría unido. Claire estaba convencida de que toda la carpintería y ebanistería de la casa había sido hecha por él, por eso necesitaba

encontrar su impronta; esa pista irrefutable que situara a Alexei Barinov en Boreal Róis. En cambio, tuvo que conformarse con admirar las piezas de madera que sobresalían como un coloso de ébano en un desierto de nácar.

Desmoralizada, dejó de darle vueltas para centrarse en las imágenes de la exposición, hasta que oyó llegar a Gabriel y salió del estudio con ganas de evadirse.

Bajando por la escalera escuchaba la sarta de halagos que a diario Ethel recibía por la comida, entusiastas, desmedidos y, sobre todo, llenos de cariño. Si algo admiraba de Gabriel era la tremenda capacidad que desplegaba para motivar a Ethel, que se crecía y por complacerlo estaba haciéndose una experta en comida española e incluso se atrevía con el idioma. Por desgracia, ni ella ni Eloise se enteraban de nada y como el Inquisidor solo la animaba ambas creían que avanzaba a pesar de no saberlo a ciencia cierta.

—Hola, cariño —saludó Claire entrando en la cocina. Gabriel dejó la cuchara de madera en la encimera, se giró sonriente y la besó en los labios delante de Ethel sin ninguna vergüenza, tampoco se sació como deseaba—. ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien, en mi línea ascendente.

Ethel enfocó los ojos muy abiertos en un cuerpo atlético y, sonriendo irónica, le preguntó:

—¿La misma que se te empieza a marcar en el estómago?

—¿Tú crees? —Gabriel bajó la cabeza y se pasó la mano por la barriga, palpando concentrado. Alarmado, preguntó—. ¿Estoy engordando?

—Qué va —respondió Claire indiferente, desvió un instante la vista hacia Ethel, reprochándole el comentario. Su marido era un dios, perfecto y con un cuerpo para el vicio, y tenía que creérselo aunque tuviera algunos kilos de más ganados a base de la buena mesa que le privaba—. Estás guapísimo.

—No sé... —Gabriel no se convenció y empezó a tirar de la cinturilla del pantalón, comprobando que se ajustaba más de lo habitual. Bufó de manera infantil, con un gesto abatido en los labios, y añadió—. Tendré que alargar las carreras con *Shu*.

—Supongo —dijo Claire, sacando los cubiertos del cajón para poner la mesa—. Porque dentro de tus planes no está hacer dieta ¿verdad?

—Cariño, por favor, ¿cómo podría? —Gabriel encogió los hombros mientras negaba con la cabeza. Entornando los ojos miró un segundo a Ethel, otro a Claire y agregó—: El día que me ponga a régimen, las tres caéis conmigo; así que más os vale ir compensando los menús para que no lleguemos a ese extremo.

Ante la contundencia de la afirmación, Claire compuso un mohín irónico destinado a Ethel, pensando hasta qué punto tenía calado a Gabriel.

No tardaron en sentarse a la mesa ni en olvidar el peso, aunque seguirían su petición y equilibrarían mejor los alimentos para evitarle obsesiones innecesarias. Sería difícil porque sus gustos iban acompañados de calorías, pero como opción sería preferible al martirio de soportarlo en otra caza de brujas; con la economía, Claire daba por satisfecha su experiencia con la Inquisición.

Esa tarde Claire volvió a dedicarse a preparar la exposición y Gabriel aprovechó para trabajar desde la biblioteca de la planta baja. Antes de salir a correr con *Shu*, subió al estudio. La encontró con la mirada perdida delante del ordenador, creyó que ni siquiera lo había oído entrar, se acercó despacio y hasta que no estuvo casi encima no movió los ojos.

—¿Qué miras? —preguntó Gabriel rodeando la mesa.

Tenía en la pantalla imágenes de varios edificios con las fachadas muy llamativas, del estilo de Gaudí; aunque no reconoció ninguno.

—Son algunas de las casas que hizo Hoffmann en Bélgica, Londres y París. Me había puesto con las fotos de la exposición, pero como esta mañana he estado buscando confirmar que Barinov hizo el trabajo de ebanistería me he despistado y he vuelto a las obras en las que podría haber participado durante el tiempo que suponemos estuvo en Europa antes de tener el romance con Margaret.

—¿Crees en serio que pudo relacionarse con Hoffmann? Barinov era un emigrante ruso y posiblemente no tenía contactos para relacionarse con él.

—Si lo dices porque era pobre —habló con un deje molesto—, dudo mucho que fuera una razón ni para Hoffmann ni para cualquier otro gran arquitecto de la época. Ninguno nació en la abundancia, incluido Gaudí; primaban el arte, las ganas y la dedicación.

—No he querido ofenderlo.

—No lo has hecho —comentó con un matiz triste en la voz. Claire cambió la imagen por la de algunos muebles de madera: una pequeña mesa globo, otra de trabajo con las patas como ramas de un árbol, llegaban al suelo igual que las raíces, y un aparador con una abundante decoración, casi rococó, pero con unas líneas tan sobrias en las tallas que equilibraban ese exceso—. Por las fechas, Barinov no pudo estar en contacto con muchos arquitectos, ten en cuenta que realizar unos muebles así conllevaría meses de trabajo.

—Me recuerdan a los hay en el Park Lane. En el vestíbulo había un secreter muy parecido al de nuestro dormitorio.

Al oírlo, Claire buscó rápido imágenes del hotel, miró a Gabriel con un brillo alegre en los ojos y en pocos segundos dio con Henry Tanner y la construcción después de la guerra del hotel. Se levantó de la silla, cogió la lupa y arrastró al sorprendido inquisidor, destacado por una mente brillante y

una memoria fotográfica.

Bajaron juntos al dormitorio a inspeccionar el mueble. Durante minutos no encontró nada hasta que Gabriel lo separó de la pared y en la esquina inferior derecha aparecieron camufladas por el polvo las iniciales “AB”.

Para Claire fue un instante revelador, por fin confirmaba que Barinov había sido el encargado de darle el esplendor que Charles Merrit buscó para ese hogar donde años más tarde crió como suyo al hijo de Alexei y Margaret Clainston. Gabriel miraba concentrado hacia abajo, a las patas. Se agachó y pasó las yemas de los dedos por la madera, por una rama perdida que moría en una voluta con forma de espiral. Se levantó y recorrió con la vista las mesitas de noche. Volvió a ponerse en cuclillas y descubrió exactamente la misma rama. Si bien, dejó de verla para distinguir con claridad una “M”. Sin reparar en los ojos asombrados de Claire, salió del dormitorio y comprobó las librerías del salón y la biblioteca de la planta. En las dos remataba las patas con la misma inicial.

—¿Qué has visto?

—El amor de Alexei. —Gabriel sonrió—. Aquí. —Señaló a Claire dónde tenía que mirar, recorrió con el índice la letra y preguntó—. ¿Ves lo mismo que yo?

Claire frunció el ceño.



—No. Expílicate.

—Barinov no solo firmaba los muebles, tenías razón, dejó en todos su impronta y estoy convencido de que era un homenaje a Margaret.

Con mucho interés, Claire observó el relieve de esas ramas confundidas con el resto de ornamentación. En poco tiempo repasaron los muebles, animados conforme la “M” aparecía en todos, incluidos los barrotes de la escalera. En cada uno se fue desvelando una impronta olvidada y oculta entre filigranas demasiados años, con demasiado afán por no ser descubierta.

—Voy a llamar a Sean —dijo Claire emocionada—. Gracias, cariño. Es increíble cómo ha pasado desapercibido, te acostumbras a ver las cosas y no eres capaz de ver más allá.

—De nada. —Gabriel la besó en los labios—. Es un placer haberte sido de ayuda. No te enrolles mucho con él, voy a sacar a *Shu* un rato.

Nada más salir Gabriel del estudio, marcó el número de Sean.

—Hola, Claire ¿cómo estáis?

—Muy bien. Tengo la firma de Alexei y un distintivo inconfundible en todos los muebles.

—Me alegro, aunque yo tengo algo mucho mejor —dijo con el matiz suficiente que usaba si estaba contento—. Iba a llamarte más tarde, pero te has adelantado. Con ese hallazgo confirmamos que en el 45 estuvo allí y como mínimo mantuvo una relación contractual con tu abuelo. ¿Recuerdas

cuándo me dijiste que lo buscara en Terranova a partir del nacimiento de tu padre?

—Claro. Además, sabes lo que me contó Harry. El extranjero que él veía con frecuencia por aquí debió ser él.

—Sí, pero ya no era Alexei Barinov, se nacionalizó canadiense como Alec Barn. El último domicilio que he podido comprobar está a cinco kilómetros de tu casa.

—¿Está vivo? —preguntó con el corazón a punto de salirle por la boca.

—Creo que sí. Al menos no hay constancia de que haya fallecido.

—Sean, puedo conocerlo —dijo Claire en un murmullo—. Quizá lo conozco.

—Apunta su dirección y ve a verlo.

Tras contarle a Gabriel las novedades, comprendió su impaciencia y se ofreció a acompañarla hasta la casa de Alec Barn.

Debido a la oscuridad que a esa hora ya se había apoderado del día, pese a ser poco más de las seis de la tarde, Claire no pudo parar ni un segundo de imaginar cómo sería su abuelo. Al salir de San Juan, Gabriel se preocupó por el silencio que no rompía, pero lo respetó, entendiendo la importancia que tenía para ella conocer al único familiar directo que le

quedaba.

Llegando a la dirección, contemplaron una casa algo destartalada. Estaba al final de un estrecho camino, demasiado aislada para que un anciano viviera allí; aunque habían dejado atrás dos más donde vieron luces en el interior.

La inquietud también se apoderó de Gabriel cuando no vio en la casa ningún signo de vida.

—Cariño, es posible que no haya nadie.

—Eso parece —dijo Claire, abrigándose—. Pero necesito comprobarlo.

Gabriel asintió, se colocó un anorak y bajó de prisa del todoterreno. Sujetó la mano de Claire yendo hacia la puerta, andando con dificultad por la nieve acumulada. Compartieron una mirada antes de llamar al timbre. No sonó y Gabriel golpeó la madera con los nudillos. Mientras esperaban solo se escuchaba el sonido de sus respiraciones al exhalar nubes blancas o el suelo del porche al crujir con el movimiento de sus pies por no quedarse quietos y congelarse. No les hizo falta hablar para concluir que Alexei Barinov no estaba en casa y regresar al Bronco.

—Si sigue vivo, lo encontraremos —dijo Gabriel, arrancó el motor y volvieron a circular por la carretera—. No te preocupes.

Con una sonrisa breve, Claire asintió.

—¿Por qué no paras en una de esas casas? Quizá sepan dónde está.

En pocos minutos volvieron a bajarse del vehículo frente a una casa de madera no muy grande. Tenía dos focos exteriores iluminando la fachada e indicando que dentro estarían sus propietarios.

Claire llamó al timbre, oyeron ladrar a un perro y, al momento, abrió un hombre corpulento de mediana edad. Era un cliente del banco que Gabriel conocía de vista.

—Hola —saludó Gabriel, extendió la mano con una sonrisa amable. Para su bochorno, no recordaba cómo se llamaba el hombre—. Somos Gabriel y Claire Drake. Disculpe que nos presentemos en su casa, pero queríamos preguntarle por Alec Barn.

El hombre, que en un principio se asustó al ver al director del Scotia, relajó el ceño fruncido y sujetó al perro.

—Pasen, por favor.

Agradecidos por la hospitalidad, entraron y se desprendieron de la ropa de abrigo. El interior tenía un mobiliario anticuado y sencillo. Destacaba la chimenea con un fuego alegre y una pantalla de televisión grande y moderna. El hombre cogió un mando a distancia y anuló el volumen al partido de hockey que le habían interrumpido.

—¿Sabe dónde podríamos encontrar al señor Barn? —preguntó Claire.

—Se fue a una residencia de ancianos la primavera pasada, pero no sé

a cuál.

—¿Estaba enfermo? —preguntó Claire.

—Nada grave, los achaques de un hombre con casi noventa años.

—¿Conoció a Charles Merritt? —preguntó curioso Gabriel.

—Claro —respondió de inmediato, fijó unos ojos azules pequeños en Claire y añadió—: ¿No es usted la hija de Chris y Grace?

—Sí. Lo siento, pero a usted no lo recuerdo.

—Soy Michael Farley, trabajé para su abuelo y su padre hasta que cerraron. No tiene por qué disculparse, era una cría y yo no voy mucho a San Juan desde que trabajo en *Hibernia*.

—Es duro estar allí —dijo Gabriel invadido por la imagen de la plataforma, por el accidente que le rompió el tobillo y cambió su vida al conocer a Claire—. ¿Está de descanso?

—Sí, aún me quedan dos semanas. ¿Quieren tomar algo?

—No, gracias —respondió Claire—. Tenemos que irnos.

—Siento no haber podido ayudarles más, pero Alec no era dado a relacionarse ni yo tampoco. Pueden hablar con Craig Lyndon, fue el último ayudante que tuvo, suele venir los viernes por la tarde a echar un vistazo al taller.

—Nos ha ayudado —dijo Gabriel sonriendo levemente—. ¿El taller está cerca?

—Sí, detrás de la casa, hay que rodearla para verlo.

—¿Recuerda haber visto a Alec con Charles? —preguntó Gabriel.

—Por supuesto, eran íntimos amigos. Cuando el señor Merritt murió, Alec estuvo bastante tiempo fuera, creo que en Europa. Supongo que se iría para visitar a su familia.

—¿Aquí no tenía? —preguntó Gabriel.

El hombre encogió una nariz prominente y negó moviendo rápido la cabeza.

—Que yo sepa, no. Alec era un solitario, vivía para su trabajo. Era el mejor carpintero que he conocido, muy fino, un perfeccionista. Nunca lo vi con ninguna mujer, pero eso no quiere decir nada, ya les he comentado que era un hombre reservado y yo tampoco soy muy curioso. —Michael miró a Claire con pesar—. En aquella época, cuando murió su abuelo, las cosas ya no iban bien en la factoría y los pocos que quedamos teníamos que hacer muchas horas extras para sacar el trabajo adelante. No sirvió de nada, pero su padre hizo todo lo posible por mantenernos hasta que cerró. Fue una racha muy mala para todos, pero no nos falló ningún mes; era una buena persona y fue un patrón ejemplar.

Gabriel vio cómo se humedecían los ojos de Claire y colocó el brazo en su hombro.

—Gracias, Michael. —Gabriel, estrechó la mano con la suya—. Ha

sido muy amable con nosotros.

—Si le digo la verdad, cuando lo he visto me he asustado.

—¿Por qué? —preguntó Gabriel, poniéndose el anorak mientras Claire también se abrigaba—. ¿Ha creído que venía por algún tema del banco?

Michael inclinó la cabeza sonriendo.

—Lo he pensado un instante.

—Siento el susto —dijo Gabriel, esbozando una sonrisa, tocó el hombro de Michael—. Gracias por todo.

—Adiós, señor Farley.

Claire se despidió con dos sentidos besos en las mejillas, agradeciendo el grato recuerdo que conservaba de su padre y abuelo. Gabriel presenció la escena algo asombrado, aunque supuso que la nobleza al reconocer el esfuerzo de los Merritt ocasionó un arranque espontáneo, impensable cuando la conoció y que daba fe de su recuperación.

Una vez en el coche, Gabriel esperó unos minutos tras arrancar para entrar en calor y hablar:

—¿Estás bien?

—Hace algunos meses, Sean me dijo que no entendió por qué mi padre aguantó con la factoría si estaba viendo que iba a la quiebra. —Hizo una pausa y tardó unos segundos en continuar—. Acabo de comprender que

fue por no despedir a los trabajadores que quedaban. Me pasó lo mismo para seguir con el negocio abierto cuando murió mi madre; la única razón eran los puestos de Luc, Ethel y Eloise.

—Es posible, pero ya es mejor no pensarlo.

—Sé que fue un hombre muy querido por quienes lo conocieron.

—En las palabras de Michael se notaba el respeto y la admiración. Quédate con lo bueno, cariño. Tenemos confirmado que su padre natural y el adoptivo lo quisieron. Alexei casó a su hermana con tu abuelo para tener la garantía de que estaba bien, ha estado aquí durante toda su vida y estoy seguro de que no se habrá ido muy lejos. Vamos a encontrarlo.

—Sí. Intentaré volver el viernes para hablar con Craig Lyndon, lo conozco, y mañana llamaré a las residencias de ancianos de la zona, no creo que haya muchas.

—No lo creo tampoco —comentó echándole un vistazo rápido—. ¿Estás más tranquila?

—Sí, mucho. Una de las cosas que más me preocupaban era que viviera solo siendo tan mayor.

—Ya verás como dentro de unos días puedes conocerlo.

—¿Crees que él me ha conocido? —preguntó refiriéndose a Alexei. Esa incógnita sobrevolaba por su cabeza con un inquietante pesar.

—Sí, Claire, estoy convencido, que sabe de ti está garantizado. Otra



cosa es por qué tú no sabes de él. Cuando murió tu padre pudo sincerarse con tu madre, a fin de cuentas, él era la única familia que teníais. Eso es lo que no me cuadra. Entiendo que Alexei tuviera un pacto con tu abuelo y no quisiera traicionarlo, pero al morir tu padre habría sido bueno para vosotras saber que no estabais solas.

—No fueron los mejores años para nosotras. Quizá lo intentó, pero ten en cuenta que mi madre cerró el negocio y desaparecimos en Nueva York durante varios meses por... el juicio. Si quiso continuar con la relación, no lo tuvo fácil.

—Bueno, de momento, yo estoy satisfecho con él —dijo sonriendo—. Parece un hombre con principios.

—Como tú. —Claire le tocó cariñosa la rodilla—. El mejor hombre que he conocido, el creador de todos mis sueños.

—No exageres, cariño, si quieres que vuelva a posar no hace falta que me hagas la pelota.

—Te prefiero como modelo cuando no posas.

—¿Otra vez me has pillado duchándome?

—No. —Claire negó con vehemencia, pese a ser consciente de que mentía fatal—. No voy a estar haciendo siempre lo mismo. No seas mal pensado.

—Nos conocemos y, por tu cara, me temo lo peor.

Los labios apretados de Claire disimularon la risa que quería explotar y auguraron a Gabriel alguna sorpresa. No supo a qué se enfrentaría, pero decidió seguir confiando en una capacidad artística indiscutible para exhibir su cuerpo salvaguardándole la masculinidad pese a no privarse de insinuarla. Ese precio a pagar por ser un fetiche tenía muy claro que era ínfimo a cambio de la felicidad que sentía a su lado. Claire podía usarlo como quisiera, en honor a la verdad, nunca se lo reprocharía.

## TRECE

*Nueva York, 25-1-13*  
*Estados Unidos*

Tras una reunión que duró más de dos horas, Cora salió de la sala de juntas con el único objetivo de quitarse los zapatos de tacón, ya que tenían habilidad para hincharle los pies si no se movía, organizar la agenda para la próxima semana y salir pitando hacia el apartamento para relajarse con Jack, que debía haber regresado de otro compromiso y estaría esperándola.

Un rato después, aparcó el Volvo en el garaje, al lado del DB9, y subió en el montacargas sin coincidir con nadie, pensando en lo poco que faltaba para cumplir su objetivo. Antes de abrir la puerta escuchó algunas voces en el interior, pero no logró identificarlas; en cambio, en cuanto entró comprendió al instante que ese ansiado descanso no sería posible con sus padres de visita.

Victor Hosborn era un hombre de sesenta y cinco años, con el cabello no muy plagado de canas y una apariencia fría en un cuerpo algo descuidado, pese a vestir un elegante traje oscuro; el azul de unos ojos agrandados por el aumento de sus gafas y la línea tensa que formaron unos labios finos al mirarla advertían que seguía molesto por no haber contraído matrimonio antes del nacimiento de Ethan. Su madre, Angie, tampoco mostró más

afinidad; aunque trató de disimular con una expresión amable. Seguía vistiendo con el clasicismo de siempre, ese día, un traje de chaqueta y pantalón beige. Tenía un cuerpo delgado, el pelo rubio corto y unas facciones suaves que quienes las conocían solían comparar.

—Hola —saludó Cora algo cohibida—. Menuda sorpresa.

Jack se acercó con una sonrisa tibia y una mirada piadosa, le besó los labios y acarició su vientre como hacía cada vez que pasaban varias horas sin verse.

—Hola, Cordelia —saludó Victor dándole dos besos en la cara—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —respondió, abrazó cariñosa a Angie, consciente de que jamás contradecía cualquier opinión del cabeza de familia—. ¿Por qué no me habéis avisado de que veníais? Habría intentado llegar antes.

—No pasa nada —dijo Angie, desvió un segundo los ojos hacia Jack y añadió—: No llevamos aquí más que unos minutos. Estás guapísima, cariño.

—¿Hasta cuándo os quedáis?

—Estamos de paso —dijo Victor—, nos vamos el lunes quince días a Aruba.

—Qué bien —exclamó con un gesto de satisfacción en los labios—. ¿Tenéis hotel para este fin de semana?

Al decirlo, notó la presión de los dedos de Jack en la espalda.

—Sí, no te preocupes por nosotros. —Victor habló serio—. No queremos molestar.

—Muy bien. Voy a cambiarme, tardo un minuto —dijo Cora, miró a Jack y comentó de pasada—. Cariño, ¿por qué no abres una botella de vino mientras vuelvo?

—Porque ya les he ofrecido algo de beber, y no quieren nada, y para mí solo prefiero una cerveza.

Aunque el tono de Jack no fue irónico, Cora advirtió su malestar. Salió del salón maldiciendo los dos días que tenía por delante, en medio de los tres sin querer molestar a ninguno. Se sentó en la cama del dormitorio para quitarse los tacones, cuando Jack entró mordiéndose el labio con los ojos entornados.

—No soporto a tu padre.

—Lo sé, cariño. —Cora suspiró, dándole un puntapié a los zapatos. Jack le cogió la mano y la ayudó a levantarse. Se abrazaron unos segundos, antes de darse el beso de bienvenida que deseaban, con sus lenguas danzando ávidas de las esencias de los dos para impregnarse a conciencia—. Espero que no empiecen con sus tonterías.

—Vamos a soportarlos como podamos —dijo Jack, sonrió animoso—. ¿Estás bien?

—Agotada. No veía el momento de llegar para descansar —comentó

separándose de él—. Menos mal que no se quedan aquí.

—No me tragan, nena, y saben que es recíproco.

—Lo siento, cariño. —Cora le dio un beso rápido en los labios y sonrió al elegante caballero que era cuando quería—. Si inventas una excusa para irte un rato no voy a molestarte.

—No, están en nuestra casa y puedo manejarlos sin problemas; no te preocupes por mí.

Salieron de la mano hacia el salón. Los Hosborn contemplaban los cuadros con unas miradas que ni Jack ni Cora supieron interpretar, pero tampoco les supuso una gran inquietud porque tenían asumido la extravagancia de algunos, la fuerza de todos y el valor sentimental de uno; el que lograba atrapar a quien supiese admirarlo con los ojos del alma en vez de limitarse a un único sentido. Aquel mar confuso del Janssen era también etéreo, como gases fluyendo o vapores girando alrededor de una hoguera de agua, tan irreal como mística; solo enredaba el lienzo para conseguir una meditación que ninguno se planteó si alcanzaría a los Hosborn, con saber que la visita finalizaría en breve tuvieron más que de sobra.

Las cosas no estaban yendo como Claire tenía previsto para encontrar a Alexei después de llamar a las cuatro residencias de San Juan y los alrededores. Se desanimó cuando tuvo la lista completa de todas las que había

en Terranova: más de treinta. Recordando la conversación con el señor Farley, pensó que Craig Lyndon debía saber cómo localizar a Alexei si había tenido la confianza de dejarle las llaves del taller. Todavía no eran las cuatro de la tarde, tenían una tregua con la nieve y creyó que era la oportunidad perfecta para salir de dudas.

Cuando minutos después llegó, volvió a deprimirse al no encontrar a nadie. Rodeó la casa para descubrir una especie de granero de madera no muy grande. Tenía el portón principal atravesado por un tablón de madera, con varias cadenas y candados; y el tejado estaba lleno de numerosas ventanas, todas tapiadas por fuera. Nada indicaba que Craig Lyndon usase el taller de Alexei; más bien parecía que tratara de mantenerlo intacto o a salvo de actos vandálicos.

Volvió al Bronco pensando en el destino de Alexei y el suyo, ninguno clamaba por unirse con el del otro. Llevaba semanas detrás de su pista, pero cada vez que lo rozaba surgía algún nuevo impedimento para alejarlos. Con unos pensamientos derrotistas, se obligó a no dejarse vencer aunque supusiera pasar horas al teléfono hasta averiguar dónde había elegido pasar el final de su vida. Justo cuando llegaba al cruce para incorporarse a la carretera general, entró en el camino una camioneta azul conducida por Craig.

De inmediato, Claire dio la vuelta maniobrando varias veces.

Aparcó junto a la camioneta, vio el portón abierto y se bajó con una

extraña palpitación en el pecho; otro síntoma más de esa ansiedad que toda la historia de su familia le provocaba. Oyendo unos golpes rítmicos, accedió cautelosa. Trató de enfocar la vista, pero era difícil con la poca iluminación que había. La penumbra reinaba entre los pocos rayos de claridad que las tablas de las ventanas permitían colarse. El interior no tenía mucha maquinaria, solo distinguió un torno manual, una sierra de cinta y otras que al estar cubiertas con fundas no supo qué eran. Siguiendo el sonido del martillo, avanzó hasta un banco de trabajo donde Craig clavaba algo dándole la espalda.

—¿Craig? —preguntó Claire, elevó el tono y repitió—. Craig.

El hombre se sobresaltó y dejó caer el martillo al suelo con la poca fortuna de topar con una pila de pequeñas cajas de madera que se desmoronó y lo llenó todo de más ruido esparcido con desorden por el suelo. Claire aprisionó los labios para no reír. Siempre tuvo un radar especial para los inadaptados y Craig, pese a su cuerpo grande y corpulento, parecía aún el muchacho que recordaba perfectamente del colegio: un solitario poco agraciado y menos conversador.

—Claire Merritt ¿qué haces aquí?

—Hola, no quería asustarte, lo siento —comentó mirando la cantidad de cajitas de diferentes tamaños que Craig se afanaba por recoger, ninguna mayor de diez por diez centímetros—. Espera, te ayudo. —Con buena



voluntad, Claire se agachó, cogió varias y las apiló tal y como él hacía, formando otra torre de dudosa estabilidad. Notó que algunas eran más oscuras que otras; aunque todas tenían escrito con lápiz blanco un número y un año. No pudo fijarse mucho más—. ¿Son para hacer moldes?

—No, las plantillas que Alec usaba para tallar las hacía de chapón. Nunca repetía, cada mueble tenía las suyas propias. No sé para qué usaba estas cajas, pero era un maniático con ellas, todos los años aparecía con alguna nueva.

—Qué curioso —dijo Claire intentando descubrir el uso, al ser incapaz, se centró en Craig y preguntó—. ¿Sabes en qué residencia está? Necesito hablar con él.

—Sí, claro, en Deer Lake Manor.

—Gracias —dijo sonriendo, por fin daba con su abuelo.

Observó todas las pequeñas herramientas ordenadas por tamaños en un tablero apoyado en el banco, con curiosidad se acercó mientras Craig seguía recogiendo las cajitas. Vio mazos, punzones, martillos de goma y una colección de gubias para tallar con los mangos de madera y las puntas metálicas, con formas planas, oblicuas y de cuchara. Extendió el brazo para coger la única que tenía el mango negro, con la hoja recta y el corte trilateral.

—¡No! —exclamó Craig, acercándose rápido—. A *Maggie* no puedes tocarla.

—¿Maggie? —preguntó atónita, fijándose en la “M” que también tenía grabada en el mango—. ¿Las herramientas tienen nombre?

—No, solo esa. —Craig sonrió ligeramente—. Cuando Alec terminaba un mueble siempre me la pedía antes de entregárselo al cliente. Él llamaba así a esa gubia. Decía que sin el toque de *Maggie* ninguno de sus muebles podía salir de aquí. Supongo que todos los artistas tienen algo especial.

—Muy especial —murmuró Claire, concluyendo para qué usaba la herramienta. Pensó cuánto debió amar a Margaret Clainston para tenerla en el recuerdo durante toda una vida y convertirla en casi un fetiche o una superstición—. En mi casa todos los muebles los hizo él, se nota la calidad, la dedicación y el amor a su profesión.

—Vivía para tallar —dijo Craig, recorriendo con los ojos el taller—. Es una pena que todo esto se pierda, pero yo no puedo quedármelo porque no tengo su don. Aprendí todo lo que sé a su lado, menos a diseñar; y eso es lo que marca la diferencia entre un trabajador y un artista.

—¿Cuánto tiempo estuviste con él?

—Desde que terminé el instituto hasta el 2001, cuando se jubiló. Aunque no lo dejó definitivamente hasta el año pasado. Pude convencerlo para que se fuera a la residencia.

—¿Por qué se ha ido a Deer Lake? ¿Está enfermo?

—No tiene nada, pero esto está muy aislado y ya no podía conducir

para mantenerse por sí mismo. Él quería alguna por aquí, pero no había plaza y tenía que esperar alguna vacante. Fuimos a esa y le gustó que estuviera a orillas del lago. Vive en un bungalow independiente, aunque las comidas las hace con el resto de compañeros. Está muy bien porque los que tienen movilidad no se sienten encerrados, es más como un complejo vacacional, tienen un montón de servicios y para cualquier emergencia son atendidos de inmediato.

—¿Hace mucho que no le ves?

—Tres meses. Estoy trabajando en la refinería y voy cuando puedo. — Craig la miró con timidez—. Pero si lo preguntas por su salud, está muy bien para su edad. Siempre bromea diciendo que los rusos están hechos de hierro.

—Tengo ganas de conocerlo. Sé que fue amigo de mi abuelo, pero no lo recuerdo. ¿Venía mi padre por aquí?

—Alguna que otra vez, pero no solía tener muchas visitas. —Craig fijó los ojos en Claire, pensativo, tardó un instante en continuar—. Ahora que lo dices, recuerdo que se animaba mucho cuando venía tu padre, parecían tener confianza.

—Supongo —comentó ausente y suspiró hondo—. Muchas gracias por todo, me ha alegrado mucho saber de ti.

—Lo mismo digo. He oído que te has casado, enhorabuena.

—Sí, en noviembre.

—¿Y ya ha terminado la reforma de Boreal?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó curiosa.

—Porque la gente habla y por aquí se sabe todo —dijo Craig despreocupado—. Sé que el arquitecto buscó a Alec para la carpintería, pero él ya estaba en Deer Lake.

—Sí, en pocos meses la hemos reformado dos veces. Cuando murió mi madre tenía intención de seguir con la residencia, pero después cambié de opinión. Pásate algún día, ha quedado preciosa —contó amable. Por añadir algo sin desvelar su verdadera motivación, Claire siguió—. Entre las cosas de mi abuelo, hemos encontrado algunas fotos de él con Alec, y me gustaría dárselas.

—Recuerda llamar antes de ir a verlo, son un poco quisquillosos con las visitas.

—No te preocupes, no creo que pueda ir hasta finales de mes. Tengo una exposición en Nueva York y me voy dentro de pocos días.

—¿Eres pintora?

—No —respondió risueña, a gusto por charlar con él—. Estoy haciendo un curso de fotografía, acabo este mes, pero ya he expuesto con unos compañeros y ahora voy a hacerlo en solitario.

Durante un buen rato se pusieron al día tras quince años sin verse. Luego, Craig le enseñó varios cuadernos de Alexei con diseños de insectos y

motivos vegetales antes de que los trazara en chapas de madera de cinco o seis milímetros de grosor. Indudablemente, tenía habilidad para el dibujo artístico. Los trazos eran precisos y plasmaban detalles minúsculos con un realismo apabullante. Contempló las alas transparentes de una libélula, la elasticidad y la fragilidad de las hojas de varias especies de árboles, la dura coraza de un escarabajo, pequeñas flores y grandes, o cientos de matices en los cuerpos de las mariposas más bellas imaginables.

El sonido del móvil de Claire, con una llamada de Gabriel, les interrumpió y aceleró una despedida amistosa con dos besos en las mejillas.

Mientras Gabriel esperó a Claire, cortó un poco de queso, preparó un plato con jamón y llenó una copa de vino tinto. Después de atizar el fuego de la chimenea, se sentó en el sofá del salón y degustó relajado la combinación de sabores. *Shu*, tumbada a sus pies sin reclamarle nada, mostraba la nobleza e inteligencia que caracterizaban su raza, aprendiendo nuevas órdenes a diario o siendo su mejor compañía cuando se sentía solo por la de horas que Claire dedicaba a la fotografía, máxime con la exposición en MaiSa a la vuelta de la esquina. Para ella era una prueba de fuego que necesitaba superar con honores.

A una velocidad pasmosa, *Shu* se levantó. En unos minutos, reapareció con Claire.

—Hola, qué bien estás —saludó Claire, acercándose a él para besarle los labios—. Cómo te cuidas.

—Hago lo que puedo —dijo sonriendo, cogió una copa vacía que tenía preparada junto al aperitivo y la sirvió—. ¿Qué tal te ha ido con Craig?

—Bien —respondió al sentarse a su lado, bebió un sorbo de vino y dejó la copa encima de la mesita de madera—. Alexei está en Deer Lake, el lunes llamaré para concertar una visita. Craig ha sido encantador, me ha contado un montón de cosas. Y una, no vas a creértela —dijo con un brillo feliz en los ojos—. Tenía una gubia a la que llamaba Maggie y no permitía que ningún mueble saliese del taller sin que *Maggie* le hubiese dado el toque final.

—¿La eme?

—Sí, no puede ser otra cosa. Craig no sabe exactamente qué hacía porque de las tallas solo se encargaba él, pero sumando dos más dos tiene que ser eso. También he visto más de cien cajitas numeradas de madera, apiladas en varias torres. Craig no sabe tampoco para qué las usaba. Trabajó con él hasta que se jubiló en el 2001, pero dice que siguió haciendo cosas hasta que se fue a la residencia. Alexei quería que Craig se quedara con el taller, pero está trabajando en la refinería y no puede hacerse cargo. No sé, supongo que tendrá que venderlo.

—¿Tu padre no murió en el 2001?

—Sí. ¿Piensas que tuvo algo que ver en su jubilación?

—No lo sé, pero me ha sorprendido la coincidencia —dijo Gabriel, cogió la copa y bebió antes de añadir—: Me extraña mucho que no intentara seguir en contacto con vosotras, no tiene sentido, cariño, tú eres su nieta, la única familia que le queda.

—He intentado tantas veces hacer memoria para recordarlo, que ya no sé qué pensar. En aquella época yo había terminado el instituto, tenía dieciocho años, debería acordarme de él. Craig me ha dicho que de vez en cuando mi padre iba por el taller, pero él tendría que venir también por aquí ¿no?

—No lo sé. Y que no lo recuerdes no significa nada, podía venir cuando tú estabas en el instituto. Para mí es mucho más raro que Ethel y Eloise no lo conocieran.

—Te dije que Ethel me mintió —comentó pensativa—, las dos saben algo. —Esbozó una sonrisa lenta y cogió una loncha de jamón, que saboreó al estilo de Gabriel—. Aparte de darme unas ideas excelentes, me abres el apetito. Está buenísimo, cariño.

—Tengo que justificar la calidad con el precio para que no te quejes. —Gabriel masticó un pedazo de queso, se relamió y acercó la cabeza a la suya—. ¿Tienes mucha hambre?

—Sí —afirmó Claire, colocando los brazos por su cuello—. Estoy

famélica ¿vas a saciarme?

—Puedo intentarlo. —Gabriel recorrió con una mano el costado de Claire, unió sus labios en un beso que empezó con suavidad hasta casi morderle la boca drogado por el deseo. Movi6 la lengua con fuerza y captur6 todos los matices de unos aromas que su cerebro relacionaba con el placer. Se apart6 impresionado y tard6 unos segundos en encontrar la voz—. Vas a matarme.

Pasaba la media mañana del lunes cuando consigui6 Claire quedarse satisfecha con los retoques de la última fotografía, la única que Marion todavía no había visto de las quince que expondría y necesitaba urgentemente para que pudieran realizarle los bastidores. Todas tenían unas dimensiones excesivas y estaban compuestas por varias piezas. En cuanto la envi6, sali6 del estudio para darle a *Shu* un paseo por el parque mientras Gabriel llegaba del banco. Coincidi6 con Eloise, que bajaba de la buhardilla, y record6 una pregunta pendiente:

—Elo, ¿te suena el nombre de Alec Barn?

Al escucharla, Eloise abri6 los ojos como platos un segundo y empez6 a bajar la escalera con demasiada rapidez.

—Por hoy he terminado. Dile a Gabriel que no deje ropa en la biblioteca si quiere que la lave, voy encontrándome prendas allá por donde



va.

—Díselo tú, a mí no me hace caso —comentó Claire siguiéndola—. No me has contestado, ¿conoces a Alec Barn? —insistió. Eloise entró en la cocina, evadiendo la pregunta. Consiguió molestar mucho a Claire, que se plantó delante con los brazos cruzados—. ¿Qué te pasa?

—Nada, Claire —respondió incómoda—. Hace muchos años que no lo veo.

—¿A quién? —Ethel se acercó, secándose las manos con un paño, también había terminado de preparar la comida y tenía la misma intención de marcharse que su hermana—. ¿De quién habláis?

—Del ruso, Ethel —contestó Eloise, entornó los ojos y resopló por la nariz—. A tu madre no le gustaba, lo soportó porque sabía que tu padre le tenía aprecio, pero a ella siempre le pareció que ocultaba algo; estaba obsesionado contigo. La pobre ya no sabía qué hacer para que os dejara en paz.

—¿Mamá creía que Alec pretendía hacerme daño?

—Era un viejo y siempre estaba preguntando por ti —comentó Ethel—. Tu padre no le daba importancia, decía que estaba muy solo, pero Grace no quería que se acercara a ti. Después del entierro de tu padre estuvo un tiempo sin aparecer, pero cuando volviste de Nueva York pretendió seguir con la amistad. Tu madre le dijo muy clarito que cómo lo viera otra vez por

aquí lo denunciaría a la policía. Gracias a Dios debió olvidarse porque no volvió nunca más. Era un hombre extraño.

—Ya. —Claire tragó despacio, a punto de llorar. Disimuló yendo a la encimera, abrió la olla recién apartada del fuego y aspiró el olor penetrante del guiso de carne que haría las delicias del Inquisidor y *Shu* también olfateaba—. Hoy Gabriel va a ponerse las botas.

—Lo sé —replicó Ethel sonriendo, terminó de abrocharse el abrigo, y salió de la cocina con su hermana—. Tengo una lista para cuando vayáis a Nueva York.

—Mañana se la das, yo no creo que pueda acompañarlo esta vez. Además, para el caso que me hace, es mejor que compre él solo.

—¿Has podido terminar? —preguntó Eloise.

—Sí, espero que a Marion le guste.

En ese momento, *Shu* salió lanzada hacia el vestíbulo moviendo alegre la cola para recibir a Gabriel con honores cuando abrió la puerta y entró.

—Hola, bonita —saludó tocando el lomo del animal—. ¿Cómo estás?

La fiesta cariñosa que *Shu* le hacía al llegar del trabajo era tan entrañable que desató varias sonrisas. Las Friars abandonaron la casa tras un breve saludo y Gabriel besó a Claire en los labios sin ojos curiosos que coartasen su manera apasionada de mostrarle cuánto la había echado de menos. Antes de llegar a la cocina, el olor de la comida que penetraba con

fuerza en el olfato del banquero ya había hecho efecto en su apetito y, previendo el placer, no tardó en poner la mesa para poder sentirlo con el gusto. A los pocos minutos de empezar, Claire no pudo quitarse de la cabeza las palabras de las mujeres.

—Sé por qué no conozco a Alexei.

Gabriel dejó la cuchara en el plato y se concentró en sus ojos:

—¿Por qué?

—Mi madre creía que me acosaba. No les he dicho que es mi abuelo. Me ha dado mucha pena, ha tenido una vida demasiado difícil.

—Debió decírselo él a tu madre.

—Aunque lo hubiese hecho, si creía que no tenía buenas intenciones, mi madre no se lo habría creído. ¿Cómo iba a demostrar nada si mi abuelo llevaba muerto un montón de años y mi padre no lo sabía?

—Tanto él como tu abuelo pecaron al omitirle a tu padre la verdad.

—Únele Nueva York y tenemos la situación perfecta para que mi madre tratara de alejarlo de mí.

—A veces las cosas surgen de manera casual, Claire, pero otras son un cúmulo de errores, y mantengo que tu padre tenía derecho a saber que era adoptado.

—Tal y como estoy analizándolo todo, empiezo a dudar que no lo supiera. Si yo te dijera que no me gusta cómo alguien mira o se comporta con

nuestra hija, ¿seguirías en contacto con esa persona porque era amigo de tu padre?

—Si sabía que era su padre biológico lo más normal es que se lo hubiese dicho a tu madre.

—Eso habría sido lo razonable, pero en esta historia nada es lo que parece.

—No, aunque por cómo guardó tu abuelo los documentos de la adopción dudo mucho que lo supiera. Supongo que prefirió ser él quien visitara a Alexei en su casa para no molestar a tu madre.

—Es posible —comentó—. Cuando volvamos del paseo voy a llamar a la residencia. Con un poco de suerte, Alexei podrá aclararnos la historia.

—Esperemos que todavía le funcione bien la cabeza.

—Por lo poco que sé, es un hombre fuerte y no tiene ninguna enfermedad.

—Dime el día de la visita con tiempo, me gustaría acompañarte.

—No pensaba ir sin ti.

Gabriel sonrió agradecido, acercó la cabeza a la suya y le besó la mejilla en un contacto breve pero intenso. Continuaron comiendo sin volver a mencionar a Alexei, centrándose en el próximo viaje a Nueva York donde aparte de la exposición y las compras, Gabriel tenía una visita con el urólogo; desagradable porque, pese a estar sano, según todos los análisis y el empeño

que ponía a diario, todo era infructuoso; también porque empezaba a asumir que no era su destino tener hijos y, ante eso, por mucho que le doliera no podía hacer nada.

Unos días antes de inaugurar la exposición en MaiSa, Cora esperaba en el despacho a Elizabeth y a Claire para ir a comer con ellas y de paso visitar la biblioteca donde pensaban celebrar la boda. Retocándose el maquillaje en el cuarto de baño, notó los pequeños puntos rojos que tenía en las manos. Se puso las gafas para ver bien el inicio de otra reacción. Buscó mal jurando las pastillas en el cajón de la mesa y se tomó una con un trago de agua. Ya no sabía a qué achacar la alergia. Ni tampoco los médicos supieron darle una respuesta; para ellos, podía deberse a los cambios hormonales, a la histamina, el polvo, el polen o a cualquier cosa, así, en plan indefinido, donde todo cabía. El embarazo se desarrollaba con normalidad, el bebé crecía a diario y por supuesto las ganas que tenían por conocerlo también iban en progresión. Durante algunas tardes recorrieron tiendas infantiles de mobiliario y su dormitorio estaba prácticamente acabado a falta de que Jack montara la cuna y colgara cuatro acuarelas con imágenes de cuentos infantiles, compradas en una pequeña tienda del barrio que a los dos les gustaron nada más verlas.

En cuanto llamaron a la puerta, dio paso y se levantó. Elizabeth

apareció sonriente. Vestía un abrigo negro muy largo, un pantalón oscuro tipo sastre y unos zapatos planos, con un único toque de color en la bufanda beige. Se acercó a Cora y la besó en las mejillas mientras escuchaban a Claire y a Jack hablar en el pasillo. Seguidamente, entraron. Jack mantenía la elegancia que desplegaba en el banco con un traje gris marengo, bien ajustado a su cuerpo, y una camisa blanca. Y fiel a su línea informal pero estudiada, Claire eligió ese día una chaqueta entallada de ante marrón, una camisa blanca con solapas grandes, unos vaqueros y unas botas altas de piel, en un tono camel y con unos tacones altos y anchos. Abrazó afectuosa a Cora y, sujetándole los brazos, se apartó para observarle la barriga.

—Estás guapísima —dijo Claire, pasó la mano por el vientre inmenso, algo disimulado con un blusón blanco—. En un mes se te nota muchísimo el cambio, no sé yo si vas a aguantar hasta mayo.

—Ni yo —comentó Jack, le dio un besito a Cora en la mejilla y la ayudó a ponerse el abrigo. Como otras muchas veces, ella le arregló el nudo de la corbata burdeos. Sonriendo, agregó—: Se me está haciendo eterno.

—Todo a su tiempo —dijo Elizabeth, palmeando el brazo de su hijo—. ¿Dónde vais a ir?

—Ni idea, papá invita. —Jack miró la hora del reloj—. He quedado con ellos a las dos ¿Y vosotras?

—No tenemos ninguna reserva —respondió Elizabeth—. Donde surja.

—Nos vemos luego, cariño.

Tras una breve despedida, salieron del Scotia y cogieron un taxi hasta la Quinta Avenida, donde entraron en varias tiendas de ropa infantil y cada una compro prendas para el bebé, que ya tenía una colección nada desdeñable. Entraron poco después en la Biblioteca Pública, un edificio colosal con unas columnas clásicas igual de enormes, y subieron a la primera planta admirando el interior, en un silencio solemne, aunque estaba lleno de turistas. Cora confirmó con una de las secretarias la fecha de la boda: el uno de junio, y volvieron a la calle charlando distraídas sobre posibles hoteles para la celebración.

Llegando al restaurante elegido por Elizabeth, de pronto se callaron. Observaron venir hacia ellas a Lilian. Agarraba el brazo de un hombre rondando los ochenta, con una apariencia sofisticada que sugería una abultada cuenta corriente. La rubia sonrió con cinismo mirando a Elizabeth, alzó las cejas en cuanto advirtió el embarazo de Cora y no disimuló un gesto despectivo repasando el atuendo de Claire. La pareja se acercó a la carretera donde un chófer uniformado sujetaba abierta la puerta trasera de un vehículo oscuro de alta gama detenido en doble fila.

—Parece que ya ha pillado a otro —comentó Cora, entornando los ojos a la vez que movía la cabeza—. No entiendo a algunas mujeres.

—No la he tratado —comentó Claire, reanudando el paso—, pero está

claro que busca a alguien que la mantenga.

—Prefiero no tocar el tema.

Elizabeth no tenía ganas de perder ni un segundo pensando en esa mujer. Entró decidida en el restaurante y, nada más sentarse en la mesa, cambiando el rumbo de la conversación logró alejarla sin permitirle intromisiones en la felicidad que sentía estando en Nueva York. Era su ciudad adoptiva y, aunque llegó a ella gracias a Lilian, se había convertido en una parte esencial de su vida. Ahí se reencontró y vivió unos años amargos hasta hacerse fuerte a pesar del dolor, también tenía una casa preciosa, amigos leales y demasiados buenos recuerdos para consentir que enfrentamientos con alguien tan detestable empañasen la dulce espera de su próximo nieto.

Cuando llegaron al ático encontraron a John leyendo en el salón mientras Gabriel y Jack hablaban tomando café. Los dos se levantaron para saludarlas y cada uno besó a su mujer con discreción. Al percibir el cansancio de Cora, Jack no aceptó la invitación para de cenar de Elizabeth y se marcharon al apartamento en pocos minutos.

John entró detrás de Elizabeth en el dormitorio, extrañado por la ausencia de su voz y una mirada que percibió molesta.

—¿Cómo lo habéis pasado? —preguntó, asomándose a la puerta.



—Muy bien —respondió, inclinada abriendo el grifo de la bañera—.

¿Y vosotros?

—Bien, hemos ido a Bruno's. ¿Vas a bañarte ahora?

—Sí, necesito relajarme un rato —comentó seria.

Pasó por delante de él, se quitó los zapatos y los llevó al vestidor.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada. —Elizabeth se desnudó y volvió al baño—. La cena estará lista en una hora, si tienes algo que hacer...

John tenía el cuerpo apoyado en la encimera del lavabo, los brazos cruzados y una mirada severa al entender que pretendía quedarse sola. En cuanto Elizabeth se metió en la bañera y cerró los ojos reclinando la cabeza hacia atrás, sin ganas de salir con la incertidumbre, John se quitó la ropa para acompañarla; ya no le valían esos silencios.

—Hazme sitio —dijo frente a unos ojos que lo recorrieron de arriba abajo. Elizabeth se incorporó y dejó que se sentara detrás. John acarició sus muslos, detuvo las manos con cautela antes de lanzarse, pero no se privó de besarle el cuello consciente de que la misma excitación que lo abrasaba también ella la sentía—. ¿Por qué estás enfadada?

—No lo estoy, no sé por qué piensas que sí.

Aceptó la respuesta rozando con suavidad sus pechos.

—Nos conocemos, Beth, cuéntamelo.

—No quiero.

—Tú verás, pero no vamos a salir de aquí hasta que lo sepa.

Elizabeth resopló incómoda.

—Hemos visto a tu exmujer.

En ese instante sonó el chasquido que hizo John con la boca.

—¿Te ha dicho algo?

—No, estaba demasiado ocupada con el anciano que iba con ella.

—Por mí puede hacer lo que quiera, siempre y cuando no se acuerde de mí y a ti te deje tranquila.

—Se ha limitado a pavonearse. Parece que ha pescado un pez gordo.

—Si vas a empezar a machacarme, dímelo ya.

—No tenía ganas de hablar por lo mismo, sabes que me da urticaria solo nombrarla —comentó, dándose cuenta de que acababa de hablar con el desprecio que esa mujer siempre le provocaba, agregó—: Discúlpame.

—Olvídala, por favor —susurró, le besó la mejilla y acarició cuidadoso sus senos, palpándolos con movimientos sutiles—. Te amo, estamos bien, no permitas que se cuele entre nosotros.

—No he podido dejar de pensar en la familia de ese hombre.

—Hazlo, preocúpate por la nuestra y por nosotros.

—Me has convencido —ronroneó, siguiendo su consejo recorrió las piernas sólidas que la tenían atrapada—. ¿Vas a dedicarme tú el tuyo?

—Siempre, mi amor, lo sabes.

Con un delicado aroma a jazmín flotando en el ambiente húmedo y cálido, se entregaron a la ternura para relajarse durante más de una hora. Al abandonar la bañera siguieron prodigándose unos gestos cariñosos que nunca eran suficientes para ninguno. Y, luego, después de cenar con Gabriel y Claire, se retiraron a su habitación e hicieron el amor poco preocupados por los sonidos que pudieran filtrarse; eran solo ellos y su paraíso; el principio y el final.

# CATORCE

*Nueva York, 15-2-13*  
*Estados Unidos*

La noche de la inauguración, MaiSa anunciaba a Claire Merrit con una banderola roja extendida en la fachada y un número considerable de medios de comunicación especializados en arte. Durante un instante de inseguridad, Claire necesitó sujetarse al brazo de Gabriel para no tropezar con los tacones. Había elegido un vestido negro corto, demasiado discreto pero favorecedor para su silueta. Gabriel vestía un traje negro con una camisa blanca y una corbata rayada en tonos grises a juego con el pañuelo que asomaba del bolsillo delantero de la chaqueta entallada a su torso. Tuvieron que pararse delante de algunos fotógrafos, sonreír con agrado y responder las preguntas curiosas de los periodistas.

Cuando entraron en la galería, Claire recibió un caluroso aplauso del público que aguardaba. Cohibida, sin soltar a Gabriel, más curtido en actos sociales, aceptó esa muestra afectuosa imitando su encanto. Nada más verlos, Marion dejó a algunos invitados y se acercó sonriendo. Rezumaba magnetismo y confianza por ese estilo impecable que atraía miradas. Esa noche, su porte distinguido estaba realzado con un vestido negro sin mangas, con dos bolsillos delanteros y el cuello redondo, sobrio y perfecto para su

cuerpo y edad.

—Enhorabuena, Claire —dijo Marion al abrazarla cariñosa. Echó un vistazo a la deslumbrante sala blanca donde destacaban las imágenes que impedían no sucumbir al arte que tan bien había sabido descubrir. Para ella, Claire era su diamante en bruto. Y ni siquiera tenía claro que puliéndola fuese mejor. La grandeza de sus fotografías tenía imán, se contemplaba sin esfuerzo, atrapaba al espectador entre sombras y luces en un alarde de magia para conmover o revolver sentimientos—. Puedo decir sin equivocarme que a partir de hoy ha nacido una estrella. Estoy muy feliz, he esperado mucho tiempo para tenerte, y es un honor que me hayas elegido como marchante. Mi marido siempre decía que cuando menos lo esperásemos encontraríamos a nuestro artista, y estoy absolutamente convencida de que eres tú.

—Gracias, Marion, espero estar a la altura.

—Siempre lo estás, cariño —comentó Gabriel condescendiente, se fijó en una de las fotos y añadió—. Y me temo que yo no me libro.

—Estás fantástico, Gabriel. —Marion sonrió centrándose en la misma imagen. Se le veía parte del cuerpo, tan cerca que podían identificarse hasta los poros de su piel. Era un festival de curvas sinuosas desde la espalda hasta los muslos, llenas de sensualidad masculina, con más oscuros en las nalgas, dejándolas casi ocultas; pese a intuirse con claridad—. Tengo varios compradores para las tuyas, pero debo informarte que Jack y tu padre están

causando sensación.

—No me importa, en serio —dijo amable—. He asumido que Jack sea su fetiche, qué vamos a hacerle, todo queda en familia.

Mirándolo divertida, Marion negó con la cabeza antes de desaparecer con Claire entre la multitud. Gabriel se reunió con el resto de los modelos, juntos, bromeando en un corrillo. Al aproximarse le llovieron halagos, que recibió con amabilidad al distinguir en todos admiración hacia su mujer.

Solo Ophie faltó. Ningún Drake quiso perderse la entrada de Claire por la puerta grande en un mundo que llevaba soñando desde la adolescencia.

A John en un principio lo llenó de inquietud exponer de frente su madurez al verse analizado por tantos ojos, pero ese instante pudoroso pasó volando en cuanto Elizabeth le sujetó la mano y recorrió con él los desnudos. Eran tres, de dimensiones a tamaño real, y en todos se ocultaba su masculinidad y en todos podía imaginarse como Claire pretendió. En uno estaba de pie y apenas se distinguía un fondo brumoso, confundido por el humo que emanaba de las velas repartidas en el jardín. Otro, era un plano de su torso, con los brazos cruzados y el rostro serio, en una pose donde se palpaba altivez. Y en el último, todo el centro de atención lo constituían sus ojos con una mirada embelesada, fija e intensa; se apreciaba amor tangible y sereno al observar, a pocos metros, el cuerpo de Elizabeth tumbado de lado en el césped. Cuando terminaron, aprobándolos con satisfacción, los dos

recordaron las horas tan divertidas posando en Terranova. Para ellos fue una experiencia memorable, pese al concepto desvirtuado que pudiera tener Claire.

Jack habló por los codos con muchos conocidos, incluidos varios pintores, mientras Cora bebía un zumo escuchando atenta hasta que necesitó ir al baño y se apartó disimuladamente. Pocos minutos después, Jack la buscó recorriendo la sala con ojos sagaces y los detuvo en las fotografías hechas en la azotea del apartamento; otras que causaron sensación por la belleza de un cuerpo femenino donde se intuía el frío en la piel erizada, en los pezones apretados o en el vaho que exhalaba su boca; si bien, todo eso quedaba en un segundo plano dándole el protagonismo al vientre de Cora y a la caricia de sus manos, entremetidas bajo el abrigo de él medio abierto; ese gesto concentraba el amor de una madre por su hijo.

Cuando Cora regresó, Jack rió con los ojos y colocó un brazo alrededor de su cintura. Inclinandose sobre ella, susurró en su oído:

—¿Dónde estabas?

—He ido al baño.

—¿Quieres que nos vayamos?

—No —respondió negando con la cabeza—. No te preocupes, estoy bien.

—Vale, pero en cuanto quieras, dímelo y nos vamos.

Poco más tarde empezó Cora a acusar el cansancio. Jack no tardó en despedirse y regresaron paseando de la mano. A esas horas apenas se cruzaron con nadie, solo varios restaurantes seguían abiertos. Vieron a través de los cristales a grupos de personas, animados disfrutando de la noche en el comienzo de otro fin de semana que ellos tenían previsto pasar tranquilos sin moverse del apartamento.

Casi a medianoche Sean y Elaine seguían distraídos entre conversaciones triviales y copas de champán. Sus tres fotos tampoco quedaron exentas de piropos, aunque Ophie fue quien más halagos recibió. Ajena a la cámara, jugaba divertida con sus padres en la cama. Eran unas escenas cotidianas y tiernas para mostrar la esencia de la felicidad. Los fuertes brazos de Sean eclipsaban la desnudez, las manos de Elaine en sus anchos hombros estabilizaban el movimiento, mientras Ophie expresaba confianza sostenida en el aire por su padre.

—Menudo éxito —comentó animado Sean cuando se quedaron a solas con Gabriel, John y Elizabeth—. Es muy buena.

—Creo que lo ha vendido todo —dijo Gabriel, buscó a Claire con la mirada hasta encontrarla hablando con Marion y dos hombres más—. El mes que viene expondrá en Londres. Marion tiene muchos contactos en Europa y quiere que la conozcan.

—Ahora que tú has dejado de viajar —dijo Sean—, va a empezar ella.



—No es lo mismo —comentó Elaine, bebió un sorbo de la copa, observando a Claire—. Está inmensa, para ella no es un trabajo, lo siente, y eso se percibe.

—Sí —murmuró Elizabeth—. Parece feliz.

El matiz triste en esas palabras John lo captó al vuelo y presionó su cintura para que no siguiera. Gabriel debía acudir el lunes a la revisión con el urólogo y hasta ese día cualquier conjetura solo volvería a traerles una pena que él trataba de evitar.

Cuando Claire se acercó, no podía disimular el buen momento que atravesaba; por fin, el más esquivo de sus sueños se cumplía, y tenía el inmenso placer de compartirlo con el hombre que la empujó para conseguirlo. Emocionada, no paró de contarles la cantidad de personas que Marion le había presentado y las halagüeñas expectativas que todos tenían con ella. Entre esos planes y saber que muy pronto conocería a su abuelo, probablemente, de quien había heredado su pasión por el arte, vivía en una nube de algodón.

Esa noche llegaron al ático entrada la madrugada. Como Sean y Elaine vendieron la casa que tenían ahí, habían ocupado el otro dormitorio de invitados. En el suyo, Claire quiso estrenar el sugerente camisón que el Inquisidor le regaló por San Valentín. Tenía el cuerpo de seda en color crudo,

era muy corto y en el escote lucía unas transparencias de encaje que actuaron con eficacia en Gabriel.

Tumbado en la cama se impacientó al verla, la saludó con una erección apuntada bajo las sábanas y se mordió los labios tratando de sosegar. No podía.

—¿Te gusta? —preguntó Claire, subiéndose a la cama, abrió las piernas y se sentó encima de él, que gimió en cuanto se rozaron—. Es tuyo.

—Es precioso, pero te prefiero sin nada. —Gabriel no dudó al meter las manos bajo la tela para exponer sus pechos a la apremiante sed por lamerlos mientras se movía excitada sobre él—. Sabes dulce —susurró cuando pasó la punta de la lengua por sus pezones—, a caramelo.

Arrebatada por el deseo, Claire le revolvió el sedoso cabello. Los mechones castaños, algo largos, brillaron con destellos rubios. Además de aportarle rebeldía a su imagen clásica, en esos instantes íntimos lograban convertirlo en un sinvergüenza. Gabriel sabía equilibrar el romanticismo con el descaro para amarla por encima de razones, prejuicios o errores pasados. Siempre generoso y atento, siempre él sin malos recuerdos. Había sido la salvación emocional de Claire, con una paciencia infinita consiguió conquistar su corazón y con su amor marcaba el rumbo de un futuro lleno de esperanza, dejándole vislumbrar el renacer de una vida marcada por los peores instintos que un ser humano puede tener con otro. Unidos por la

fuerza de un violento orgasmo, Gabriel derramó su semen, acallando con besos tan furiosos como suaves el éxtasis sonoro que escapaba de sus gargantas, igual fueron ardientes y frescos. Esos labios podían dominarla con sutileza y voracidad.

—Soy muy feliz, mi amor.

Claire escuchó sus palabras, pero no podía verlo totalmente exhausta con la cabeza apoyada en el hueco de su hombro. Respirando de manera entrecortada, tardó unos minutos en sosegar para mirar unos ojos fascinantes donde brillaban metales preciosos; en aquel gris acuoso vio reflejados los de ella, fundiendo sus colores como la noche recibía a las auroras para danzar en el cielo y transformar la oscuridad en alegría.

—Te lo debo todo, y no te haces una idea de lo importante que eres para mí.

Con un besito en los labios y otra sonrisa cariñosa, Gabriel la miró atentamente.

—Desde que hace un año entré en el banco y te vi garabateando mientras disimulabas, llamaste mi atención; eres la mujer más guapa que he tenido el placer de conocer. El día que te enfadaste con William y nos conocimos, me costó horas que salieras de mi cabeza, me dejaste impresionado —comentó muy bajito—. Ya sabes que cuando me trasladé a nuestra casa estaba enamorado de ti; pero conforme ha ido pasando el tiempo

he ido descubriendo más motivos para amarte, uno tras otro. Si crees que no entiendo cómo te sientes, estás equivocada. Tú, Claire Drake, eres lo más importante de mi vida; no lo olvides nunca.

Sin reprimir la emoción, Claire quiso enmendar una postura que meses antes no admitió y les ocasionó un enfrentamiento que Gabriel finalizó cediendo por no disgustarla.

—Sé que te hace ilusión que firme con tu apellido, ya lo habíamos hablado, pero acabas de convencerme. Quiero ser Claire Drake para todo, incluida la fotografía.

—Por mí no lo hagas.

—Por los dos, cariño. Siempre llevaré el Merritt conmigo, igual que desde hace meses empiezo a sentir el Barinov, pero ser fotógrafa te lo debo a ti, nunca lo habría conseguido sin la fuerza Drake, y es justo reconocerlo y que quienes vean mis trabajos lo sepan.

—Gracias, señora Drake, acabas de añadir otro motivo a mi lista.

—De nada —susurró, inclinó la cabeza y le besó los labios—. Es un placer para mí tener contenta a la Inquisición española.

—¿Sí? —preguntó empezando a hacerle cosquillas, hasta que Claire se dejó caer de lado retorciéndose de risa. Ese sonido alegraba la vida de Gabriel; era su momento y pensaba celebrarlo amándola otra vez. Le sujetó los brazos por encima de la cabeza, apesándola entre el colchón y su cuerpo

—. Sé que te gusto como inquisidor, pero vas a tener que ser una bruja muy buena para que te salve de la hoguera.

—No me importa arder —susurró, tratando de moverse—, contigo.

Si tenerla sujeta bajo él ya era un logro, esa disposición terminó de animarlo para dominarla. Bajó los labios y la besó con fuerza, totalmente entregado al placer de ser el único hombre que podía tenerla sin causarle ningún miedo, sin que recordara un pasado nefasto, para darle todo el amor que durante años se prohibió a sí misma. Envueltos en sudor recorrieron el tiempo hasta rendirse y caer agotados en un sueño profundo. Ni se molestaron en deshacer el revoltijo que tenían entre piernas y brazos; amarse sin descanso conllevaba nudos, también tranquilidad y quizá alguna sorpresa.

El lunes por la mañana cada uno se ocupó de sus asuntos. Mientras Claire se reunía con Marion, Elaine aprovechaba para ir de compras con Elizabeth y Gabriel fue al bufete donde recogió a Sean, que era su acompañante en la visita del urólogo. A la hora acordada llegaron al Hospital Monte Sinaí y después de otra exploración, otra analítica de sangre y la correspondiente extracción de semen, Gabriel volvió a escuchar la misma cantinela.

—Estás muy bien —dijo Sean cuando terminaron, colocó la mano en su hombro y añadió—: No lo pienses mucho, ¿vale?

—Si quieres que te diga la verdad, estoy empezando a asimilar que no tendremos hijos.

—No seas pesimista —comentó sonriendo—, el día menos pensado llegará.

De pronto Sean se detuvo observando a la mujer que salía de una consulta y se despedía de un médico con un apretón de manos.

La doctora Christina McQueen, aparte de ser una belleza morena con un cuerpo alto y voluptuoso, era la pediatra de Ophie en Quebec y quien dirigió su operación de apendicitis. Tanto Elaine como él apreciaban su trato amable y buen hacer profesional. Mantenían con ella una relación cordial muy satisfactoria ya que desde noviembre la habían tratado asiduamente en el Centro Hospitalario Laval, donde pasaba consulta.

En cuanto Christina lo vio, se acercó sonriendo sin disimular una expresión sorprendida pero grata.

—Hola, Sean, ¿cómo estás? —preguntó Christina, tendiéndole la mano—. ¿Y Ophie y Elaine?

—Todos muy bien. ¿Y tú?

—He venido a un congreso, y antes de regresar no podía dejar de venir a saludar a mis antiguos compañeros.

—No sabía que habías trabajado aquí.

—Sí, llevo en Canadá solo desde septiembre del año pasado —

comentó casual. No tenía confianza con él para contarle que a raíz de un divorcio hostil decidió poner tierra de por medio e iniciar una nueva vida sola con su hija—. Esta ha sido mi casa desde que llegué de Europa.

—Nosotros siempre habíamos vivido en Quebec hasta que nos casamos y nos mudamos aquí, y ahora también hemos vuelto a nuestra casa.

—Sean advirtió la mirada de la doctora a Gabriel y dijo—. Te presento a mi hermano, Gabriel. Ella es Christina McQueen, la pediatra de Ophie.

—Encantado, un placer conocerla. —Gabriel estrechó su mano, pensando en que era la primera vez que veía a una médico tan atractiva—. ¿Usted la operó?

—Participé con mi equipo —respondió con sincera humildad, reconociendo la importancia dentro de un quirófano del buen grupo profesional que tenía en el Laval. Pensando en que sus edad serían parecidas, con una sonrisa, añadió—: Llámame Christina y de tú, por favor. ¿Vives también en Quebec?

—No, en Terranova.

—No lo conozco, todavía no he tenido tiempo de hacer turismo por el país, pero he oído que es bonito.

—Sí, merece la pena visitarlo —comentó Gabriel, recordando la de veces que hacía el mismo comentario cuando le preguntaban por su nueva ciudad perdida en un confín poco propenso al turismo—. Está por descubrir,

es un poco salvaje, pero si te gusta la naturaleza es ideal.

—Lo tendré en cuenta. Una de las cosas que más echa de menos mi hija de Escocia son las salidas con mis padres por el campo —contó Christina sonriendo—. Es americana, pero le tira la sangre escocesa.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Sean.

—Seis.

—¿Solo tienes una?

—Sí, como tú, y voy sobrada, te lo aseguro. Entre el hospital, la consulta y ella, no tengo tiempo ni de respirar.

—Hay que buscarlo —dijo Sean amable—, no todo es trabajar.

—Cuando estás solo tienes que multiplicarte.

—¿Estás divorciada? —Sean iniciando un sondeo picado por la curiosidad.

—Sí, pero no voy a aburrirlos con mi vida. ¿Habéis venido a visitar a alguien?

—No —respondió Gabriel—. Tengo aquí a mi especialista, me tocaba revisión.

—Espero que todo te haya ido bien.

—Sí, perfecto.

—Bueno, me alegro de haberte visto, supongo que nos veremos por Quebec. —Christina se despidió de Sean con otro apretón de manos,



correspondió de igual forma con Gabriel y dijo—. Ha sido un placer conocerte.

—Igualmente. —Gabriel espero a que se alejara, abrió teatrero los ojos de par en par y comentó—. Así da gusto llevar a la niña al pediatra, qué callado te lo tenías.

—Es un encanto con Ophie, además de tener otras cualidades.

—Sí, saltan a la vista.

—No me interesa en ese aspecto, pero sí, está buena.

—Muy buena —repitió, riendo.

—Que no te escuche tu mujer.

—A mí tampoco me interesa, con ella tengo más que suficiente y no tiene nada que envidiarle.

—¿Ellie sí?

—No he dicho eso, pero me imagino a los padres de sus pacientes —dijo con burla—, seguro que tiene el porcentaje más alto de asistencias.

—No creas, normalmente con los pediatras los padres preferimos tener buenas referencias profesionales. Nosotros la conocimos porque nos la recomendaron.

—Como no tengo ese problema, no es mi guerra.

Despreocupados, salieron charlando y cruzaron hacia el parque donde había cientos de personas andando, corriendo o sentados en los bancos

disfrutando de una temperatura algo más templada que los días anteriores gracias al sol y a la ausencia de viento. Al llegar a la salida de la 97 Oeste separaron sus caminos; Sean se dirigió al ático y Gabriel, con tiempo de sobra, cogió un taxi para ir a Queens, a su proveedor de productos españoles para realizar el pedido que Ethel le encargó.

No muy lejos de allí, Claire ya tenía los datos de los compradores de las fotografías. Superó con creces la cifra que tenía en mente; ni su “entendido particular” en finanzas sabía lo rentable que había resultado. Esos clientes hasta después de la exposición de Londres no las recibirían ya que debían cederlas como parte del acuerdo que Marion firmó con ellos. Escuchó con atención todos sus consejos, incluida la petición de nuevas obras que, no siendo un problema porque tenía material, le supuso un inesperado imprevisto.

Terminada la conversación laboral, pasaron al plano familiar. Claire le contó todo lo que había ido descubriendo de Alexei, incrementado la avidez de Marion por saber más sobre el hombre que su suegra amó hasta que murió.

—Me gustaría poder acompañarte a la residencia.

—Ven a Terranova cuando quieras, tenemos espacio suficiente.

—Más adelante —comentó sonriendo—, ahora estoy demasiado ocupada.

—Si no te importa, cuando vayamos a Inglaterra me gustaría ir contigo a la casa de Essex, pudo ser donde vivieron su historia de amor. Margaret era muy joven cuando conoció a Alexei, necesitaron intimidad y si los padres la tenían muy vigilada pienso que ahí pudieron tenerla.

—Es muy triste que los dos durante tantos años se recordaran. Me ha conmovido que Alexei tuviera una herramienta con su nombre, es muy propio de los grandes genios camuflar algún secreto entre sus obras.

—Los muebles que hay en mi casa llevaba viéndolos desde que nací y te juro que ese detalle no lo había descubierto nadie. Tampoco me explico cómo su ayudante desconoce el uso de las cajitas que vi en el taller, estoy muy intrigada porque eran muchas y, según me contó, era un maniático con ellas.

—No sé, debían ser importantes para él.

—Supongo que muy importantes porque me extraña que en diez años nunca le dijera para qué las usaba y, teniendo en cuenta el secretismo con el que llevó la relación con Margaret, estoy casi convencida de que tiene que ver con ella.

—Revisaremos sus cosas en Essex, si guardó recuerdos los encontraremos.

—Me gustaría averiguar por qué Margaret no llegó a irse de Inglaterra para estar con él y mi padre. En una de las cartas a mi abuela Iris, Alexei le

cuenta que era la intención de Margaret; en cambio, aquel año ella se casa con Sigmund y Alexei se instala definitivamente en Canadá con otro nombre y otra nacionalidad.

—Piensa que tu padre era ya hijo legítimo de Charles, dices que vivió para él, no creo que le gustara la idea de devolvérselo.

—No, pero fueron amigos el resto de su vida y permitió que lo conociera y lo tratara.

—Sí, sabiendo que no había ningún peligro de perderlo. Encontraste esta historia de manera accidental porque ocultó a todos que su hijo era adoptado. Como sea, tu abuelo debió sentirse aliviado al saber que Margaret no iría a quitarle al niño.

—¿Estás diciéndome que mi abuelo pudo tener algo que ver en la boda de tus suegros? —preguntó asombrada. Nunca se le había pasado por la cabeza que Charles pudiera hacer algo semejante—. Me resulta difícil imaginarlo, Marion. Mi abuelo era un buen hombre, no creo que llegara a ese extremo.

—¿Por qué no, Claire? Si ocultó una cosa, también pudo ocultarle eso a Alexei. Espero que te lo aclare cuando hables con él, podrá despejar algunas incógnitas —comentó en un tono resignado—, pero nunca sabremos toda la verdad con el resto de implicados muertos.

—Creo que si encontrásemos algo que confirmara una traición de ese

calibre por parte de mi abuelo, Alexei no merece saberlo a su edad. Bastante habrá aguantado viendo crecer a su hijo sin poder decirle quien era. El otro día, al enterarme que mi madre lo amenazó, me sentí fatal —comentó Claire apenada—, pobre hombre. Sin conocerlo le tengo mucho cariño, sacrificó una carrera brillante para estar junto a mi padre, muy lejos de todo, lo vio morir siendo aún un hombre joven, y encima mi madre le niega cualquier contacto conmigo; es terrible.

—Cuántas injusticias se cometen por desconocimiento. Si tu madre hubiese sabido la verdad, ten por seguro que las cosas habrían sido de otra manera, pero ante eso ya no podemos hacer nada —dijo Marion colocando la mano encima de la suya—. Y si te sirve de consuelo, pienso que aunque tú no lo conozcas, él seguro que no te ha perdido la pista. Con cada cosa que descubrimos de él muestra control, fortaleza mental y una voluntad de acero. Da por hecho que Alexei Barinov ha estado velando por ti en la sombra.

Claire levantó la vista y la volvió a bajar, pensando en una protección que le habría gustado tener diez años antes, cuando se trastocó su vida y se vio sola con su madre. No tenía intención de contarle ese episodio a Marion, pero sí necesitaba que Alexei lo supiera porque fue determinante en la decisión de Grace para alejarlo de ella.

En esa sala acristalada, donde se filtraba la claridad del día despejado para iluminar las hojas verdes de una variedad notable de plantas frondosas

ordenadas recorriendo el borde, el silencio quedó interrumpido por la entrada de la chica del servicio. Marion se levantó y la siguió atravesando el salón hasta salir del radar de Claire, que la observó inclinarse sobre ella para hablarle en el oído.

Viendo que no faltaba mucho para reunirse con Gabriel, Claire guardó los documentos y cerró el portátil. Con el abrigo en la mano y la bolsa negra de tela cruzada en bandolera, entró en el salón para despedirse.

—Claire, disculpa, había olvidado una cita —comentó Marion cuando la chica se retiró con una sonrisa tibia—. Quería que hubiésemos comido juntas.

—No te preocupes, no podía quedarme.

—¿Por qué no venís mañana Gabriel y tú?

—Volvemos a casa, tendremos que dejarlo para Londres.

—Sí, no creo que podamos vernos antes. Intentaré confirmar esta semana las fechas, pero cuenta con finales de marzo.

—Me preocupa, no es mucho tiempo para cinco fotos nuevas de cada uno.

—Mándame lo que tengas, si repites con Jack o John tampoco estaría mal.

—De Jack puede que tenga algo, pero de John no tengo nada más y no puedo hacerle nuevas.

—Revísalas —dijo, la besó en la cara y sonrió contenta—. Y ten en cuenta que tienes a Gabriel en la cama todos los días.

—De él tengo suficientes para montarle varias exposiciones en solitario.

—¿Y a qué esperas para enseñármelas?

—Tendría que comentárselo. —Claire torció los labios hacia abajo—. No solo enseña el culo.

—Convéncelo con cifras —dijo, guiñándole un ojo—. ¿No dices que es un obseso de los números?

—No sé. —Claire apretó los labios con fuerza para no reír—. Eres perversa, tía Marion.

—Soy marchante —comentó exagerando la arrogancia, colocó una mano en el brazo de Claire, guiándola hacia la puerta—. Tus intereses ahora son los míos. Si tienes un filón, ¿por qué no explotarlo? Esto es un negocio.

Parada delante del edificio de Marion, alegre al deshacerse de la tristeza por la charla sobre Alexei, Claire miraba los coches detenidos en un semáforo, imaginando nuevas fotografías del cuerpo de su marido. Absorta se acercó al cruce, cuando de repente se le cortó la respiración al sentir un tirón en la cabeza y unas manos tapándole los ojos. Gracias a un aroma conocido, el corazón volvió a latirle.

—Gabriel —murmuró.

—Lo siento, ha sido un impulso —dijo situándose delante, le sujetó los hombros y contempló un gesto de alivio, aunque el desasosiego de su pecho, subiendo y bajando rítmico, también era visible. La abrazó unos segundos en mitad del tránsito de las personas que andaban hacia el cruce—. ¿Estás bien, cariño?

—Me has pillado totalmente desprevenida, pero te he reconocido al instante por tu olor.

—Espero que agradable.

—Sí, hoy te has puesto *Aventus*, me encanta —dijo aspirando el frescor de una manzana recién cortada en equilibrio con montones de jazmines descarados, un toque de vainilla dulce o la energía viril de un bosque de robles—. Es una de mis preferidas.

—Me tira lo inglés, será por mis abuelos.

—Seguro. —Claire sonrió y le besó rápido los labios—. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Que soy el tío más fértil del mundo y el que peor puntería tiene.

—Dudo que te lo haya dicho así, pero, bueno, lo importante es que estés bien, seguiremos practicando. ¿Dónde has dejado a Sean?

—Ha vuelto al ático para comer con Elaine y mis padres. ¿Cómo te ha ido a ti?



—Con respecto a la exposición genial, cuando te diga cuánto voy a ganar vas a quedarte muerto. —Claire cogió la mano de Gabriel y empezaron a andar sin rumbo—. En unos días me llamará para concretar la de Londres. Quiere que cuando estemos allí vayamos a la casa de campo que la familia de Margaret tenía en Essex para intentar aclarar por qué nunca llegó a Terranova. Creemos que Alexei pudo trabajar para ellos, haberles hecho algún mueble.

—Es posible, cariño, pero no te hagas ilusiones.

—No lo hago, aunque me gustaría encontrar la razón. Hay lagunas que espero él me aclare, como qué hizo desde su regreso a Inglaterra hasta que la dejó embarazada, aunque habrá otras que tampoco sabrá —dijo Claire, llegando a la Sexta Avenida, atestada de tráfico, sobre todo taxis, y un ruido ensordecedor—. Marion me ha dicho algo que tiene bastante lógica, aunque me duele mucho pensarlo porque me decepcionaría tanto...

—¿Me lo cuentas mientras comemos en ese mexicano?

Gabriel señaló un restaurante con la fachada celeste a pocos metros de donde estaban. Tras entrar y sentarse junto a la barra en un reservado con los respaldos pintados en color rosa, se aproximó una camarera. Pidieron unos huevos rancheros y una enchilada suiza, que Gabriel vio comiendo a otro cliente y se le antojó. Ni se acordaba de los kilos ni podía evitarlo, para él era un placer variar y Nueva York tenía una oferta incomparable a la limitada en

el fin del mundo.

—Es una hipótesis —dijo Claire—. Marion piensa que mi abuelo pudo estar implicado en el matrimonio de Margaret con Sigmund. Según ella, era el principal interesado en que no reclamara al niño ni, por supuesto, fuera a buscarlo.

—No sé, Claire... —Gabriel apretó la frente—. Si él estaba en Terranova ya casado con Iris y con tu padre ¿qué se supone hizo?

—¿Pagar a Sigmund?

—Creía que los Sabo eran ricos.

—Lo eran, pero pudo ofrecerle serlo más.

—Tú lo conociste, ¿llegaría a eso?

—El hombre que conocí era amable y cariñoso, pero yo tenía nueve años cuando murió, era su única nieta y vivíamos juntos. No olvides que levantó un gran negocio él solo, dirigió a más de quinientos empleados y crió a mi padre; eso no se consigue con un carácter débil.

—Está claro, pero me parecería demasiado hipócrita mantener la amistad con Alexei si le había jodido la vida. —Al ver aproximarse a la camarera con el pedido, se calló hasta que se marchó. Fijó la vista en la enchilada, con una cantidad generosa de queso gratinado por encima, cortó un trozo y se lo ofreció a Claire para que lo probara—. Huele que alimenta.

Asintió masticando, tragó y necesitó beber un trago de cerveza.

—Pica un poco, pero está buenísima.

—Como te iba diciendo... —comentó antes de meterse en la boca una porción. Al catar el sabor, masticó soltando un ligero gemido y sonrió satisfecho. También bebió para aliviar el pique. Al momento, habló—. Me parecería un comportamiento bastante retorcido.

—No olvides cómo descubrimos la adopción. Si no hacemos la reforma, podían haber pasado otro montón de años sin que nadie supiese nada y con todos los implicados muertos.

—¿Cuándo tienes la cita con él?

—El cinco de marzo. No sé si se lo habrán dicho. ¿Vendrás, no?

—Tengo la misma curiosidad que tú por conocerlo, no pienso perdérmela.

—Espero que también tengas esa buena disposición para lo que voy a proponerte, te necesito, cariño.

—Si puedo, sabes que no rechazo ninguna oportunidad.

Claire sonrió, viéndolo confiado.

—No hablo de sexo, aunque es sensual y lucrativo.

—De momento no tengo pensado cobrarte, pero admito trueques.

—Está bien saberlo —admitió bromeando, dudó unos segundos—.

¿Qué te parecería ser el único protagonista de la exposición?

—¿Y tu amado fetiche? ¿Ya te ha dado calabazas?

—No, pero necesito tener confianza para lo que pretendo hacer, y tú eres el único que cumple los requisitos.

—Hablando claro, me quieres en bolas y bien visible.

—Podía haberlo adornado, pero sí, en esencia es eso.

—Pues ya sabes la respuesta —dijo esbozando una sonrisa—. No.

—Por favor, cariño, estoy agobiada. Solo serían cuatro o cinco fotos nuevas.

—¿Cómo que solo cuatro o cinco nuevas? ¿Tienes otras?

—Tengo algunas de las sesiones que hemos hecho. —Claire trató de sonar convincente—. Pero no tenía pensado usarlas porque habrías eclipsado a Jack y a tu padre.

—No está gustándome el rumbo de tu carrera. Si tan bien te ha ido, búscate un modelo. Soy un hombre serio, tengo una reputación que te has empeñado en arruinar.

—Voy a llevarte a la cima de la gloria, confía en mí.

—No puedo, en otro tema soy tu incondicional, pero cuando coges la cámara me das miedo.

—Anda... —Claire le acarició la mano, parpadeando mientras hacía un puchero con los labios—. Serán mis primeras fotos como Claire Drake.

—No vas a convencerme —dijo limpiándose la boca con una servilleta de papel, bebió lo que quedaba en el vaso de cerveza y levantó la

mano para pedir otra—. Aunque pensándolo bien podemos llegar a un acuerdo. Cuéntame qué quieres de mí y te diré mi precio.

—Tu cuerpo, y gratis.

La sonrisa satisfecha de Claire terminó de ponerlo en guardia.

—Si sales tú también en ellas, me lo pensaré. Y te advierto que va a costarte pillarme por sorpresa.

—Lo dudo, tengo algunos recursos infalibles, pero me ha gustado la idea de hacernos juntos alguna, lo pensaré también.

—No olvides que *Shu* puede protegerme de ti mientras duermo.

—No lo digas muy alto —comentó, pensando en cómo usar al animal en su beneficio. Sabía que adoraba dormir a los pies del pudoroso Inquisidor y podían darle unas imágenes donde la ternura eclipsara al morbo. Era algo que siempre conseguía difuminar entre sombras, pero Gabriel la inspiró sin pretenderlo a intentarlo con claridad, sin trampas. Vio dos texturas de piel y músculos relajados por el sueño bajo los árboles del jardín con el sol de la tarde cayendo; esa luz anaranjada sería la clave para las fotografías que causarían sensación en Londres—. Dame unos días para estudiarlo y hablamos.

Gabriel optó por asentir, bastante despistado con la sinfonía alegre de sabores dulces y picantes que tenía en la boca, tratando de descifrarlos uno a uno. Luego, regresaron a la avenida Ámsterdam, recogieron toda la ropa y

cada uno preparó su equipaje. Aquella noche salieron a cenar para terminar en familia unos días fantásticos que todos esperaban repetir cuando Ethan llegara a principios de mayo, pese a la opinión general de las mujeres, empeñadas en que Cora daría a luz antes.

## QUINCE

*San Juan de Terranova, 20-2-13  
Terranova y Labrador, Canadá*

Sentada frente al ordenador en el estudio, Claire analizaba las fotografías de Gabriel sin poder decidir cuales seleccionaba y se cansó de darle vueltas. Unas, por atrevidas; otras, por no tener la calidad que buscaba; y algunas porque tampoco cuadraban con el tema previsto: luz contra fantasía. Entre esa dispersión se colaban en sus pensamientos las palabras de Marion: «Da por hecho que Alexei ha estado velando por ti en la sombra».

Subió a la buhardilla, que fue su dormitorio siendo niña, abrió el armario y de puntillas palpó con la mano la balda superior. En varias cajas estaban guardados los juguetes aparecidos en la última reforma. Sacó la más grande, la dejó encima de la cama y cogió la más pequeña, que colocó al lado. Ver de nuevo esas muñecas olvidadas atrajo nostalgia a su memoria y humedad a sus ojos. Poco a poco recordó los nombres que les puso; todas tenían uno, y todos acudieron a sus labios, inolvidables.

Al coger la última, se topó con algo más en el fondo. Era un paquete envuelto en papel blanco de seda. Controlando el súbito temblor de sus manos, lo abrió con cuidado. Descubrió una marioneta de Pinocho hecha en madera; de unos cinco milímetros de grosor; con todas las piezas articuladas;

la ropa pintada con esmero; y en la parte posterior, rodeada por unas elegantes filigranas parecidas a las de muchos muebles, una inscripción en cirílico: «Для моей маленькая внучка Claire, дед Люоша, 1990». Intuyó el significado mientras una lágrima solitaria recorría su mejilla, comprendiendo otra injusta tragedia. Encontró también un sonajero con la forma de un capullo de rosa y un pequeño patito amarillo con dos ruedas rojas para andar.

Una vez que guardó Claire las cajas en el armario, bajó con los juguetes al estudio y los dejó encima de la mesa. Escribió en un traductor online, no sin dificultad, la dedicatoria, y pudo leer lo siguiente: «Para mi pequeña nieta Claire, tu abuelo Liosha, 1990». Pasó la yema de los dedos por los surcos de las letras, parecía un tipo de grabado con fuego. Incluso olió con los ojos cerrados, rememorando los matices que debió distinguir Alexei cuando la escribió. Repitió una decena de veces esa frase en su cabeza, sorprendida por que firmara con total claridad como su abuelo; aunque nunca recibió ese regalo y no sabía quién se había encargado de ocultárselo. De manera automática pensó en Charles, pero sería muy difícil corroborarlo a no ser que Alexei se lo hubiese entregado a él sin la presencia de ningún testigo.

Llevó los juguetes al dormitorio de matrimonio y los dejó encima del secreter. Al poco tiempo, Eloise entró con ropa planchada de Gabriel y, al verlos, preguntó:

—¿De dónde has sacado esos juguetes?



—Estaban guardados en la buhardilla. Son míos, de cuando era pequeña.

Eloise colocó las prendas en el armario, se acercó al secreter y los cogió observándolos con admiración.

—Son preciosos, parecen de anticuario.

—Lo son, están hechos por un gran artista. —Claire no reprimió un matiz orgulloso. Había averiguado que la técnica usada por Alexei para la dedicatoria se llamaba pirografía, y confirmaba que no solo era ebanista, sino que también dominaba con habilidad otros recursos para embellecer la madera. Sonrió, mirando a Eloise y dijo—: Alexei Barinov, mi abuelo, o para ti: Alec Barn.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó con el ceño arrugado—. ¿Te has vuelto loca?

—No, era el padre de mi padre, pero mejor te lo cuento otro día.

—¿Pretendes que salga de aquí sin saber de qué estás hablando?

—Por favor, Elo, es una historia muy larga y ahora no tengo ánimo.

—Me da igual —dijo en un tono severo, se sentó en la cama y cruzó los brazos—. Tengo todo el tiempo del mundo.

Conforme Eloise fue escuchando la historia, Claire percibió el cambio en el rostro de la mujer, pasando del enfado al asombro, de la incredulidad al arrepentimiento o del desdén a la comprensión.

—Estoy segura de que las cosas habrían sido diferentes para él si mamá lo hubiese sabido, pero ya no puedo cambiarlo, solo puedo ir a verlo e intentar estar a su lado durante los años que viva.

—Ten clarísimo que no sabía nada, Claire. Cuando murió tu abuelo me contó que Alec intentó ayudar económicamente a tu padre para salvar la factoría, y estuvo a punto de aceptar, pero ella se lo impidió porque siempre había creído que ocultaba algo. Qué equivocada estaba —comentó Eloise, suspiró y negó entornando los ojos—. No sé por qué a veces las personas nos obcecamos, ni por qué nos formamos ideas erróneas de otras, pero ni en sueños tu madre pensó que era el padre biológico de Chris.

—Eso puedo suponerlo, Elo, pero la actitud del abuelo con él y que mantuviera en secreto la adopción es lo que no entiendo; papá tenía derecho a saberlo.

—Sí, habría sido lo justo, pero quédate con que él le tenía mucho cariño a Alec y no se dejó influenciar por tu madre; aunque sea una lástima que desde entonces no viniera más por aquí. Me da pena porque durante años lo he visto por el pueblo y nunca quise entablar ninguna conversación con él, pese a que siempre me saludaba. Sabía que tenía buena fama por sus trabajos, dónde vivía y que nunca dio un escándalo; pero creí a tu madre y no vi más allá.

—Lo hecho, hecho está.

—Cuando lo veas, pídele disculpas en mi nombre, por favor.

—Intentaré que venga algún día, quizá puedas hacerlo tú misma.

—Lo haré, Claire.

Para Eloise era importante rectificar, y salió más tranquila al comprender que Claire tenía el propósito de hacerlo.

Cuando esa tarde Gabriel llegó del banco, hablaron durante la comida de los juguetes, de la visita a Alexei y de las fotografías que Claire todavía tenía pendientes. Gabriel no se sorprendió de nada, excepto por su posado con Shu en el jardín; eso consiguió inquietarlo.

—¿Eres consciente de que estamos en febrero?

—Claro que sí. Haré todas las pruebas sin ti, no te preocupes.

—Mira la previsión del tiempo para el sábado, no me gustaría morir congelado.

—Descuida, tienes que darme muchos más instantes preciosos.

—Estoy impaciente —replicó con ironía, cogió la marioneta de Pinocho y pasó observándola unos segundos—. ¿Estás nerviosa por conocerlo?

—Te mentaría si dijera que no. Pero no sé distinguir si son nervios o preocupación. Es un anciano, cariño, y no me gustaría inquietarlo si es cierto que mi abuelo interfirió para que Margaret no viniera. Para él fue el amigo que cuidó a su hijo y le procuró la buena vida que creyó no podría darle.

—Él y Margaret accedieron a darlo en adopción, por mucho que quisieran reclamarlo, Charles era ante la ley su padre legítimo. Estás dando por hecho una conjetura de Marion, y quizá las cosas no ocurrieron así.

—Pero Alexei en una de las cartas cuenta que Margaret estaba arrepentida.

—Por supuesto, y seguramente lo estuvo toda su vida, pero eso no quiere decir que fuese a abandonar Inglaterra para venir a buscarlo. No lo pienses más y deja que él te lo cuente.

—Si quiere, no voy a forzar ninguna situación violenta.

—Claire, ese hombre buscó lo mejor para su hijo y de forma indirecta ha estado siempre con vosotros. Tú misma me has dicho infinidad de veces que es un gran artista, y que debió codearse con lo mejorcito de la época. Para poder hacer eso tenía que viajar, ten en cuenta que Craig Lyndon trabajó para él solo los últimos años de su carrera. No me parece descabellada su decisión. Tenía libertad para moverse, sabía que su hijo estaba atendido y encima podía verlo cuando quería. Que Margaret pensara venir no es algo que tu abuelo Charles tuviera que saber. ¿Quién te ha dicho que Iris se lo dijo? —preguntó seco—. Las cartas están en ruso, pudo ocultárselo. Marion conoció a un matrimonio amargado, pero no significa que se casaran por ningún interés y mucho menos que tu abuelo sobornara a Sigmund Sabo para hacerlo.

—Con certeza, solo sabemos que Alexei le pidió ayuda al abuelo cuando supo que Margaret tenía intención de dar en adopción a mi padre y que mi abuelo se casó con Iris, los trajo y ocultó a todos que su hijo era adoptado. Pero podemos suponer que Alexei nunca olvidó a Margaret, y Marion dice que ella tampoco lo olvidó a él.

—De acuerdo, pero no olvidar a una persona no quiere decir que siguiera amándola. Puedes recordar y seguir adelante con tu vida, volver a enamorarte o no, como le pasó a tu abuelo, pero que Alexei le dijera a su hermana que Margaret estaba arrepentida no inculpa a nadie, solo a ellos mismos. Si era cierto que Margaret pensaba recuperar a su hijo y Alexei estaba de acuerdo ¿por qué no lo hicieron?

—No lo sé. Ella era adolescente cuando dio a luz. Si vemos las cosas con otra perspectiva, quizá tengas razón.

—Ponte en la situación de Margaret. Tus padres te tienen muy controlada, conoces a un extranjero mayor que tú, te seduce y te deja embarazada. Como tu familia no aprueba una boda, te manipulan para que des al niño en adopción. Y tu querido amante, en vez de dar la cara y luchar por esa relación, desaparece y te deja sola; eso sí, se preocupa porque la criatura esté con alguien de confianza y echa mano de un amigo que sabe está desesperado por tener una familia. Después, cuando estás deprimida, os carteáis durante unos meses, pero como no tienes esperanza vas

conformándote. Conoces o ya conocías a un joven de una familia con buena reputación y dinero, te deslumbra y no le cuentas que has tenido un hijo con un carpintero ruso; os enamoráis y os casáis sin estar coaccionados; en poco tiempo vuelves a quedarte embarazada y tienes a tu segundo hijo, pero tu matrimonio no es lo que esperas ¿qué haces? —preguntó con una pizca de sarcasmo—, te refugias en el recuerdo de ese amor arrollador que nunca supiste si habría continuado en otras circunstancias, vives en una fantasía y, claramente, no olvidas al hijo que diste en adopción.

—No sabemos si mantuvieron correspondencia durante toda su vida. Alexei tampoco la olvidó.

Cansado, Gabriel bufó.

—Qué pesada —dijo entornando los ojos—. Él vivía aquí, estaba en contacto con tu padre, es normal que hablaran entre ellos. Eso podrá aclarártelo.

—Sé que tienes razón. —Claire le tocó la mano—. No te enfades.

—No estoy enfadado, pero necesito que no te centres solo en una maravillosa historia de desamor porque puedes llevarte un chasco. Mira a Elo o Ethel, o a tu madre, pensaban que Alexei tenía malas intenciones contigo, en cambio se equivocaron y no quisieron darle una oportunidad. Sabes mejor que nadie que las apariencias a veces engañan y pueden hacer mucho daño, deja que él te explique su versión y deja de pensar que tu abuelo los traicionó

—dijo severo—. Me fastidia que la memoria de un hombre honorable, que no puede defenderse, se ensucie con suposiciones cuando no hay ninguna prueba. Pecó por querer salvaguardar la paternidad de su hijo, no te lo discuto, pero de ahí a pensar que pagó a un hombre para fastidiar la vida de otro, del que fue amigo hasta su muerte, me parece muy injusto.

—Lo sé, pero dándole tantas vueltas ya lo veo hasta razonable.

—Pues para mí no lo es. —Gabriel sacudió la cabeza con una mueca despectiva—. Tu abuelo Charles fue un luchador, debió ser también sensible por cómo hizo esta casa, y desde luego fue un buen hombre al permitir que Alexei no perdiera el contacto con tu padre. Déjalo descansar en paz, cariño, se merece todo nuestro respeto.

—Lo tiene —admitió emocionada—, solo tengo buenos recuerdos suyos, y pensar que actuó con esa bajeza me está suponiendo muchas horas de pensamientos contradictorios.

—Hazme caso y olvídalos. Intentaremos aclarar con Alexei lo que podamos.

—Gracias, cariño, eres el sensato de los dos. Me has ayudado mucho.

—De nada, ya sabes que estoy a tus órdenes.

Nada más terminar la frase, Gabriel se arrepintió de verdad observando la malicia divertida en los ojos de su mujer; brillaban con un destello deslumbrante que interpretó como mal augurio por cualquier idea

inspiradora con esa sesión de fotos tan estimulante para ella como desalentadora para él.

Unos días después, Claire estaba a punto de entrar en la cocina cuando el olor de los puerros que Ethel preparaba le provocó una arcada. Salió corriendo hacia el cuarto de baño y vomitó el desayuno completo. Terminó resollando, se refrescó la cara viéndose pálida en el espejo y se lavó los dientes para quitarse el amargor en la boca; aunque la ansiedad seguía en la garganta. Creyó estar incubando algún virus y se tumbó en la cama esperando aliviarse con algo de descanso.

—Claire, nos vamos —dijo Ethel, abrió la puerta de la habitación y entró, pero no esperaba que estuviera acostada a esas horas—. No entiendo cómo puedes dormirte después de haber desayunado, es muy tarde para estar en la cama.

—No estoy dormida y acabo de echarme, he estado toda la mañana trabajando.

—¿Estás enferma?

—Creo que sí, me encuentro mal.

Ethel le tocó la frente.

—No tienes fiebre. Será agotamiento por tanto viaje y la exposición. ¿Quieres que te traiga aquí la comida? Gabriel aún tardará un rato en llegar.



—No, acabo de vomitar. —Claire hizo un gesto de asco con la boca —. Déjame descansar. Luego comeré algo con él.

—Vale, y relájate un poco; tanto estrés no es bueno.

Claire suspiró asintiendo. En cuanto salió Ethel, cerró los ojos y trató de no pensar, pero no conseguía quitarse la ansiedad ni un dolor abdominal similar al que solía tener los días previos a la regla. Cayó en que estaba retrasándose y no era normal en ella.

Un poco antes de que Gabriel llegara, Claire se levantó y fue a la cocina para poner la mesa, donde la recibió el mismo olor de una comida que le gustaba mucho pero volvió a asquearla. Se entretuvo jugueteando con Shu, que pareció advertir ese malestar y mimosa apoyó la cabeza en sus piernas. Duró hasta que salió disparada hacia el vestíbulo. Claire creía que conocía el sonido del motor del coche, ya que siempre se adelantaba unos minutos hasta que Gabriel abría la puerta y entraba. Shu hizo los honores mientras Claire servía un único plato con la crema de puerros y otro con un trozo pequeño de carne.

—Hola, cariño —saludó Gabriel, la besó en los labios y se quitó la chaqueta del traje, colocándola detrás de la silla. Al sentarse en la mesa, vio que Claire no tenía crema y, bastante extrañado, preguntó—. ¿Por qué no comes puerros?

—No puedo, me encuentro regular.

—¿Estás enferma?

—Creo que no —respondió atenta a sus ojos—. Me temo que es otra cosa —dijo insinuando una sonrisa. Gabriel juntó las cejas, concentrado. Para apaciguar la preocupación que advirtió, añadió—: Es posible que nuestro esfuerzo esté de camino, el lunes pediré cita con Julia.

Con un ojo medio cerrado, Gabriel procesó la información.

—¿Estás diciéndome lo que creo haber entendido?

Claire movió la cabeza afirmando. La plata de Gabriel nadó aturdida en un mar de felicidad. Se levantó y la abrazó con fuerza, parecía querer fundirla en su cuerpo.

—Cariño —dijo Claire, sujetándole la cara—, no lo he confirmado y hasta que no me vea Julia no quiero que nos hagamos ilusiones, pero tenía que decírtelo.

—No voy a aguantar hasta el lunes con la incertidumbre. Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas?

Gabriel cogió la correa de Shu y salió de la casa como un rayo. Sin saber qué pensar, Claire se quedó pasmada en mitad de la cocina. Se sentó en la mesa y empezó a marear el trocito de carne que cortó, pensando en que no debería haberle dicho nada por ahorrarse un fin de semana de locos.

Ni diez minutos después, regresó Gabriel con una bolsa de la

farmacia.

—Vamos —dijo, sujetándola de la mano—, salgamos de dudas.

Casi la arrastró directo hacia el dormitorio. Sonriente e incrédula, Claire entró en el baño con un test de embarazo ignorando que Gabriel se paseaba por delante de los ventanales rayando el histerismo. Poco después, cuando vio una sonrisa de oreja a oreja, confirmó la mejor noticia de su vida y se vio desbordado. Claire lo guió hasta el sillón y se sentó en sus piernas para calmarlo con un abrazo lleno de ternura que consiguió un efecto contrario y arrancó de sus ojos todas las lágrimas reprimidas durante meses al creer que jamás llegaría ese día.

Con la cabeza medio perdida entre el cabello de Claire, tardó varios segundos en poder expresarse con palabras:

—De tener la esperanza bajo mínimos, he pasado a rozar la felicidad absoluta. Te amo y con este hijo cumplo todos mis sueños, gracias.

—Esperemos que todo vaya bien, quedan un montón de meses.

—Ya verás cómo sí, yo te cuidaré.

Cuando el lunes por la mañana Claire acudió al Scotia para recoger a Gabriel, no esperaba toparse con Cybill hablando con William. Aun así, saludó con una sonrisa leve pasando de largo hacia la escalera. En la primera planta la actividad de los empleados impidió que ninguno le prestara

atención. Llamó con dos toques suaves en la puerta del despacho y, en cuanto escuchó la voz firme de su marido, abrió para ver una sonrisa alegre que evaporó de golpe una molesta aparición nada agradable.

Gabriel se levantó y la abrazó después de darle un beso corto en los labios.

—Estás muy guapa —comentó, echando un vistazo al gorro rojo, un vestido negro de punto y las botas altas que tenían la facultad de avivar algunos recuerdos demasiado lascivos—. Dame un minuto y nos vamos.

Mientras el Inquisidor feliz ordenaba los documentos repartidos encima de la mesa, Claire recorría con una mirada lenta su imagen con un traje azul marino. También él merecía algún piropo; aunque la impaciencia e ilusión eclipsaban el repaso. Recordó el fin de semana cuando no paró de mimarla, fue condescendiente hasta decir basta y, de manera sorpresiva, ni rechistó por el frío durante varias horas. Corrió constantemente por el jardín nevado detrás de su pareja artística y posó relajado siguiendo sus exigencias, algunas solo para hacerlo rabiar ya que esas fotos nunca verían la luz. Pero estuvo inmenso y la dejó a sus anchas hasta que se apiadó y concluyeron la sesión. Gracias a él y a Shu contaba con suficientes imágenes para varias exposiciones más o para empapelar la casa entera; el nuevo material tenía tantas posibilidades como anécdotas divertidas, un dinamismo alocado, ternura desbordante y, lo principal para Claire, un cariño incondicional

recíproco.

Bajaron de la mano y salieron a la calle sin que Gabriel advirtiera la presencia de Cybill, concentrado en la visita a la doctora Julia Mills. No necesitó ninguna indicación para llegar al barrio cercano al Avalon Mall donde estaba la consulta. Creyó poder encontrarla con los ojos cerrados tras preguntarle insistente la ubicación exacta a Claire durante el domingo, muchas veces, además de buscarla en Internet por si acaso fallaba su sentido de la orientación; nada podía retrasar que confirmaran el embarazo.

Después de saludar a Julia, que esa vez sorprendió a Claire con el cabello aún más corto teñido de color casi naranja, entraron en la sala de exploración y comenzó el examen ante la presencia silenciosa de Gabriel. Estaba totalmente inmóvil, alternando los ojos entre el abdomen de Claire y la pantalla del ecógrafo. Aquella imagen difusa era complicada de analizar para un novato como él, pero logró dominar los nervios gracias a la seguridad que percibió en los movimientos de la doctora.

Pletóricos llegaron a su casa. En el vestíbulo coincidieron con Eloise y Ethel, que se ponían los abrigos para irse hasta el día siguiente. Mientras Claire las saludaba, agachado, Gabriel correspondía a Shu. Ethel, al verlo tan contento, dijo:

—Hoy te has dado mucha prisa, pero no he hecho ninguno de tus

preferidos por aquello de compensar.

—No me importa, sabes que me gusta todo lo que haces —comentó, poniéndose de pie, se quitó el abrigo y colocó la mano en el hombro de Claire. Inclino la cabeza y la besó en la mejilla—. Nada puede cambiar que hoy sea un hombre feliz.

—¿Has hecho otro pedido de jamón?

—No. Tengo encargado algo mejor —respondió mostrando la perfección blanca de toda su dentadura—, muchísimo mejor, ya lo verás.

Claire apretó los labios disimulando una sonrisa, estaba intrigando a Ethel y había conseguido captar la atención de Eloise.

—¿Mejor que tu jamón español? —preguntó Ethel, desviando un segundo los ojos hacia Claire—. Pues como no sea algún vino de esos raros que te gustan...

—¿Dónde lo has encargado? —Eloise trató de buscar pistas—. Porque el pedido de Nueva York ha llegado esta mañana.

—No tengo muy claro dónde hice el encargo —dijo casual—, pero sí cómo. Es posible que venga de Nueva York, aunque Quebec también podría ser, ni idea.

—Cariño, por favor —dijo Claire en un fingido reproche—, no des detalles.

—Anda, Elo, vámonos. —Ethel, resignada, negó despacio—. Ya lo

averiguaremos, a fin de cuentas, siempre probamos lo que compra. No creo que tarde mucho en llegar.

—¿Aguantarás hasta octubre?

—¿Qué has comprado?

Al preguntar, Eloise frunció los ojos y la boca, turnando la vista entre ellos.

—No he dicho que haya comprado nada. —Gabriel encogió los hombros—. Está encargado aquí.

Tocó el vientre plano de Claire, que ya no se reprimió más y rompió a reír con una carcajada, seguida por la suya mientras las Friars asimilaban la noticia. Después hubo algunas lágrimas mezcladas con exclamaciones alegres y muchos abrazos que mostraron un gran cariño compartido por los cuatro.

En cuanto volvió la calma, charlaban sentados en la mesa de la cocina.

—He pensado seguir yendo a la parroquia hasta el verano.

—¿De manera voluntaria?

—Sí, me lo paso bien y no andan sobrados de personal.

—Como quieras, pero vas a tener que multiplicarte. Llevas demasiadas cosas para adelante, entenderán si dejas de ir.

—Lo sé, pero no quiero decepcionar a Tim —dijo Claire, metió la cuchara en el plato de sopa y se la llevó a la boca. Afortunadamente, la doctora le recetó un jarabe para las náuseas matinales y la tranquilizó al

explicarle que durarían solo el primer trimestre y, excepto la comida que su olfato rechazaba, tenía intención de comer variado durante todo el embarazo. Sonrió recordando al travieso pelirrojo—. Me gustaría que lo conocieras, es muy gracioso.

—Seguro, cariño. —Gabriel la observó unos segundos, comprendiendo esa faceta solidaria—. ¿Por qué no hablas con su abuelo para traértelo aquí algunas tardes en vez de ir tú?

—¿En serio? —Claire elevó las cejas—. Creía que no te gustaba.

—¿Tim? —preguntó muy sorprendido—. No sé por qué piensas eso. Una cosa es que me molestara que tuvieras que ir para cumplir una condena y otra que invites a un niño a nuestra casa. Por mi parte puede venir cuando quiera, seguro que le gusta estar con Shu y para ti es menos follón.

—Hablaré con su abuelo, a ver qué dice.

Animada ante esa nueva perspectiva, Claire no paró de hacer planes. Poco a poco iba encauzando su vida por el camino que Gabriel señalaba. Sin equivocarse la guiaba mostrándole su apoyo, incitándola a no pararse.

En la consulta del doctor Sawyer, Elizabeth escuchó atenta las recomendaciones en una de las últimas visitas antes del parto. Por una reunión fuera de la ciudad, Jack no pudo acompañar a Cora y delegó en ella. El médico tenía previsto coger vacaciones la última quincena de abril, pero



les aseguró que el embarazo seguía su curso con normalidad y que estaría presente cuando Ethan llegara durante los primeros días de mayo. Cuando Cora explicó que había tenido varias reacciones, Elizabeth se preocupó; en cambio, el hombre no le dio importancia después de comprobar los análisis de sangre y ver al niño perfectamente con un peso adecuado.

Abandonaron el edificio para reunirse con John, que las esperaba en Bruno's. Cogieron un taxi en la puerta y, después de que Elizabeth le diera al conductor la dirección del restaurante, comentó:

—¿Jack sabe que has tenido varias reacciones más?

—No, preferí no decírselo para no tener que salir corriendo a urgencias. Se ataca y me pone histérica.

Elizabeth sonrió, sabiendo a quién responsabilizar por ese carácter impulsivo.

—Está como loco con el niño, nunca pensé que lo vería así.

—Todo ha ido un poco rápido entre nosotros —dijo Cora—, pero estoy viviendo con él la etapa más feliz de mi vida.

—No te lo he dicho porque para mí verlo bien, al igual que a sus hermanos, es lo principal, pero cuando se vino sin darme explicaciones pasé muchas horas pensando qué le había ocurrido para dejarlo todo de repente. En el fondo me alegre porque volvía a tenerlo conmigo, pero ni de lejos imaginé la verdad. —Elizabeth acarició el brazo de Cora—. Es una lástima el

tiempo que habéis malgastado, aunque a veces es necesario perder para valorar mejor cuando se gana.

—Esos años fueron horribles para mí —murmuró Cora—, creí que me había dejado porque estaba arrepentido y me encerré en mí misma fastidiándome o haciéndole a Gabe la vida imposible. No sabes cuánto agradezco tu comprensión. Entiendo que son tus hijos y te duelan, pero jamás, jamás, quise hacerle daño a ninguno; las cosas surgieron sin que pudiéramos evitarlo.

—No tienes que darme explicaciones, tengo ojos y los veo felices. Y estoy muy orgullosa de los tres, pero sobre todo admiro como Jack y Gabe han sabido entenderse y eso es gracias a ti y a Claire.

—Para mí también es importante que Gabe esté bien, lo quiero mucho. Es un buen hombre y no se merecía estar conmigo, necesitaba a alguien que realmente lo amara y me alegro muchísimo de que Claire apareciera en su vida, están muy enamorados y solo puedo desearles lo mejor.

Antes de bajar del taxi, Elizabeth descubrió a John en la puerta del restaurante hablando por el móvil. Sonreía contento. En cuanto las vio, se guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo. Se acercó risueño, ajeno a que Cora se imaginó a un Jack maduro o Elizabeth admiró su porte distinguido.

—Hola, mi amor —saludó John dándole un beso en los labios, giró la cabeza hacia Cora y la besó en la mejilla—. Estás preciosa, ¿qué te ha dicho

el médico?

—Todo perfecto —respondió Cora alegre. John abrió la puerta del restaurante y les cedió el paso—. Se te ve contento, estás fantástico.

—No es para menos, acabo de hablar con Gabe. Claire está embarazada.

Elizabeth abrió los ojos como platos y se llevó una mano a la boca para contener la emoción delante de un montón de extraños que comían sin levantar la voz ni reprimir observarlos. John trató de relajarla con un abrazo mientras Cora también compartía la buena noticia acariciándose el vientre al sentir uno de los muchos movimientos del bebé; igual de revoltoso que Jack cuando se impacientaba por cualquier cosa, y el hambre era una de ellas.

Cuando ya estaban sentados en la mesa y la conmoción había dado paso a una charla distendida, Elizabeth tocó un tema que Cora evitaba con Jack porque no admitía negociaciones.

—Si a ti no te gusta, tendréis que buscar un nombre que os guste a los dos.

—No es que Ethan no me guste, pero prefiero Oliver o John —comentó Cora, sonriendo ante el gesto arrogante del abuelo—. Oliver no quiere ni oírlo y John es para el hijo de Gabe. Tendré que asumir que se llamará Ethan.

—Es absurdo, Cora —dijo Elizabeth—. ¿Y si Claire nunca tiene

varones? No le hagas caso y llegad a un acuerdo intermedio.

—Beth, parece mentira que no conozcas a tu hijo, a cabezón no le gana nadie.

—Eso es dudoso. —Elizabeth lo miró con las cejas elevadas—. Es el que más se parece a ti.

—¿Estás diciéndome que en eso ha salido a mí?

Con una sonrisa que le ocupó todo el rostro, Elizabeth movió la cabeza afirmando. Esa alegría quedó fulminada en el acto viendo entrar a Lilian con el anciano que la acompañaba la última vez que tuvieron el placer de encontrársela. Sabía que en Nueva York las posibilidades de repetir eran altas, pero nunca creyó que en poco más de una semana volverían a coincidir.

Elizabeth siguió sin pestañear el recorrido de la rubia por el local hasta que se paró con su pareja al lado de John, que dejó la servilleta encima de la mesa y se levantó encubriendo su sorpresa con cortesía.

—Hola, John, qué coincidencia.

—Hola —dijo seco, desvió la vista hacia el anciano y le tendió la mano—. Soy John Drake.

—Un placer, Rupert Tish. He escuchado hablar de usted.

—Siento no poder decir lo mismo —comentó John sin acritud. Por el apellido concluyó que estaba vinculado a la Tish Corporation, una de las mayores compañías del país con intereses diversificados en seguros,

extracciones petrolíferas, hoteles de lujo y medios de comunicación—. Supongo que querrán comer, no quiero entretenerles.

—No se preocupe, Lilian no suele comer mucho —dijo con una sonrisa tierna al mirarla, quiso coger la mano de la rubia, pero ella se zafó disimuladamente; aunque John, Elizabeth y Cora lo advirtieron—. Tengo entendido que es usted el presidente del Scotia Bank.

—Era —dijo amable, correspondiendo a los modales correctos de Tish—. Me jubilé hace unos meses, antes de casarme de nuevo con mi esposa.

—Enhorabuena, nosotros nos casaremos en dos semanas, Lilian está impaciente y yo no debo perder el tiempo.

—Querido —interrumpió Lilian con un tono falso que John conocía a la perfección y le revolvió el estómago—, será mejor que dejes la conversación para otro momento, tenemos la mesa preparada.

—Sí, será lo más adecuado. Hasta otra, señor Drake.

Rupert Tish extendió el brazo, estrechó la mano con la de John e inclinando la cabeza se despidió de Elizabeth y Cora. Lilian fue a besarlo en la mejilla, pero se detuvo cuando percibió la advertencia silenciosa en unos ojos que no sabían mentir. En cuanto se alejaron, John se sentó y observó a Elizabeth unos segundos, tratando de adivinar sus pensamientos. Al notar la tensión, Cora quiso recuperar el buen humor y preguntó:

—¿Qué nombre os gusta a vosotros?

—El que elijáis estará bien —respondió Elizabeth, acarició la mano de John para hacerle saber que tenía intención de cumplir su palabra, pese a tardar un momento en reaccionar—. ¿Cuál te gusta, cariño?

—Los de nuestros hijos —afirmó serio. Al ver a Lilian con alguien que le doblaba la edad, fue consciente de la impresión que durante diez años le habría acompañado a él. Agradeciendo el esfuerzo de Elizabeth y Cora, esbozó una ligera sonrisa—. Ponedle Jack.

—Hablaré con él, pero está complicado —comentó Cora resignada—. Por cierto, ¿Claire os ha pedido nuevos posados para Londres?

—No —respondió John, aliviado ante una faceta que no llegaba a seducirlo—. ¿A Jack sí?

—Tampoco. —Cora negó despacio—. Supongo que estará martirizando a Gabe.

—Para eso es su marido, que pague algún peaje —comentó Elizabeth bromista—. Nosotros estamos mayores para tanta exhibición.

—No sé qué decirte... —Cora sonrió—. Triunfasteis.

—Habla por John, tiene un cuerpo para la lujuria.

Ahí fue cuando John borró a Lilian de su cabeza y se tiró en plancha a la piscina que la graciosa de su mujer había llenado de confianza para él solito.

—Gracias, cariño, pero mis partes nobles quedaban ocultas; sin

embargo, las tuyas las vio todo el mundo, y hay que reconocer cuando a uno lo derrotan y tú fuiste la luz de esas fotografías.

—Menudo piropo, Elizabeth —dijo Cora con un gesto de satisfacción en la boca—. Ya me gustaría a mí que Jack me dijera algo así cuando tengamos vuestra edad.

—También lo hará, mis chicos son especiales, en eso los tres han salido a su padre.

Ajeno a la ironía que no quiso captar en esas palabras, John entrecerró los ojos, levantó la mano de Elizabeth y le besó el dorso con gentileza. No reparó en que Lilian estaba pendiente de ellos y vio la escena apretando los labios e ignorando la conversación de Tish.

Durante un buen rato, entretenidos, siguieron comiendo hasta que terminaron y John pidió la cuenta. Tras ayudar a Cora con el abrigo, John le colocó a Elizabeth el suyo con un beso de propina en el cuello. Y, de la mano, salieron del restaurante como una espléndida pareja madura para mortificar a Lilian sin pretenderlo.

A pesar de que John había sentido vergüenza al verla, esa sensación la mitigó el orgullo de tener a Elizabeth junto a él y la satisfacción de reconocer que mantendría intacto el resto de su vida el *in Principio et Semper meum Paradisum* grabado en sus alianzas; era un lema tan sagrado como la certeza de que nadie volvería a separarlos.

## DIECISÉIS

*Deer Lake, 5-3-13*  
*Terranova y Labrador, Canadá*

Al poner Claire los pies en el suelo del aparcamiento de Deer Lake Manor, Gabriel notó cómo tragaba despacio. Vio claramente el movimiento en su cuello.

—Todo va a ir bien, cariño, no te preocupes.

Claire inspiró hondo y sujetó con fuerza la mano de Gabriel. Miraron alrededor observando un edificio blanco con ventanales, bastante grande y de una sola planta, delante del lago y dos caminos con una hilera de casitas blancas adosadas. Todo reflejaba pulcritud y un esmerado cuidado. Anduvieron por adoquines formando mosaicos de colores, limpios, sin rastro de nieve, y dejaron atrás bancos de hierro forjado, farolas, papeleras parecidas a las del Londres más clásico, un mini campo de golf y un embarcadero privado donde vieron varios yates pequeños.

Las nubes grises que amenazaron lluvia durante las seis horas de trayecto desde San Juan empezaron a descargar cuando Gabriel abrió la puerta del edificio y empujó con suavidad la espalda de Claire incitándola a entrar. El interior era como el de cualquier hotel de lujo, brillante y amplio. En un mostrador alargado había dos mujeres uniformadas con chaquetas y



pantalones blancos, dejaron de hablar entre ellas y los miraron al acercarse.

—Hola, buenos días —saludó Claire—, venimos a ver al señor Alec Barn.

—Buenos días —dijo una de las mujeres sonriendo con tibieza—, dígame su nombre, por favor —pidió formal. Nada más oírla, Claire se identificó, la mujer sacó un registro de entrada y le marcó dónde debía firmar—. El señor Barn está en el jardín.

—Ha empezado a llover —comentó Gabriel observando el aguacero.

—Eso no es impedimento para él —dijo la otra mujer en un tono jocoso—. Búsquenlo cerca del campo de golf, hay un cenador. A Alec le gusta pasar allí el tiempo.

Con amabilidad les prestaron un paraguas y salieron del edificio. Gabriel entrelazó los dedos a los de Claire y la condujo hasta que vieron la estructura circular de madera, con el tejado cubierto de vegetación y dos escalones rodeándola para elevarla del suelo. Los dos se centraron en el hombre sentado de espaldas a ellos. A unos metros, Claire se detuvo e intentó sosegar el ritmo loco de su corazón; Gabriel apretó su mano y se inclinó para hablarle al oído:

—Cariño, has llegado hasta aquí, estoy contigo.

Claire asintió y siguieron andando.

—Liosha. —El susurro de Claire sobresalió al ruido de la lluvia.

Alexei se levantó y giró el cuerpo. Pese a tener cerca de noventa años no los aparentaba. Era alto, muy delgado y tenía la espalda algo encorvada; el cabello espeso totalmente blanco; el rostro con pocas arrugas, los pómulos muy marcados y los ojos hundidos aunque eran expresivos de un azul intenso, y estaban inmóviles observándola. Cuando vieron caer una lágrima lenta por su mejilla, Claire se acercó y también liberó las que contenía—. *Дед* —pronunció en ruso el mismo “*died*”, o abuelo, que él le escribió en la marioneta.

La sonrisa de Alexei apremió a Claire para abrazarlo. Gabriel observó a un anciano que cerró los ojos apretando a Claire bajo su cuerpo, vio en ese gesto el alivio profundo de quien recorre un largo camino y por fin alcanza la meta. Durante unos minutos consolaron sus conciencias con contacto hasta que se separaron y Alexei acarició la cara de Claire.

—Eres una mujer hermosa —dijo sin poder apartar los ojos de los suyos, iguales a los de Chris, también heredados de Margaret. Entendió que ambos habían descubierto el secreto de Charles y que si estaban ahí sería para oír la historia que ellos pretendieron mantener injustamente oculta—. No esperaba este día.

—Yo sí, abuelo, llevo soñando con él muchos meses. —Claire sonrió, miró un instante a Gabriel—. Te presento a mi marido, Gabriel Drake.

—Sé quién eres —dijo, estrechándole la mano—. Llegaste a San Juan

poco antes de que yo me marchara.

—Es un honor conocerlo, aparte de que sea el abuelo de Claire soy un gran admirador de su trabajo.

—Muchas gracias, también te admiro por cuidarla, me preocupé mucho cuando murió Grace —comentó sereno, fijó los ojos en Claire y esbozando una sonrisa apenada añadió—. Estuve en su entierro y te vi muy mal, siento mucho su muerte.

—Tenemos tantas cosas de que hablar que no sé por dónde empezar, pero una de las más importantes es pedirte disculpas en nombre de mi madre, tenía una idea equivocada de ti y por una terrible circunstancia pagaste nuestros miedos.

—Conozco toda tu vida, Claire. Sé lo ocurrido el 23 de abril del 2003. Perdoné a tu madre porque la comprendí, no te preocupes por eso. Me conformé con verte de vez en cuando aunque sabía que no estabas pasándolo bien, por eso cuando apareciste tú —dijo mirando a Gabriel— decidí dejar el pueblo y venirme aquí, en cuanto te instalaste en el Boreal Róis supe que nunca te irías. Esa casa tiene magia, respira a través de las paredes y atrapa el alma de quien siente la belleza.

—Tiene razón —admitió Gabriel—, es un espectáculo para los sentidos y es gracias a su trabajo.

—Tuve la suerte de conocer a Charlie en un momento crucial para mí,

y me dejó libertad total para hacer toda la carpintería mientras predominara el art-nouveau.

—Tengo entendido que fue un gran amigo para usted.

—Llámame Liosha, solo los más íntimos lo hicieron y me gustaría que fueras uno de ellos.

—Será un placer para mí.

—¿Te importa que hablemos del abuelo? —preguntó Claire con un gesto compungido—. No es mi intención remover el pasado, pero necesito comprender algunas cosas que ocurrieron y nunca he sabido.

—No es ningún problema para mí hablarte de tu abuelo —afirmó con una sonrisa tibia, fijó la vista en Gabriel y añadió—. Y no, no fue un amigo para mí; fue mucho más, me salvó la vida, me ayudó cuando más lo necesitaba y se hizo cargo de mi hijo y de mi hermana sin pedirme nada a cambio, y te aseguro que Chris fue muy feliz con él pese a la muerte de Irina. —Alexei se sentó en el banco que rodeaba el interior del cenador, sin soltar la mano de Claire en ningún momento, con Gabriel acompañándolo al otro lado—. Solo tengo palabras de respeto y agradecimiento para él. Decidimos que nadie conociera mi verdadera identidad para proteger su reputación en el pueblo. Charlie era un empresario conocido por todos y no quiso quedar por embustero cuando empezó a sopesar contarle a Chris la verdad. Fui yo quien ocultó los papeles de la adopción, fabriqué el compartimento en la estantería

con la intención de que nadie los descubriera nunca, y lo hice por voluntad propia —explicó sin ánimo de recordar la discusión más amarga entre ellos y, por supuesto, sin intención de responsabilizarlo; aquel lejano día marcó el destino de Chris, pero en ese instante mancillar la memoria de su amigo no ayudaría en nada a Claire y él hacía años que asumió y perdonó la grave negligencia que cometieron—. No penséis que me obligó, al contrario, tuve que convencerlo. Él creía que Chris debía saberlo, pero no consentí que nadie manchará su honorabilidad, se lo debía y jamás me arrepentí. Tuve la suerte de caerle bien a Chris, nos entendíamos y fuimos amigos hasta aquel maldito día que se empeñó en ir a la plataforma para pedir trabajo.

—¿Intentó trabajar en *Hibernia*? —preguntó Claire.

—Sí, estaba desesperado. Llevaba desde el 96 arruinado después de pagar todas las deudas que generó la fábrica. Le rogué que aceptara mi ayuda sin poder decirle que todo lo que tenía era suyo, pero ocurrió el accidente y... terminó su agonía.

—Me gustaría que hablásemos de todo —dijo Claire, asimilando esa información para espesar con más bruma densa sucesos tergiversados en su recuerdo—. Pero no pretendo entristecerte, si no quieres lo comprenderé.

Alexei rodeó los hombros de Claire con el brazo.

—La tristeza desde hace un rato ya no forma parte de mi vida, dime qué quieres saber y si puedo responderte lo haré con gusto.

—Gracias. —Claire sonrió, miró a Gabriel, que cerró los ojos un segundo a modo de asentimiento, y preguntó—. ¿Cómo conociste a Margaret?

—Maggie, mi dulce Maggie —dijo antes de suspirar—. Cuando la conocí era una niña traviesa y consentida, un regalito; pero a Irina le gustaba y sus padres se portaban bien con ella. Empezó a trabajar para los Clainston a las pocas semanas de que llegáramos de Moscú. Tuvo suerte y para mí fue un alivio porque no quería quedarme en Europa, había oído que aquí podía ganar dinero rápido y no me daba miedo el clima ni la soledad. Que ella se quedara en Inglaterra con una buena familia, a salvo durante una guerra que solo trajo escasez y miseria fue una bendición para los dos.

—Llegaste y conociste al abuelo —comentó Claire al confirmar algo que Sean y ella habían dado por hecho—. ¿Trabajaste en la factoría?

—No, nunca. Fui a pedirle trabajo y salió el tema de la casa que estaba construyéndose, me comentó que el carpintero que había contratado no captaba el estilo que quería y estaba cansado de buscar. Vi el cielo abierto. —Alexei rió—. Reconozco que fui muy osado porque tenía poca experiencia, pero lo convencí, me esforcé como un jabato para no defraudarlo con los ventanales de su dormitorio, el de la planta baja, le gustaron y a partir de ahí me dio carta blanca para hacer el resto. Luego empecé a diseñar, me dijo cómo quería la escalera y la construimos. En un año terminé toda la

carpintería interior. Los muebles los fui haciendo cuando me vine a vivir aquí. Ya tenía más soltura tallando y según sus peticiones iba planteándole ideas hasta que los dos veíamos lo mismo.

—¿Dónde aprendiste a tallar? —preguntó Gabriel muy interesado—. Es lo más llamativo de todos tus muebles.

—En Nancy. Estuve seis años, justo en plena postguerra. Fue cuna de una de las escuelas más prestigiosas del art-nouveau.

Claire acababa de poner otra pieza en el rompecabezas; ahí estaba la laguna desde 1946 hasta 1952 que ni ella ni Sean habían sabido completar.

—En Estados Unidos también hubo gente muy importante —comentó Gabriel—. Algunos edificios de Nueva York están llenos de decoración modernista.

—No quiero entrar en una discusión que Charlie y yo teníamos muy a menudo —dijo con un brillo de soberbia en la mirada—, pero te diré lo mismo que le decía a él: Gaudí era modernista porque los españoles llamaron así al art-nouveau, y no hay que confundirlo con el art-déco, que es un sucedáneo posterior que se podía producir en masa y era menos elitista. La pena es que por esos mismos motivos pasó rápido de moda, aunque sirvió de inspiración para muchísimos artistas que durante el siglo pasado no quisieron olvidarlo. Para mí significó liberarme de imitaciones, salir de clichés anticuados o de moldes de escayola, podía dejar fluir la imaginación, sentir

en mis manos todas y cada una de las fases de la madera. —Alexei las extendió y les mostró varias cicatrices parecidas a tajos de una navaja—. Viví para tallar. Amaba el olor al cepillarla, pude aprender a distinguir los diferentes tipos con los ojos cerrados —comentó bajando los párpados y aspirando profundamente—. El sutil a coco del roble americano, la vainilla del castaño o el peculiar a almendras tostadas del abeto canadiense. La tierra donde se hayan criado los árboles los marca aromáticamente, y al aserrar la madera se rompen los vasos leñosos que liberan resinas dejando una impronta inconfundible, me encantan esos olores.

—Una de las cosas que transmiten tus muebles es amor a tu profesión.

—Acabo de decírtelo, Gabriel, ha sido la gran pasión de mi vida.

—¿Y Maggie? —preguntó Claire—. Estuve en el taller y vi la gubia.

—Lo sé, me llamó Craig al día siguiente. ¿Qué quieres saber de ella?

—Era mi abuela —admitió Claire moviendo los hombros despreocupada—. Todo.

Alexei sacudió la cabeza y sonrió divertido.

—Con diez años era un tostón, pero la cosa cambió cuando la vi al volver de Francia. Tenía la intención de afincarme aquí con Irina, pero el barco que íbamos a coger tuvo problemas y nos aplazaron la salida para septiembre. Casi todo el dinero que gané en la obra de Charlie me lo gasté en Francia, así que acepté el ofrecimiento del señor Clainston para realizarle un



aparador en una casa que tenían en el campo, cerca de Londres. Era principios del verano de 1952. Maggie estaba allí con mi hermana y otra criada más hasta que sus padres llegaron de Liverpool. Supongo que le atrajo mi acento o vete a saber qué, pero la tenía todo el santo día alrededor, soy humano, era joven y ella se había convertido en una mujer preciosa, suponed el resto.

—Sería un golpe para vosotros el embarazo —comentó Gabriel serio.

—Para ella fue horrible. Intenté hablar con su padre, pero se puso hecho una fiera y me denunció por violación. —Alexei trató de sonreír, pero era uno de los recuerdos más agrios de aquellos días—. Estuve en la cárcel hasta que Maggie convenció a sus padres y retiraron los cargos. Le escribí a Charlie contándole mis problemas porque habíamos entablado una buena amistad y sabía que quería formar una familia, pero no tenía tiempo ni ganas de noviazgos largos.

—Creíamos que fueron los padres de Margaret quienes la obligaron a la adopción —dijo Claire, con otra incógnita más resuelta. Ahí comprendió que Alexei nunca la dejó sola, se vio privado de libertad por algo que le tocaba de forma demasiado hiriente; aunque con cada palabra de Alexei la figura de su abuelo se engrandecía, y la llenó de orgullo y admiración—. No debió ser fácil para ella.

—Ni para mí —comentó moviendo las mandíbulas—. Mi consuelo

fue contar con el apoyo de Irina, se indignó por la actitud de los Clainston. También tuvimos mucha suerte con tu abuelo. Creo que se enamoró de ella nada más verla. Era una mujer muy noble y una belleza, quiso mucho a Chris y también amó a Charlie; aunque fue una desgracia que muriera tan joven sin poder darle otro hijo. —Alexei se emocionó hablando de su hermana y tardó unos segundos en poder continuar—. Yo no tenía intención de venir tan pronto, pero debía acompañar a mi amigo, él estuvo cuando lo necesité y en aquel momento no podía quedarse solo con Chris; se hundió y le costó bastante asumir la pérdida de Irina.

Claire acarició con ternura la mano de Alexei y preguntó:

—¿No volvió a enamorarse?

—No, se centró en la factoría y en Chris.

—¿Tú nunca te casaste?

—No, no podía ofrecer ninguna estabilidad y eso es lo que quieren las mujeres. Pero no fui ningún ermitaño, tenía mis escauceos.

—No lo dudó —comentó Gabriel sonriendo al escuchar la aclaración—. Espero no molestarte con lo siguiente, pero a Claire y a mí nos ha supuesto muchas horas de intriga. Todo empezó para nosotros cuando reformamos la casa, el arquitecto encontró la carpeta que escondiste en la biblioteca. Aparte de los papeles de la adopción de Chris, encontramos varias cartas en ruso. Sé que no deberíamos haberlo hecho, pero las tradujimos. En

ellas daba la impresión de que le contabas a Irina que Margaret tenía intención de reclamar a Chris.

Alexei sonrió con pocas ganas.

—Maggie me quería, pero prefirió seguir bajo la protección de sus padres a aventurarse en un país desconocido conmigo y nuestro hijo. Yo no estaba enamorado de ella, pero intenté asumir mis actos y le pedí que nos casáramos. Sé que de haber tenido posición o dinero todo habría sido diferente. Tenía momentos donde parecía estar convencida, pero siempre encontraba alguna razón para rechazarme —comentó con un gesto de indiferencia en los ojos y los labios—. Dejé de creer en ella porque me di cuenta de que era demasiado inmadura. Es posible que se viera desbordada un tiempo, sin embargo, en menos de un año, se casó con otro y no volví a tener noticias suyas hasta 1955.

—He tenido la suerte de conocer a su nuera —dijo Claire—, se llama Marion y es marchante de arte en Nueva York. Ha estado casada muchos años con Richard Sabo, el hijo que tuvo Margaret con su marido, también está muerto. Me ha asegurado que ninguno supo nada de ti ni de mi padre, y creo que puede no ser exacta la percepción que tienes de Margaret.

—Querida, Claire, la conocí, me dejé llevar sin pensar en las consecuencias y la odié. —Alexei recordó a la mujer que abandonó por Margaret y sintió el peso de la culpabilidad. Eran remordimientos por una

conducta que debió controlar, que se le escapó de las manos y cuando quiso frenar fue imposible—. Con el paso del tiempo Maggie se convirtió en un acicate para mí, por eso puse su inicial en todos mis muebles, porque todos eran en su honor, todos me servían para mejorar y ganar prestigio, y eso no se consigue con amor, era el orgullo el que guiaba mis manos, siempre me empujaba a hacer diseños más atrevidos —dijo reflexivo, pareció perderse en sus pensamientos hasta que miró la hora y añadió—. ¿Os apetece comer?

—Sí —respondió Claire levantándose—, hemos venido a pasar el día contigo.

—¿Puedes salir de aquí cuando quieras?

—Por supuesto. —Alexei apretó la frente observando a Gabriel. Salieron del cenador y apreciaron que el intenso aguacero se había convertido en una fina llovizna, aunque parecía llegada del Polo Norte—. Estoy aquí porque me gusta, está bien y tengo varios *amiguetes* muy competentes; son unos negados jugando al ajedrez, pero no pienso enseñarles, no me pesa desplumarlos.

—En eso Claire ha debido salir a ti, tampoco tiene reparos en aprovecharse de mí.

—Si no es muy indiscreto, ¿cómo se aprovecha?

—No le hagas caso, abuelo —replicó Claire, contenta andando en medio de los dos, dándole una mano a cada uno. Alexei sonrió escuchándola

llamarlo abuelo con naturalidad—. Soy fotógrafa, por eso he conocido a Marion Sabo, y a veces le pido que pose para mí, aunque no lo lleva muy bien.

—Cariño, sé sincera, no omitas que me haces posar desnudo a la intemperie.

—Menuda suerte la tuya, Claire, me habría gustado tener a una modelo a mi disposición.

—¿Has dejado de tallar?

—No del todo porque es imposible, pero ahora solo hago regalitos para mis compañeros.

—¿Recuerdas la marioneta de Pinocho que me hiciste?

—Claro que sí, ¿te gustó?

—No sabía que la tenía hasta hace poco ¿A quién se la diste?

—A tu madre. Tuve mis serias dudas de que te la diera, pero en aquella época era medio correcta conmigo. No sé por qué nunca me aceptó, creí que era porque podía parecer que estaba aprovechándome de Charlie, me enviaba muchos clientes y solíamos pasar bastante tiempo juntos con Chris, incluso llegué a pensar que eran celos. Luego entendí que iba por otro camino y cuando murió mi hijo no quise repetir denuncias ni falsas acusaciones, pero me dolió mucho no poder estar a tu lado cuando volviste de Nueva York.

—¿Cómo sabías qué había ocurrido?

—Porque me sorprendió que dejara el negocio y contraté a un detective privado. Siento profundamente el dolor que tuviste que sentir.

—Ahora empiezo a poder hablar del tema, pero han sido años de tortura.

—Me lo imagino, pero el pasado no puede hacerte daño, céntrate en que tenéis por vivir un futuro lleno de felicidad.

—Estamos en ello —dijo Claire con una sonrisa de oreja a oreja. De pronto le vino a la cabeza un detalle que le contó Marion y no encajaba en la historia que acababa de contarles—. “Died”, ¿por qué le mandaste a Margaret una foto tuya con mi padre y el abuelo?

—No lo sé, supongo que quise enseñarle lo bien que estábamos. Aquella foto nos la hicieron en la factoría el día que Chris cumplió dos años. Nunca más coincidimos los tres en otra. Tengo algunas con Charlie y algunas con Chris, pero juntos no volvimos a hacernos ninguna más.

Aceptando ese capricho del destino, en pocos segundos retomaron la charla y llegaron al edificio principal. Alexei los guió hasta el comedor, donde recibió saludos amistosos por parte de algunos ancianos que se levantaron para conocer a Claire y a Gabriel. Los dos respondieron con agrado cuando los presentó como sus nietos. Comieron hablando de la residencia y del día a día que ocupaba el tiempo de Alexei.

—Liosha —dijo Gabriel—, ¿qué piensas hacer con la casa y el taller?

—¿Los quieres? —preguntó jocosamente. Gabriel sonrió por ese sentido del humor; se notaba que conocerlos le había alegrado el corazón. Durante unos segundos, Alexei pensó la respuesta y, fijando los ojos en Claire, comentó—. Tú eres mi única heredera, aunque entiendo que no te sirva para nada todo lo que tengo allí. Cuando muera puedes hacer lo que quieras.

—Es una lástima que Craig no quiera intentarlo. —Claire habló seria—, me dijo que no tenía tu don para diseñar.

—Es lo más importante; tú debes saberlo. Craig es un operario, carece de imaginación y sin ella es imposible ser un artista.

—Te entiendo porque antes de hacer una fotografía ya la he visto en mi cabeza, siempre me pasa igual y hasta que no la veo con claridad no puedo realizarla.

Abuelo y nieta sintonizaron observados con atención por Gabriel.

—Claire me ha contado que la maquinaria que tienes en el taller es antigua.

—Tengo algunas de serie y otras modificadas por mí o por un mecánico muy competente que trabajó para Charlie en la fábrica.

—Cuando estuve allí —dijo Claire—, vi unas cajitas de madera con un número y un año escritos a lápiz, le pregunté a Craig, pero no supo decirme para qué las usabas.

—Mis queridos insectos... —Alexei soltó una carcajada que asombró

a Claire y a Gabriel—. Me gusta la entomología. Cuando llegaba la primavera siempre salía al campo buscando mariposas, libélulas o cualquier otro insecto que me sirviera para hacer plantillas nuevas. Cada mueble lleva uno exclusivo, jamás repetí. Luego los embalsamaba con resina en esas cajas y me deshacía de ellos.

—¿Por qué no los conservaste? —preguntó Claire intrigada—. Debían ser bonitos.

—Eran preciosos, pero tenían un destino. Estoy seguro de que Maggie todavía los tiene.

—Murió hace tres años, pero es posible que todavía estén en su casa. Marion me comentó que cerraron el piso y no volvieron a ir —dijo Claire, acarició la mano de Alexei al percibirlo aturdido—. Lo siento, creí que lo sabías.

—No. —Alexei negó despacio con la cabeza—. Solo tenía la dirección de la casa de Essex, se los enviaba allí porque sabía que le gustaban y era una forma de hacerle ver que seguía recordándola. Solo estuvimos juntos tres meses, no fueron los mejores de mi vida, pero esa mujer me marcó para siempre y ha sido una constante en mi carrera.

Barruntando no perder en el olvido unas obras maravillosas, Claire preguntó:

—¿Tienes algún registro de todos los trabajos que hiciste?



—Hasta que me jubilé, sí. Están guardados en mi casa.

—Sería interesante poder hacer un catálogo.

—Hice trabajos en los cinco continentes. A veces les hacía fotos antes de enviarlos, pero iba en función de lo satisfecho que quedara con el resultado o del tiempo que tuviera, creo que todavía debo tener carretes sin revelar.

—Me gustaría poder verlas —comentó Gabriel interesado, tuvo una idea y la soltó sin filtrar—. Marion podría organizar una exposición, incluyendo la maquinaria.

—Quiere venir a verte —comentó Claire risueña. Vio una mirada indiferente en los ojos de Alexei—. Está ayudándome mucho, es una señora muy interesante.

—Todos los marchantes son unos indeseables, ninguno aprecia el arte; encontrar a uno que lo haga es como buscar una aguja en un pajar. Solo quieren cifras, ventas y un gran negocio. Estará volcada contigo porque debes generarle grandes beneficios.

A Claire esas palabras hostiles le recordaron otras de Marion donde la palabra “negocio” siempre había estado presente; en cambio, estaba agradecida a ella por brindarle la oportunidad de llegar a más público y entendía que nadie trabaja por amor al arte, ¿o sí?

—A finales de mes tengo mi segunda exposición, en Londres. En la de

Nueva York vendí todas las fotos y, aunque tienes razón, es comprensible que sea un negocio, también me genera buenos ingresos.

—Seguro —dijo Alexei, sonrió débilmente—, pero en cuanto el arte se mezcla con el dinero entran en lid otros intereses que pueden desvirtuar la inspiración para no dejarte nada más que un molde de donde siempre sale lo mismo, los he detestado siempre; es la razón por la que me gustaba tanto el art-nouveau.

—Pero todos los artistas tienen su personalidad, un estilo propio y diferenciador. —Gabriel sirvió más vino en la copa de Alexei, en la suya y dejó la botella para coger la jarra de agua y rellenarle el vaso a Claire—. Tú mismo tienes unas características muy claras.

—Por supuesto, y Gaudí, Lalique, Majorelle, Klimt, Picasso, Gauguin..., todos los artistas de cualquier movimiento, la lista sería interminable; aunque una cosa es la impronta, ese sello peculiar de interpretar la realidad de cada uno, y otra es hacer chorradas e intentar que pasen por arte cuando solo se cambian colores o materiales y se repiten las obras.

—Bueno, esa opinión es discutible, abuelo. El arte es subjetivo, siempre que haya alguien dispuesto a admirar una obra puede ya considerarse arte.

—Te equivocas. Debe considerarse una creación, y hay unos parámetros que definen la belleza.

—No lo veo así —dijo Claire, apretó los labios y negó—. Para mí es arte toda creación capaz de conmover sentimientos, da igual que rocé las proporciones perfectas o sean manchas difusas, si capta mi atención y consigue que me detenga durante unos minutos a contemplarlo es tan válido como cualquier otro.

—Creo que no me entiendes, Claire. La misión del arte es como bien dices conmover, aunque hoy día no solo eso cuenta y puede manipularse muy bien la opinión general para vender. Eso cuando yo era joven no ocurría, si eras bueno triunfabas o no, dependía de varios factores, pero te aseguro que siendo un petardo no llegabas ni a la vuelta de la esquina.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Gabriel—, pero también opino que los verdaderos artistas prevalecen a modas y al paso del tiempo.

De pronto Alexei elevó las cejas y sonrió irónico.

—Pues con la reforma de Boreal Róis desmientes tus palabras.

—De eso nada —dijo Gabriel sonriendo—, cuando la veas comprobarás que hemos ampliado un poco más su grandeza.

—Me gustaría que vinieras a pasar unos días en cuanto volvamos de Londres —añadió Claire.

—No creo que haya ningún inconveniente, pero esto os pilla un poco lejos.

—Lo solucionaremos —comentó Gabriel.

—Cambiando de tema —dijo Claire, que necesitaba comprender algo que Sean nunca entendió y ella al ser pequeña cuando ocurrió quedó al margen—. ¿Por qué el abuelo aguantó tanto con la factoría si estaba viendo que no tenía salvación?

—Acabo de explicártelo con el arte —dijo Alexei antes de terminar de masticar el filete a la plancha que había pedido de segundo—. Inundaron las costas de buques factoría, él creyó que había mercado para todos, pero se equivocó porque esquilmaron los bancos y ahogaron a los pequeños pescadores que faenaban con artes tradicionales. En el fondo las personas queremos disfrutar de placeres a bajo precio, pagar el doble aunque sepas que con eso estás ayudando a la conservación del medio ambiente solo lo aceptan unos pocos muy concienciados o quienes tienen dinero de sobra. Charlie era un trabajador infatigable, pero también fue un romántico que creyó en las promesas del Gobierno. Para que la fábrica hubiese salido adelante necesitaba modernizarla con maquinaria y prescindir de la mayor parte de la mano de obra. Chris trató de hacerlo cuando murió, pero invirtió demasiado y no pudo hacer frente a las deudas.

—Menos mal que no vendió los pisos, gracias a ellos mamá y yo pudimos salir adelante.

Alexei levantó un instante la vista y la bajó, ajeno a que Gabriel percibió en sus ojos la confirmación de un hecho insólito.

—Es raro que en tanto tiempo jamás hayas tenido ningún problema con los inquilinos —comentó Gabriel atento a Claire, aunque no era la destinataria de sus palabras—. ¿Siempre han sido los mismos?

—La verdad es que no lo sé. Los contratos de arrendamiento los lleva una inmobiliaria de San Juan. No los conozco personalmente, pero pagan puntuales todos los meses.

—Es toda una suerte —dijo Gabriel. Entendió el porqué de ese comportamiento modélico en doce años, apostaría el cuello por Alexei como único responsable de esos ingresos que ayudaron a Grace en un momento delicado, pese a prohibirle cualquier acercamiento. También creyó conveniente que cesaran, no los necesitaban y no iba a consentirlos—. Hablaré con la inmobiliaria para saber quiénes son.

Otra vez unos ojos azules lo miraron fijamente. Alexei sonrió breve apretando los labios en una muda conversación paralela donde Claire no se enteró de nada, pendiente a algunas simpáticas ancianas que no paraban de saludarla al ser la novedad que había roto su rutina.

Tomaron café sentados en el salón del bungalow de Alexei. Con una agilidad y disposición propia de alguien con menos edad, se manejó muy bien en la pequeña cocina rechazando cualquier ayuda. Luego, quiso ver las fotografías de Claire. Entre entusiasmada y temerosa, gracias a la web de Marion, pudo hacerle un tour bastante descriptivo por la exposición. Alexei

no reparó en halagos ni tampoco en exclamaciones divertidas. Los tres estaban disfrutando ese día; cada uno por motivos diferentes, pero todos vinculados al cariño, la gratitud y el perdón.

Claire sacó el móvil y lo fotografió junto a Gabriel para después salir ella sonriente a su lado.

—Creo que deberías saber que el próximo mes de octubre tendrás un bisnieto.

Al oírla, los ojos del anciano brillaron con luz propia. Abrazó a Claire y a Gabriel, algo tímidos al recibir la enhorabuena ante la falta de costumbre pero felices viendo su acogida. Hasta ese momento solo las Friars y los Drake conocían la noticia.

Pasados unos minutos, volvió la calma y también la nostalgia.

—Acepté como pude la muerte de Charlie —dijo sonriendo sin ganas—. Pero la de Chris fue un golpe inesperado muy duro. Durante estos años lo he echado mucho de menos y, ahora mismo, daría lo que fuera porque estuviera con nosotros; si yo estoy contento, él estaría desbordado.

—Lo sé —comentó Claire emocionada—, para mí es una pena que ninguno conozca a nuestros hijos. —Sujetó la mano de su marido—. He tenido mucha suerte con la familia de Gabriel, están muy unidos y he encontrado a otros padres en mis suegros, pero a veces es inevitable pensarlo. A papá le encantaban los niños.

—¿Su hermano no tuvo hijos? —preguntó Alexei.

—No, Marion está sola.

—Eso te convierte en la única descendiente de los Clainston —dijo Alexei con una sonrisa, recordando una promesa al viejo Clainston. Aquel día aciago, él hablaba de Chris; en cambio, sería su nieta quien la cumpliría—. De los Barinov y de los Merritt.

—No es un gusto —dijo Claire con un mohín—, prefiero las familias más numerosas, son más divertidas.

—A veces, cariño —dijo Gabriel—, otras son un infierno.

—Irina y yo éramos los últimos Barinov que salimos de Moscú. Es una alegría saber que parte de nuestra herencia seguirá en vuestros hijos.

—Nos ha costado mucho este embarazo y hasta que no pase el primer trimestre no quiero cantar victoria. —Claire desvió la vista hacia Gabriel, que sonrió gracias a un optimismo innato donde no cabía ningún contratiempo—. Aunque me gustaría tener dos más, creo que tres es un buen número.

—A tus órdenes, cariño.

El buen humor era contagioso, pero Gabriel creyó oportuno despedirse un poco antes de las siete por las horas de camino para regresar a San Juan.

—Es muy tarde para que os vayáis. Quedaos aquí conmigo y salís mañana después de desayunar.

—Eres muy amable —dijo Gabriel, levantándose—. Pero mañana

tengo una reunión importante a primera hora y ya no puedo cancelarla ni aplazarla.

—Como queráis. —Alexei comprendió sus obligaciones, abrazó a Claire y le tocó la cara, palpó con suavidad los pómulos y sonrió—. Eres muy bella, serías una modelo perfecta.

—Es un honor, *dedyushka* —dijo Claire pronunciando un cariñoso “*diedushka*” (abuelito) lo besó en las mejillas y volvió a abrazar con fuerza su enjuto y sólido torso—. Cuídate mucho. Te llamaré dentro de unos días.

Sin alargar la despedida, Gabriel también lo abrazó.

En un grato silencio soportaron el frío hasta el aparcamiento, caminando apresurados con las manos entrelazadas. Pero no recorrieron esa vez la escasa distancia como al llegar, sino dando vueltas en sus cabezas a las respuestas halladas. Gabriel arrancó el coche, puso la calefacción y, después de recorrer unos metros por la carretera, sintonizó una emisora de radio donde sonaba  *Losing my religion* de R.E.M.

Cómodo por el calor que en unos minutos invadió el interior, Gabriel conducía pendiente de no equivocarse cuando la voz suave de Claire lo distrajo con la pregunta que él pensaba hacerle.

—¿Qué te ha parecido?

—Es el hombre que esperaba —respondió Gabriel sin apartar la vista



de la oscura carretera, con un único carril en cada sentido—. Me ha gustado  
¿Y a ti?

—También. Está genial para su edad, me ha impresionado. Me  
gustaría verlo a menudo, tenerlo cerca.

—¿Hablas de que viva con nosotros?

—Sí, pero entenderé que no quieras. Sé que no siempre estará bien y  
puede suponernos un esfuerzo con el que no contábamos.

—No me importará si acepta. Tenemos habitaciones y la ayuda de  
Ethel y Eloise. Háblalo con él, se merece que le devuelvas el apoyo que os  
dio cuando más lo necesitasteis. No te has dado cuenta, pero cuando has  
comentado el tema de los pisos he sabido que es él quien está pagándote los  
alquileres.

—¿Cómo? —Claire giró la cabeza apretando la frente—. Llevan  
alquilados desde que murió mi padre, es imposible.

—Cariño, tu abuelo es el que paga, seguro. Y no quiero que siga  
haciéndolo.

—¿Por qué lo sabes si no ha dicho nada?

—Hazme caso, Claire, es él.

—Mañana llamaré a la inmobiliaria. No puede estar regalándome el  
dinero así porque sí, es una exageración.

—Por eso mismo debe terminar. Y si quieres que viva con nosotros,

no me opongo, me parece lo más justo que podemos hacer.

—Y a mí, me apetece que nuestro hijo lo conozca y se críe con él. Los recuerdos más entrañables que tengo de mi infancia son con mi abuelo y mis padres jugando conmigo.

—Propónselo y a ver qué responde.

Tumbada en la cama, Cora sintió una contracción mientras Jack estaba duchándose. La intensidad del dolor fue llevadera y no le dio importancia, pensando en que cada día estaban más cerca de tener por fin a su hijo con ellos. Jack salió con un pantalón oscuro de pijama, se tendió junto a ella y apagó la luz del pequeño foco que había sobre la mesita de noche de su lado. Sin girar el cuerpo, algo medio imposible por el volumen de la barriga, Cora aspiró un fresco olor a gel de baño.

—Hueles muy bien.

—Y tú, nena. —Jack le besó el cuello, acariciándole el vientre—. ¿Cómo se está portando?

—Hoy parece que tiene ganas de fiesta, acabo de tener una contracción —comentó. Jack detuvo la mano. Para que no cundiera el pánico, añadió tranquila—: Es normal, no te agobies ni me agobies a mí.

—Discúlpame por ser precavido, pero es mi primer hijo y estoy intentando hacer las cosas bien.

—También es mi primer hijo, pero hay que saber distinguir cuando una situación requiere urgencia y cuando no.

—Muy bien, pero avísame si tienes otra.

—¿Escuchas cuándo hablo? —preguntó bromeando—. A veces pienso que desconectas.

—Nada más lejos de la realidad. ¿Seguimos con los nombres o admities de una vez Ethan?

Resopló harta de argumentar razones para las que Jack siempre tenía pegadas.

—Desisto, ya me da igual. Eres un cabezón, no serviría de nada que perdiésemos más tiempo discutiendo. Ya sabes cuáles son mis opciones.

—No te enfades —murmuró. Empezó a dejar un rastro de besos suaves por su cara, tocándole los pechos, hinchados y enormes—. ¿De verdad quieres llamarlo como yo?

—Sí —afirmó, entremetiendo la mano por un cabello espeso y húmedo—. Me gusta mucho.

—Lo pensaré, pero no te prometo nada.

Jack sonrió, con el torso desnudo rozándole medio cuerpo, inclino la cabeza sobre la suya y besó unos labios con un poder electrificante para excitarlo en una décima de segundo. La oscuridad atrajo la minúscula luz que entraba por la ventana, igual que la sensual danza de sus lenguas incitó el

viaje de unas manos incansables aunque hicieran el mismo recorrido a diario.

Conteniendo la lascivia con ternura, Jack amó perdido en ese sabor tan suyo todos los rincones de Cora. Cuando llegó el momento adecuado, la colocó encima de su erección, ansiosa por unirse en un acople completo. Licuaron el apasionamiento que suspiraba cadente hasta una fusión de suspiros y gemidos. Sintieron el placer de un profundo éxtasis, casi primitivo, en otro alarde de gloria, magia o felicidad; valía cualquier palabra para expresar la magnitud de cómo se sentían. Ese mismo goce los llevó a relajarse, a sucumbir al cansancio durmiéndose con la imagen de su hijo en unos sueños que se deslizaron placenteros.

## DIECISIETE

*San Juan de Terranova, 8-3-13*  
*Terranova y Labrador, Canadá*

La llamada suave en la puerta del estudio volvió a desconcentrar a Claire, que estaba a punto de dar por finalizados los retoques a la última de las nuevas cinco fotografías para Londres. Con los diseños de las dimensiones bien estudiados y la satisfacción de estar cumpliendo un plazo ínfimo, respiró aliviada al ver a Eloise tan activa y risueña como siempre. Una cara con la expresión bonachona por la redondez, los ojos curiosos y unos andares decididos fueron suficientes para que sonriera contenta.

—Claire, Ethel y yo nos vamos, procura descansar y no olvides tomarte el hierro y el ácido fólico, por favor.

—Me lo he tomado en el desayuno, deja de repetírmelo cada diez minutos, eres una pesada, si llego a saberlo te enteras cuando el bebé haya nacido.

—Me da exactamente igual lo que digas, te encierras aquí y te olvidas de todo. Cuando Gabriel no está, es mi obligación velar por vosotros.

—No sé quién es peor, pero estáis consiguiendo agobiarme. —dijo contenta cuando *Shu* se coló en la habitación y se acercó a ella, mientras la saludaba el móvil que tenía en la mesa empezó a vibrar, y Eloise salió

murmurando. Claire aceptó la llamada de Marion—. Hola, acabo de enviarte las fotos, solo me queda una.

—Hola, Claire, gracias, las he visto. Acabo de hablar con el dueño de la galería y debido a la expectación que hay por ver tus trabajos me ha pedido diez más.

—Marion, es imposible. No puedo tener esa cantidad en veinte días.

—Sé que no es lo que teníamos acordado, pero debes tener en cuenta que solo habrá cinco nuevas y es una oferta muy pobre para este galerista. Mándame todo lo que tengas y hago yo la selección.

—No —dijo Claire enfadada, recordando las palabras de Alexei—. Son mis fotografías y debo presentarlas cuando considere que están listas para ser expuestas. Todo el material que tengo no es válido y la selección solo puedo hacerla yo.

—Trabajamos en equipo —comentó Marion severa—, estoy intentando por todos los medios hacerte un hueco entre los mejores. Esta oportunidad solo se presenta una vez en la vida, tú decides si quieres continuar.

—Claro que quiero seguir, pero no podéis exigirme que os entregue trabajos como si salieran de una cadena de montaje porque no funciona así. Cada una de mis fotografías es única, es artesana y me conlleva muchas horas de trabajo. Si pretendes incitarme, te advierto que estás consiguiendo que me

replantee esta profesión. Prefiero ir a mi ritmo y exponer para diez personas dos veces al año antes que vender mediocridad a mil clientes que no van a apreciar nada más que un nombre.

Marion durante unos segundos escuchó una postura radical, muy propia de los artistas que no trabajaban por dinero y amaban por encima de todo su obra. No era la primera vez que se topaba con uno.

—Hagamos una cosa, Claire, selecciona veinte, las que quieras, las que menos trabajo vayan a darte, las veo y entre las dos elegimos diez. Sabes que tienes todo mi apoyo y mi admiración, y sería una pena presentarnos en Londres para ponerles los dientes largos sin que haya posibilidad de satisfacer la demanda. El galerista está haciendo una inversión muy elevada en publicidad, en acondicionar la sala para ti, también hay que ponerse en su situación.

—Por supuesto, esto es un negocio ¿no?

—Por supuesto —Marion habló despacio, bastante asombrada—, siento haberte molestado, pero es parte de mi trabajo. Te comprendo perfectamente y quizá he metido la pata al acordar tan pronto esta exposición, sin embargo, no podemos echarnos para atrás.

—No quería ser tan borde, pero llevo unos días de los nervios, discúlpame.

—Vamos a salir de esta como podamos —dijo Marion animosa—. Te

prometo que antes de la siguiente hablaremos de los plazos y serás tú quien los ponga.

—Gracias, ahora miraré las que podría enviarte, no te preocupes.

—De nada. Con las prisas no te he preguntado ¿Cómo te fue con tu abuelo?

—Muy bien —dijo más relajada, acarició la cabeza de *Shu* y siguió—. Es un hombre estupendo, pasamos un día memorable.

—¿Encontraste las respuestas que buscabas?

—Todas. Y de algunas solo puedo contarte que estábamos equivocadas.

—Qué intriga —admitió sonriente—. Espero que cuando nos veamos quieras compartirlas conmigo, tengo mucha curiosidad.

—Claro que sí, pero te advierto que vas a llevarte más de una sorpresa.

—No sigas hablando porque, si no, no voy a ser capaz de aguantar.

—De acuerdo —dijo Claire, rió y añadió en un tono formal—. Echo un vistazo y esta tarde te las envío.

—Gracias, Claire, ya verás cómo va a merecer la pena el esfuerzo.

Cuando colgó, Claire pensó si se refería a una recompensa económica o a prestigio, no lo supo con certeza, aunque en su cabeza seguían resonando las palabras de Alexei y, consciente de que habló con el corazón, optó por



inclinarse hacia el lado del dinero, precisamente en el que menos motivación encontraba.

Tras estar encerrado durante una hora con Robert en el despacho, Gabriel salió y sacó un café de la máquina. De vuelta, marcó el número de Alexei para corresponder a su llamada, que no había atendido por no cortar la reunión.

—¿Gabriel?

—Hola, Liosha, ¿cómo estás?

—Contento —respondió rápido—, quería preguntarte una cosilla. ¿Qué día es la inauguración de la exposición en Londres?

—El veintiocho ¿por qué? ¿Vas a ir?

—Me gustaría. Quiero darle una sorpresa a mi nieta.

—Le gustará, pero sería mejor que vinieras con nosotros, es un viaje muy largo para que lo hagas solo.

—No —replicó contundente—. Hace sesenta años que no piso suelo inglés, es hora de volver.

—No seré quien te lo impida —dijo asombrado por el tono beligerante—. Si te ves con fuerzas para hacer solo el viaje, eres tú el que decide.

—¿Con fuerzas? —preguntó irónico—. No sé con quién crees que hablas, pero soy ruso, de pura cepa, podré tener mis años, pero te aseguro que

me manejo mejor que tú.

—No lo dudo —dijo comedido, sonrió imaginando hasta dónde abarcaría ese concepto de “manejo”—. ¿Cuándo quieres salir?

—Tengo intención de irme varios días antes. Dime el nombre de la galería y el hotel dónde vais a alojaros.

—El hotel es el Park Lane y la galería Voltiac, en King’s Road.

—Gracias. Y otra cosa, ¿a qué ha venido cancelar los contratos de arrendamiento?

—Ni idea, pregúntaselo a tu nieta.

—¿Me tomas por tonto? Claire no sabía nada, tú sí.

—No sé de qué hablas —dijo Gabriel, tratando de mantenerse firme pese al carácter de Alexei, con un genio familiar heredado sin duda por su mujer—. Es posible que los inquilinos se hayan ido.

—Sí, y es posible que retire mi dinero de tu banco —comentó suficiente. Ante una amenaza que Gabriel había escuchado en los labios de Claire cuando se conocieron y nunca llevó a cabo, soltó una carcajada reprimida durante minutos. Sin saberlo, molestó a Alexei. Lleno de ironía agresiva, preguntó despacio—. ¿Te parece divertido?

—Mucho —afirmó riendo—. Dices las mismas tonterías que tu nieta. Esa fue una de las primeras perlas que tuve el honor de escucharle. Espero que seas más efectivo que ella, porque suele perder la fuerza por la boca.

—Es una mujer, yo soy un hombre y puedo perderla con un buen golpe. Procura que vuelvan los inquilinos o verás mi puño muy cerca de tu cara.

Apretando los labios, Gabriel sacudió la cabeza por el ímpetu del anciano.

—Aparte de que no me das ningún miedo, no podemos admitir ese dinero. A Claire ya no le hace falta.

—Ni a mí tampoco. Si quiero dárselo voy a hacerlo, os guste o no.

—Muy bien, haz lo que quieras —comentó al entender que no pensaba rendirse—. Y mantenme informado sobre tu viaje.

—Y tú la boca cerrada.

—Por supuesto —dijo bromeando—, no quiero acabar con ningún hueso roto.

En el momento de colgar, Gabriel dio por concluido el día en el banco. Se puso la chaqueta que tenía en el respaldo de la silla, cogió el abrigo y salió cerrando la puerta con llave. Robert, que volvía de la zona administrativa con varias carpetas en la mano, se detuvo al verlo.

—Acabo de recibir un correo de Quebec, nos citan para una reunión urgente el veintiocho, hay problemas con uno de los europeos —comentó refiriéndose al socio francés de ExxonMobil, que no hacía más que dilatar los acuerdos y empezaba a abrir escisiones en los demás—. Los noruegos están

hartos y la Junta quiere terminar de una vez. Nos esperan unos días bastante tensos.

—Tendrás que ir solo. Tengo un compromiso ineludible en Londres.

—Tú eres el director, esperan que vayas. No puedes hacerme esto.

Gabriel sonrió elevando las cejas y colocó el brazo en el hombro de Robert.

—Delego en ti. Mañana hablaré con Patterns, no te preocupes. Tienes mucha más capacidad de lo que tú mismo crees.

—Es un halago, y en otras circunstancias me habría sentido muy feliz, pero no puedo ir solo, Gabriel, no me hagas esto.

—Puedes y lo harás. Claire tiene su primera exposición en Europa y a ella sí que no tengo intención de fallarle, espero que lo entiendas.

—Perfectamente, pero me sentiría más seguro si lograras que aplacen la reunión hasta que podamos ir juntos.

—Escúchame, estoy dándote una grandísima oportunidad, si creyera que no eres capaz de salir airoso ni se me ocurriría planteártelo, pero eres mi mano derecha aquí, has sabido resolver desde que te conozco todos los problemas que han ido surgiéndonos, hazme el favor de tener más confianza en ti mismo.

Robert amagó una sonrisa y, con un suspiro, dio la vuelta para entrar en su despacho. Gabriel salió de la planta alta a paso ligero, cavilando en esa

reunión inesperada y en la falta de confianza de su compañero, que tenía el mismo problema que Claire siendo el más competente de los trabajadores; necesitaba empujones constantes para creerse su valía.

Gabriel olfateó las delicias de Ethel a unos metros de la puerta de su casa. Siempre sonreía ahuyentando cualquier problema gracias a esos aromas que también conseguían aumentarle unos kilos de peso; aunque trataba de controlarlos y eran un bajo precio en comparación con los buenos momentos que pasaba en la mesa.

Su más leal amiga gimoteó y movió alegre la cola recibiendo un saludo cariñoso cuando supo sin lugar a dudas que el menú consistía en lentejas y tortilla de patatas; unos imprescindibles para él que Ethel cocinaba ya como una gran experta. En cambio, quien estaba en la cocina dándole la vuelta a la tortilla no garantizaba el éxito.

—¿Dónde está Ethel?

—Supongo que en su casa —respondió Claire.

Alucinado, Gabriel la besó en la mejilla y, para confirmar un mal presagio, preguntó:

—¿La estás haciendo sola?

—No hay que ser ningún lince, es cuestión de saber cuándo están hechas las patatas. He visto a Ethel muchas veces, ¿quieres aprender?

—Cuando la pruebe te lo digo —comentó, quitándose la chaqueta, se remangó la camisa y fue a la nevera. Después de coger el jamón y el queso, sacó la tabla, colocó el jamón en medio plato y cortó queso para completar el resto—. Se me ha complicado el mes con una reunión en Quebec justo el día de la inauguración. —Gabriel se sirvió una copa de vino tinto. Al girarse, vio la expresión preocupada del rostro de Claire—. Le he dicho a Robert que debe ir solo. Está medio solucionado, pero hasta que hable mañana con Bill no puedo afirmarlo.

—No me gustaría ir sola, cariño.

—No estarás sola, no te inquietes. —Gabriel se sentó, bebió un trago de vino y luego saboreó un trozo de jamón—. Me fastidia que las cosas se compliquen a última hora.

—Cuéntamelo a mí. —Claire retiró la tortilla de la sartén, con un color amarillo pálido, y la colocó en un plato llano—. Marion me ha pedido más fotografías —dijo, empezando a servir las lentejas—. Me ha molestado porque no he hecho más que recordar la opinión de mi abuelo sobre los marchantes. Por mucho que he insistido en que me lleva bastante tiempo hacerlas, no le ha importado. Hasta se conforma con las que deseché porque no merecían la pena.

—¿Cuáles? —preguntó intrigado.

—La mayoría —respondió con resignación, siendo consciente de que

pese a ser preciosas y entrañables no tenían valor artístico. Colocó un plato hondo a rebosar delante de él y sirvió otro casi igual para ella. Entre el apetito desmesurado por el embarazo y la buena mano de Ethel, con ciertos menús no se privaba—. Me gustaría que las elijas conmigo. Tengo que mandarle veinte para quedarnos con diez, pero como todas son tuyas necesito que las apruebes, no quiero hacerlo sola.

—Te juro que estoy hartándome —dijo con dureza—. En Londres me despidió, cariño. Puedes hacerme las que quieras para nosotros, pero para las exposiciones búscate un modelo profesional, le pagas y te apañas con él.

—No te preocupes, tenía intención de hacerlo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, muy bien —respondió, se subió la camiseta blanca y le enseñó el vientre, donde todavía no se notaba ninguna diferencia. Gabriel la sujetó por las caderas e inclinando la cabeza se lo besó cariñoso, la miró a los ojos rendido y recibió varias caricias en el pelo—. Tu hijo es tan bueno como tú.

—No cantes victoria, nos quedan un montón de meses por delante.

—Será perfecto, mi amor, estoy convencida.

—Si se parece a ti, seguro —afirmó complaciente.

Claire se sentó frente a él, agobiada por haberlo enredado en algo que le incomodaba y se le había escapado de las manos al transigir con Marion cuando no lo pretendía. Afortunadamente, una de las cualidades de Gabriel

era olvidar pronto sus enfados con la incitación adecuada; y las lentejas cumplieron sin problemas, sin embargo, la tortilla no tenía el huevo cuajado como las de Ethel. A pesar de sus ojos atemorizados abiertos de par en par sugiriendo poca confianza, el Inquisidor se mantuvo silencioso viendo cómo Claire la cortaba y la yema se desparramaba en el plato. En cuanto la probó, emitió un sonido placentero.

—Buenísima, cariño —dijo contento por el sabor—, mejor que las de Ethel. Me gusta el huevo así.

—¿En serio? —preguntó intuyendo ironía, se metió un trozo en la boca y aceptó el halago con agrado—. Tienes razón, acabo de superar a mi maestra.

—Bueno, tampoco te crezcas ante un error porque te haya salido bien.

—Te sorprendería saber cuántas cosas tenemos o comemos gracias a accidentes. Sin ir más lejos, la cerveza negra que tanto os gusta a ti y a tus hermanos, si no llega a quemarse la fábrica no podríais disfrutarla.

—Será mejor que no me des ideas con el fuego, a no ser que quieras volver a reformar la casa.

Con humor dieron buena cuenta de la comida al dejar los platos vacíos; uno, al no perdonar un buen sabor y otra estimulada por el apetito canino del embarazo. Terminaron y Gabriel recogió la mesa y metió los platos en el lavavajillas, en un acto generoso que solía realizar si estaban



solos.

Subieron al estudio seguidos por *Shu*, que desde hacía meses no tenía restricciones para campear a sus anchas por la casa; era su territorio y como tal lo vigilaba y defendía.

Tras un buen rato viendo imágenes de sí mismo, Gabriel perdió el interés y admitió la selección sin querer darle más vueltas a mostrarse totalmente desnudo; solo puso como condición que en ninguna se le viera el rostro.

—He hablado por teléfono con tu abuelo, quiere seguir pagándote los alquileres.

—Me da igual lo que diga —comentó atenta a la pantalla mientras enviaba los ficheros a Marion—. ¿Para qué lo has llamado?

—Para ver cómo estaba —mintió Gabriel impasible—. *Shu*, vámonos a dar una vuelta.

—Si me esperas, voy con vosotros. Tengo que recoger algunas cosas en la parroquia.

Gabriel llevaba a *Shu* cogida por la correa, dándole la otra mano a Claire, andando calle arriba. Charlaban distraídos pasando delante de casas con los tejados de colores y los árboles en las aceras repletos de hojas verdes, también se cruzaron con bastante gente yendo de un lado a otro mirando los

escaparates con las ofertas que nadie quería perderse de las dos tiendas nuevas de ropa abiertas unas semanas atrás.

Al llegar al edificio, Claire entró sola. Gabriel la esperó en la puerta con *Shu* sentada, dando muestras de unos buenos modales adquiridos sin prácticamente esfuerzo. El profesor Gallagher aparcó a unos metros de ellos, pero Gabriel no tenía intención de saludarlo por cortesía y disimuló mirando la fachada. La jugada no resultó. La perra se levantó cuando Gallagher estuvo cerca, ladrando y enseñando los dientes hasta que dio un tirón de la correa sin que Gabriel pudiera controlarla, y se lanzó contra él.

—¡Maldito perro! —exclamó Ryan quitándosela de encima a empujones y puñetazos—. ¡Joder!, ¡me ha mordido!

—*Shu*, quieta —ordenó Gabriel con una voz firme que la perra atendió de inmediato; se separó aún nerviosa, pero se mantuvo cerca de su amo—. No vuelvas a ponerle una mano encima a mi perra —siseó. Gallagher se miraba el roto que le había hecho en la manga de la chaqueta de cuero—. Estoy hasta las narices de ti.

—¡Voy a denunciarte! —gritó Ryan furioso—. Me ha mordido y me ha roto la chaqueta. Esto no va a quedar así.

—Haz lo que te dé la gana. —Gabriel sacó la cartera, contó trescientos dólares y los dejó caer al suelo—. Con esto es más que suficiente para que te compres otra horterada.

—Vete a la mierda, con eso no pago ni la mitad de otra.

—Tú mismo, es lo máximo que voy a darte.

Gabriel cogió la correa de *Shu*, dio la vuelta y se alejaron. No les dio tiempo de llegar a la esquina cuando Claire salió y tropezó con Gallagher, que se incorporaba de recoger el dinero.

—Quítate de en medio —espetó Ryan, dándole un empujón.

Claire se tambaleó y dejó caer en el suelo las carpetas que sostenía en la mano. Gabriel volvió sobre sus pasos totalmente indignado, liberó a la perra y en cuestión de segundos enganchó otra vez al profesor, en ese instante, por una de las perneras del pantalón. Gabriel lo cogió por las solapas y le apretó la espalda contra la fachada de piedra del edificio.

—¡Dos veces! —Gabriel tenía la cara pegada a la de Ryan—. ¡Ya no te lo repito más!

—¡Quítamela de encima!

—Suéltalo —dijo atónita, tratando de averiguar a qué venía esa hostilidad. *Shu* obedeció a la primera; no así Gabriel. Claire le tocó el brazo y habló lento—. Cariño, déjalo, por favor.

La sonrisa insinuada de Gallagher fue directa al estómago de Gabriel; aunque se retiró para no incumplir la promesa que le hizo a Claire. Cuando el profesor entró, Gabriel se agachó, cogió las carpetas y se las devolvió.

Regresaron a su casa en silencio, andando ligeros. Después de llenar el comedero de *Shu* con agua, Gabriel fue a la biblioteca y cerró dando un portazo. A los pocos minutos, interrumpió Claire esa necesaria soledad para aplacar la mala leche que todavía sentía. Levantó la cabeza y siguió sus pasos hasta tenerla frente a la mesa.

—¿Puedo saber a qué ha venido ese comportamiento?

—Te ha empujado porque antes de que salieras *Shu* se me ha escapado y le ha mordido. Estaba cabreado conmigo, pero has pagado tú. Como entenderás no voy a quedarme quieto viéndolo maltratarte.

—Para empezar no me he sentido maltratada, no exageres —dijo Claire, comprendiendo algo mejor la reacción de los dos. Rodeó la mesa y se apoyó en ella con los brazos cruzados—. Cuéntame qué ha pasado.

Gabriel giró la silla, extendió la mano como invitación y la sentó en su regazo. Tardó poco en explicarle cómo había sucedido el desencuentro con Gallagher. Ninguno supo el porqué de la actitud agresiva de la perra cuando destacaba por todo lo contrario. Terminaron bromeando con el olor de Gallagher, quizá demasiado pestilente para molestar de esa manera a *Shu*. Esa tontería les sirvió para anular el incidente, olvidar malas influencias y retomar la rutina hogareña. No volvieron a mencionarlo; si bien, Gabriel dudó que no cumpliera la amenaza de la denuncia y se avecinaran problemas, que ya resolvería de una manera u otra.

El último lunes de marzo el doctor Sawyer vio a Cora antes de que finalizara el embarazo. El sol que deslumbró a Jack cuando salieron por la puerta principal del Monte Sinaí anunciaba que la primavera pretendía instalarse con ímpetu igual que el niño ya se había encajado en el útero, rebosante de vida e impaciente por nacer. Se puso las gafas de sol y sujetó a Cora de la mano mientras la guiaba hasta el aparcamiento.

—¿Comemos en casa o prefieres algún restaurante? —preguntó Jack, abriendo el coche con el mando a distancia—. Tengo la tarde libre.

—Mejor en casa, no me apetece volver a encontrarme a Lilian. Las dos últimas veces que he salido con tu madre no me he librado de verla y en Bruno's tuvimos que soportarla cuando se acercó con su flamante nuevo novio para saludar a tu padre o, mejor, para restregarnos en la cara el buen partido que ha cazado.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Jack le abrió la puerta y la ayudó a sentarse.

—Es imbécil, cariño —dijo Cora con un mohín de asqueo, poniéndose con dificultad el cinturón. Jack se sentó tras el volante y arrancó el coche—. Tu madre tiene razón, es preferible ignorarla.

—No sabía que tenía novio. Habrá pillado a un pobre infeliz.

—Infeliz no sé si será, pero pobre seguro que no. Eso sí, con más años

que Matusalén —comentó de pasada. Jack apretó la frente, mirándola divertido—. Ríete, pero a tus padres no les hizo ninguna gracia. Menos mal que tienen claro de qué pie cojea y reaccionaron bien.

—¿Con quién se ha liado?

—Rupert Tisch, ¿te suena?

Al oírla, Jack giró la cabeza, se bajó las gafas, dejando visibles sus expresivos ojos desorbitados por la noticia.

—Si es quien creo que es, está forrado, aunque tiene una buena lista de exmujeres y una legión de hijos y nietos que son los que controlan sus empresas, dudo mucho que le dejen sacarle nada.

—Ni idea, pero ya están casados. Él nos dijo que tenía que aprovechar el tiempo.

—No me extraña, debe tener más de ochenta años. Tiene hijos que podrían ser los padres de Lilian. Te aseguro que la habrán obligado a firmar un acuerdo prematrimonial.

—Que se joda. A tu padre le sacó un millón, debería tener más que suficiente.

—Hablando de eso, ¿cuándo vas a darle a Gabe el dinero?

—En cuanto firme —respondió sin dudar. Iba a devolverle el medio millón que le pagó cuando se divorciaron con la venta del apartamento. Gracias a que había revalorizado la inversión, podía hacerlo íntegramente—.

Tienen que avisarme de la inmobiliaria, pero no creo que se retrasen mucho porque los compradores estaban impacientes.

—¿Se lo has dicho a él?

—No, hasta que no disponga del dinero no quiero hacerlo. ¿Tú le has comentado algo?

—Tampoco, es cosa tuya, aunque me alegro mucho de que hayas tomado esa decisión.

—Es lo justo —admitió pensativa—. Pero para que veas cómo es, no ha vuelto a nombrarlo ni creo que jamás lo haga.

—Es un caballero, nena, como yo —dijo sonriendo—. Hemos salido a mi padre.

—De los tres eres el que más virtudes ha heredado de él. —Cora le dio un besito en la mejilla—. También te has llevado la palma con los defectos.

—¿Defectos? —Jack se quitó las gafas, sonreía con la boca y los ojos—. No tengo ni uno, soy el mejor con diferencia; me remito a mis resultados. Además, ahora Gabe debe estar rozando la locura, cualquiera lo aguanta. No compares, por favor.

—Claire sabe llevarlo, igual que yo sé llevarte a ti. Pero tienes razón, eres el mejor.

—Gracias, cariño —dijo suficiente. Circulaban por la Quinta Avenida acercándose a la Biblioteca Pública—. ¿Tus padres no te han pedido que

incluyamos a ninguno de sus amigos?

—No, y es preferible así.

Por el gesto torcido de Cora, supo Jack que ocultaba algo.

—¿Han vuelto a molestarte?

—Como siempre —admitió resignada—. Cuando llaman, mi madre es más comedida, pero mi padre es un coñazo. No hay una sola vez que no termine repitiéndome que he hecho una locura al divorciarme para ser feliz contigo. Me da mucha rabia que no quiera entenderlo, solo espero que se le pase cuando nazca el niño y nos casemos. No va a invitar a nadie, primero porque no tiene ningún derecho y segundo porque se muere de vergüenza.

—Siento decírtelo, nena, pero es gilipollas. No sé cómo tu madre lo soporta, yo con cinco minutos cada tres meses tengo suficiente para varios años.

—A él le pasa lo mismo contigo, estáis igual. Me da pena que en vez de sentirse feliz porque va a tener un nieto solo piense en que engañamos a Gabe. Lo único que me consuela es saber que están lejos y no van a venir con mucha frecuencia, si no, me cortarían las venas.

—Pues yo solo espero que cuando nazca Ethan no quieran venir a verlo cada dos por tres. —Al escucharlo llamar así al bebé, Cora elevó las cejas, pero Jack, atento al tráfico para incorporarse a la circunvalación paralela al East River, no lo advirtió y siguió hablando—. Solo nos faltaría



eso y te juro que no pienso aguantarles lo más mínimo con mi hijo; como suelen cualquier cosa que no me guste dejo la sutileza con ellos.

—No creo que vengan mucho, pero tienes mi bendición para mandarlos a donde te plazca si dicen algo que te moleste, cuánto más lejos mejor —comentó Cora justo al pasar por debajo del puente de Manhattan, con la panorámica en frente del puente de Brooklyn y la silueta de los rascacielos recortada en el horizonte—. Si son incapaces de admitir que tú y yo somos felices, tampoco quiero que tengan mucha relación con Charlie.

Jack la miró un segundo y sonrió irónico.

—De eso nada, habíamos quedado en que se llamaría Jack.

—Pues deja de llamarlo Ethan.

—¿Lo he llamado Ethan? No me he dado cuenta.

—Eso es lo malo, que lo tienes tan asumido que te sale de forma natural.

—Llevo llamándolo así desde que sé que es un varón, dame algo de tiempo.

—Siento decirte que la partida está a punto de acabar —comentó un instante antes de sentir el latigazo intenso de una contracción. Cora se llevó la mano bajo el vientre con un lamento, resollando mientras duraba—. Dios... cómo duele.

—Nena, estás asustándome y ahora mismo no puedo parar —dijo Jack

nervioso, sin apenas poder mirarla, ya que estaban en la confluencia del puente de Brooklyn, con varias arterias abarrotadas de coches, y debía girar cediendo el paso—. Dime que estás bien, por favor.

—No te preocupes. —Cora trató de relajarse controlando la respiración—. Está pasando.

Medio aturrullado, en cuanto Jack salió del follón y enfiló la calle Pearl, detuvo el coche.

—¿Cómo vas? ¿Volvemos al hospital?

—No —respondió recobrándose—. Ya me encuentro mejor. Creo que esto ya va a ser así hasta el día del parto; el niño está encajado y no veas cómo presiona.

—Joder, menudo susto. —Jack resopló, fijó la vista en las manos de Cora y de manera automática volvió a preocuparse. Le levantó la mano izquierda, donde los puntos rojos invadían toda la piel, y la miró a los ojos—. Volvemos al hospital.

—No, por favor, cariño —rogó cansada—. Tengo aquí las pastillas, no es nada.

—¿Nada? No lo será para ti, pero esto no es normal. No sé por qué no se lo has comentado al médico.

—Lo hice la última vez y no le dio importancia. Tú mismo has escuchado las explicaciones de varios médicos, por favor, hazme caso. —

Cora buscó la medicina en el bolso. En cuanto localizó la caja, sacó una pastilla y se la tragó. Durante unos segundos permaneció con los ojos cerrados, al abrirlos percibió el enfado monumental de Jack y, para calmarlo, dijo—. No te preocupes, de verdad, estoy acostumbrada.

—¿Cuántas has tenido que no sepa?

—No hables así, no necesito una reprimenda.

—¿Cuántas? —preguntó sin controlarse—. Responde ya, Cordelia.

—Ninguna. Y hazme el favor de relajarte.

—¿Relajarme? ¿Y si le pasa algo al niño? Sabemos que las pastillas no son buenas para él. No me gustó el doctor Sawyer desde la primera vez que fuimos a su consulta, removí cielo y tierra para que te viera en el hospital, pero te juro por Dios que como no esté en lo cierto no va a volver a ejercer en su puñetera vida. Te lo juro, Cora.

—No digas chorradas. No ha sido el único médico en opinar lo mismo, es un buen ginecólogo.

—Más le vale.

—Todo va a salir bien, cariño, no te preocupes más.

Batiendo las mandíbulas, la observó con una mirada helada sin entender la pasividad del médico ni por qué ella lo había dejado al margen cuando esas reacciones solo le atosigaban con incertidumbre y un nerviosismo desalentador. Para Cora no eran peligrosas, pero la

metilprednisolona estaba desaconsejada para el bebé y no podía quitárselo de la cabeza. Por más que en todas las revisiones el médico les aseguraba el desarrollo correcto del embarazo, hasta que no tuvieran con ellos al niño él no descansaría.

Por supuesto, cuando reincorporó el coche en el tráfico, empezó el rallye hasta entrar en el garaje del apartamento y aparcar con dos maniobras. Tuvo el detalle de abrirle la puerta, aunque no la esperó. Entraron en el montacargas y Cora no soportó verlo con la mirada perdida, ignorándola.

—No te lo he dicho porque te pones histérico y no me ayudas.

—Sabes cómo soy, ¿no se supone que sabes llevarme?

—Por eso mismo —dijo, cogiendo su mano—, sé que intentas protegernos y cuidarnos, pero hay que saber distinguir cuándo una situación es grave y requiere una actuación inmediata. Tú te dejas guiar por tus temores y me arrastras. Ten claro que soy la primera que si viera peligro para nuestro hijo no dudaría en decírtelo y acudir dónde fuera, pero hasta ahora las reacciones las he controlado con unas dosis muy bajas. Ni siquiera tengo que repetir. —Extendió las manos para avalar sus palabras—. ¿Ves? Ya no tengo nada.

—Está bien —dijo serio, repasando con atención la piel de unas manos pálidas, con los dedos largos, finos, y una cuidada manicura francesa—. Pero te pido por favor que me lo digas si durante el mes y medio que

queda se repite, intentaré tomármelo con tranquilidad para no ponerte más nerviosa, prométemelo, Cordelia.

Esbozando una sonrisa, Cora acercó los labios a los suyos y se besaron con un roce tibio que ahuyentó de un plumazo el mal humor de Jack para sustituirlo por deseo.

—Me gusta cuando me llamas Cordelia, a veces hasta yo lo olvido.

—Es un nombre precioso —murmuró—. Tiene carácter y estilo, como tú.

El ruido y el movimiento brusco del montacargas al parar en la planta consiguió separarlos, pero no mucho. Jack sujetó la mano de Cora y, antes de abrir la puerta del apartamento, comentó:

—Podríamos ponerle Cordelius en tu honor.

—No sé... —Cora encogió la nariz—. Es demasiado serio para un bebé.

—Los niños crecen, por si no lo sabes.

—No, no tenía ni idea —dijo risueña, entrando en el salón—. Gracias por compartir tus conocimientos.

—De nada, si quieres te enseño otras cosillas que he ido aprendiendo con los años.

—Será un placer, pero vamos a comer primero. Tu hijo está revuelto y no me gustaría que empezara a impacientarse, parece que va a tener tu mismo

aguante.

—Mientras no sea un llorica y se comporte, que tenga lo que quiera.

—Me conformo con que saque tus ojos.

—Pues a mí me da igual cómo sea físicamente, voy a quererlo de todas maneras.

—Eso lo tengo clarísimo.

Sonriente, Jack se quitó la chaqueta del traje negro, se colocó las gafas de vista y se remangó la camisa blanca. En el dormitorio, Cora se sentó en la cama sin soportar más los zapatos; aunque eran unas bailarinas negras de tela, tenía los pies hinchados y llevaban un buen rato siendo un martirio. Dándose un reconfortante masaje, escuchó la voz potente de Jack:

—Nena, no tardes —dijo al sacar del frigorífico una bolsa con ensalada y unos filetes—, esto estará listo en diez minutos.

Cora volvió descalza, vestida con una túnica blanca, y durante unos segundos lo contempló atareado cocinando, pero no vio solo al hombre atractivo que había dejado atrás una vida sin reglas para formar una familia; tampoco al jefe exigente que ahí se transformaba en un compañero solícito; tuvo el enorme placer de observar el futuro estable que le esperaba a su lado, distinguiendo al buen padre que sería; y, si ya lo amaba con locura, en ese preciso instante, comprendió que todo para ella se reducía a verlo feliz; siempre amándolo por encima de todo; siempre Jack, su hacedor de sueños.

## DIECIOCHO

*Londres, 28-3-13*  
*Inglaterra, Reino Unido*

En pleno apogeo de la exposición con la galería Voltiac llena de invitados alabando el trabajo de Claire, controlando la hora, impaciente, Gabriel dio una vuelta. Fue un gusto para él no ser reconocido; aunque escuchó algunos comentarios subidos de tono referentes a cierta parte de su anatomía que casi le llevan a levantar la mano para identificarse. Prefirió disfrutar viendo pletórica a la estrella de esa noche. Por primera vez, Claire Drake triunfaba y era suficiente motivación actuar solo como marido obviando la faceta donde sus encantos estaban causando sensación.

Algo preocupado por el retraso de Alexei, se dirigió a la puerta y lo llamó al móvil. Llevaba varios días sin noticias suyas y no le ofrecía más que inquietud su llegada a Londres una semana antes que ellos. Esperó unos minutos bajo el toldo de la entrada, pero Alexei no respondió. Durante un momento observó los coches que circulaban hasta que un taxi se detuvo y lo vio descender, muy elegante con un traje oscuro. Respiró aliviado, se acercó presuroso y le tendió la mano.

—Menos mal, ya no sabía qué pensar. ¿Cómo estás?

—Muy bien. No entiendo por qué los jóvenes creéis que los ancianos

somos unos incompetentes —comentó sonriendo, observó de arriba abajo el traje oscuro de Gabriel, la corbata de varios colores donde predominaban los tonos rojos y grises y unos zapatos negros con cordones—. Estás hecho todo un *gentleman* inglés.

—Hay que estar a la altura de las circunstancias. ¿Qué has hecho estos días?

—Turismo y visitar algunos museos, nada más. ¿Cómo está yendo?

—De fábula, tu nieta tiene un don para atraer a la gente.

Alexei levantó cabeza, negando y señalando hacia arriba. En la fachada había una foto enorme de unas nalgas masculinas, captadas tan cerca que podían interpretarse de varias maneras, y varias banderolas rojas de tela con el nombre de Claire. A Gabriel no le hizo falta adjudicárselas, supo viendo la mirada burlona del anciano que ya estaba fichado.

Entraron en silencio. Alexei quedó deslumbrado por el arte de Claire, sobrecogedor, bello y muy atrayente. En cuanto la vio, sonrió emocionado. Estaba preciosa de rojo, el vestido tenía movimiento y parecía delicado, tenía el cabello recogido en un moño bajo y lucía unos pendientes a juego con un collar que, desde esa distancia, distinguió como esmeraldas auténticas. Hablaba con varias personas. Entre ellas, una señora sofisticada que desprendía elegancia y poder. Sus miradas se encontraron y Alexei la identificó como Marion Sabo; aquella actitud era digna de una reina, de



alguien que se cree por encima del resto.

Claire descubrió a su abuelo y sin ni siquiera disculparse, tratando de mantener la calma, se acercó a él sonriendo de oreja a oreja observada por Gabriel que le guiñó un ojo antes de que abrazara a Alexei.

—Qué sorpresa tan maravillosa acabas de darme —dijo Claire, sujetándose a su brazo—. ¿Por qué no me habías dicho que ibas a venir?

—Lo he decidido a última hora. —Alexei la besó en la mejilla—. Me gusta lo que haces, tienes talento.

—Gracias, viniendo de ti es todo un elogio.

—Voy a por unas copas —comentó Gabriel.

Claire lo guió por la sala, realmente interesada por conocer su opinión. Alexei observó las fotografías como si atravesara las imágenes para quedarse con la esencia primaria o la idea que Claire pretendía transmitir, comentó detalles ínfimos ignorados por muchos, y se recreó acariciando con los ojos las texturas de las pieles de Gabriel y *Shu* que resaltaban fascinando el sentido del tacto.

—¿Liosha?

Tanto Claire como Alexei se giraron al oír la voz de una mujer con un acento francés inconfundible. Era una señora de avanzada edad, bajita, con el cuerpo delgado; tenía los ojos claros, brillantes por la alegría; el cabello en una melena muy corta vetado entre mechaz rubias y plateadas, bien peinado;

una dentadura que, probablemente, no era la original pero relució blanca y sincera; y algunas arrugas profundas en un rostro armonioso que se difuminaron cuando sonrió. Toda su apariencia denotaba comodidad sin problemas económicos.

—Léonore Bouchaud —dijo Alexei impactado, rió al inclinar el cuerpo y abrazar a la mujer—. Estás radiante, tan bella como siempre.

—Veo que no has cambiado, y también estás estupendo.

—El tiempo pasa, pero lo importante es asumirlo y aprovecharlo. ¿Cómo está Pierre? No lo veo desde que terminamos en Nancy.

—Murió hace algunos años —comentó Léonore con un brillo apagado en los ojos, tocó el brazo de Alexei—, pero disfrutó cada minuto de su vida, era un loco encantador. ¿Cómo te fue en Canadá? ¿Sigues allí?

—Sí, y me fue tal y como esperaba —afirmó despreocupado, advirtió la atenta observación de Claire y añadió—. Léonore, te presento a Claire Drake, mi nieta.

—Encantada, señora Bouchaud. —Claire la saludó con dos besos en las mejillas—. Soy una gran admiradora de la obra de su marido.

—Pierre era mi hermano, querida, pero muchas gracias, fue un escultor magnífico. Desde que murió me ocupé de gestionar su legado. Tenemos una fundación en París con su nombre, donde también pueden formarse y hacer cursos nuevos talentos.

—¿Estás casada? —preguntó Alexei.

—No, ¿y tú?

—Tampoco, no me he casado nunca.

—Ah, creía que sí. —Léonore se bloqueó durante unos segundos, miró a Claire, la nieta, y comentó con una sonrisa amable—. Me gusta tu estilo, le tengo echado el ojo a una de las del hombre con el perro, me ha encantado.

—Gracias —admitió Claire sonriendo, miró a Alexei y preguntó con curiosidad—. ¿Cómo os conocisteis?

—Si no me falla la memoria, fue en el 50, en Francia, Pierre y yo íbamos a los mismos talleres. Tuve el placer de conocer a esta bella dama y gozar de su amistad...

Alexei no terminó la frase al ver acercarse a Marion con Gabriel, que traía dos copas de champán en las manos.

—Hola, Léonore —dijo Marion con simpatía—. Me alegra que hayas podido asistir. —Desvió la mirada hacia Alexei y le tendió la mano—. Soy Marion Sabo, es un gran placer tenerlo esta noche con nosotros.

—Encantando, señora Sabo —saludó con una sonrisa leve—. Alec Barn.

Gabriel le dio una copa a Alexei, mientras Léonore lo observó admirada sin ningún gesto de extrañeza ante un nombre que le sorprendió,

pero no demasiado; todavía recordaba aquel sueño americano que tantas veces le contó y no dudó en realizar, pese a dejarla para cumplirlo.

—Liosha, voy a dar una vuelta —comentó Léonore—. No te vayas sin decírmelo.

—No te preocupes. —Alexei sonrió con naturalidad, levantó su mano y le besó galante el dorso—. Ahora te veo.

—Tenía muchas ganas de conocerlo. —Marion habló cordial—. Creo que tenemos a alguien en común.

—Sabe perfectamente que es así, su suegra fue la abuela de Claire, alguien importante para mí, no hace falta que nos andemos por las ramas.

Los Drake intercambiaron una mirada que osciló entre el asombro y la preocupación. Marion percibió una hostilidad que no esperaba y la confundió.

—No ha sido mi intención molestarle —dijo correcta—, aunque me gustaría poder charlar con usted sobre ella. Pero entenderé una negativa.

—Me alegro porque ya la tiene. Estoy aquí por Claire, quería tener la oportunidad de ver su obra, y tenga por seguro que no he venido para remover el pasado ni a saciar la curiosidad de nadie.

—Muy bien, por mi parte está todo dicho. —Marion se sintió violenta, aunque sonrió y dijo—. Claire es una gran fotógrafa, tiene un futuro muy brillante, es un orgullo para mí trabajar con ella.

—Puedo hacerme una idea —comentó irónico, miró un instante a Claire con una calidez llena de satisfacción—. Lleva el arte en las venas.

—Desde luego —afirmó Marion, tocando el brazo de Claire—. Ha salido a usted. Debo seguir atendiendo a nuestros clientes. Ha sido un placer conocerlo y no dude en hablar conmigo si desea que organicemos una exposición retrospectiva de sus obras, sería muy interesante para el público poder admirarlas.

—Gracias, pero no. El público del que habla vive muy tranquilo sin mí y yo vivo más tranquilo sin ustedes. Nunca me ha interesado y, como comprenderá, ahora mucho menos. De todas maneras agradezco su interés, señora Sabo.

—Era mi obligación intentarlo —dijo Marion inclinando ligeramente la cabeza—. Hasta otra, señor Barn.

En cuanto se perdió Marion entre los numerosos asistentes, Gabriel respiró aliviado y bebió un sorbo de champán para humedecerse la boca, tan seca como el recibimiento de Alexei hacia ella.

—No hace falta que jures la animadversión que sientes por los marchantes —comentó Gabriel—. A Marion le ha quedado bien clara.

—Siento si os he incomodado, pero no me gusta la hipocresía de este mundillo.

—Te entiendo, abuelo, aunque también me encantaría que se

conocieran tus trabajos, es una lástima que siendo el gran artista que eres nadie lo sepa.

—Depende de lo que uno persiga, Claire. La fama o el dinero nunca me motivaron, para mí el mayor placer era sentir la madera en las manos, moldearla a mi antojo hasta convertirla en una pieza única. Tengo grabados en la memoria los olores de cada uno de mis muebles, las horas que pasé diseñándolos o encolando chapas de raíz buscando siempre que el conjunto fuera perfecto. Esa dedicación mis clientes la valoraban y me pagaban muy bien, pero jamás acepté un encargo con un plazo de entrega porque perdía la libertad creativa y nunca sabía de antemano cuánto tiempo me llevaría realizarlos. A veces las cosas se me torcían, otras iban como la seda, pero he tenido la enorme satisfacción de hacer siempre lo que he querido. Es cierto que la mayoría no sabe que existo. —Alexei torció los labios y encogió rápido los hombros—. ¿Crees que me importa? Ni antes ni ahora ni nunca; mis obras jamás estarán expuestas en ningún sitio, al menos mientras viva.

—¿Te parece mal que exponga mis fotografías?

—No, si es tu verdadero deseo —respondió, echó un vistazo alrededor y se fijó en uno de los desnudos, uno de los añadidos—. Entre esa imagen y aquella —dijo, señalando con la copa uno de los cuadros donde se veía el cuerpo de Gabriel tumbado en el césped y a la perra con la cabeza apoyada en su espalda, estaba hecha a ras del suelo y predominaba la ternura por los ojos

abiertos del animal—. En una solo veo contundencia masculina con músculos y unos buenos genitales, fin. En cambio, la otra conmueve; ya no veo, sino aprecio, me detengo a observar la serenidad y consigue transmitírmela. Una tiene calidad, la otra es marrullera.

Gabriel no se perdió ni una sola palabra, totalmente de acuerdo en todas.

—Tuve que traer algunas más por exigencias del galerista. —Claire admitió la crítica y dudó si al igual que él otras personas habrían notado lo mismo—. No quería hacerlo, pero no me quedó más remedio.

—Sí tenías remedio —dijo Gabriel con seriedad—. Podías haberle dicho que no a Marion. Tu abuelo tiene razón. A ellos solo les importa la cantidad, les ha parecido estupendo todo, pero ninguno ha sido capaz de ser honesto y decirte claramente que algunas no tienen el nivel de las otras, y no van a hacerlo ni lo harán porque su objetivo es venderlas todas, les da igual el arte, solo buscan ganar dinero.

—Marion sabe que esta vez he aceptado porque no quería quedar mal en esta exposición.

—Ahí está tu error, Claire —dijo Alexei afirmando con la cabeza—. Si te decepcionas a ti misma por satisfacerlos a ellos estás aceptando su juego. Si entras una vez, se convertirá en una dinámica que te atraparé y cuando quieras darte cuenta será tarde porque habrás perdido la creatividad.

—No pienso hacer eso, prefiero tenerlo como hobby a verme haciendo fotos a destajo.

—Es tu decisión y mi consejo es que hables sin rodeos con la señora Sabo; aunque estoy seguro de que intentará persuadirte diciéndote que esto ha sido algo puntual y no volverá a repetirse. —Alexei soltó una risa cínica—. Ninguno tiene escrúpulos. Ya habéis visto que sin darle la más mínima opción no ha dudado en ofrecerme exponer, todos son iguales —comentó con desprecio, bebió y sonrió mirando a Léonore—. Si me disculpáis, me gustaría pasar un rato con mi amiga.

—Claro, disfruta. —Risueño, Gabriel le palmeó el hombro—. La noche es joven. No vuelvas muy tarde, por favor.

—Por desgracia ciertas cosas los años te las roban, pero ha sido una sorpresa muy grata volver a verla. Pierre era una bellísima persona, fuimos muy amigos. Léonore es cinco años menor que yo, la conocí por él. Tuvimos un romance que duró hasta que volví a Inglaterra. Para mí era imprescindible salir de Europa y no podía quedarme en Francia por ella. Nunca pasamos de caricias o besos, pero sé que le hice mucho daño. Aquellos tiempos no eran como los de hoy, y es posible que por mi culpa nunca formara una familia.

—Todavía estáis a tiempo —dijo Claire jocosa—. Mírale el aspecto positivo, ya no tienes riesgos de embarazos.

—Cuida el tuyo, y dejaos de tonterías.



Gabriel rió con ganas viendo el gesto resignado de Alexei cuando se alejó y el buen humor contagioso de su mujer; si ella tenía la capacidad de arrastrarlo, el anciano sin pelos en la lengua (de vuelta de todo) además de admiración conseguía divertirlo sin proponérselo.

—¿Crees que me he equivocado al exponer esas fotos?

—Sí —respondió Gabriel—. Pero no te agobies porque seguramente la mayoría no ha apreciado lo mismo que tu abuelo. Tendrás que ser más firme con Marion, si no, estarás perdida.

—Léonore también lo ha notado.

—Los dos entienden de arte —comentó Gabriel, movió la cabeza negando y sonrió condescendiente—. No te preocupes, el resto no mira con los mismos ojos.

—Vaya..., gracias, cariño, estás arreglándolo.

—Es la verdad, Claire. Toda esta gente está aquí sin conocerte de nada, solo porque les han vendido que eres buena. Para mí lo eres, para tu abuelo también, pero no te guíes por las ventas ni por los elogios de quienes están ganando dinero a tu costa, sigue tu instinto y mantén la calidad que quieres, haznos caso a los dos porque los te queremos y deseamos lo mejor para ti.

Reflexionando en esas palabras, Claire colocó la mano en el brazo que le ofreció y juntos departieron durante varias horas más con extasiados

admiradores. Y para convencimiento de Claire, algunas opiniones escuchadas en aquellas horas vinieron a confirmarle la apreciación de Gabriel y de Alexei; los únicos que realmente velaban por ella sin otro aliciente que se sintiera feliz.

El lunes desayunaban en el Salón de Té cuando se unió a ellos Alexei. Desde la noche de la inauguración apenas volvieron a verlo más que unos pocos minutos en el hotel. Parecía sorprendentemente rejuvenecido, incluso andaba más derecho.

—Buenos días ¿cómo estáis? —preguntó, sentándose junto a Claire, la besó en la mejilla y se colocó la servilleta en el regazo—. Léonore me ha dicho que han ampliado la duración de la exposición; estarás contenta.

—Sí —afirmó indiferente—, supongo que los dueños de las fotos cedidas no dirán lo mismo.

—Deben tener su consentimiento —dijo Gabriel. Sirvió café en la taza de Alexei, pensando en el día solitario que tenía por delante, y preguntó—. ¿Te apetece venir conmigo a Savile Row? Tengo encargados un par de trajes. Si quieres, luego comemos en un restaurante español que a Claire y a mí nos gusta mucho.

—Lo siento, Gabriel, pero he quedado con Léonore, en otra ocasión.

—Os estáis viendo todos los días —dijo Claire girando la cabeza para

mirarlo—. ¿Vais a retomar el noviazgo?

La sonrisa disimulada de Gabriel al escucharla, molesto a Alexei.

—No es de vuestra incumbencia, y me parece estupendo que os divirtáis a nuestra costa, pero os sorprendería saber lo bien que nos lo pasamos juntos.

—Ahórranos los detalles —dijo Gabriel, observando la altivez en los ojos del anciano—. Aunque me alegro que estés aún en forma.

—No todo se reduce al sexo. Hay placeres muy agradables para sentirse feliz con alguien, no lo olvides.

—Tienes razón. —Gabriel admitió otra gran verdad que comprobó durante los dos primeros meses alojado en el Boreal, conociendo a Claire sin compartir otra cosa que pensamientos y sueños—. ¿Qué vas a hacer cuando nos vayamos?

—No voy a volver con vosotros. Tengo intención de regresar a mediados de abril. Quiero ir a París y ver la fundación de Pierre.

—Haces bien, abuelo, disfruta cuanto puedas.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a Essex con Marion.

—Respeto la memoria de tu abuela, Claire, es lo único que voy a decirte.

—No te preocupes —comentó antes de besarle cariñosa la mejilla—.

Tengo intención de hacerlo.

El resto del desayuno transcurrió entre una conversación agradable y algunos silencios necesarios para entenderse. Claire se despidió con besos de ellos, cogió la chaqueta y el bolso que tenía encima de la silla contigua a la de Gabriel y salió a la puerta del hotel. Marion la esperaba dentro de un típico taxi negro londinense.

El trayecto estaba siendo ameno gracias al conductor, que mostrándose muy sociable, fue explicándoles parte de la historia de Danbury, el pequeño pueblo donde los Clainston tenían la que había sido su residencia de verano. Escucharon hablar de brujería, magia y oráculos en el condado de Essex, allá por el siglo XV, de mujeres ejecutadas y algunas lindezas más que el hombre no tuvo inconveniente en compartir.

Cuando se desviaron a una carretera serpenteada de curvas, robles y una valla no muy alta de madera, Claire presintió que faltaba poco para llegar. Vio en la distancia una casa grande con hiedra ocultando toda la fachada hasta el tejado y pasaron por un pequeño cementerio con unas escasas cuatro lápidas en el suelo cubierto de hierba y varias cruces desperdigadas atestiguando un eterno reposo.

Antes de bajarse del vehículo, Marion le pidió al hombre una tarjeta para poder llamarlo cuando terminaran. Entraron en la casa y, aun con la

penumbra, Claire distinguió opulencia en unos muebles de estilos variados y en los adornos recargados que todos tenían encima: jarrones extraños, ceniceros y figuras de porcelana a cual más fea. Marion abrió los pesados ventanales de madera del salón y traspasaron pocos tenues rayos de claridad que confirmaban la sensación ambigua de Claire; todo indicaba un criterio dudoso respecto al arte.

—¿Desde cuándo no venías por aquí?

—Desde que Richard convenció a Margaret y se fue a vivir a la residencia. Cuando nos casamos dejó a Sigmund en Londres y se instaló aquí, no quiso volver cuando él murió, decía que en esta casa vivía más tranquila.

—La decoración es un despropósito.

Marion asintió sonriendo.

—Compraba las cosas que le gustaban, era impulsiva.

—Lo veo —afirmó Claire, pensando no solo en muebles, también en ese carácter alocado que la guió no siempre de forma acertada—. ¿Dónde está su dormitorio?

Subieron por una escalera de tres tramos con una moqueta roja en el centro de los peldaños. En la planta alta había dos corredores, tan oscuros que Claire no se separó de Marion más de unos centímetros. Sintió un escalofrío por la humedad. El olor a cerrado le resultó desagradable.

La habitación de Margaret era cuadrada y grande, con una cama de

madera y un dosel blanco impecable, un armario, dos mesillas de noche donde había varios marcos pequeños de plata y un escritorio que sin duda era obra de Alexei. Sin embargo, los ojos atentos de Claire no se fijaron en las tallas, interesados en las dos baldas que tenía encima con decenas de insectos embalsamados.

—A mi suegra le gustaba coleccionarnos —comentó Marion al verla abstraída mirándolos, cogió una mariposa con las alas de un azul intenso llenas de puntos rojos y negros y se la dio a Claire—. No sé de dónde los sacaba, pero todos los años tenía alguno nuevo.

—Ni idea. —Claire no quiso darle más información, reticente al conocer la opinión de Alexei sobre ella—. Son preciosos. El escritorio es obra de mi abuelo, es de momento el único mueble suyo que he visto.

—Ojalá haya más, me gustaría poder exponerlos.

—Ya oíste que no va a permitirlo —comentó seria—. Deberías aceptar su decisión.

—No son suyos, ahora son míos y puedo hacer con ellos lo que quiera.

—No me parece bien, pero estás en tu derecho de actuar como dicte tu conciencia.

—Claire, admiro el arte y me gustaría tener tu consentimiento porque todo esto algún día será tuyo, no olvides que eres mi heredera.

—No lo soy, Marion. Aunque Margaret fuese mi abuela, soy nieta

legítima solo de Charles Merritt y ya he heredado todo su patrimonio. Las herencias de los Clainston y los Sabo son tuyas, puedes hacer con ellas lo que quieras.

—Dártelas a ti, ese es mi deseo.

—Piénsalo bien, quizá harías mejor en donarlas a alguna organización benéfica.

—Me sorprendes, Claire, nadie las rechazaría. Estamos hablando de muchos millones de libras, te asegurarían la vida y la de tus hijos.

—No necesito más dinero y ten claro que Gabriel puede mantener el solo a los hijos que tengamos. —Claire no pensaba ceder y conociendo al Inquisidor sabía que hablaba en su nombre sin equivocarse—. Puedes hacer una gran obra social si te lo propones, no lo descartes.

—Es una buena idea, pero necesitaría mucha ayuda ¿me la prestarías?

—Por supuesto —dijo sonriendo sincera—. ¿Recuerdas dónde está la foto que mi abuelo le envió a Margaret?

—Sí. —Marion abrió un cajón del escritorio y sacó un marco de plata de diez por quince centímetros—. Es esta —dijo ofreciéndosela—. ¿Por qué a Margaret nunca la llamas abuela?

Claire miraba la cara de su abuelo Charles, con su padre en los brazos y a Alexei junto a ellos. Sonreían, pero el mismo gris que descoloría la foto parecían tenerlo grabado en los rostros. Levantó la vista y comentó:

—No me sale de forma natural y sinceramente tampoco la siento como mi abuela. No quiso a mi padre y por tanto no me habría querido a mí.

—Sabes que eso no es cierto, sufrió mucho por esa decisión.

—Entiendo que cuando lo tuvo fuese complicado para ella, pero mi padre murió en el 2001, tenía cuarenta y ocho años, los mismos que tuvo ella para hacer algo más que lamentarse.

—No la juzgues, Claire, fue una buena mujer y una madre entregada para Richard.

—Lo siento, pero esa dedicación que tuvo con Richard, mi abuelo trató de tenerla con mi padre, estando solo y dirigiendo un negocio. Sé que Alexei le ayudó, pero viajaba mucho y realmente fue él quien lo crió. Alexei me ha contado que llevó mal la pérdida de mi abuela porque pese a ser un matrimonio de conveniencia se enamoraron —dijo Claire emocionada. Para despejar cualquier duda sobre su comportamiento, añadió en un tono severo—. Y respecto a la boda de tus suegros, nunca sabremos qué los llevó a casarse, pero mi abuelo Charles no interfirió ni, por supuesto, sobornó a nadie para evitar que Margaret reclamara a su hijo. Las razones se las llevó ella a la tumba —comentó con dureza—. Según Alexei, se encaprichó de él cuando estuvo trabajando aquí y no paró hasta seducirlo. Quizá tampoco tú conociste a la verdadera Margaret Clainston y Sigmund sí lo hizo. Es posible que no fuera tan abnegada como crees.



—Puede ser, a veces las personas muestran una imagen que luego resulta alejada de la realidad —comentó Marion pensativa, cogió otro insecto y durante unos minutos lo estudió girándolo entre los dedos—. Fíjate, tienen grabado un número y un año.

—Es verdad... —Claire intentó sonar casual, pero sabía que mentir no era su fuerte—. Si estaba suscrita a algún coleccionable es lo más lógico.

Marion bajó de la estantería todas las cajitas, las colocó encima de la mesa y fue repasándolas una a una.

—Es curioso, la primera es de 1955 y la última de 2001 —dijo Marion concentrada mirando una libélula con la cabeza roja, el cuerpo púrpura y las alas con unos destellos rosados tan brillantes y pálidos que se confundían con la transparencia de la resina—. En 2001 murió tu padre ¿no?

Sabiendo que Marion pretendía llegar a Alexei, Claire frunció el ceño y preguntó:

—Sí, ¿por qué?

—Por nada, es una idea absurda que he tenido. Voy a guardarlas para llevármelas a Nueva York, en la galería pueden quedar bien para decorar.

—No a todo el mundo le gusta ver insectos embalsamados —comentó, encogiendo la nariz—, pero es tu negocio. ¿Te importa que me lleve la foto para hacerle una copia?

—No, cógela —admitió rápido—. ¿En serio crees que a algunas

personas puede molestarles ver los insectos?

—Sí, no dejan de estar disecados. A mí me gustan, son bonitos, pero no tolero las cabezas de animales ni las alfombras con osos, tigres o cualquier otro animal. Pero, ya te digo, es tu galería, tu negocio —comentó recalcando la palabra—, tú verás.

—Voy a llevármelas y ya decidiré si las pongo, las guardo o directamente las tiro.

Aunque Marion estaba en su derecho de exponerlas en MaiSa, incluso de venderlas si le surgía la ocasión, Claire prefirió no añadir nada, pensando en no comentárselo a Alexei para evitar otro desencuentro que podría perturbar su armonía familiar y profesional.

Esa tarde llegó Claire a la suite del Park Lane agotada entre el ajeteo y los nervios de los últimos días. Se sorprendió por la ausencia de Gabriel, pero decidió aprovecharla pasando un rato relajada, recobrando algo de energía para salir a cenar fuera del hotel. Mientras el agua muy caliente llenaba la bañera, Claire se desnudó y fue al armario para colgar la chaqueta. Al ver dos fundas nuevas de trajes, supuso que Gabriel en algún momento regresó del sastre. No le dio importancia y volvió al cuarto de baño para cumplir con su ansiado plan.

En cuanto entró Gabriel un rato después, aspiró un olor penetrante a

lavanda, encontró a Claire en la bañera, con los ojos cerrados y la cabeza reclinada hacia atrás.

—Cariño, he llegado —dijo bajito. Adormilada, sonrió al mirarlo—.

Hola, estaba en el bar con tu abuelo y Léonore.

Gabriel se quitó la chaqueta y los zapatos.

—No hace mucho que he vuelto, estoy muerta.

—¿Quieres compañía o prefieres descansar?

—Las dos cosas —murmuró.

En cuestión de segundos, Gabriel terminó de desnudarse y se metió con ella. Aturdida por el sueño, reclinó la cabeza en su pecho, muy cómoda recibiendo mimos.

—¿Cómo os ha ido? —preguntó Gabriel, recorriendo su cuello con los labios.

—Bien..., no hemos parado desde esta mañana, no puedo más. — Claire emitió un gemido largo, placentero—. Pero no hablemos de eso ahora. ¿Qué has hecho durante todo el día?

—Recoger los trajes; hablar con toda mi familia, parecía que se hubiesen puesto de acuerdo para llamar, uno detrás de otro; he dado un paseo por el centro... —Gabriel acarició su vientre, apreciando una ligera curva—. Al volver he coincidido en el vestíbulo con tu abuelo y Léonore, llegaban del restaurante donde habían comido y me he quedado con ellos. —Le

mordisqueó la oreja suavemente—. Poco más, aburrirme sin ti.

—¿Dónde has comido tú?

—En un restaurante cerca de la sastrería ¿y vosotras?

—En uno del pueblo, hemos ido dando un paseo. —Mientras Claire hablaba, Gabriel recorría su vientre prestándole más atención que a sus palabras—. Es bastante bonito, demasiado bucólico para mí, aunque no está mal.

—Falta muy poco para los tres meses, creo que ya empieza a notarse.

—Es posible. Desde luego, estoy comiendo más y tengo un sueño que me caigo. ¿Cómo está Cora? Ya le queda nada.

—Según Jack, ella y el niño están bien, no tengo tan claro cómo está él.

—Es normal que ande un poco nervioso, tú estarás igual cuando llegue el día.

—¿Un poco? —preguntó alegre—. Está atacado. Y encima los padres de Cora amenazan con pasar unos días con ellos cuando nazca el niño, lo compadezco; hay que tener mucha mano izquierda para llevarlos. Angie es medio razonable y encantadora si no está Victor, pero él es lo más retrógrada que he conocido; no me extraña que Jack no pueda soportarlo.

—Contigo no tenía problema.

—Cariño, porque nunca quise, pero te aseguro que más de una vez

estuve a punto de decirle cuatro cosas bien claritas. —Gabriel suspiró, sin notar que ese soplo acababa de convertir en diamantes los pezones de Claire—. Espero que se relaje cuando nazca, aunque no sé qué decirte porque todavía están decidiendo el nombre. Ahora quieren ponerle John, y Jack pretendía que le diera permiso; está fatal.

—Cora me comentó que cuando erais más jóvenes decidisteis que solo tú podrías ponerle John a tu hijo, será por eso.

—Fue una chorrada. No entiendo por qué ha pensado que iba a molestarme.

—No querrá que le partas la cara otra vez —dijo burlona.

—Se lo está buscando —comentó sonriendo—. A nosotros nos dirán el sexo el mes que viene ¿no?

—Creo que sí, depende de la posición que tenga ¿Qué prefieres?

—Me da igual, ya lo sabes. Tengo intención de probar suerte varias veces más.

Claire inclinó el cuello y Gabriel comenzó a repartirle besos hasta la barbilla.

—¿Y Sean y tus padres? ¿Están bien?

—Sí, han llamado para preguntar por la exposición. Todos te mandan sus felicitaciones. Mis padres querían que pasáramos unos días en Nueva York con ellos antes de volver a San Juan, pero no puedo y lo hemos dejado

para cuando nazca el niño.

—Es lo mejor, tengo ganas de estar tranquila en casa al menos un mes seguido.

—Pues el que parece haber recuperado el espíritu viajero es tu abuelo. Tiene intención de estar con Léonore unos días en París y otros en Roma. Como nos descuidemos se nos casan.

—No seas malo, son octogenarios. —Claire rió—. Déjalos que disfruten.

—Si dejarlos los dejo, pero no veas el ritmo que llevan. Querían que fuésemos con ellos al teatro y luego a cenar. Les he dicho que hasta hablar contigo no podía confirmarles nada.

—Preferiría no salir. ¿Tienes muchas ganas?

—No —respondió, subiendo las manos hacia los pechos—, si te apetece usamos el servicio de habitaciones y nos quedamos aquí.

—Me apetece... —Claire dejó escapar otro gemido placentero y agregó ronroneando—: Acabas de hacerme un gran favor.

—No he empezado, cariño.

—Sabes a qué me refiero; aunque ya que estás tan servicial podías darme un masaje con tus maravillosas manos mágicas.

—Puedo darte varios, y no solo usando las manos.

—Tentador, mi amor —susurró, pensando en devolverle parte de la

felicidad que sentía con él—. Aunque tengo otra idea, que creo te gustará más. —Claire sonrió con la certeza de que iba a sorprenderlo—. ¿Te apetece una aventura conmigo?

—Y dos o tres, ¿en qué estás metida?

—Aún en nada, pero si hacemos ya las maletas y nos vamos al aeropuerto, voy a estar con mi estupendo marido tres días en Barcelona. ¿Quieres?

La respuesta llegó en forma de ola. Gabriel salió del agua a la velocidad de la luz, se enrolló una toalla en las caderas y le tendió a Claire otra más grande, impaciente por cumplir un deseo que en su momento les acarreó una discusión y ahí prometía un resarcimiento tan olvidado como estimulante.

Cuando pisaron suelo español, agradecido y romántico, Gabriel no se privó de besar a su mujer delante de las personas que andaban diligentes o despistadas de un lado a otro por el aeropuerto. Cogieron un taxi para llegar al Hotel Arts, donde aprovecharían la reserva hecha por Gabriel en enero gracias a la deferencia de no cancelársela. El edificio estaba frente al Puerto Olímpico y les impresionó por una dudosa belleza contemporánea. Era una torre robusta altísima con cientos de ordenadas ventanas verdes y una estructura de acero blanco rodeando la fachada como un exoesqueleto. La

decepción por el diseño quedó compensada por la excelencia del interior y las panorámicas espectaculares del mar y la ciudad.

Durante aquellos días no dejaron ningún sitio emblemático por visitar. Gaudí fue el gran admirado por los dos; y sin defraudarles cumplió con nota sus expectativas tanto en la Sagrada Familia como en los edificios que contemplaron en el Paseo de Gracia. Si para Claire la experiencia al entrar en la Casa Batlló superó otro sueño por sus formas ondulantes y evocadoras llenas de detalles artísticos en materiales variados, todos usados con maestría, y unos colores que recordaban al mar o el atrevimiento del diseño en las ventanas, los balcones o los arcos y parábolas típicas del arquitecto; Gabriel creyó morir de gusto en la azotea, y no solo por las vistas preciosas, tampoco por los conjuntos de chimeneas, que eran especiales con unas siluetas sinuosas y un diseño funcional perfectamente acorde al universo imaginativo del arquitecto; él no dejó de imaginar el espinazo de un dragón colosal reptando sobre los tejados, revestidos con un sinfín de tejas cerámicas en unos tonos rojizos y verdosos que conseguían parecer escamas y añadían realismo a la leyenda de San Jorge que el guía les explicó. De nuevo, Gabriel sintió la conexión de su apellido con Gaudí tal y como le sucedió en Spaniard's Bay. Aquella vez fueron las hazañas de dos navegantes, Bernard y *sir* Francis Drake y, en ese momento, otro hombre insigne admirado por Claire y máximo exponente de la arquitectura que había inspirado a Charles Merritt



para construir su casa, lo enorgulleció por otra asombrosa coincidencia. Gracias a eso, pasaron muchos minutos divagando, enfrascados en teorías que oscilaron entre curiosas y absurdas, pero todas divertidas y gratas para los dos.

Otros rincones de la ciudad menos conocidos lograron maravillarlos, sobre todo el barrio judío de los alrededores de la catedral o, cuando siguiendo la recomendación de un taxista, pasearon la última tarde por el Borne, donde comieron a base de tapas exquisitas, para deleite de Gabriel. Allí descubrieron la Basílica de Santa María del Mar, y Claire se rindió ante la belleza majestuosa del gótico. La nave era una visión sobrecogedora para los ojos: unas sólidas columnas que parecían etéreas, unos elegantes arcos cruzados dando esbeltez, y la oscuridad de las piedras con las que estaban realizados, que solo añadían más misterio a una austeridad palpable, convirtiendo en maravilla la sencillez. Fue el colofón inesperado que determinó la promesa de volver con más tiempo; merecía la pena intercalar ese tipo de turismo en los próximos viajes a Europa. Pese a que sería algo complicado decantarse por un país, ya que todos tenían suficiente arte para seducirlos, los dos estuvieron de acuerdo en que España sería difícil de superar. Si en su luna de miel Andalucía les impactó con unas reminiscencias árabes preciosas, un clima tan cálido como sus gentes y una comida de lujo, Barcelona se ganó a pulso un pedacito de sus corazones con la mezcla

perfectamente equilibrada entre un pasado espléndido y una vanguardia que solo denotaba carácter acogedor y un encomiable afán de progreso.

## DIECINUEVE

*San Juan de Terranova, 15-4-13*  
*Terranova y Labrador, Canadá*

Durante parte del recorrido desde el aeropuerto hacia la ciudad, Alexei contempló absorto un camino hecho miles de veces, con nieve, lluvia o como ese día con un sol espléndido que invitaba a sus vecinos a relacionarse dejando atrás el encierro del invierno. Gabriel respetó aquel silencio nada incómodo porque Alexei no tuvo reparos en contarle en cuanto se vieron lo bien que Léonore y él pasaron los días en París y Roma, parecía saludable y le permitió centrarse en sus inquietudes; la más importante era la próxima visita de Claire a la ginecóloga, cuando esperaban conocer el sexo del bebé.

En el centro de San Juan, detenidos en un semáforo, Gabriel respondió la llamada de Cora con el manos libres activado.

—Hola —saludó sorprendido—, ¿cómo estás?

—Hola, Gabe, muy bien. Felicidades, me alegro muchísimo por los dos.

—Gracias, estamos emocionados. ¿Y mi sobrino? ¿Cómo va portándose?

—Igual que el padre, tiene sus momentos, pero no puedo quejarme, ya sabes que estamos ansiosos por tenerlo con nosotros.

—Lo sé, hablé con él hace poco. ¿Tenéis ya claro el nombre?

—Creo que sí, aunque hasta que lo bauticemos no me arriesgo a confirmarlo —dijo Cora alegre—. Quería comentarte que he vendido el apartamento, firmé la semana pasada, y necesito que me des el número de tu cuenta para hacerte un ingreso.

—¿Para qué? —preguntó, volviendo a circular.

—Porque quiero devolverte lo que no es mío.

—No tienes que hacerlo, llegamos a un acuerdo, es tuyo.

—No, Gabe, no fue justo. Me vino muy bien para empezar otra vez, pero necesito enmendar mis errores. Quiero que lo aceptes para saldar todas nuestras cuentas.

—Estamos en paz —comentó sincero.

—Por favor, Jack y yo estamos juntos gracias a ti, eso no podré pagártelo nunca, pero el dinero del divorcio es tuyo, acéptalo. No hagas que te lo ruegue.

—No lo esperaba, Cora, pero si es lo quieres no voy a rechazarlo. Me has pillado conduciendo, cuando llegue a casa te mando un correo con el número.

—Perfecto —afirmó satisfecha—. Acabo de quitarme un peso de encima.

—Bueno, es relativo —dijo bromista—, tienes que esperar todavía

algunas semanas.

—No lo tengo muy claro. —Cora rió, pensando en el buen humor de Gabriel y en una falta de rencor dignificante—. Por la intensidad de las contracciones que estoy teniendo, me temo que será antes de lo previsto. No voy a la oficina ni puedo conducir, así que imagínate el nivelito de Jack.

—Me hago a la idea, esperemos que se relaje cuando haya nacido el niño para evitar que asesine a tu padre.

—Sí, y aun así lo dudo —dijo Cora resignada—. No se soportan, qué cruz.

—Hay que esforzarse bastante para sobrellevarlo; no desesperes.

—Lo intentaré. Tengo que dejarte. No olvides mandarme el correo. Dale un beso de mi parte a Claire y otro para ti.

—No te preocupes, cuídate mucho. Y dile a Jack que nos mantenga informados cuando te pongas de parto.

—Vale. Te quiero, Gabe, nos vemos pronto, y muchas gracias por todo.

—No seas tonta. Gracias a ti, y yo también te quiero.

Gabriel cortó la comunicación con una sonrisa en los labios.

—Supongo que era tu exmujer —dijo Alexei, sin rastro de resquemor al conocer por Claire la vida entera de su familia política—. Es admirable que os llevéis tan bien, teniendo en cuenta vuestras circunstancias.

—No siempre ha sido así. Cuando le pedí el divorcio tuvimos una racha nefasta. Por suerte, conseguimos entendernos.

—Desde luego, no solo es civilizado, sino también una muestra más de inteligencia.

—No sé, Liosha, a veces las cosas se complican y uno pierde el norte. Cuando me enteré que estaba con mi hermano me jodió bastante y no me comporté demasiado bien con él.

—Bueno, eso es agua pasada. Lo importante es el presente; ni el pasado puede dañarte ni el futuro debe preocuparte.

Gabriel sonrió ante la filosofía simple y contundente del anciano.

—¿Cómo te va con Léonore?

—Todo lo bien que puede irnos a nuestra edad y viviendo en diferentes continentes. Ha sido una gran suerte volver a tropezar con ella, es una mujer maravillosa. Mi pena es no haberla buscado cuando era joven, pero creí que era tarde y seguiría dolida conmigo. Si llego a saber que estaba tan sola como yo, te juro que habría hecho las cosas de otra manera.

—Si aceptas un consejo, aunque no me guste darlos, te diría que vivas con ella y como mínimo estéis juntos, siempre será mejor que seguir solos.

—Tendría que irme a París y ahora mismo prefiero disfrutar de mi nieta y del niño que está en camino. Léonore lo comprende e intentará venir cuando pueda —explicó conformista, se detuvo unos segundos mirando

distraído por la ventanilla hasta que volvió a hablar—. He avisado en la residencia que voy a dejarla. Contrataré a una mujer para que atienda la casa y estaré más cerca de vosotros.

—¿Claire lo sabe?

—No, ahora se lo comentaré.

Gabriel asintió, pero no le dijo nada de los planes que Claire tenía para él. Cuando aparcó en la puerta de la casa, mientras sacaba el equipaje del maletero, Alexei levantó la cabeza observando inmóvil la fachada. Al entrar, *Shu* saludó a Gabriel con su entusiasmo habitual e incluyó a Alexei, que le correspondió con unas tiernas caricias. Claire salió de la cocina y lo abrazó cariñosa, ajena a los ojos azules de Alexei clavados en las dos mujeres que los observaban a unos metros.

—Estás estupendo, “*died*” —dijo sonriendo—. ¿El vuelo bien?

—Sí, muy bien —respondió enérgico, se separó y la sujetó por los brazos—. Tú estás guapísima.

Percibiendo a Eloise y Ethel retraídas, Gabriel se acercó y colocó los brazos en sus hombros, incitándolas a dar el primer paso hacia el perdón que buscaban.

—Bienvenido, Alec —saludó Ethel tendiéndole la mano—. Es un placer tenerte aquí.

—Llámame Liosha, Ethel, por favor.

Ethel afirmó en silencio, recordando cuántas veces escuchó ese diminutivo en boca de Charles y Chris, y cuántas lo despreciaron sin darle la menor oportunidad. Para Eloise todavía fue un trago más amargo, al ver tras muchos años la misma sonrisa amable que siempre le dedicaba cuando coincidían y ella le negaba el saludo.

—Hola, Liosha —dijo con lágrimas en los ojos—. Me alegro mucho de que hayas venido y espero de corazón que me perdones por todo.

—No hay nada que perdonar. —Alexei inclinó el cuerpo y la besó en las mejillas—. Todos hemos tardado demasiado en rectificar nuestros errores. Por mi parte puedes estar tranquila, nunca tuve en cuenta desaires o malos entendidos, sé por qué Grace actuó como lo hizo y te aseguro que la comprendí.

—Gracias, he pensado mucho en ti durante las últimas semanas y me carcomía haber sido una necia aparte de muy grosera contigo.

—¿Amigos? —preguntó jocoso, Eloise movió la cabeza afirmando. Claire volvió a acercarse y se agarró a su brazo guiándolo hacia el salón. Al pasar por delante de la escalera, Alexei se detuvo; parecía contener la emoción admirando su obra, escarbando con los ojos dentro de los detalles de la madera—. Teníais razón, habéis conseguido realzar la belleza.

—¿Quieres ver los dormitorios? —preguntó Claire.

—Por supuesto —respondió feliz—. La casa entera, quiero verlo todo.



La visita duró un buen rato. Claire y Gabriel le contaron algunos problemas que surgieron en la reforma y cómo los solucionaron intentando que no se perdiera la esencia modernista que caracterizaba el interior. Cuando entraron en el salón tenían preparada encima de la mesa frente a la chimenea una selección de embutidos españoles, una botella de vino tinto y una jarrita con zumo de naranja para Claire. En cuanto las Friars se despidieron, sentados en el sofá, charlaron de los muebles hasta que Alexei fijó la vista en la fotografía que encontró Claire en la casa de Margaret y había colocado encima del aparador. Notó la ausencia de su abuelo, se levantó y la cogió para enseñársela más cerca. Ninguno quiso interrumpir con palabras los pensamientos nostálgicos que intuyeron en la mirada de Alexei.

—Qué injusta fue la vida con ellos —dijo tras varios minutos, sacudiendo ligeramente la cabeza.

—No digas eso. —Claire apretó su mano—. No quiero que estés triste. Estoy segura de que los dos están juntos y son felices. Igual que Gabriel y yo estaríamos muy contentos si vivieras con nosotros —dijo con una sonrisa. Alexei, que no esperaba esa petición, miró desconcertado a Gabriel. Vio unos ojos grises demasiado abiertos y una línea apretada en sus labios, sugiriendo que era un simple peón en la jugada de la reina. Claire añadió—: Tenemos espacio de sobra, Elo y Ethel siempre están aquí por las mañanas y nos gustaría que nuestro hijo te tenga a su lado como yo tuve al

abuelo.

—Sois muy generosos los dos, pero no puedo aceptar.

—¿Por qué no? —preguntó Claire molesta—. Vives en una residencia porque no quieres estar solo, es lo mínimo que podemos hacer por ti.

—Cariño, no te enfades —comentó Gabriel, inclinó la cabeza en un gesto rápido dirigido a Alexei, buscando que se explicara—. Es posible que tenga otros planes.

Claire notó la muda comunicación y frunció los labios alternando los ojos entre ellos.

—Voy a dejar la residencia para volver a mi casa, y si Léonore quiere viviremos juntos.

—¿Cómo? —Claire no supo controlar el impacto de esa noticia en el gesto entero de su rostro—. Tenéis más de ochenta años los dos, tu casa está en mitad de la nada, ¿en qué estás pensando?

—Aquí la nada es muy amplia.

Al escuchar a Gabriel, los ojos de Claire se convirtieron en mechas incendiarias a punto de matarlo.

—Claire, no estaremos solos y podremos vernos con frecuencia. Deja que lo intentemos, los dos llevamos solos toda nuestra vida y vosotros estáis empezando la vuestra para cargar con un viejo impertinente. Bastante tendrás con cuidar a un bebé.

—Si es lo que quieres, no voy a oponerme, eres mayorcito y tienes intactas tus facultades mentales, pero piénsatelo, por favor.

Abuelo y nieta llegaron a un entendimiento para satisfacción de Gabriel, sin ánimo para una confrontación entre titanes. Si su mujer pecaba de obstinada, Alexei era un maestro del ajedrez; el rey de los enroques, como pillara la posición no había manera de que la soltase.

La cita con la doctora Mills llegó unos días después para alivio de Gabriel, aunque no tuvo paciencia para esperar a Claire en el despacho y aguardó dando paseos delante de los escaparates del edificio contiguo al banco. El sonido del claxon lo pilló despistado saludando a un cliente, pero se despidió con rapidez y se montó en el Bronco, muy sonriente.

Casi una hora después, confirmaron el sexo de su hijo: una niña. La felicidad del Inquisidor alejó la ligera decepción de Claire, convencida de que sería un varón. Antes de llegar al Boreal y compartir la noticia con Alexei y las Friars, Gabriel llamó a Sean, siempre con el honor de ser el primero de los Drake en enterarse de sus cosas, en ese momento, solo en Nueva York por una reunión laboral alojado en el ático. Luego, habló con Elizabeth, emocionada tras haberles dedicado cientos de oraciones, y con John, que fue más comedido al transmitirle la enhorabuena. Dejó en último lugar a Jack para ponerse nervioso el tiempo justo; en cambio, llegó a sorprenderlo con

una serenidad rara pero oportuna.

Consiguieron pasar el resto del día medio tranquilos acompañados por Alexei, que estaría con ellos hasta el domingo. Tenía previsto viajar a Europa para volver lo antes posible con Léonore e instalarse juntos en su casa. La mujer aceptó vivir en Terranova, pero debía organizar la fundación de su hermano, algunos asuntos legales que le permitirían seguir dirigiéndola sin estar en París y el traslado de sus efectos personales. Gracias a Eloise, una señora de confianza les ayudaría en las tareas domésticas y ambos creían que su salud les permitiría pasar unos pocos años tranquilos. Ninguno padecía más que los achaques típicos de la edad: algunos dolores en la espalda y piernas y debilidad muscular, por lo demás se desenvolvían perfectamente. También, el optimismo innato de los dos, incrementado por la próxima llegada de la niña, contribuía en sus ganas de afrontar la última oportunidad de ser felices que la vida les concedía. Al bebé pensaban mimarlo todo lo que pudieran y sus padres consintieran, iban a resarcirse por el tiempo malgastado sin condicionantes.

Después de cenar esa noche, en cuanto Alexei ocupó la habitación Suroeste, Claire se metió en la cama y dejó a Gabriel recogiendo la cocina. Cuando entró en el dormitorio, no tardó ni un minuto en quedarse solo con los calzoncillos y tumbarse a su lado, todos sus gestos indicaban alegría.

—No sabía que una niña iba a emocionarte tanto.

Claire giró el cuerpo y apoyó la cabeza en su pecho.

—Cariño, me venía bien cualquier sexo. —Gabriel sonrió, le besó el cabello y siguió acariciando despacio su espalda por encima del camisón—. El siguiente será un niño, para compensar.

—De momento me conformo con que todo vaya bien durante este embarazo.

—No te preocupes, ya verás cómo en octubre Elizabeth estará aquí.

—¿Ya tienes el nombre? —preguntó riendo—. ¿Y mi opinión no cuenta?

—Creía que te gustaba, pero podemos cambiarlo por otro. Aunque me hace ilusión que se llame como mi madre.

—Sabes que me gusta mucho y, desde luego, no quiero andar como Jack y Cora, no sé cómo todavía están sin ponerse de acuerdo. Pobre criatura.

—Claire sonrió entornando los ojos—. Si supiera la que están liando sus padres, creo se daría la vuelta para no conocerlos.

—Sí, vaya dos. Hoy me ha llegado el ingreso de Cora, somos medio millón más ricos. Estoy mirando casas en Londres, es un buen momento para invertir.

—No te lo he dicho porque no pienso aceptarlo, pero Marion pretende dejarme todas sus propiedades.

—No me extraña porque no tiene herederos. Piénsalo, cariño, es una

pasta.

—Ya veremos cuando llegue el momento, Marion todavía es joven. Y tampoco sé si lograremos la relación profesional que pretende y creo que será decisiva para la personal.

—¿Sigues molesta con ella por los regalos de Liosha a tu abuela?

—No sé qué pensar —dijo Claire, levantó la cabeza y besó la mandíbula de Gabriel—, y no quiero hacerlo ahora.

Tener medio cuerpo de Claire encima del suyo ya estaba resultando efectivo para calentarlo, y ese tono seductor avivó un instinto básico irrefrenable para mecerse bien clavado en su interior, moviéndose con la sutil elegancia de una brisa cálida hasta dejarse guiar por la fuerza, igual que un cadencioso oleaje llegaba a la costa empujado por unos vientos indómitos que un día los unieron gracias al azar. Perdidos y en blanco se evaporaron como la espuma sin poder mover ni un solo músculo. En esa paz, totalmente inmóviles en la quietud que dejaba amarse tras una sesión de sexo del bueno, antes de dormirse unieron sus labios en un beso pausado pero profundo, con sus lenguas enredadas en otro culto honrando al amor, a la fortuna por tenerse y a sus sueños.

El día siguiente, al ser sábado, Jack preparaba el desayuno en el apartamento cuando Cora empezó a sentir contracciones. Parecía sufrir un

dolor tremendo cada vez que se encorbaba, en cambio sonreía a los pocos minutos quitándole importancia para no acudir al hospital como él rogaba constantemente. Jack desistió sin quitarle los ojos de encima durante toda la mañana y no soltó su mano en ningún momento cuando salieron a dar un paseo por TriBeCa después de comer. Regresando, Jack soportó estoico otra contracción justo en la puerta de la floristería. La fuerza que sintió en la mano sugería que el niño empezaba a impacientarse y no tenía intención de esperar. El dueño de la tienda se acercó preocupado, pero Cora también lo tranquilizó. Recibió una rosa roja con sus mejores deseos, que ella agradeció con un beso en la mejilla. Pese a saber que todavía le quedaba el trago más duro, se sentía animada y no quería inquietarse, convencida de que sería otra falsa alarma.

Al entrar en el apartamento, Jack no aguantó más.

—Nos vamos al hospital, ya —habló en un tono severo—. No pienso pasar la noche aquí. Cada vez son más frecuentes, y puede estar adelantándose.

—Creo que tienes razón —dijo Cora tratando de sonreír—. Hoy es demasiado.

A las seis de la tarde, Jack ayudó a Cora a salir del coche en el aparcamiento del Monte Sinaí, se cargó en el hombro un bolso azul marino con el ajuar de ella y el bebé y, disimulando los nervios, la guió sujeta por la

cintura hasta el acceso de urgencias. En unos minutos se quedó solo y preocupado junto a un mostrador con poco personal. Se sentó en un banco, con un único hombre como compañía en el extremo, sacó el móvil y mandó unos mensajes. Al poco tiempo empezó a recibir llamadas, pero las silenció ante la mirada reprobatoria de la enfermera más corpulenta que había visto en su vida. Cansado, una hora después, se acercó al mostrador.

—Disculpe —dijo, esbozando una sonrisa encantadora. La mujer levantó la vista despacio, parecía perdonarle la vida, aunque Jack no se inmutó y preguntó suave—. ¿Sabe algo de Cordelia Hosborn?

Con unos ojos azules fríos e inexpresivos, la enfermera leyó unos documentos.

—Está en el quirófano con el doctor Campbell. —Movió los labios rápido, en un amago de cordialidad—. No debe tardar. Le avisaré en cuanto termine.

—Gracias —dijo Jack, sin querer inquietarse por la ausencia del doctor Sawyer, volvió a sonreír y añadió—: Estoy sentado ahí. —Señaló con la mano el banco y la enfermera asintió. Un poco más tranquilo, buscó unas monedas en el bolsillo para sacar un café solo de la máquina que había cerca del mostrador. No había terminado de tomárselo cuando pasaron dos médicos corriendo por el pasillo. Notó la vibración del móvil y vio la llamada de su madre—. Hola, mamá.



—Hola, cariño ¿cómo está Cora?

—Dando a luz. En cuanto nazca, os llamo.

—¿Ya? —exclamó Elizabeth—. ¿Desde cuándo está de parto?

—Hemos llegado hace un rato, no te preocupes.

—Estoy con Sean, pero papá ha salido. Voy a avisarlo, no creo que tardemos en llegar.

—Esto va para largo.

—¿Cómo estás tú?

—Nervioso pero bien —respondió, tiró el vaso de plástico en una papelera y volvió a sentarse. De repente, un murmullo en el ascensor captó su atención. Varios médicos hablaban enfadados, uno se frotaba la cara y fijó un segundo los ojos en Jack, que frunció el ceño, aunque siguió hablando con su madre—. ¿Sean ha venido por el despacho? —preguntó sorprendido.

—Sí, estará aquí un par de días más. Elaine y la niña se han quedado en Quebec.

—¿Dónde está papá?

—Jugando con James, supongo que estarán terminando.

—No le agobies —comentó, pensando en las escapadas de su padre al campo de golf, donde estuviera no cesarían hasta el otoño—, deja que lo machaque tranquilo.

—Esto es más importante, va todos los días.

Jack guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y se distrajo observando al personal sanitario y las visitas que entraban y salían de las habitaciones. Más de una hora después, aparecieron por el pasillo dos médicos, uno de ellos bastante joven, y un hombre vestido con un traje gris. No hablaban y sus miradas rehuían los ojos de Jack conforme se aproximaron a él. Sin interpretar la incomodidad que percibió, Jack se levantó cauteloso al tenerlos delante; tampoco supo contener el ritmo disparado de su corazón.

—Hola. —El médico joven saludó estrechando la mano de Jack—. Soy el doctor Campbell, le presento a mi colega, el doctor Shilton, y al director del servicio de Obstetricia y Ginecología, el doctor Kors. —Los dos hombres, más mayores, también apretaron la mano de Jack. Intercambiaron una mirada entre ellos antes de que Campbell tragara despacio y hablara—. Tengo el pesar de informarle que hemos tenido complicaciones en el parto, lo siento mucho.

La enfermera, viendo a Jack aturdido mientras escuchaba la explicación del médico, cambió su expresión antipática por una compasiva. Estuvo pendiente a un hombre que se rompía respirando de forma atropellada, que buscó aislarse cerrando los ojos, apoyado en la pared, y que se dejó caer al suelo tapándose la cara con las manos. Abrumado por una tragedia poco frecuente en esa planta, el doctor Kors tocó el hombro de Jack para reconfortarlo. Durante un breve instante Jack desafió a los médicos con

una mirada turbia enfurecida, se puso de pie y echó a correr despavorido para abandonar el hospital. Solo tenía un propósito: desaparecer para no sentir el dolor de su corazón, convertido en miles de fragmentos punzantes como cuchillos.

Sean llegó un poco más tarde con John y Elizabeth, sonrió con amabilidad al preguntar en el mostrador por Cora; aunque supieron de inmediato que algo no iba bien cuando la enfermera se negó a darles ninguna información y les pidió que esperaran con el rostro desencajado. El doctor Campbell salió de su despacho, donde vieron en la puerta un pictograma azul oscuro con la breve leyenda: «*Consulta/ Obstetricia/ 1*», llevaba encerrado ahí con el resto del equipo médico desde que habló con Jack, analizando minuto a minuto lo ocurrido en el quirófano. Sin entrar en detalles, repitió la dolorosa e inesperada noticia.

—Dentro de unas horas les daremos un informe detallado.

—¿Un informe? —siseó Sean—. ¿Qué ha pasado?

—Ha llegado perfectamente —afirmó John, indignado—. ¡¿Dónde está Shawyer?!

—Está de vacaciones —respondió el médico de forma sosegada, comprendía esa reacción—. A la señora Hosborn se le ha adelantado el parto.

—Eso ya lo sabemos —dijo Sean, perdiendo una paciencia ya casi nula—. Es inaudito que haya ocurrido esto ¡Me oye! ¡Inaudito!

Elizabeth no podía apartar la mano de la boca, bloqueada, pensando en la tragedia de Jack. Cuando se marchó el médico, Elizabeth se abrazó a John y lloró desbordada por la situación; jamás pensó que algo tan dramático podía suceder. Al igual que Sean, solo con ganas de darse cabezazos contra una pared, sin poder asimilar que allí, con una tecnología puntera, se hubiera cometido un fallo de ese calibre. Preocupado por su hijo, John lo llamó al móvil varias veces; aunque no sirvió de nada. Luego, fue Sean quien lo intentó, con el mismo éxito que su padre.

Durante aquel intervalo, Jack llegó al apartamento, guardó en una bolsa de deporte las prendas de ropa que encontró a mano y, en cuanto regresó al coche, la lanzó en el maletero. Minutos después atravesaba el Puente George Washington por uno de los cuatro carriles en dirección a la Interestatal 95, sin rumbo. No pensó en que estaba huyendo ni en lo que dejaba atrás. No quería aceptar que en un abrir y cerrar de ojos su vida había dado un giro de ciento ochenta grados; era demasiado brusco, y hasta asumirlo no podía hacerle frente.

A través del cristal de la Sala de Puericultura, Sean fijó la vista en una decena de cunas con recién nacidos. Perdido entre la rabia y la impotencia, volvió a insistir llamando a Jack.

—No consigo que coja el móvil —dijo Sean, mirando a su madre. Elizabeth tenía los ojos clavados en los bebés y la cabeza apoyada en el

hombro de John—. Deberíamos llamar a los Hosborn, dudo que Jack lo haya hecho.

—Llama a Gabe —dijo John. Vio al doctor Campbell hablando con otro médico y su mala leche medio apaciguada se rearmó—. Tenemos que averiguar qué ha pasado y por qué no han sabido solucionarlo. Si se ha cometido alguna negligencia no van a justificarla echándose el muerto unos a otros.

—Ahora mismo no puedo pensar con claridad, papá. Esperaremos a que nos den los informes. —Desvió la vista hacia las cunas—. Jack no está y vamos a tener que decidir por él, no tenemos más de cuarenta y ocho horas, y antes de que aparezcan los Hosborn deberíamos haber tomado una decisión. Somos su familia más directa y necesita todo nuestro apoyo.

—Haz las gestiones oportunas —dijo John, trató de sonreír, fijando los ojos en la única cuna donde no podía leerse un nombre—. Hasta que Jack aparezca, tu madre y yo nos haremos cargo de él, no le des a Victor la más mínima oportunidad.

—¿Cómo le llamamos? —preguntó Elizabeth—. Ya no sé qué nombre querían ponerle.

—Joder, joder. —Sean se vino abajo, recordando la de veces que se había reído de su hermano y Cora por una indecisión que en ese preciso momento no tenía la más remota gracia—. ¿Dónde coño se ha metido? ¿Por

qué no es capaz de estar aquí? —Con un brillo de impotencia en los ojos, miró a Elizabeth—. Por mucho que esté destrozado, es su hijo, su hijo...

La voz de Sean se convirtió en un ligero hilo que no pasó inadvertido para una pareja de mediana edad que contemplaba embelesada la misma sala que ellos. John resopló, atento fijamente a los ojos enrojecidos de Elizabeth.

—Beth, ¿cómo le llamamos?

—Dame unos minutos.

Elizabeth anduvo de forma mecánica los metros de distancia hasta las sillas azules y se dejó caer en una.

—Tenemos que sobreponernos, nos quedan algunos días complicados por delante —comentó John, tocó con fuerza el hombro de su hijo—. Llama a Gabe, por favor.

Sean parpadeó una sola vez, exhaló con fuerza y se encaminó hacia los ascensores. John se sentó junto a Elizabeth y la abrazó, pensando en su querido nieto y en la vida que empezaba con su familia rota.

Al sentir el aire fresco que corría en la calle, andando hasta el parque, Sean se despejó un poco. Sentado en un banco contempló a la gente sin ver a nadie, ajeno a risas y a carreras. La noche oscurecía ese funesto veinte de abril, un mes trágico para las dos mujeres que sus hermanos amaban. Cuando sacó el móvil, respiró hondo y se armó de valor al pulsar en el número de Gabriel.

—Hola, Sean —saludó contenta Claire—. ¿Cómo estás?

Como no esperaba que Claire respondiera, tardó unos segundos en decir:

—Hola, estoy bien. ¿Gabe no puede ponerse?

—Ha salido con *Shu*, pero debe estar a punto de llegar ¿no quieres hablar conmigo?

El tono divertido de Claire no ayudó a que se decidiera.

—Hace un rato ha nacido el niño.

—¿Ya? Madre mía, qué alegría. ¿Cómo está?

—Muy bien, es bastante grande —respondió con lágrimas inundándole los ojos—. Ha pesado tres kilos y medio y mide cincuenta y dos centímetros.

—Qué bien, sabía que iba a adelantarse.

—Claire, tengo que colgar, dile a mi hermano que me llame en cuanto llegue.

—¿Cómo está Cora?

Sean escuchó la pregunta, pero no contestó, colgó la comunicación, incapaz de explicarle una realidad que ni él comprendía y no quería repetir muchas veces, aún le quedaba Elaine, y sería otro trago muy difícil de digerir para ella.

En cuanto Gabriel entró en su casa, Claire dejó a Alexei en el salón y salió al vestíbulo para darle la noticia. Con una amplia sonrisa, se acercó y rodeó su cuello con los brazos, le dio un beso en los labios y se apartó.

—Felicidades, ya eres tío otra vez.

—¿En serio? —preguntó, elevando las cejas, sonriente—. Al final habéis tenido razón. ¿Cómo están?

—Por lo que me ha contado Sean, el niño es enorme, dice que está muy bien.

—Voy a llamar a Jack. —Gabriel marcó el número, pero una voz mecánica avisó de que en ese momento no estaba disponible—. Debe haber apagado el teléfono, estará harto de recibir felicitaciones.

—Sean me ha dicho que lo llames, estaba un poco raro.

Gabriel hizo un mohín con la boca, marcó el número y de inmediato escuchó la voz de Sean. Nada más saludarlo, notó una seriedad inesperada. Pocos segundos después, cerró los párpados y se limitó a concentrarse en las palabras de su hermano. Claire vio las lágrimas que corrían por el rostro de Gabriel y se asustó tanto que esperó inmóvil delante de él a que colgara.

—¿Qué ocurre?

Con la mirada fija en los ojos de Claire, Gabriel negó con la cabeza.

—Durante el parto ha habido una complicación. No saben exactamente qué, pero después de ponerle la epidural, Cora ha tenido un



shock anafiláctico severo —dijo Gabriel, cogió una bocanada de aire sin perder de vista la expresión aterrorizada de Claire y terminó—. Ha muerto.

En la última parte de Boreal Róis, *Una fría noche y tú*, podrás descubrir cómo afecta a la vida de la familia Drake la dramática desaparición de Cora. Llegará un momento de tomar decisiones, esas que a veces pueden ser erróneas. Mientras, el destino tratará de compensar algunos sueños llenando de esperanza corazones atormentados por el dolor y la decepción, otros morirán definitivamente; y uno, renacido de las sombras, impresionará al mundo con la virulencia de un huracán.